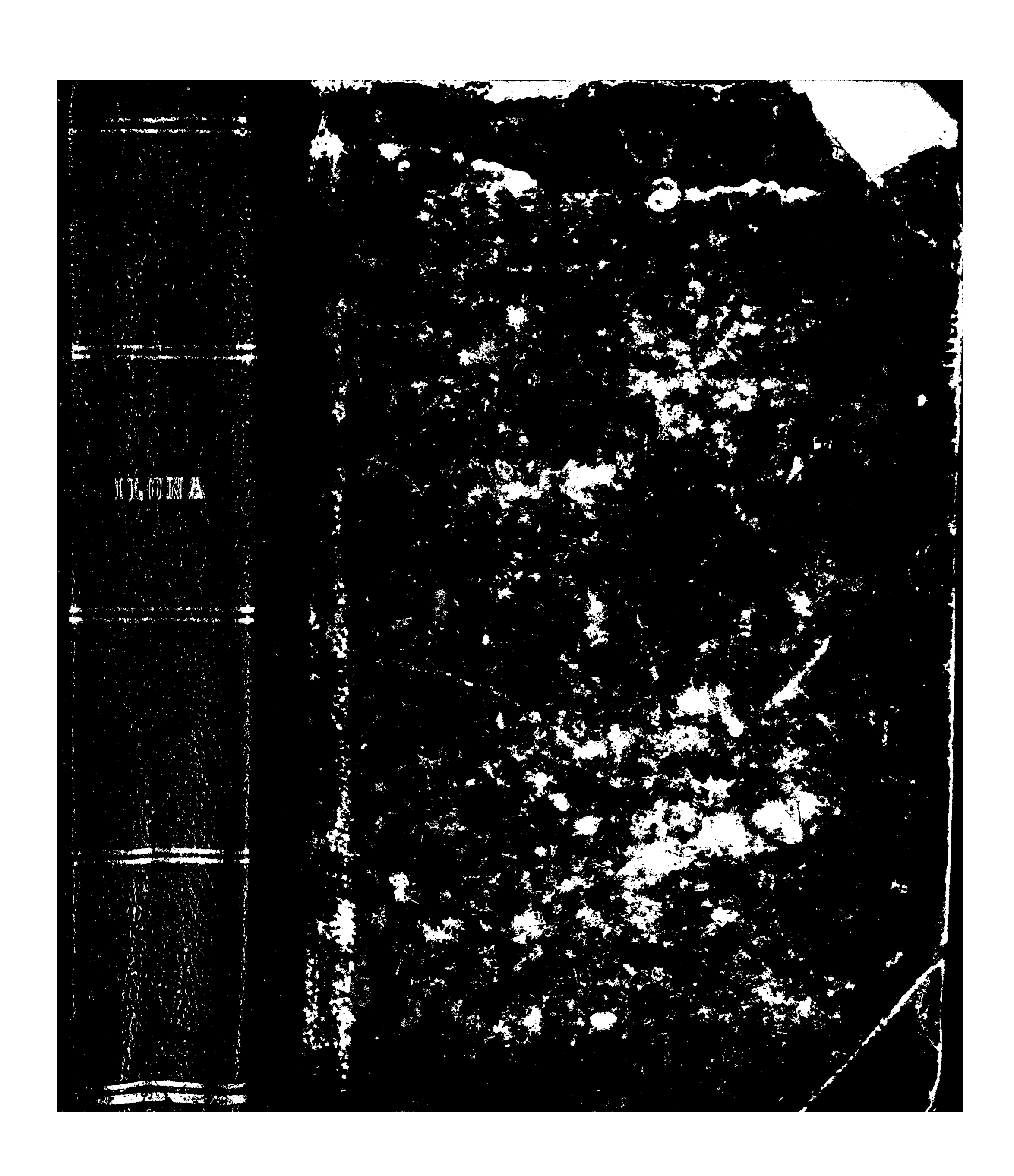

ILONA



Paumgart

ILONA

BIBLIOTECA DEL «DIARIO DE MANILA»

ILONA

NOVELA ORIGINAL

DE LA

CONDESA MARIA PAUMGARTE



MANILA

TIPO-LITOGRAFÍA DE RAMÍREZ Y COMP.
Magallanes, 1, y Escolta, 12.
1896

PARTE PRIMERA

I

El encuentro.

Los últimos rayos del sol poniente empezaban á dorar las nevadas cimas de la alta cadena de los Alpes que rodea el pintoresco lago de los Cuatro Cantones.

Despues de un caluroso dia del mes de agosto del año 185...., una ligera brisa que soplaba del Oeste y apenas rizaba la superficie de las aguas, refrescaba suavemente la atmósfera, impregnándola de embalsamados perfumes. Una calma perfecta reinaba en aquella comarca y toda la naturaleza se preparaba al reposo de la noche; no se percibía más ruido que el del tintíneo de las campanas de la pequeña ciudad de Brunnen, tocando al *Ave María*.

El cielo se había cubierto de todos los matices del arco iris, desde el amarillo de oro hasta el púrpura, pasando luego al violado y verde mar y terminando en el màs bello azul. Sobre aquella bóveda de mil coloreadas tintas, en la que flotaban algunas ligeras nubes, parecidas á copos de algodon, se mostraba igualmente, aunque apenas visible, el pálido pero luciente disco de la luna.

Un joven de unos veinte años de edad, sentado sobre la yerba, al pié de la capilla de Guillermo Tell, parecía absorto en el magnífico espectáculo que le ofrecía aquella espléndida naturaleza. De vez en cuando sus miradas se separaban de las montañas tan imponentes, de aquel firmamento tan brillante, para seguir la estela que había dejado el último vapor salido de Huelen, estela que parecía una larga serpiente arrastrándose sobre las ondas.

Una paleta, pinceles y un álbum puestos en el suelo, al lado del joven, demostraban que había estado ocupado en bosquejar alguna parte del bello panorama que se desarrollaba á su vista. Su aseado traje, su porte elegante y distinguido, indicaban

claramente que no era un artista obligado à trabajar para ganar su sustento.

Mientras se deja arrastrar por sus errantes pensamientos, examinaremos su exterior.

Una cabellera naturalmente rizada y de ese rubio dorado que los ingleses llaman *auburn*, rodeaba su fina é inteligente cabeza. Grandes ojos de azul oscuro, nariz recta y regular, boca algo grande perfectamente dibujada y provista de hermosa dentadura, pequeñas patillas, manos finas muy bien cuidadas, y unido á esto alto y esbelto cuerpo; tal es el retrato físico de nuetro joven artista de fantasía.

Los pensamientos en que se hallaba sumido no parecian ser de carácter triste, si bien una expresion de profundo hastío se notaba en su agradable fisonomía.

Al fin se decidió á abandonar la contemplacion del paisaje, para dirigirse à su morada, que por el momento era una pequeña hospedería de Brunnen. Se disponia ya à recoger su paleta y sus pinceles, cuando un penetrante grito que oyó á través del espacio le hizo extremecer. Aquel grito tenía un sonido tan ronco, tan

extraño, que no parecia proceder de un sér humano.

Escuchó un instante, y aquel primer grito fué seguido de otros dos ó tres de la misma naturaleza, tan salvajes, tan estridentes, tan penetrantes.

Evidentemente eran más bien gritos provocados por un acceso de rabia ó miedo, que no exclamaciones arrancadas por el dolor: pero ¿de *dónde* ó de *quién* procedían...? ¿Aquellos rugidos, semejantes á los de una fiera enfurecida, salian de un pecho humano...? ¡No importa! tales como eran, impresionaron de tal modo el corazon del joven, que, sin reflexionar más, se lanzó hacia la cumbre de la montaña, de donde parecían salir los gritos.

Le fué preciso subir bastante alto y durante unos doce minutos, en cuyo tiempo el grito fué repetido aun de nuevo, cada vez más próximo, antes de que hubiera podido llegar á descubrir la causa de su emocion.

Al vencer el ángulo saliente de una roca que le obstruia el paso, quedó como petrificado ante el cuadro que se presentaba á sus ojos.

Á pocos pasos de él, una niña, en el límite de esa edad en que la infancia cede el puesto á la juventud, se ofreció á su vista bajo un aspecto no menos extraordinario que los gritos que ella habia dejado oir y de los que algunos aun se escapaban sordamente de sus trémulos labios.

Uno de los dorados rayos del sol poniente la inundaba por completo, haciendo resaltar el cuadro.

Estaba vestida con una simple camisa de tela burda, de dudosa blancura, que, cayendo de su hombro derecho y dejando descubiertos su cuello y lo alto del brazo, se hallaba sujeta á la cintura por un pedazo de tela de lana gris, arrollado en faja alrededor de aquel cuerpo débil y enflaquecido. Otro retazo de la misma tela rodeaba su cabeza, dejando escapar hermosos cabellos negros, que, apenas trenzados caían sobre sus rodillas.

Su tez era morena; sus facciones, finas y regulares; sus grandes ojos, de un negro aterciopelado, tenían una salvaje expresion y lanzaban furiosas miradas á través de las largas pestañas que les daban sombra. La contraccion de sus espesas cejas y de

sus entreabiertos labios, que dejaban ver sus dientes apretados convulsivamente, denotaban una violenta cólera, acompañada de terror. Y en la manera con que se habia refugiado en el hueco de la roca, rodeando con sus brazos una cabra que estrechaba contra su pecho, se adivinaba que era este animalito á quien queria proteger y librar de algun peligro.

Sus miradas indignadas y furiosas se dirigían hácia un matorral, del que fueron lanzadas algunas piedras en el momento en que el joven artista apareció en la escena.

Uno de aquellos proyectiles alcanzó á la cabra, y al momento el mismo grito estridente y salvaje se escapó de los labios de tan extraña criatura, à la vez tan singular y poética.

Gaston de la Barre, que asi se llamaba el joven, se sintió, no sólo vivamente impresionado por la parte artística de aquel cuadro, sino tambien conmovido de piedad por aquel sér débil, y lanzandose á los matorrales, quiso castigar al cruel agresor de tanta debilidad é inocencia. Pero éste, viendo que se le presentaba un adversario

màs imponente que una delicada niña, escaló ràpidamente la montaña, y Gaston sólo pudo ver que el que huía era un aldeano de mal aspecto y de cabellera roja.

Conseguido su objeto de libertar á la pobre niña, y no importándole ya proseguir su persecucion, Gaston se volvió al punto en que había dejado á su protegida. Esta permanecía inmóvil en el mismo sitio y en la misma posicion en que aquél la había sorprendido.

Al verle aparecer solo, y sin su enemigo, miró á su alrededor con cierta inquietud, Persuadida luego de que el peligro había pàsado, sin pensar en agradecerle su caritativa intervencion, se puso à acariciar á su cabrita, hablàndola un lenguaje incomprensible para nuestro joven, no menos extraño que los gritos que antes había dejado oir. Era imposible sacar sentido alguno de aquellas incoherentes palabras.

Gaston se aproximó á aquel grupo encantador, y, dirigiéndose á la joven, dijo:

—Tranquilizaos, mi pobre niña; el hombre que os ha asustado ha desaparecido; nada teneis que temer.

Ella fijó en él sus grandes ojos negros,

y parecia querer comprender lo que la decía.

Viendo que no entendia el aleman, Gaston repitió la frase en francés, pero no obtuvo tampoco respuesta alguna. Ella articuló tan sólo algunos sonidos ininteligibles, y luego, conociendo que él tampoco la entendia, hizo un gesto de impaciencia, y, lanzándose fuera del hueco de la roca, trepó por la montaña con la ligereza de una gacela, seguida de su cabra, y desapareció en un abrir y cerrar de ojos ante las miradas del jóven extranjero.

El primer movimiento de éste fué seguirla; pero la noche se venía encima, y al refléxionar que desconocía por completo el pais, desistió de su propósito.

Sin embargo, se propuso buscar á la mañana siguiente à aquella extraña criatura, y, tomada esta resolucion, descendió hacia la orilla del lago, en busca de la barca y del batelero que debia esperarle cerca de la capilla de Guillermo Tell.

Sólo despues de sacudir violentamente al bravo montañés, que se habia dormido profundamente, logró que se despertase y cogiese los remos para regresar á Brunnen.

Durante el trayecto, hizo al batelero algunas preguntas acerca de la niña de la montaña; pero, sea que el sueño hubiera entorpecido las facultades intelectuales del buen hombre, sea que la descripcion de Gaston fuese demasiado poética para ser muy clara, lo cierto es que, al parecer, ni comprendió lo que quería ni à lo que se refería.

Sólo cuando Gaston hizo mencion de los gritos salvajes de la niña, pareció comprender y contestó:

—¡Ah! sí; ¡es la loca!

Aquellas palabras impresionaron dolorosamente al joven vizconde de la Barre.

¡Loca!... Hé aquí la explicacion de aquellos gritos, aquellos gestos extraños, aquellas palabras incoherentes, incomprensibles!...

Gaston permaneció largo tiempo sumido en las tristes reflexiones que le sugirió la respuesta del batelero. ¿Tanta belleza y tanta gracia debían ser perdidas para el mundo?... condenadas à vegetar en un estado de abyeccion y desprecio?... á languidecer en un sueño no interrumpido?...

Cuando preguntó al montañés sobre el

nombre y padres de la niña, éste no supo darle dato alguno, y como ya era bastante tarde cuando llegaron à Brunnen, el joven vizconde se vió obligado á acostarse sin ver satisfecha su curiosidad.

MISSING PAGE

Despues de algunas pruebas infructuosas, renunció á terminar el boceto. El movimiento que empezaba á notarse en el hotel le advirtió que no sólo los huéspedes se habían levantado, sino que tambien era ya hora de dedicarse á sus ocupaciones habituales; bajó, pues, al comedor y pidió el desayuno.

Mientras se lo servían, sus ojos pasaban revista á los grabados más que medianos que adornaban las paredes, embadurnadas con colores más ó menos chillones.

Aquellos grabados, colocados en modestos marcos negros, representaban los inevitables diferentes episodios de la historia de Guillermo Tell.

Había llegado en su examen al acontecimiento trágico del salto peligroso de Tell en el punto del lago de los Cuatro Cantones, en donde se elevó posteriormente la capilla que había visitado la víspera, y sus pensamientos pasaron naturalmente de allí á su aventura, cuando el fondista apareció á la puerta del comedor, para presentar sus respetos al huesped.

En cualquier otro dia el joven vizconde hubiera prescindido de aquella ceremonia;

pero esta vez entabló conversacion con cierta avidez y pronto la condujo al asunto que tanto le interesaba.

No tuvo, sin embargo, más satisfactorio resultado que había conseguido la víspera del batelero. El fondista le respondió, poco más ó ménos, en los mismos términos que aquél.

—¡Ah! El señor quiere hablar de la loca de Hüitlisberg. Es una niña salvaje, extraña, pero inofensiva, sobre todo si no se la contraría, porque en este último caso se convierte en una fiera.

—Pero, ¿quiénes son sus padres?

—No lo sé, mi buen señor... La vieja montañesa con quien vive esa niña, no puede ser su madre... todo lo más podrá ser su abuela. Además, no es del país. Hace pocos años que ha venido á este canton.

—Habeis mencionado hace poco un lugar llamado Hüitlisberg... ¿Es donde vive esa desgraciada?

—Sí, señor.

—¿A que distancia se halla de aquí?

—El pueblo, ó más bien la aldea de Hüitlisberg se halla á unas dos leguas. La vieja y la niña que deseais visitar viven en un pobre chalet aislado, situado màs allá

de la aldea, pero formando parte de la misma. Uno de mis hijos os guiará hasta el punto de la costa en donde arranca un sendero que conduce al Hüitlisberg. Es un paseo que os agradará.

Gaston aceptó la proposicion del fondista, y se puso en camino, acompañado del joven guia.

El trayecto en barca que tuvo que hacer fué menos largo que el de la víspera, y una vez en tierra firme tomó un sendero para él desconocido.

Era un camino àspero y escarpado, y como el dia estaba muy caluroso, Gaston tuvo que detenerse á menudo para tomar aliento. Pero cada alto le proporcionaba una vista admirable. El lago á sus piés, y las montañas cercanas, tomaban mil formas tan fantásticas, que estaba muy lejos de quejarse de estos forzados descansos.

El hijo del fondista era un muchacho inteligente, y se divertia con sus observaciones y ocurrencias, tan vivas como impregnadas de gracia natural.

Llegaron así á la cumbre de la montaña, desde donde el sendero continuaba à traves del bosque, alejándose del lago.

Despues de una hora de marcha descubrieron la aldea de Hüitlisberg, cuyas cabañas parecían haber sido colocadas al azar en la falda de la montaña; tan ésparcidàs se hallaban sobre el césped verde como una esmeralda.

El guía del joven vizconde le señaló un pequeño chalet colocado un poco separado de los demás, y le dijo que aquella era la morada de la loca y de la vieja monta ñesa.

No pudiendo equivocarse de camino, e vizconde propuso al joven que descansase en la aldea mientras él continuaría hasta el chalet aislado.

Indicàndole la primera cabaña, le encargó que se encontrase allí dos horas más tarde, para acompañarle á Brunnen.

Gaston se hallaba demasiado impaciente de volver à ver su aparicion de la víspera, para concederse un poco de reposo, y poniéndose inmediatamente en marcha, trepó ligero por la ràpida pendiente que le separaba del objeto de su carrera.

Al acercarse á la miserable cabaña, hirieron su oído estridentes voces de una mujer. La persona que daba aquellos gritos poco

armoniosos, parecía estar dominada por la cólera, y gritando con toda la fuerza de sus pulmones, daba redoblados golpes sobre un objeto de madera, á juzgar por el ruido que tales golpes producían, porque el autor de toda aquella batahola estaba aun invisible.

Gaston aceleró el paso, y en el momento de llegar al chalet percibió el objeto de sus pesquisas sentada sobre una piedra, á poca distancia de él. Como la víspera, se quedó absorto ante el gracioso cuadro que ofrecía la pobre niña, cuadro que el chalet le había ocultado hasta entonces.

Estaba sentada en actitud pensativa; uno de sus brazos, apoyado en sus rodillas, sostenía su fina y original cabeza. Sus ojos erraban por el espacio y tenían en aquel momento una expresion muy diferente de la víspera, porque en vez de la vehemente cólera que entonces los animaba, demostraban ahora una profunda y sombría melancolía.

Estaba vestida tan pobremente y de una manera tan fantástica como la tarde precedente, y la blanca cabrita triscaba igualmente á su lado.

Despues de haberla contemplado un instante y sin que ella notase su presencia,

Gaston iba ya à acercarse, cuando una vieja desarrapada, de repugnante aspecto y produciendo el efecto de una bruja, con sus cabellos grises extendidos al viento, se lanzó fuera de la cabaña, blandiendo un garrote, continuando los ahullidos que el joven vizconde oía desde hacía algunos momentos.

Era evidentemente la pobre niña quien había excitado la rabia de aquella furia, porque en cuanto la echó la vista encima, corrió hacia ella, y levantando el palo, gritó con todas sus fuerzas:

—¡Ah! ¡estás ahí, granuja!... ¡No oyes que te llamo! ¡Tienes tapados los oidos!... Espera... yo te los abriré.

Y juntando la accion à la palabra, se arrojó sobre la desgraciada víctima, hasta entonces inmóvil y como indiferente á los gritos de la meguera, la descargó un violento garrotazo, que Gaston, acudiendo á proteger la niña, no pudo evitar.

Pero cogiendo entonces el brazo de la furia y desprendiendo su mano que se había apoderado del pelo de la niña, consiguió, al menos, que no la hiciera más daño. La joven saltó súbitamente de su apatía desde el momento en que la vieja

la había tocado. Como una leona herida dejó oir el grito salvaje de la víspera, y saltando sobre sus pies, los ojos inyectados en sangre, respirando agitada, se hubiera arrojado seguramente sobre la meguera para hacerla pagar caro el golpe que había recibido, sin la intervencion del artista. Pero viendo que, gracias á este, la vieja no era ya de temer, su cólera se calmó tan súbitamente como había nacido, y alzando los hombros con desprecio, se volvió á sentar en el mismo puesto fijando sus negros ojos á su defensor.

La vieja, por su parte, se quedó sorprendida de verse inopinadamente sujeta, y por los brazos de un ser que le era completamente extraño.

Si el traje de este último no le hubiera revelado al hombre de distincion, se habría vengado de su forzada dinaccion descargando una nube de invectivas contra el que se atrevía á interponerse entre ella y la que llamaba su hija.

Pero al verse frente á un joven elegante, le faltó el valor, y pasado el primer momento de estupor, cambió como por encanto la expresion de su semblante, reem-

plazando una obsequiosa sonrisa la repugnante contraccion de sus coléricas facciones.

Inclinàndose delante de Gaston, balbuceó:

—Perdonad, señor, no os había visto... Sin eso no hubiera castigado á esa perezosa que no me ayuda en nada, empleando su tiempo en ver volar las cornejas.

¡Idiota!... ¿No me oyes?... ¿Te moverás de una vez?

La misma expresion de odio volvió à aparecer en el rostro de la vieja furia, acercándose de nuevo á la pobre nina amenazándola.

Pero Gaston, interviniendo por segunda vez, la arrojó una moneda de oro, intimándola que se retirase y no atormentase màs á la pobre niña.

A la vista del oro, la vieja se apoderó de la moneda como de una presa, y quiso besar las manos del vizconde para demostrarle su reconocimiento; pero éste retiró su mano con disgusto y la hizo señal de que se alejase, lo que ella ejecutó por fin, pero no sin murmurar mil bendiciones y acciones de gracias.

III

Ilona.

En cuanto la odiosa vieja desapareció detrás de la puerta de la cabaña, Gaston se volvió hacia la joven y la tendió su mano.

Pero ella había vuelto à caer en el estado de apatía y de indiferencia en el que Gaston la había encontrado; y aunque le miraba con benevolencia y pareció reconocer al que en el espacio de veinticuatro horas la había preservado de malos tratamientos, no respondió á su saludo.

Sin embargo, le dejó sentarse á su lado, cogerla una mano que no trató de retirar, y mirarla á todo su placer.

Un secreto instinto decía à la desgraciada criatura, que era un amigo, un defensor, quien se acercaba à ella; y por él abandoné su habitual redeza sin conocer que así daba una prueba de simpatía excepcional.

Y hasta la cabrita blanca, tan sorprendida como su ama de ver á un extraño, dejó un momento de pacer, y haciendo oir un dulce balido, se acercó á su nuevo amigo olfateándole con verdadera curiosidad. Gaston la hizo algunas caricias, que el animalito recibió muy bien; luego, tranquila al parecer del resultado de su examen, se escapó saltando de roca en roca, volviendo à pacer tranquilamente.

Dirigiéndose entonces á la joven, Gaston la preguntó en aleman:

—¿Esa vieja os maltrata á menudo, mi pobre niña?

Esta pareció prestar atencion para entender lo que decía; pero no comprendiéndole, sacudió la cabeza con impaciencia, y no respondió nada.

Gaston, tratando de imitar el dialecto de aquel canton, que es una mezcla de francés y aleman, repitió su pregunta. Esta vez consiguió un gran éxito, porque la niña respondió inmediatamente en el mismo dialecto, con un sonido de voz dulce y melodioso que contrastaba de una manera extraña con sus gritos salvajes.

—Sí, sí,—dijo,—ella me pega á menudo,

pero yo me quedo atrás.

Y al hablar así sus ojos tomaron una feroz expresion.

Gaston no pudo menos de suspirar profundamente al pensar en la existencia que ebía llevar aquella pobre niña tan bella y tan interesante.

Habiendo descubierto el medio de hacerse comprender, continuó su interrogatorio.

—¿Y esa anciana, qué es vuestra? ¿Es una pariente? ¿Vuestra abuela, tal vez?

—¡Oh! no, no,—exclamó la niña indignada. —Es decir, no lo creo,—añadió con acento indeciso.

—¿Sabeis, al menos, desde cuándo os hallais bajo su tutela y habeis venido al país?

La joven pareció un poco cortada á esta pregunta, y apoyando la mano sobre la frente, como para reunir sus ideas, pareció reflexionar seriamente. Pero varias veces interrumpió sus prolongadas reflexiones para murmurar algunas frases ininteligibles, mientras que sus miradas tenían una fijeza extraña. Había tal vez recaido en uno de esos accesos de desarreglo mental de que hablaban las gentes del país.

Hasta entonces sus respuestas habían

sido perfectamente claras y razonabl s; pero ¿habría el vizconde tocado por casualidad una cuerda demasiado sensible de aquella inteligencia tan débil y tan delicada?

Su corazon se oprimió dolorosamente à tal idea, y en su impaciencia de ver disipados sus temores, creyó no poder esperar el momento en que aquella desventurada saliese de su ensimismamiento.

Por fin alzó la cabeza y Gastón vió entonces que su lindo rostro estaba impregnado de una violenta emocion. Su semblante se hallaba encendido, y algunas lágrimas corrían á lo largo de sus flacas mejillas.

—¡No sé qué contestaros!—dijo con aire desolado y tocándose su frente.—Tnego aquí alguna cosa que me impide recordar. Creo, sin embargo, que hace mucho tiempo que me hallo aquí.

Estas palabras, que confirmaban en parte las aserciones que corrían respecto á la pobre niña, calmaron, sin embargo, las inquietudes de Gaston, probándole que tal vez habría de curar aquella organizacion enferma.

Lleno de compasion, Gastón tomó la mano

de la joven entre las suyas, y estrechàndosela dulcemente al mismo tiempo que admiraba su finura, la dijo:

—No os agiteis, pobre niña; tal vez en otra ocasion recordeis vuestro pasado. Además, sólo os pregunto por vuestro interés y no por mera curiosidad. Quisiera ayudaros, hija mía, porque me parece que sois muy desgraciada con esa vieja magera.

La joven suspiró profundamente, como para asentir à las palabras de Gaston. Luego se estableció un largo silencio entre ella y su nuevo amigo, durante el cual éste no podia separar sus ojos de aquella fisonomía tan interesante como bella.

—¿Cómo os llamais?

—*Ella* me llama Ana,—contestó con cierta especie de desprecio;—pero ese no es mi nombre.

—¡Cómo! ¿Qué no es ese vuestro nombre? ¿Pues cuál es, entonces?

Ella no respondió, y el malicioso gesto que apareció en sus labios pareció indicar su resolucion de no instruir al vizconde respecto á este particular.

—¿No quereis responder?—repuso Gaston. —¿No conoceis que deseo ser vuestro amigo,

vuestro protector? ¿Necesito repetiros que mis preguntas no tienen màs objeto que desearos hacer bien, y que no sabría abusar de vuestra confianza?

La joven fijó una furtiva y tímida mirada sobre el vizconde, como para sondear una vez más su fisonomía y convencerse que no había peligro en confiarse à él.

—Veamos, querida niña,—dijo Gaston sonriéndose,—¿cómo debo llamaros?... Ana? como los demás?...

—¡No! ¡no!—exclamó ella.—Es... es...—y bajando la cabeza con aire confuso y vacilante, dijo con tan ligero acento que Gaston apenas pudo percibir el sonido de estas palabras:—es Ilona como yo quisiera que me llamáseis.

—¿Ilona, decís?... Jamàs he oido semejante nombre.

—¡Y sin embargo, es el mio!—dijo la joven alzando la frente con dignidad y orgullo.—¿No os parece bonito tal vez?

—Me parece encantador, por el contrario; pero tan original, que no puedo menos de preguntaros si os acordais de haber sido llamada así antes de vuestra venida à estas montañas...

—¡Ciertamente que sí!—respondió la niña sin la menor vacilacion.

—¿No sería un efecto de vuestra imaginacion lo que os haría creer en la existencia real de este nombre?

—No os comprendo. Solo sé que me llamaban Ilona, y no de otra manera,—contestó dando con el pie en el suelo con cólera.

—¡Vamos, no os incomodeis, Ilona! ¡Os prometo no dudar ya, y aprovecharme siempre del privilegio que me concedeis de llamaros así!... Seamos buenos amigos y decidme ahora cuál es vuestro segundo nombre, el nombre de familia, el apellido.

—¡Nombre de familia! ¡apellido! Y eso ¿qué es?

—Toda persona que forma parte de la sociedad civilizada posee dos nombres: el de bautismo y el de la familia á que pertenece Así, yo me llamo Gaston, lo que equivale al vuestro, *Ilona,* y además La Barre, que es el apellido de mi padre... ¿Como se llamaban los vuestros?

—¡Mis padres!.. ¡Mi apellido!.. ¡No lo sé! ¡Quisiera poderos contestar; pero ¡ay! ignoro todo cuanto se refiere á mi pasado!

¡Tan sólo me parece que era en otra parte que no aquí donde me llamaban Ilona!... Sí, sí,—añadió pareciendo reflexionar profundamente:—¡allí no había montañas! ¡No había ni lago, ni bosques, ni rocas; nada más que una inmensa llanura que se extendía hasta perderse la vista! ¡Y luego una casa grande, más grande que el Gran Hotel de Lucerna, y mucha gente, caballos, carruajes... ¡y yo iba sentada en uno de estos carruajes!...

Y como si el cuadro que ella evocaba hubiera desligado su memoria, se puso á cantar, primero dulcemente y luego con voz más fuerte, una extraña balada en idioma que parecía ser el mismo de sus palabras de la víspera. Era evidentemente un canto nacional de una melodía original y melancólica, mezclado de gritos casi salvajes y decadencias, ya lentas, ya animadas.

La fisonomía móvil de la joven seguía todos las fases de aquel variado canto, y los sentimientos màs diversos se reflejaban sobre sus regulares facciones. ¡Desde la melancolía más profunda hasta la màs loca alegría; desde la ternura más dulce hasta la rabia y la desesperacion!

Gaston la contemplaba con sorpresa, pre-

guntándose con el más vivo interés, con la más creciente compasion, si todo lo que oía, todo lo que veía, no eran más que las alucilaciones de una organizacion enferma, fragmentos de una imaginaria leyenda, ó si era sencillamente la verdad.

Terminado el canto, la niña quedó sumida en sus reflexiones, sin que al parecer notase la presencia del joven extranjero.

Este se levantó entonces y dirigiéndose á la cabaña, resolvió, á pesar del disgusto que le inspiraba la vieja, tratar de saber por ella algunos detalles respecto à la desgraciada niña. Le parecía imposible contentarse con los raros recuerdos de ésta, y al menos quería persuadirse de que realmente eran recuerdos.

IV

Indicios.

La vieja montañesa recibió con repugnancia al joven extranjero, y éste quiso aprovecharse de la buena impresion que había producido su moneda de diez francos.

Pero desde sus primeras preguntas respecto á la pobre niña, la vieja le miró con aire sospechoso y pareció querer interrumpir toda pregunta por algunos monosílabos insignificantes, así como por la afirmacion hecha con voz seca de que la niña era su sobrina, hija de una hermana menor, muerta al darla á luz.

El vizconde se quedó al pronto parado por aquella respuesta, que nada tenía de inverosímil. Pero una conviccion interior é irresistib'e, así como el recuerdo de lo que acababa de oir de boca de la niña, le

decían que la horrible vieja le ocultaba la verdad.

Queriendo, en todo caso, hacer una nueva tentativa, dijo alazar y con acento terminante:

—¡No hay nada de verdad en lo que decís!

La vieja palideció á estas palabras y balbuceó temblando:

—¡Pero, señor, no sé lo que quereis...!

—¡Sé lo bastante para repetiros que mentís! Confesad, pues, la verdad, y os doy mi palabra de honor de que no se os hará mal alguno. Aquí teneis otra pieza de veinte francos,—añadió mostràndosela;—será el precio de vuestra confidencia.

A la vista del oro, la innoble criatura sufrió un terrible combate en su alma; murmuraba palabras ininteligibles; varias veces Gaston creyó que iba á hablar; luego ella se detenía de nuevo, como si temiese alguna terrible consecuencia.

Sin embargo, cuanto màs evidente era su vacilacion, tanto màs el vizconde sentía aumentar su interés en penetrar aquel misterio. Si la niña le pertenecía por los lazos de la sangre, ¿por qué vacilaba en confesarlo?

El temor de ver desaparecer aquel oro, objeto de su avaricia, ganó la victoria en el alma de la vieja. Pero, queriendo aun persuadirse de que las intenciones del joven no le eran hostiles, le preguntó desde luego:

—¿Si el señor quisiere decirme de donde procede ese extraordinario interés por una *desconocida?* Porque no la habeis visto hasta ahora...

—No. ¡Si la conociese, si supiese cuál es su origen, no vendría á preguntároslo!... ¡Os juro, además, que sólo la piedad que me inspira esa infeliz es lo que me hace desear saber cómo os ha sido confiada y quiénes son sus padres!

—¡Oh! en cuanto á sus padres no los conozco ni sé absolutamente nada de ellos.

—¡Cómo!... ¿No sabeis nada?... Procurad no añadir una segunda mentira à la que acabais de pronunciar... ¡Os aseguro que perderíais en ello, porque mi intencion era haceros participar de los beneficios que pensaba dispensar á esa desgraciada!...

—¡Ah, señor... es la pura verdad!... ¡os lo juro!—exclamó ella con voz lacrimosa y juntando las manos en ademàn supli-

cante!—Sé que no tratais de perjudicarme, si me aprovecho de vuestra generosidad!... ¡Soy una pobre mujer que no tiene con que vivir... y con esa muchacha á mi cargo!... Si el señor quiere preguntarme, responderé como mejor sepa, que no será gran cosa...

—¿Esa niña, es pariente vuestra?

—No, señor.

—¿Y afirmais que nada sabeis de su origen?

—Nada, señor; nada absolutamente, os lo repito.

—Pero, ¿no podreis decirme dónde se encuentran sus padres, aunque ignoreis su nombre?

—No, señor, os juro que no sé nada respecto al nacimiento de esa niña ni de su familia.

La vieja hablaba esta vez con el acento de la verdad; el vizconde se vió obligado á resignarse, y prosiguió su interrogatorio.

—¿Por quién os ha sido confiada?

—Por un extranjero, à quien no he vuelto à ver más?

—¿No es, pues, de este país?

—No creo que lo sea... pero nada sé de cierto.

—Pretendeis ignorar à quien pertenece

esa niña y al mismo tiempo temeis una indiscrecion por mi parte.

¿Con quién habeís contraido el compromiso de callar?

La vieja pareció alarmarse á esta pregunta, y vacilaba en contestar.

El vizconde resolvió desligarle la lengua y poniendo una segunda pieza de oro al lado de la primera, le dijo:

—¿Veís este oro? Pues bien, ¡vuestro es si consentís en hacerme la relacion, pero relacion detallada, de la manera con que esa niña fué puesta en vuestras manos. Pero no admito ninguna reticencia, ninguna ambigüedad. Quiero saber la verdad pura y exacta.

Estas palabras, pronunciadas con voz firme y decidida, parecieron ejercer tanta impresion sobre la vieja como la vista de los cuarenta francos que brillaban ante sus ojos, y de los que no podía separar su oblícua mirada.

Gaston la oyó murmurar algunas palabras como si se consultase á sí misma.

—¡Cuarenta francos!... ¡Qué buena fortuna!... ¡Y cómo me ayudaría ésto! ¡Pero si el Rojo llegase á saber que he ha-

blado!... ¡Me pegaría, seguramente!... ¡No sería la primera vez, es cierto!... ¡Y luego que no sabe dónde poner la niña!... Sin ésto, hace tiempo... ¡Y la verdad es que hace màs de un año que no veo sino los miserables y ¡poco sueldos que él quiere darme.!...

Por fin, decidiéndose, habló en estos términos:

—Hace cosa de cinco años... sí, sí, ese tiempo hará—dijo contando por los dedos; —mi vaca negra vivía aun y hace cuatro años que ha muerto cayendo en un precipicio... Os decía, pues, caballero, que hace cinco años me hallaba yo una noche sentada en esta misma cabaña, ocupada en hacer media á la luz de una candela, rezando al mismo tiempo mis oraciones, porque un terrible huracan se había desencadenado en la montaña, á consecuencia de una violenta tempestad que descargó su furia aquella tarde.

A cada ráfaga creía ver derribada mi miserable cabaña, y me moría de miedo. Estábamos entonces à fines de julio, pero no sabré deciros el día exactamente... ¡Os juro, señor, que no me acuerdo!—dijo fijando sus

ojos en el vizconde como queriendo excusarse.

El joven la hizo señal de que continuase, y ella prosiguió así su relato:

—En medio del horrible fragor de la tormenta, creí distinguir de pronto voces humanas que se aproximaban á la cabaña. Un instante despues llamaron á mi puerta con repetidos golpes. Aunque yo era una pobre mujer, tuve miedo pensando fuesen ladrones, y vacilaba en abrir á una hora tan avanzada, cuando reconocí la voz de mi sobrino Juan Jacobo, á quien las gentes del país llaman *el Rojo*, à causa del color de sus cabellos.

Gritaba que abriese, y cuando descorrí presurosa el cerrojo para que entrase, ví con gran sorpresa que no estaba solo. Un hombre de alta estatura, y cuyas facciones estaban enteramente ocultas por las anchas alas de su sombrero, encasquetado hasta las cejas, le seguía.

Los dos llevaban un bulto envuelto en una gran capa, y lo dejaron en ese banco de madera que veis ahí. Mi sobrino y el extranjero cambiaron algunas palabras en voz baja, y el primero, volviéndose á mí, me preguntó si consentía en encargarme

durante algun tiempo de una criatura que aquel extranjero acababa de hallar abandonada en el camino real. Yendo de viaje, y sólo, no podía llevarla con él en aquel momento.

Mi sobrino añadió, entregàndome una cantidad, bien módica por cierto, os lo aseguro, que aquel señor se encargaba igualmente de proveer à la manutencion de aquella infeliz criatura.

Yo era una pobre mujer, lo mismo que soy ahora, y no viendo, por otra parte, en lo que se me pedía, màs que una obra de caridad, consentí en lo que deseaban. El extranjero, que hasta entonces no había pronunciado una sola palabra, descubrió una niña como de nueve años, que llevaba oculta bajo la capa y que dormía tranquilamente.

Despues de habèrmela entregado, se alejó acompañado de mi sobrino. Esta es, señor, la verdad de lo que pasó en aquella época.

La vieja montañesa, creyendo entonces haber ganado sus cuarenta francos, iba á apoderarse de ellos sin esperar el permiso del joven vizconde; pero éste, deteniendo

su codiciosa mano, le dijo:

—¡Un instante!... ¿No tenéis idea alguna ni del nombre de esa niña, ni de la posicion social de sus padres?

—¡No, señor!

—¿Pues cómo han hecho llegar á vuestro poder el dinero que debíais recibir para su manutencion y sostenimiento?

—El Rojo bajaba todos los años á Lucerna, en la misma época que correspondía à la llegada de la niña, à buscar el dinero, que segun parece se hallaba depositado en casa de un banquero.

—¿Y era considerable esa suma?

—¡Oh, no señor! Es decir, el primer año sí... porque entonces fueron quinientos francos; pero desde el segundo año no he recibido màs que doscientos en cada uno, y hace más de un año que nada se me paga, y sin embargo, ¡esa holgazana crece y come como un sabañon!—exclamó la vieja rechinando los dientes y mostrando el puño hacia el lado en que debía hallarse la chiquilla.

Gaston interrumpió aquel acceso de rabia, preguntándole:

—¿Estais segura de la probidad de vuestro sobrino?

—¡Oh! ¡que no! ¡muy lejos de eso!... ¿Pero qué hacerle? Un dia traté de seguirle ocultamente cuando se dirigía á casa del banquero de Lucerna... Averiguado de este modo donde vivía, fuí al año siguiente, en la época del pago, á donde ellos llaman, yo creo, la caja. Sin embargo, á pesar de que les dije que era *yo* quien cuidaba à la niña, que era *yo sola* quien debía recibir el dinero destinado á su sostenimiento, me contestaron que no tenían que pagarme nada, ni nada que tratar conmigo.

¡Yo me incomodè formalmente, y me echaron à la calle! ¡Parece que tambien se quejaron al Rojo, ó que se enteró de otro modo de lo que yo había hecho, porque en esta ocasion me sacudió de firme!

—La niña, ¿estaba vestida como gente del pueblo cuando os la entregaron?

—No; sus vestiditos indicaban, seguramente, una posision más elevada.

—Su ropa ¿no tenía alguna marca ó cifra cualquiera?

—Habían quitado ó arrancado visiblemente las marcas, porque la ropa se hallaba rota ó cortada en el sitio de la cifra... Sin embargo, yo he descubierto algunas trazas...

Pero,—añadió yendo á una caja de madera colocada en un rincon del cuarto y sacando un pañuelito de fina batista,—¡mirad! ¡Este es el único objeto que me queda del primer traje de la niña! Lo he conservado precisamente porque existen en él algunas señales de una cifra... Aquí... en esta punta, señor.

Y mostró al vizconde algunos hilos blancos, que sin duda no habían tenido tiempo de arrancar.

Gaston se apoderó del pañuelito con cierta emocion é inclinándose hácia la ventana del chalet para ver mejor, descubrió los restos imperceptibles de una letra que podía ser una I. ó una S. La segunda letra estaba perfectamente intacta, y era sin duda alguna I.

Encima de la cifra se hallaba un rasgon, como si se hubiera querido arrancar con violencia aquel indicio del origen de la niña; pero sin embargo, quedaban algunas trazas de puntos, como si hubiera otra marca además de las dos letras...

¿Sería una corona?... Gaston no quiso admitir esta suposicion inverosímil, tanto más que el pañuelo había sido lavado y la batista podía haber sido pisada en aquella parte.

Mientras examinaba con atencion aquel único recuerdo de la pobre niña abandonada, la vieja le dijo:

—¡Muchas veces he pensado vender este pañuelito, por el que me hubiera sacado seguramente dos ó tres francos; pero siempre me ha detenido la idea de que esto podría servir para reconocerla algun día.

—¿Y nunca ha venido nadie á informarse de esa infeliz?

—No, señor.

—¿Podríais reconocer al hombre que acompañaba á vuestro sobrino?

—¡Oh! no, señor; ¡imposible!... ¡No he visto sus facciones ni oido el sonido de su voz!...

—¿No os ha hecho trasmitir ninguna orden, expresar algun deseo relativamente á la instruccion de la niña, por ejemplo, à la religion?

—No, señor, no me han dicho nada respecto à eso. Además,—añadió,—esa chiquilla es incapaz de aprender nada, porque es un poco loca.

—¡Loca!... ¿Es eso verdad?

—¡Oh! seguramente, señor; ¿no lo habeis notado al momento?

—¿Y desde cuando está así?

—Nunca la he visto diferente de lo que es hoy. Empezó por estar peligrosamente enferma de una violenta fiebre con delirio, y ésto desde la primera noche que pasó bajo este techo. Creo que ya estaba enferma cuando la trajo aquel hombre; al ménos su sueño de entonces me pareció extraordinario; no había medio de despertarla, y sólo fué interrumpido por el delirio.

Estuvo enferma durante algunas semanas y el médico que trajo mi sobrino declaró que era una fiebre... una fiebre... á fé mía, que no recuerdo el nombre que le dió.

—Una fiebre cerebral, ¿no es eso?—le indicó el vizconde.

—¡Sí, sí, eso es lo que dijo!... Cuando por fin se halló en estado de poder andar y salir, se repuso bastante pronto; pero al momento noté que alguna cosa le faltaba *aquí*,—añadió la vieja designando la frente.—Es una niña intratable, violenta, y que me dá muchos malos ratos, os lo aseguro, señor.

Gaston suspiró involuntariamente, pero sin contestar á la última observacion de la vieja.

Conservaba siempre en la mano el pañuelito de batista, y tendiendo á la montañesa

las piezas de oro que había ganado, dijo:

—¿En cuánto me venderéis este pañuelo?

—Ya veis, señor, yo no he querido deshacerme de él hasta ahora, por miedo de perder esta única prueba de la identidad de la niña... ¡Aunque tuviese necesidad de dinero no le entregaría más que en interés de la chiquilla!

—Y yo no deseo poseer este pañuelo màs que para tratar de descubrir, tal vez, con ayuda de este indicio, los padres de esa desventurada niña, que me inspira la piedad más sincera.

Podeis, pues, tener tranquila vuestra conciencia en esto... Tomad otros veinte francos, que es veinte veces más de lo que obtendríais si tratáseis de vender, á quien quiera que fuese, este pañuelo roto. ¡Os aconsejo que acepteis el trato que os propongo!

Esta vez la vieja tampoco supo resistir à la vista del brillante metal que se le ponía delante de los ojos, y despues de una corta vacilacion cedió el tan codiciado pañuelito al vizconde, que le ocultó en el pecho.

Pero apenas quedó terminado el arreglo,

la vieja, acometida de un terror súbito, exclamó:

—¡Señor!.. ¿no habreis venido á quitàrmela? ¿No es con ese objeto por lo que me haceis tantas preguntas?

—No tal,—respondió Gaston alzándose de hombros:—debo repetiros que ayer he visto por primera vez esa niña y que no la conocía ántes de ahora.

Tranquila de nuevo por las palabras de Gaston, la montañesa no resistió màs que en una última pregunta que él la dirigió.

Tratábase de saber el nombre y la direccion del banquero encargado de pagar la pension de la nina.

A esta pregunta, fijó sobre él una mirada socarrona y maliciosa, y respondió por fin que no recordaba el nombre, que creía que hacía largo tiempo que había abandonado al Lucerna, mil subterfugios de este género que probaban, que sospechando evidentemente quería el vizconde quitarla su ganancia, había resuelto no decir la verdad.

Aunque el joven se hallase muy contrariado de impaciente por no poder obtener aquel informe, precisamente el más imporatnte, porque hubiérale servido para des-

cubrir el país, la nacionalidad, y tal vez el nombre de los padres de la niña, se vió obligado à abandonar la cuestion por aquel momento.

Era preciso, ante todo, asegurar à la vieja é inspirarla confianza respecto à sus intenciones; otra vez sería más afortunado.

V

El Rojo.

Terminada la conversacion, Gaston preguntó à la montañesa si podría servirle una taza de leche y queso, porque, á pesar del interés de sus investigaciones, la naturaleza reclamaba sus derechos, recordándole que no había tomado nada aquella mañana.

La montañesa le contestó que todo lo que había en casa estaba à su disposicion y púsose al momento á prepararle su frugal almuerzo.

En medio de su trabajo salió fuera de la cabaña, delante de la que el vizconde, pensando en lo que acababa de oir, esperaba el fin de sus preparativos.

La vieja empezó llamar á voces de la niña, que había abandonado su puesto.

Acom tido el joven de una idea súbita

detuvo á la vieja que iba á lanzarse en busca de ella, diciéndola que él se encargaba de traerla.

Dirigiéndose entonces hácia una pequeña elevacion del terreno que se hallaba detrás del chalet, y desde donde se dominaba la montaña, dejó errar sus miradas pero sin conseguir descubrir la fantástica silueta de la joven.

Poniéndose entonces las manos en forma de bocina, gritó:

—¡Ilona...! ¡Ilona...!

Apenas repitió este nombre dos ó tres veces, vió aparecer á la pobre niña à quien llamaba, á distancia de unos cien pasos. Una nueva emocion se pitaba en su rostro. Estaba muy encendida y jadeante, apoyando una de sus manos en el corazon, cual si quisiera comprimir sus latidos.

Gaston, yendo á su encuentro, la dijo sonriéndose:

—Ilona, soy yo quien os ha llamado; ¿quereis venir junto á esa anciana, que os llama con urgencia?

—¡Ah...! ¿erais vos—dijo ella calmándose poco á poco, y obedeciéndose esta vez sin resistencia á la llamada de su te-

rrible madre adoptiva, á la que ayudó à servir al joven extranjero.

Pero este, mirando el reloj, vió que había pasado la hora de su cita con el guia, y almorzando apresuradamente y pagando expléndidamente con gran satisfaccion de la vieja, salió de la cabaña, rogando á su pequeña protegida le acompañase hasta el pueblo.

Su repugnante huéspeda pareció alarmarse de aquella peticion, pero no se atrevió á oponerse á ella, aunque el interés tan marcado del joven extranjero por una niña cubierta de harapos, le daba mucho que pensar.

El temor de perder el nuevo manantial de ganancia que parecia ofrecerse á ella, dominó, sin embargo, toda otra inquietud; y Gaston adivinando sus terrores secretos, la dijo riéndose que podía facilmente verlos desde la puerta de la cabaña.

Y prometiéndola otra visita en la siguiente mañana, se puso en camino acompañado de la joven.

Conforme iban andando. Gaston dijo á esta:

—¿Sabeis, querida niña, que pienso volver á veros? ¿Os agrada?

La niña solo contestó con una señal afirmativa, y Gaston continuó:

—¿Me permitís que siempre os llame Ilona?

—¡Oh! ¡sí, sí!—contestó con ojos brillantes de alegría.

—¿Tan dulce es para vos ese nombre?

—¡Oh! que sí... Es como una deliciosa música que acaricia mis oidos.

—Pues entonces, ¿por qué no os haceis llamar así por la vieja montañesa?

—*¡Ella!*... ¡oh!... ¡no!—exclamó, mientras que una expresion de odio trastornaba sus facciones.—*¡No quiero* absolutamente que *ella* pronuncie ese nombre! ¡Además, que ella no sabe nada de ese nombre de *otro tiempo!*

Y al pronunciar estas palabras: *otro tiempo,* sus ojos se llenaron de làgrimas.

¡Pobre niña! Cuanto más la miraba Gaston, más atraido se sentía hacia ella por un iman irresistible.

—¿Os sentís muy desgraciada, mi pobre Ilona?—la preguntó.

—¡Oh!—dijo ella con un súbito arranque de desesperacion y retorciéndose las manos.—Me siento aislada... desgraciada desde hace algun tiempo!... Antes de eso... no

sé como esplicar lo que esperimentaba... pero todo me era indiferente... no pensaba en nada... y no me *acordaba*... Alguna cosa *aquí*,—añadió señalando la frente con un dedo,—estaba como cerrada á todo pensamiento... y cada asomo de idea me hacía sufrir!... ¡Experimento más raramente ahora esta extraña sensacion, pero en cambio, me voy poniendo más triste à medida que voy reflexionando màs...!

¿Sería posible que esta niña que ahora se explicaba tan fàcil y tan claramente, estuviese aun bajo el golpe de una alienacion mental?

Esto era lo que Gaston se preguntaba el escuchar à la pobre niña Lo que ella decía, así como lo que había oido contar de ella à la vieja, probaba evidentemente que su inteligencia había sido trastornada con violencia por algun choque moral; puede ser tambien por algun otro infame medio, tal como un brevaje de naturaleza deleterea, y que no hubiera tenido el apetecido resultado.

La grave enfermedad de la niña cuando llegó al chalet, hacia pensar à Gaston en algun crimen de este género.

Mientras reflexionaba en esta hipótesis, esperando al mismo tiempo que todo peligro de desarreglo mental se disiparía poco á poco, la pobre niña, como para desvanecer sus esperanzas, se detuvo de repente, lanzando el mismo grito de rabia salvaje que la había oido ya dos veces.

Siguiendo entonces la direccion de las furiosas miradas de la joven, notó que habían llegado à la aldea y que su guia de por la mañana le esperaba á algunos pasos de allí, delante de la primera cabaña del pueblo.

Pero no se encontraba solo; el hombre que en la víspera había excitado tan violentamente la cólera de la pobre niña por sus crueles tormentos, estaba hablando con el hijo del posadero de Brunnen.

En cuanto vió que se acercaban el joven extranjero y la niña, saludó profundamente al primero miràndole con aire inquieto y envió á la pequeña un beso volado con una burlona sonrisa.

Pero ésta, que desde luego había quedado como petrificada à su vista, lanzó un segundo grito de cólera à aquel gesto de una ternura tan familiar como irónica, y

huyó con tal rapidez que el vizconde no tuvo tiempo para detenerla ni para decirla una palabra de despedida.

Suspiró á esta nueva prueba de la violencia del caràcter de la desgraciada niña, pero al mismo tiempo no pudo dominar un movimiento de impaciencia y aun de repulsion hacia el indivíduo á quien veía por segunda vez atormentar así á la pobre espósita.

Por eso apenas le concedió una mirada, á pesar del deseo evidente del montañés de entablar conversacion.

Haciendo señal à su guia de que le siguiese, continuó su camino.

Sin embargo había visto lo bastante de la fisonomía de aquel hombre de roja cabellera, para adivinar; en su repugnante semejanza con la meguera del chalet, que era el sobrino de que ella le había hablado. La misma mirada dura y sesgada, la misma expresion baja y serval. El color de sus cabellos le designaba además como el Rojo.

En cuanto Gaston se vió fuera del alcance de la voz del montañés, preguntó á su guía como se llamaba aquel hombre.

—Es Juan Jacobo Malet,—dijo el guía,—y la gente del país le ha puesto el apodo de el Rojo; es un sujeto muy mal afamado.

—¿No es sobrino de la vieja mujer del chalet que està allá arriba?

—Sí, señor. Estaba muy sorprendido y hasta inquieto, al parecer, de veros hablar con su tía. Me ha hecho mil preguntas sobre vuestro nombre, vuestra posicion, y especialmente sobre la razon y el objeto de vuestra permanencia aquí. Ya me iba fastidiando, cuando habeis aparecido.

—Està bien. Si vuelve à la carga, respondedle que venga à preguntarme à mí cuanto desee saber sobre mi cuenta yo sabré quitarle las ganas de preguntar.

VI

Gaston de la Barre

Aquella noche Gaston se retiró mucho más impresionado y preocupado de la abandonada niña que la víspera. Todo cuanto había sabido respecto de ella, le inspiraba no solo el más vivo interés, sino que además despertaba en él un irresistible deseo de desgarrar el velo que parecía cubrir la historia de la desgraciada víctima, y ésto á pesar de que los informes obtenidos no eran más que fragmentos interrumpidos de un pasado tan lúgubre acaso como envuelto en espesas tinieblas.

En vano su razon le aconsejaba que no se inmiscuyese inútilmente en una historia cuyas apariencias no prometían nada de honroso, y que abandonase á su suerte á aquella niña que le era extraña.

Su corazon permanecía sordo á estos

consejos, y el encanto irresistible que sobre él ejercía la pobre pastorcilla de Histlisberg, era màs poderoso que todas las advertencias que podía sugerirle su razon.

Este naciente interés llegaba tambien en una época de la existencia del joven vizconde, en que su corazon experimentaba un profundo desencanto, por no decir un vacío absoluto.

Gaston, huérfano de padre y madre desde su más tierna infancia, fué confiado á los cuidados de una tía, hermana de su padre.

La baronesa de Kercadet, así se llamaba esta señora, viuda y sin hijos, concentró desde luego todas sus afecciones sobre su sobrino, de edad de tres años en aquella época.

La baronesa era una de esas naturalezas tan buenas y afectuosas como débiles de cuerpo y espíritu. Su blando y tierno corazon se consagró apasionadamente á la débil criatura que una triste suerte entregaba en sus manos.

Cuidó á Gaston con un amor, una abnegacion tan ilimitados, como desprovistos de todo discernimiento. El niño fué su ídolo, su tirano, y evidentemente se habría resen-

tido de una manera deplorable de la educacion que ella le hubiera dado, si su tutor, el conde de Loudeac no hubiese remediado este peligro.

Dirigió no solo los primeros estudios y el género de vida de Gaston, tanto como lo admitía la ciega ternura de la baronesa y le colocó en un excelente colegio de París, en cuanto la edad de su pupilo se lo permitió.

La baronesa de Kercadet no perdonó jamás al conde de Loudeac el que le hubiese quitado al niño objeto de toda su solicitud y afeccion, y sobre todo el habérselo quitado para darle una educacion *villana*, ésta era su frase, y para exponerle á toda clase de peligros.

Su imaginacion le veía sucumbiendo à las enfermedades que ganaría por falta de cuidados ó por los golpes que sus innobles camaradas se *atreverían* à darle *á él*, á este querido niño que tenía puesto en las niñas de sus ojos.

Todo cuanto la naturaleza timorata de la baronesa podía experimentar de resentimientos, se concentró desde entonces sobre la persona del conde de Loudeac, y este

sentimiento fué tanto más profundo, cuanto que ella no se atrevía á demostrarlo abiertamente, porque el conde le inspiraba al mismo tiempo el miedo más grande en el mundo.

Sus tristes presentimientos respecto á los inevitables resultados de la educacion *bárbara* dada á su sobrino, no se realizaron felizmente en manera alguna.

El joven Gaston, muy al contrario, prosperaba à ojos vistos, fortaleciéndose en su físico, y en cuanto à lo moral, haciendo rápidos progresos en sus estudios, satisfaciendo á sus profesores y dejando á un lado algunas calaveradas de colegial, no haciéndose censurable por ningun concepto.

La baronesa de Kercadet no podía menos de rendirse á la evidencia, pero jamás se la pudo convencer de que la educacion del colegio había contribuido principalmente al desarrollo de las cualidades de su sobrino.

El gozo de su corazon era inmenso al verle tan perfecto y le admiraba, hasta el punto de hacer de él un semi-dios; pero al mismo tiempo decía que gracias á sus fervientes oraciones, dirigidas al cielo para que aquel querido niño fuese preservado de los innumerables peligros que sabía le

rodearon durante tan larga separacion, se había salvado casi milagrosamente.

El conde de Loudeac alzaba los hombros, de piedad, al oir á aquella exelente mujer; pero como toda discusion sobre el asunto no hacía más que envenenar los injustos sentimientos de la baronesa respecto al tutor de su sobrino, éste evitaba con cuidado toda alusion á sus opiniones sobre educacion, prosiguiendo con firmeza en el plan que había decidida para Gaston.

La baronesa de Kercadet era sinceramente piadosa; y aunque esta piedad no estuviese exenta de pràcticas fueriles y hasta de supersticiones, consecuencias naturales de su carácter tímido y débil, su vida entera estaba consagrada à las buenas obras.

Su delicada salud no le permitía salir de su castillo de Bretaña, y ademàs sus ideas aristocràticas padecían mucho por el estado social actual de Francia. En su última estancia en París se había visto muy ofendida en sus opiniones absolutistas, en sus gustos y sus miras que databan del siglo pasado para desear volver á la capital.

Encerrada, por consiguiente, no solo en sus dominios, sino hasta en sus cuatro pa-

redes, y ésto durante una gran parte dèl año, había ido adquiriendo poco à poco las costumbres y manías de una verdadera solterona.

Su amor por Gaston llenaba su corazon; pero inmediatamente después de esta afeccion dominante, seguía su pasion por los gatos, estando rodeada de ellos noche y día, y ésto con gran desesperacion de sus amigos y conocidos.

No se podía ir á verla, ni circular por las habitaciones, ni sentarse en ninguna parte sin experimentar el desagradable susto de reventar á uno de aquellos numerosos cuadrúpedos extendidos por todos los rincones y encima de todos los muebles?

Este susto y este temor se aumentaba aún más por la media luz que reinaba siempre en las habitaciones de la baronesa, á causa de la debilidad de sus nervios y de sus ojos.

El prematuro fin de una gata favorita, víctima del conde de Loudeac, hombre de una gran corpulencia que se había dejado caer á cuerpo muerto en una silla ocupada por el pobre animalito, no había contribuido poco á mantener el ódio inofensivo de la baronesa por el conde.

Así es que, en cuanto se adivinaba la llegada del conde, se alejaban del salon á toda prisa los favoritos de la baronesa y sus progenies, para preservarles de todo peligro.

Otra manía de la buena baronesa consistía en una pasion desordenada por el calzado.

Constantemente ocupada y preocupada de sus botinas, de sus zapatos, los admiraba, los cuidaba, los revolvía en todos sentidos y los colocaba delante de ella con una alegría infantil.

Tenía ya una inmensa coleccion, ó màs bien colecciones y, sin embargo, siempre estaba encargando obra nueva. Todo el lujo de tocador que se permitía la excelente mujer estaba concentrado en sus innumerables botas y zapatos.

El piè que se encerraba en aquellos zapatos, verdaderas joyas de elegancia, era no menos encantador, tan pequeño y tan delgado como toda la persona de la baronesa. Esta manía habría sido natural y hasta perdonable, bajo el punto de vista de las debilidades humanas, si la baronesa hubiera sentido alguna vanidad por su pre-

cioso pie; pero, todo lo contrario, su pie no la importaba; ¡era solo su envoltura lo que la encantaba!

Todos los que la conocían, y su sobrino el primero, la perdonaban fàcilmente estas manías y caprichos, en razon de las cualidades esenciales que adornaban su corazon, de su inagotable bondad y de su sincera piedad y de su caridad indiscutible.

Gaston la quería entrañablemente, mostràndola el más vivo reconocimiento por los cuidados incesantes de que había rodeado su infancia. Así es que no admitía jamás que nadie se atreviese, en manera alguna, á ridiculizar en su presencia las debilidades de su tía, y él mismo trataba de excusarla lo mejor que podía.

A pesar de los principios de piedad que la baronesa le había inculcado desde la infancia, el joven Gaston no había podido evitar completamente la influencia peligrosa de la juventud escéptica é irreligiosa que le rodeaba; así es que se dejaba arrastrar por la corriente, sino de las ideas, al menos de las costumbres desordenadas de los jóvenes de su siglo.

Y la baronesa redoblaba sus oraciones y sus obras de caridad á cada síntoma de este género, esperando así obtener la conversion de su querido hijo.

VII

Un amor de gran señora.

Cuando Gaston terminó de una brillante manera sus estudios de colegio, y tomó el grado de bachiller, se encontró, por la muerte de sus padres, en posesion de magníficas propiedades en Bretaña, así como de las grandes rentas que producían y que habían aumentado en un doble durante su menor edad, gracias à la inteligente administracion de su tutor.

Rico, buen mozo, dotado de mil cualidades morales, usando un bello apellido, el mundo le abrió sus puertas bajo los màs felices auspicios. Así, no supo resistir ní á sus placeres, ni à sus seducciones, y se dejó arrastrar por sus peligrosos atractivos.

Dotado de una imaginacion ardiente, no se daba cuenta de la realidad; adornaba y

doraba todo lo que veía, todo lo que le atraia, cualidades, encantos que él deseaba y que ordinariamente solo existían en sus sueños.

Despues de haber marchado así de decepcion en decepcion, creyó haber encontrado al fin el corazon que le faltaba.

Esta vez fué en las clases elevadas de la sociedad de París donde lo encontró.

Gaston había llegado á los veintitres años, cuando una noche, en uno de los salones más aristocráticos de la gran capital, habiendo hablado un poco largamente con la joven y bella marquesa de Lajenais, descubrió en ella una sensibilidad y un encanto enteramente nuevos.

Conocía hacía tiempo á la marquesa, sin haberla admirado jamàs particularmente; pero aquella noche fué como una chispa eléctrica que le atravesó el corazon, haciendo extremecer todo su ser.

La marquesa, aunque contaba algunos años más que el vizconde, se hallaba entonces en la flor de su belleza y se sentía bella y seductora. Espiritual, amable y encantadora, sabía usar de estos dones de la naturaleza con una coquetería felina y graciosa.

Decían que era muy desgraciada en su matrimonio, abandonada por un marido infiel, lo cual daba más interés à su atractiva aparicion; pero Gaston, siempre más ó menos ocupado en otras partes, no había prestado hasta entonces ninguna atencion à los múltiples encantos de la marquesa.

Sin embargo, desde aquella noche se la acercó, la buscó y la galanteó tanto como pudo, no comprendiendo cómo había tenido vendados los ojos hasta entonces. Cada diálogo, cada visita, desarrollaban naturalmente el sentimiento que empezaba á desarrollarse en su alma.

Aunque habituada á los triunfos y las conquistas que le valia su belleza, la marquesa se sentía impresionada por el candor y la frescura de aquel joven corazon que á ella se ofrecía, adivinando los sentimientos de Gaston, antes que él se los confesase, desplegó contra él todas las seducciones de su espíritu y de su belleza, para cautivarle completamente.

Obrando de este modo, la marquesa no estaba impulsada, ni por un movimiento de ternura ni por frio cálculo. Su coquetería la llevaba simplemente al deseo de

arrastrar tras de su carro al joven y elegante vizconde de la Barre, al que ninguna de las damas de la sociedad había podido contar en el número de su adoradores.

Vana y fútil gloria que le estaba reservada, porque Gaston cayó completamente en las redes de la bella sirena. Fascinado desde luego por el espíritu y el encanto de la marquesa, y despues conmovido de piedad por sus confidencias, por su triste posicion y por el aislamiento en que se hallaba al lado de su marido indiferente y libertino, Gaston la amó apasionadamente y se creyó pagado con el mismo amor.

Tal vez no se engañaba sino á medias en lo que concernia á los sentimientos de la marquesa, porque ésta concluyó realmente por sentir hàcia Gaston tanto afecto como su naturaleza ligera y frívola era capaz de experimentar. ¡Pero en el fondo, lo que ella le manifestaba no era más que el reflejo de la pasion de Gaston; el corazon frio de la bella Camila no se calentaba más que á la llama que brotaba del suyo!

Gaston estaba, sin embargo, dominado por sus encantos, veía en ella un ser dotado de todas las seducciones, de todas las vir-

tudes, de todas las cualidades del corazon y del espíritu. Habría matado á cualquiera que pretendiera haber sido el primero en obtener el amor de Camila... Ademàs, era demasiado generoso para censurar una debilidad que le hacía el más feliz de los mortales.

Durante el espacio de un año y aún más su pasion por la marquesa se conservó ardiente y preservada de toda nube. El misterio que rodeaba aquella relacion, y que Gaston procuraba mantener intacto, con todo el escrupuloso cuidado que le sugería su exquisita delicadeza, no hacia más que aumentar el encanto y avivar la llama de su amor.

Poco á poco, sin embargo, los caprichos, las exigencias, así como la coquetería ilimitada de la joven, desgarraron el velo que cubría los ojos de Gaston y le revelaron, en toda su implacable desnudez, el verdadero caràcter de su ídolo.

Se sentía afligido de verla caer del elevado pedestal sobre que su amor la habia colocado, y sufría cruelmente de aquella nueva desilucion, mucha más dolorosa que todas las precedentes.

Sin embargo, no le ocurrió romper con la marquesa. Se creía ligado, por honor, con aquella mujer que todo le habia sacrificado; y no dejaba de serle sinceramente adicto, aunque los numerosos defectos de la marquesa hubiesen hecho moderar el ardor de su pasion.

Pero Camila, por su parte, adivinó muy pronto que había perdido en la estima del joven, y aunque la afeccion que la había inspirado fuese de las más calmadas mientras se creyó dueña absoluta del corazon de su amante, se sintió profundamente herida al hacer este desagradable descubrimiento.

Hubiera deseado conservar al vizconde en el número de sus esclavos, guardarle ó despedirle á su antojo, y ahora temía que se le escapase.

Esto producía escenas y recriminaciones sin fin, que desolaban á Gaston y que le hacían muy desgraciado.

Esta relacion, con sus diferentes peripecias, duraba hacía dos años, cuando, habiendo ido la marquesa á tomar las aguas de Alemania, Gaston, lejos de afligirse de esta separacion momentánea, se aprovechó

de ella para hacer por su parte un viaje á Suiza, y entregarse por completo á la pintura

Antes de separarse de la marquesa, le habia prometido Gaston, reunirse con ella en Baden, á donde pensaba ir, terminada la estacion de las aguas.

Es, pues, en esta época de su existencia cuando nosotros hemos encontrado al joven vizconde de la Barre, establecido en la pequeña ciudad de Brunnen, y súbitamente atraido por la piedad hàcia la extraña niña de la montaña.

VIII

DIFICULTADES VENCIDAS.

Este instante de reflexion aumentaba en el alma de Gaston el profundo interés que le inspiraba la pobre niña, que sin duda pertenecía á una clase elevada de la sociedad. Su imaginacion, una vez despertada, se complacía en persuadirle de que así era, y que fué abandonada por sus padres, crueles y desnaturalizados, para ser entregada à la ignorancia, á la miseria y á los más duros tratamientos.

Negàbase á creer la historia de la niña expósita, y todo su ser se revelaba enumerando los sufrimientos que había debido padecer la desgraciada pequeña Ilona, y pensando en la erueldad de su familia.

En medio de su indignacion, una nueva idea acudió súbitamente à su espíritu: ¿no sería sencillamente una niña robada? ¿Ro-

bada tal vez por bohemios, por esa raza maldita y errante en el mundo entero? La aparicion fantástica de la niña, su extraño lenguaje, sus cantos incomprensibles, todo esto, ¿no prestaba algun motivo para semejante suposicion? Pero, ¿y la cantidad anual pagada para su sostenimiento?

¿Cómo combinar estas dos versiones? ¿Debia admitirse que el extranjero la habia encontrado? ¿Pero por qué entonces se ocultaba?

Por el momento Gaston conoció que no había medio de salir de aquel dédalo, así es que abandonó toda reflexion respecto al asunto, y sin pesar más las consecuencias de su generosa accion, no mirando màs que la obra de caridad que se le ofrecia, resolvió ocuparse seriamente de aquella pobre desvalida, mejorando en lo posible su triste suerte y tratando de desarrollar su adormecida inteligencia.

Pero para ejecutar su plan, era preciso ponerse inmediatamente á la obra, procurando entenderse con los innobles protectores de la joven, organizando con su ayuda una nueva existencia.

Esto le ocuparia algun tiempo, y estaba decidido à marcharse al dia siguiente à

Baden à reunirse á la marquesa. ¿Podia dejar de cumplir aquel compromiso sin ofender gravemente á la joven señora?

La última carta de Camila estaba fechada en Carlsbad, pero le expresaba un tierno deseo de hallarle en Baden, á donde se dirigiria uno de aquellos dias.

No habiendo encontrado en Carlsbad á ninguno que la divirtiese ó la inspirase algun interés, la marquesa había sentido reanimarse su gusto por Gaston y le había escrito bajo esta impresion una buena y afectuosa carta que debía llevarle á sus pies.

Gaston se sintió realmente conmovido, aunque las ternezas de la marquesa no tuviesen ya el poder de reanimar en su alma ilusiones muertas hacía tiempo. Pero la ausencia había ejercido en él su encanto habitual, haciéndole olvidar sus faltas y dulcificando la amargura acumulada poco á poco en su corazon tan lacerado.

No había, pues, vacilado en acudir á la afectuosa llamada de Camila, si bien sentía alguna inquietud en vista de la sociedad y de los ruidosos placeres de Baden, en medio de los que temía encontrar nuevos motivos de disgusto.

Conocia á la marquesa mejor que ella misma, y sabía que no era capaz de resistir à ciertas seducciones.

Se sentía profundamente preocupado, despues de su segunda visita à Hütlisberg, sin confianza en el porvenir y no sabiendo como armonizar su partida para Baden con su proyecto relativo á la pequeña Ilona.

Despues de haber reflexionado una parte de la noche en estas dificultades, el sueño vino por fin á poner término á sus interiores deliberaciones, presentándole la imagen fantástica de la pobre abandonada, á quien veía perseguida por una bella dama, sin que á él le fuera posible defenderla.

El sol le despertó bastante adelantada la mañana. Salió de su lecho, y mientras se vestía, decidió retardar algunos dias su partida para Baden, aprovechando ese tiempo para hacer algun arreglo beneficioso á su protegida.

Lo primero que hizo fué recorrer la ciudad, deteniéndose en todos los almacenes, à fin de reunir algunos objetos que contaba llevar á la pobre Ilona. Compró tambien un pequeño Crucifijo de madera, un rosario, un *fichu* de seda y un collar de bisutería.

Dejando para la noche su respuesta à la marquesa, tomó el camino de Hütliberg, no reclamando esta vez la ayuda del batelero más que para el trayecto en barca hasta el sendero de la montaña.

Subió ligeramente la escarpada pendiente y llegó sin tropiezo al aislado chalet.

Al acercarse detuvo el paso esperando descubrir á su nueva protegida inclinada sobre alguna roca de los alrededores. Pero por más que miraba, no veia à la pobre niña.

Llegado á la puerta del chalet, Gaston oyó voces en el interior, y creyendo que eran la pequeña y la vieja que estaban riñendo otra vez, se detuvo un momento á escuchar.

La vieja era quien hablaba, ó más bien vociferaba las siguientes palabras:

—Te repito que me dejes tranquila y no me fastidies más con tus necedades y ridículas observaciones... ¡Nada me importan!... ¡Más valía que te ocupases de tus intereses! ¡No has tenido nunca derecho para criticar lo que se hace en mi casa desde que no veo el color de ese dinero que me habían prometido! ¡Soy yo quien tengo la carga de esa vagabunda y quiero ayudarme en lo que pueda!... ¿Con que se

presenta un buen señor que por pura caridad me daria algunos dineros para la chiquilla, y yo no debo aceptarlo, eh?... ¡Eso sí que no!... ¡Vete al diablo con tus disparates!

—Pero yo te digo que acaso sea...

El vizconde conoció la voz del Rojo.

Gaston no quiso oir màs, à pesar del deseo que tuviese de oir precisamente la respuesta del digno sobrino de la vieja montañesa.

Empujó, pues, la puerta, y entró.

A su vista, la innoble pareja hizo un gesto involuntario de terror y de sorpresa, y los dos se acercaron al joven extranjero, y para ocultar su embarazo le ofrecieron asiento, refrescos, etc.

Gaston, soportando con trabajo la repulsion que le inspiraban aquellos dos seres, respondió que aceptaba un vaso de leche y queso.

Luego preguntó donde se hallaba la niña.

—¡Oh, mi buen señor...! me preguntais demasiado, y no puedo contestaros. Uno de los puntos de locura de esa niña es tomar la huida en cuanto ve llegar á mi sobrino... Y sin embargo, Dios sabe que nunca la ha hecho daño, y que por e

contrario siempre ha sido bueno para ella...!
¿No es verdad, Juan Jacobo?

Este no había perdido de vista al vizconde: desde su entrada lo examinaba, dando á su fisonomía una aire de hombria de bien en lugar de la expresion socarrona y maligna que le caracterizaba habitualmente.

Interpelado por su tía, dijo:

—¡Pobre niña...! ¿Cómo no tener compasion de una desgraciada criatura abandonada en un camino por padres desnaturalizados... Pero al menos ha encontrado quien la amase; nosotros, mi buen señor; ¡os lo aseguro!

Gaston sabia, qué atenerse en cuanto á esta última seguridad del Rojo.

Sin embargo, no hizo ademan de nada y despues de un instante de reflexion se dijo que era mejor, en interés de la pobre niña, tratar de ganar á su causa al Rojo y à su innoble tia.

Gaston hubiera deseado ante todo poder alejar á aquel ser repugnante; pero no había que pensar en ello, siendo preciso, como era, resignarse à contemporizar con él.

Dirigiéndose, pues, à Juan Jacobo, que tenía fijas en él sus miradas, como que-

riendo adivinar el objeto de sus reflexiones, le dijo:

—Escuchad. Sabeis cómo anteayer la casualidad me hizo encontrar á esa niña, atraido por sus gritos salvajes. Su extraña aparicion me llamó la atencion, y habiendo preguntado á las gentes del país (aquí la vieja hizo un movimiento de inquietud que no pasó desapercibido para Gaston), todo lo que me han contado me ha hecho entrar en deseo de ocuparme de esa pobre abandonada. Es una obra de caridad la que quiero hacer, y á la que no creo presenteis obstáculo alguno.

—No sé, señor... Eso depende de...

—Oid lo que os propongo. Desde hoy, yo sufragaré los gastos de sostenimiento de la niña, y como mi intencion es proveer largamente á ello, á vos os corresponde fijar la suma que juzgueis necesaria al objeto.

Gaston en seguida encargó á la vieja le preparase el desayuno mientras daba un corto paseo. En el momento de alejarse se volvió de nuevo al Rojo y le preguntó:

—¿Sabeis positivamente que esa desgraciada es una niña hallada en un camino?

—Positivamente, señor,—contestó el montañés con perfecta seguridad:—estaba sola, tendida en medio del camino real, cuando, habiéndola encontrado así, la recogí y la traje para que mi tía la cuidase, lo cual ha hecho con esmero durante cinco años!... ¡Y creed que no es fácil cuidar á esa niña; os lo aseguro, señor!

La version del Rojo, tan diferente de la de su tía, sin hacer mencion del extranjero que había intervenido en la entrega de la niña, confirmó á Gaston una vez màs en su desconfianza respecto al aldeano.

Nada dijo, sin embargo, de esta divergencia entre los dos relatos, y aconsejando de nuevo al montañés que pensase en el modo mejor de arreglar su trato, y reflexionase en sus proposiciones, salió del chalet, dirigiéndose à la montaña.

IX

Flor salvaje.

No descubriendo á la pequeña Ilona por los alrededores de la cabaña, Gaston penetró en el bosque que se extendia hasta el pie de la montaña, y despues de haber dado una veintena de paseos, empleó la fórmula mágica, que la víspera hizo venir á su lado á la pobre abandonada.

—¡Ilona!... ¡Ilona!...—gritó.

Habiendo hecho sonar este nombre que los ecos repercutian, Gaston miró de nuevo á su alrededor sin descubrir nada, y sin que ningun grito respondiese á su llamada.

Pero despues de algunos minutos de espera, oyó un ligero ruido entre los materiales, y volviéndose vió la original cabecita de su protegida á través de las hojas de un chaparro, desde donde parecia querer

reconocer el terreno antes de aventurarse á presentarse.

Màs en cuanto se convenció de que era el joven extranjero tan bueno quien se encontraba allí enteramente solo, se lanzó a él, ligera y graciosa como la cabrita que la seguia.

Una viva alegría se pintó al mismo tiempo en su lindo rostro, y Gaston experimentó por su parte un verdadero placer al volver á ver á aquella pobrecilla que tanta confianza le mostraba.

Le tendió su mano, que ella cogió con una timidez tanto màs encantadora cuanto que contrastaba notablemente con todo su ser tan brusco y tan vivo.

—Buenos dias, Ilona.

—Buenos dias, señor.

—¿Por qué os ocultàbais así?... ¿Por qué habeis salido del chalet?.., Os estuve esperando largo tiempo.

La niña se ruborizó mucho y bajó los ojos como si se avergonzase de lo que iba á responder. Pero alzando de pronto la frente con un movimiento de indignacion, dilatadas sus narices convulsivamente, dijo dando con el pie en el suelo:

reconocer el terreno antes de aventurarse á presentarse.

Màs en cuanto se convenció de que era el joven extranjero tan bueno quien se encontraba allí enteramente solo, se lanzó a él, ligera y graciosa como la cabrita que la seguia.

Una viva alegría se pintó al mismo tiempo en su lindo rostro, y Gaston experimentó por su parte un verdadero placer al volver á ver á aquella pobrecilla que tanta confianza le mostraba.

Le tendió su mano, que ella cogió con una timidez tanto màs encantadora cuanto que contrastaba notablemente con todo su ser tan brusco y tan vivo.

—Buenos dias, Ilona.

—Buenos dias, señor.

—¿Por qué os ocultàbais así?... ¿Por qué habeis salido del chalet?.., Os estuve esperando largo tiempo.

La niña se ruborizó mucho y bajó los ojos como si se avergonzase de lo que iba á responder. Pero alzando de pronto la frente con un movimiento de indignacion, dilatadas sus narices convulsivamente, dijo dando con el pie en el suelo:

me causais mucha pena al mostraros así,—continuó Gaston;—y, sin embargo, tenía intencion de socorreros, Ilona, y de mejorar vuestra suerte.

A estas palabras, dichas con voz dulce y cariñosa, la pobrecilla miró al joven con una expresion de profunda sorpresa, que se cambió en viva emocion, llenándosele los ojos de lágrimas.

Probablemente no había comprendido el verdadero alcance de las palabras de Gaston; pero sentía en la manera afectuosa con que él la hablaba, que la haría bien, que iba de protegerla, y la pobre joven no estaba habituada á encontrar bondad mi cariño à su alrededor.

Con la espontaneidad que caracterizaba todos sus movimientos, cogió la mano de Gaston y apoyó en ella sus labios antes de que este pudiera adivinar su intencion. Gaston la retiró al momento, imprimiendo un beso en la mejilla habitualmente pálida de la niña, pero que entonces se hallaba encendida por una sensacion desconocida y nueva para ella.

Gaston le dijo al mismo tiempo.

—¿Me prometeis, no es verdad, Ilona, ser

más buena y más dulce en lo sucesivo?

—¡Sí, sí, señor! Pero... ¿es necesario tambien que sea buena para el Rojo?...

Gaston no pudo menos de sonreirse viendo el terror impreso en el semblante de la niña, á la sola idea de que se le podría exigir renunciase á su antipatía por el montañés.

No respondió de pronto à su pregunta, pero conduciéndola hácia un promontorio cubierto de musgo que se veia á algunos pasos de allí, la hizo sentar y colocàndose à su lado sacó de sus bolsillos los regalos que traia.

A medida que iba mostrando aquellos modestos objetos, que para la pobre expósita representaban verdaderas maravillas. los ojos de la niña se dilataban más y màs. Sin embargo, no se atrevia á tocarlos.

Pero cuando Gaston, que gozada de su sorpresa, la dijo:

—Estas bagatelas son para vos, Ilona... Os pertenecen.

Entonces juntó las manos, y no teniendo valor para creer en tanta dicha, balbuceó, temblando y fijando sus inquietos ojos en

Gaston, para leer la verdad en sus facciones:

—¿Para *mí?*... ¿Todas esas cosas son verdaderamente para *mí?*

—¡Sí, ciertamente, hija mía; son para vos!

—¿Para que yo las guarde?... ¡No me las quitarán?

—No, no, Ilona; nadie tiene derecho á quitároslas, una vez que son vuestras. Podeis creerme.

Entonces la pequeña, saltando con gritos de alegría y batiendo las manos, se entregó á demostraciones que tenían un carácter algo salvaje. Luego, cogiendo àvidamente su tesoro, como dominada por el miedo de que Gaston no se lo volviese á quitar, se puso á admirar los objetos, moviéndolos en todos sentidos, para mejor apreciar todas sus bellezas.

Apoderándose primero del *fichú* color punzó, se lo puso en la cabeza en lugar del pedazo de tela encarnada que usaba habitualmente, y colocàndose en el cuello el collar, iba á arrollarse á la muñeca el rosario à modo de brazalete, cuando Gaston, absorto en la contemplacion de aquel ser tan gracioso hasta en sus movimientos, le

detuvo con un gesto.

—Qué haceis, Ilona? Eso no es un brazelete, sino un rosario. Supongo que conocereis su uso, y que sabreis rezar.

—Rezar... ¿qué?... ¿qué es un rosario?

—¡Cómo! ¿No habeis aprendido nunca á rezar el rosario?... ¡Esto me sorprende!... ¡Yo creía que todos los habitantes de estos cantones eran, no solo buenos católicos, sino tambien muy fervientes y muy piadosos!

La pequeña le miraba entontecida como si le hablase en un idioma desconocido. Luego, sin preocuparse de lo que él la preguntaba, púsose á examinar el último regalo que le quedaba, es decir, el crucifijo, del que evidentemente no sabía qué hacer.

De pronto dijo á Gaston, delante del que se había sentado sobre las rodillas:

—¿Qué es esta figura de madera?

Gaston quedó un momento dolorosamente impresionado por la pregunta de la niña.

—¡Cómo, Ilona!—la dijo;—¿es posible que me pregunteis *seriamente* lo que es un crucifijo? ¿No sabeis que es la imagen de nuestro Salvador?

Ilona comprendió que acaba de decir una

cosa que indignaba á su protector: pero aunque ella se ruborizó, como siempre à la menor agitacion, su expresion de sorpresa demostraba que no se daba cuenta de la importancia de la pregunta.

—No... no... no sé eso,—dijo al fin vacilando mucho.

—¡Pobre niña!—exclamó Gaston hablándose á si mismo,—si no viese con mis ojos, si no oyese con mis oidos, rehusaria creer que pueda hallarse en nuestros dias un ser tan completamente abandonado!... ¡y en el centro de la civilizacion!... ¡Esto es infame!

La pequeña, viendo su creciente indignacion y creyendo haber cometido alguna falta involuntaria, se echó á llorar.

Pero Gaston, cogiéndola de las manos y haciéndola sentar á su lado, le dijo con toda la profunda piedad que llenaba su corazon y acariciàndola para consolarla:

—Mi pobre Ilona, no lloreis, y respondedme con franqueza. ¿Decís siempre la verdad?

La niña le miró fijamente; pero, al parecer, sin comprender [illegible] se le preguntaba.

—¿Decís las cosas tales como son?... Por ejemplo, despues de haber salido, no direis que habeis quedado en el chalet; ó bien: si la vieja os preguntase quien os ha dado estos objetos, ¿le contestareis que he sido yo?

La niña se puso á reflexionar, y luego respondió:

—Si; le diria que he salido y que sois vos quien me ha traido estas lindas cosas; ¡á no ser que temiese me pegase por haber salido ó me quisiese quitar mis queridos regalos!

Gaston suspiró profundamente al oir la ingenua confesion de la niña.

—¿No sabeis, pues, que es malo mentir,

—¿Malo?... ¿Mentir?...

—Sí. ¿No os han dicho jamàs que hay una gran diferencia entre el mal y el bien? ¿que es preciso evitar lo uno y practicar lo otro?

Ilona sacudió la cabeza y dijo:

—Solo sé que ella me pegará si no trabajo ó si salgo á correr por el bosque, eso es todo.

—¿No os han enseñado ninguna oracion?

—¡Oracion! ¿Y qué es eso?

—¡Pero, en nombre del cielo! ¿Esos móns-

truos os han dejado ignorar que hay allá arriba un Ser Supremo que se llama Dios, que ha creado todo lo que veis, que os ha creado á vos misma, Ilona, que recompensa el bien y que castiga el mal?

Ilona comprendia menos cada vez y parecia más y más sorprendida de aquel interrogatorio.

Gaston reiteró entonces interiormente la cuestion que se había dirigido hacia dos dias: ¿era aquella niña realmente lo que pretendian los dos únicos seres que la conocian? Tenia por momentos ausencias que impedian toda idstruccion, todo desarrollo intelectual.

Ninguna de sus acciones, ninguna de sus palabras había justificado hasta entonces aquella cruel nocion. Le parecía, al contrario, que ella era perfectamente apta para comprender, por ejemplo, las primeras nociones de religion, para aprender á rezar, á leer.

—Ilona,—le preguntó de pronto,—¿recordais si esa mujer ha tratado de enseñaros ó haceros enseñar á leer? ¿No os hablado de Dios?

—Sí; cuando se encoleriza, la oigo gritar

algunas veces: «¡Por vida de Dios...!» ó bien... «¡Qué Dios!...»

—¡Basta! ¡basta! ¡Ilona!... ¡No quiero oir más!... ¡Esto es horrible!

—¿Os he disgustado, señor? Sin embargo, es la verdad lo que os he dicho!—replicó la pobre niña algo azorada por la vivacidad de Gaston.

—¡No, no, hija mia, no es contra vos mi indignacion! ¡Dios me libre!... ¡Al contrario, os compadezco en lo màs profundo de mi corazon!

Y un instante despues, añadió:

—¡Estoy decidido más que nunca, despues de lo que acabo de oir, á oc parme seriamente de vos, Ilona; á proporcionaros un poco de educacion, á arrancaros á ese horrible estado de ignorancia en el cual os han dejado esa mujer y su indigno sobrino!

Al menos haré todo lo que pueda para conseguir mi objeto. Pero vos, Ilona, prometedme por vuestra parte escucharme y seguir mis consejos y mis exhortaciones,

—¡Sí, sí, haré todo lo que ordeneis!

—¿Comprendeis, no es verdad, que soy vuestro amigo?

—¡Oh! sí—dijo la pobre diña estrechàn-

dose contra él y apoyando con un gesto encantador de confianza su linda cabeza en el hombro de su protector.

—Bien; volvamos ahora al chalet, en donde voy à tomar un vaso de leche antes de regresar à la ciudad.

—Pero,—replicó Iona retrocediendo con terror algunos pasos;—aun estará *él* allí!

—Venid, pues nada debeis temer yendo conmigo.

Y tomàndola por la mano, la condujo á la cabaña, donde la hizo entrar, á pesar de que ella trataba de huir de nuevo al oir la voz del Rojo, y viéndole asomado á la ventana espiando su vuelta.

X

COMPROMISO FORMAL.

Ilona ayudó á la vieja á servir al joven extranjero, sin esperar orden alguna; luego, sentándose en un rincon, se entretuvo en examinar su tesoro.

Durante este tiempo, tomando su frugal desayuno, que pagó espléndidamente, Gaston preguntó á la tía y al sobrino si habían terminado sus cálculos.

—La verdad es,—respondió el Rojo,—que mi tia y yo nos hallamos indecisos para aceptar dinero de vos, que nos sois tan extraño como á la niña. Y luego que no sabemos qué cantidad fijar.

Al formular esta frase, el Rojo trataba de darse un aire de sencillez y cortedad, manejando el sombrero entre los dedos.

Gaston no fué víctima de esta comedia;

pero sin dejar descubrir su pensamiento, respondió tranquilamente:

—¿Por qué no aceptariais de mí un socorro material, siendo mi intencion ayudar à esta niña más que podeis hacerlo?

—Es que vos no sois del país señor, y permanecereis aquí poco tiempo, y una vez que os vayais, olvidareis pronto à la pequeña y todo lo que con ella se relaciona. Como nosotros, contando con ese dinero, haremos algunos arreglos, ¡nos veremos burlados si nos falta!

—¡Ah! ¿Es eso lo que os inquieta? ¡Parece que no inspiro mucha confianza!

—¡Oh, señor, no he querido decir eso!...

—¿Os contentariais con una promesa por escrito que os asegurase por cierto número de años una pension fija para la niña?

Este era precisamente el punto à que el Rojo queria llegar; así es que se apresuró á aceptar y dar las gracias al vizconde.

Gaston no veía inconveniente alguno en comprometerse así con el Rojo y su tía, porque estaba decidido á no considerar su obra de beneficencia como una fantasía pasajera, sino á llevarla á efecto, si le dejaban posibilidad para ello.

Sacando, pues, su cartera, arrancó una hoja y se puso à hacer una minuta de su contrato con el Rojo. En el momento de escribir el nombre de la pequeña, se detuvo.

—¿Qué nombre debo poner para desígnar á la niña?

—Nosotros la hemos puesto Ana Deseada, por los dos santos del 26 y 27 de julio, porque fué en la noche del 26 al 27 cuando la encontré,—contestó Juan Jacobo.

—Y—observó el vizconde,—¿sabeis si ha sido bautizada.

—¡Ah! señor, no lo dudo,—dijo el montañés, realmente preocupado esta vez.—¡Su traje de entonces indicaba una posicion respetable y hacia suponer que no habían olvidado este acto!

—¿Y no teneis otro indicio en apoyo de esa suposicion?

El Rojo probablemente nunca se había ocupado de esta incertidumbre, y no sabia qué contestar, pero la vieja acudió en su ayuda, diciendo:

—¡Oh! sí, seguramente està bautizada, porque lleva al cuello una medalla de la Santísima Vírgen, que nunca se la he quitado... Mirad, señor...

Y acercándose á la joven, que permanecía indiferente á lo que pasaba á su alrededor, absorta como se hallaba en la contemplacion de sus riquezas, trato de quitarla un cordon negro que rodeaba su cuello.

Pero apenas los dedos de la vieja la tocaron, la niña, dando un rugido de cólera semejante á los que Gaston conocía ya, cogió la mano de la anciana, y ya iba á clavar en ella sus dientes, cuando el vizconde se lanzó para libertar esta vez á la montañesa.

—¡Ilona! ¡Ilona!...—le dijo en tono de severo reproche,—¿es eso lo que me habeis prometido?

—Pero señor...—respondió la niña llorando,—no quiero darle esto... es todo lo que me queda... y desde hace tiempo trata de robármelo...

—No, Ilona, os respondo que nadie os quitará nada; mostradme tan solo ese objeto. A mí solo,—repitió viendo que aun vacilaba.

Entonces la niña, sacando de su seno el cordon, le mostró una medallita de plata de la Inmaculada Concepcion.

Mientras las lágrimas corrian por las me-

gillas de Ilona, la vieja, sorprendida de la influencia de Gaston sobre aquella niña, extraña para él, murmuraba algunos juramentos entre sus dientes desportillados.

La vista de la santa medalla tranquilizó completamente al joven vizconde. La pobre niña, à quien una piadosa madre había sin duda puesto al cuello el testimonio de su devocion y confianza en la proteccion de la madre del Salvador, debía evidentemente estar, no solo bautizada, sino pertenecer además á la iglesia católica.

Despues de haber considerado con enternecimiento aquella medallita, solo y único recuerdo de la afeccion de que en otro tiempo había gozado tal vez la pobre criatura, Gaston la devolvió la joya que ella no había perdido de vista, por temor de que se la quitaran, y que entonces cogió con viveza, ocultàndola inmediatamente sobre su corazon.

Gaston acabó la minuta empezada y la teddió al Rojo, que leyó en alta voz:

«El abajo firmado, Gaston, vizconde de la Barre, del castillo de Ploenen, Bretaña, se obliga á pagar anualmente la suma de mil francos á la viuda Lachaud y á su so-

brino Juan Jacobo Malet, encargados del sustento y asistencia de la llamada Ana Deseada, niña recogida... etc.»

—Esto,—dijo Gaston,—no es más que el borrador de un contrato que haremos legalizar en la municipalidad del canton. Si quereis ir mañana á encontrarme à Brunnen, al hotel del Caballo Bianco, podremos arreglar este asunto, segun las leyes del país.

Juan Jacobo Malet, encantado de conocer en fin el nombre y apellido del extranjero que tanta inquietud le daba hacía dos dias, se sentía al mismo tiempo tranquilo, y esto por razones solo de él conocidas, desde que supo que Gaston era francés.

Gaston no se sentía nada orgulloso con tales compatriotas. Así, prosiguió sin apreciar esta última circunstancia:

—El banquero Faller, en Lucerna, para el que tengo una carta de crédito, podrà daros sobre mí todos los informes y garantías que juzgueis necesarias. Y es en su casa en donde cobrareis, desde mañana, si os place, el primer plazo de la pension de la niña.

Juan Jacobo no se atrevía á mostrar hasta

qué punto estaba entusiasmado por el buen negocio que acababa de terminar, y que él contaba explotar à su manera.

—Arreglada la cuestion metálica,—continuó Gaston,—falta que añadir á nuestro contrato las condiciones que tengo que poner por mi parte, y que consisten en que la niña tenga una alimentacion más sana y más fortificante que la que ha tenido hasta aquí, á juzgar por su apariencia delicada y endeble.

¡Además, exijo que sea tratada con dulzura y bondad: no quiero oir hablar de golpes ni de otros trutamientos de este género!

—¡Oh! señor!... ¿cómo podeis suponer...?—se apresuraron á decir tía y sobrino.—Prometemos cuidar á la chiquilla todo lo mejor que podamos.

—Cuento tambien con proporcionarla la ropa necesaria y un poco de instruccion, para lo que pienso arreglarme con un maestro de escuela del país.

El Rojo no quedó muy satisfecho de este último deseo del vizconde; pero no atreviéndose à presentar una verdadera objecion, se contentó con decir:

—¡Oh! el señor pronto se persuadirà de que por esta parte nada hay que hacer, y que todo gasto seria supérfluo, porque la niña es incapaz de comprender nada.

Gaston, decidido á tentar la prueba, no respondió. Despues de repetir á Juan Jacobo su cita para la mañana siguiente en su hotel de Brunen, y de decir ¡adios! à Ilona, se alejó del chalet.

XI

Primeros ensayos.

El contrato por el que Gaston de la Barre se comprometía à subvenir á los gastos de subsistencia de la pequeña Ana Desenda, fué redactado y legalizado al siguiente dia segun las leyes del país.

Juan Jacobo Malet había ido al anochecer á Lucerna á tomar informes sobre el estado y fortuna del vizconde. La casa Faller y compañía le había tranquilizado respecto à este punto, y regresó à Brunnen, con el corazon libre de todo cuidado.

Los dias siguientes Gaston hizo una visita cotidiana al chalet de Hütlisberg, y empezó sus ensayos de educacion, tratando de inculcar à la pobre niña algunas nociones elementales.

Quería convencerse por sí mismo del grado de aptitud de la joven para con-

servar en su memoria lo que se la enseñase. Pasaba las horas muertas, sentado á la sombra de los árboles, en compañía de la pobre Ilona, que esperaba su llegada ó le salía al encuentro, seguida de su cabrita.

La mision que se había impuesto no era fácil de cumplir, muy lejos de eso. Así, muy pronto se convenció de ello, pero no por eso se desanimó.

Habiendo comprado en Brunen algunos libros para uso de niños de corta edad, porque, á pesar de los años que contaba Ilona, era preciso empezar por allí, se puso á enseñarla el alfabeto. Luego le hablaba mucho y extensamente de Dios y de sus deberes para con su Creador.

Cuando la dirigia la palabra, ella le escuchaba siempre con tanta atencion como docilidad, como si su voz ejerciese sobre ella un misterioso encanto.

Pero no sucedía lo mismo cuando trataba de hacerle aprender palabras ó frases sueltas. Aquella naturaleza indomable y fantástica no sabía doblegarse á una ocupacion seguida, y á pesar de la buena voluntad evidente de la pobre niña, de con-

tentar à su joven preceptor, siempre era arrastrada por su salvaje vivacidad.

Más desde la primera hora de enseñanza, Gaston se sorprendió de descubrir en ella, por el contrario de lo que se le quería hacer creer, no solo inteligencia natural, sino tambien una facilidad, una aptitud extraordinarias para tomar y apropiarse cualquier idea.

Esto era lo que más le importaba, y lo que le dió valor para perseverar, porque su protegida ponía su paciencia à rudas pruebas. Muchas veces, cuando creía haber obtenido un pequeño triunfo, porque ella había deletreado bien algunas palabras, y el se regocijaba de su docilidad, un nada, un pájaro que se lanzaba de un árbol á otro, una flor que descubria á lo lejos, la hacían dar un salto, arrojar y abandonar á su joven maestro, para correr tras de la causa de su distraccion del momento.

Gaston levantaba el libro y esperaba tranquilamente que la pequeña salvaje volviese á ocupar un puesto á su lado; ó bien cuando tardaba mucho, gritaba una ó dos veces: «¡Ilona!», seguro de que acudiria á su llamada.

Y ella llegaba, en efecto, vergonzosa, ruborizada, y sin atreverse à alzar los ojos á Gaston, que, segun la gravedad de la falta, callaba ó la dirigia una reprimenda. Continuaban entonces la interrumpida leccion, y la culpable no respondia más que con interrumpidos sollozos.

La pobrecilla empezaba á comprender así la idea del bien y del mal, y esto gracias à la caridad cristiana de Gaston, y en despecho del criminal mal querer de los que se llamabañ sus protectores.

Una docena de dias pasaron de este modo, y Gaston, habiendo adquirido ya la certeza de que no solamente la inteligencia de la pobre Ilona, si que tambien su corazon, se prestaban à ser desarrollados y adornados de todas maneras, resolvió volver á Brunnen despues de su excursion á Baden, para organizar entonces todo un plan de educacion sólida á la vez que sencilla.

La víspera de su partida para Alemania, en lugar de dar à Ilona la leccion habitual, quiso le sirviese de modelo para la acuarela empezada al dia siguiente de su primer encuentro con aquella extraña niña.

Pero, ¡cuántas dificultades para obtener de ella un solo momento de inmovilidad!

¡No había medio de hacerla comprender porqué era preciso permanecer tranquila y rodeando con sus brazos á su cabrita, porque queria ver lo que hacía Gaston con aquellos pedacitos de colores con que ella quisiera jugar!

Así es que Gaston, á pesar de sus ruegos más persuasivos, no pudo obtener màs de media hora de calma, y esto despues de mil y mil interrupciones.

Aunque no quedase muy satisfecho de su boceto, debió contentarse con aquel ligero recuerdo de su protegida, recuerdo que debía acompañarle durante su viaje.

Antes de dejar, tal vez por algun tiempo, el chalet de Hütlisberg y sus habitantes, hizo las más serias recomendaciones á la vieja y á su sobrino respecto al bienestar de Ilona. Los dos prometieron al vizconde que la cuidarían mucho y que no la dejarían carecer de nada.

Entonces Gaston, llevando à Ilona al extremo del camino, la habló de su partida. Pero ella no comprendió el sentido de aquellas palabras: «adios y separacion.»

Viendo que ni se afligia ni se inquietaba de su partida, Gaston, deteniéndose, la dijo que ya era tiempo que volviese al chalet; luego, tomándola la mano y miràndola afectuosamente, repitio aun otra vez:

—Adios, Ilona; sed buena durante mi ausencia. Volveré lo antes posible. No os olvideis de hacer por la mañana y la noche la señal de la cruz, ni de decir las oraciones que yo os he enseñado.

Alguna cosa de màs tierno en el sonido de la voz, ó bien la expresion de su rostro, dijeron màs á la pobre Ilona que las palabras de su amigo, haciéndola adivinar que se trataba de un adios muy diferente al adios de todos los dias.

Su fisonomia cambió súbitamente, pasando de la màs completa indiferencia á un violento dolor mezclado de temor, y arrojándose al cuello de Gaston, lanzó un grito agudo, afarràndose á él con todas sus fuerzas infantiles.

Olvidando su reserva habitual con el joven parecía no estar dominada màs que por su deseo de retenerle á su lado. Y Gaston sentía todo el cuerpo de la desgaciada niña violentamente sacudido por convulsivos sollozos.

Conmovido por aquel dolor tan vivo como inesperado de la pobre niña, empleó todos los recursos que le sugeria su bondad para calmarla.

Por largo tiempo sus ruegos y sus buenas palabras, asi como sus promesas de pronta vuelta, fueron vano trabajo.

Ella no interrumpía su llanto màs que para repetir sin cesar:

—¡No quiero permanecer aquí sin vos!... ¡Oh! ¡no os separeis de mi!

Escuchando, en fin, lo que Gaston se esforzaba en hacerla creer: que regresaría pronto à su lado; que le traería bonitos regalos; que no la olvidaría, etc., etc., fijó en el joven sus grandes ojos empañados de lágrimas, y parecía querer al mismo tiempo leer la verdad en su rostro, y convencerse de si podía fiarse en sus promesas.

Gaston trató entonces de hablarla razonablemente, explicándola que se veía obligado á dejarla por algun tiempo; pero que habiéndola recomendado eficazmente á la viuda Lachaud, no carecería de nada y seria muy bien tratada durante su ausencia, que no seria muy larga.

Esta formal seguridad era lo único capaz de tranquilizar à Ilona; y así se lo hizo repetir varias veces à Gaston.

Se dejó conducir por él hácia el chalet, donde los dos montañeses, puestos delante de la puerta, esperaban con ansiedad la vuelta de la niña.

Gaston se detuvo en cuanto los vió y dijo á su protegido:

—Aquí nos separaremos, Ilona; volved á casa dócilmente, y probadme de ese modo que me teneis algun cariño. No olvideis ninguna de mis recomendaciones; sed buena y dulce, y que Dios os guarde.

Imprimiendo entonces un beso en la frente de la pobrecilla, la dejó apresuradamente.

Ella no dijo una palabra, ni hizo un gesto para retenerle, quedando como petrificada en el mismo punto en que la había dejado, fijando sobre su amigo una mirada de violenta desesperacion.

En el momento de desaparecer en el bosque, Gaston se volvió una vez aun hacia ella, y la vió siempre inmóvil, las dos manos cruzadas sobre el pecho y la mirada constantemente fija en él. El vizconde la hizo una señal de despedida, y un ins-

tante despues la espesura le ocultó á las miradas de la pobre Ilona.

Entonces el dolor contenido de la niña estalló con toda la vehemencia de su naturaleza:

Si Gaston hubiera podido verla arrastràndose por el suelo, arrancándose los cabellos, mientras que sus gritos vibraban en el espacio y su delicado cuerpo se retorcia convulsivamente, se habría entristecido profundamente al ver que se dominaba tan poco.

Pero ¡ay! la pobre niña tenía que andar mucho camino antes de llegar á saber dominar sus sentimientos.

El Rojo, que se hallaba à poca distancia, fué testigo del paroxismo de dolor de la niña; y acercándose con la evidente intencion, fuese de reprenderla ó de consolarla, iba á dirigirla la palabra, cuando, notando su presencia, ella se levantó de un salto y huyó corriendo hacia la cumbre de la montaña, para no regresar al chalet hasta muy entrada la noche.

XII

La bella marquesa.

Al dia siguiente por la mañana hallamos á nuestro joven héroe en camino para Baden, donde lo esperaba su amiga, la bella marquesa de Lanjenais.

En la época de este relato, 1856, aquel magnífico sitio no era ya como antes la cita de la fina flor de la sociedad y de la elegancia, el punto de la reunion del buen gusto y de la distincion.

Los ferrocarriles, esos grandes niveladores de barreras y fronteras, ponían ya à Baden al alcance de todas las fortunas y todas las distancias.

La mejor sociedad francesa, inglesa ó rusa, empezaba à hallarse mezclada, así como sucede hoy, á todas las celebridades, las màs equívocas, por no decir al desecho de todas las capitales de Europa.

Durante los dos dias que entonces se

empleaban en el viaje de Lucerna á Baden, los pensamientos de Gaston se reconcentraron naturalmente en la que iba á volver à ver.

A medida que se acercaba al término de su viaje, sentía reanimarse su afecto por la marquesa, y esperimentaba verdadera y real alegría à la idea de reunirse á ella.

La noche estaba bastante adelantada cuando llegó á Baden, yendo á parar al hotel de Inglaterra. Después de haber comido á toda prisa, y arregládose un poco, se dirigió á la *villa* que la marquesa había alquilado en el paseo de Lichtenthal, y que los camareros le indicaron.

El vizconde no había podido precisar á la joven señora ni el dia ni la hora de su llegada; pero sabiendo que era esperado, determinó ir à verla esperando hallarla sola.

Esta fué ilusion perdida desde que se acercó á la villa, al ver brillar de lejos sus iluminadas ventanas.

Además varios carruajes estacionados á la entrada le decían bien claro que la marquesa tenía reunion aquella noche.

Gaston se sintió contrariado, y hasta ti-

tubeó en presentarse en aquel momento. El temor de desagradar á la joven y su propio deseo de verla lo màs antes posible, dominaron aquella contrariedad y se decidió á subir.

Al oir al ayuda de càmara anunciar inopinadamente al vizconde Gaston de la Barre, la joven y bella marquesa de Larjenais no supo reprimir un involuntario estremecimiento ni evitar que un súbito rubor se extendiese por su rostro encantador.

Pero aparte de estos signos casi imperceptibles, la marquesa recibió á Gaston con la más perfecta naturalidad. Le tendió alegremente su mano, diciéndole con cierta afectada indiferencia:

—¡Cómo! ¿sois vos, vizconde? ¡Habeis, pues, conseguido arrancaros à la poesía de pintorescas montañas para descender hasta la prosa de nuestro pobre Baden?

—Es que sabia que aqui encontraría la poesía, aunque revestida de una forma muy diferente,—respondió Gaston sonriendo y estrechando la mano que la marquesa le ofrecia.

Iba à ocupar una silla desocupada á su

lado; pero la caprichosa joven, volviéndose hacia algunas jóvenes con las que hablaba en el momento de su llegada, prosiguió su animada é interrumpida conversacion, sin cuidarse para nada de la presencia de Gaston.

Este, herido en lo más vivo por aquella acogida tan fría, tan diferente de lo que había soñado, se dirigió inmediatamente hacia algunas personas conocidas que estaban en el salon, y pasó el resto de la soirée lejos de la marquesa, esforzándose en imitar así el ejemplo de indiferencia que ella acababa de darle.

Pero involuntariamente sus miradas se dirigian á la marquesa, que aquella noche estaba arrebatadora con su esplendente belleza.

Un sencillo traje de muselina blanca envolvía un cuerpo fino y esbelto, formando á su alrededor como una vaporosa nube.

Sus lujuriantes cabellos rubios estaban recogidos en bandós y arrollados en una gruesa trenza sobre la cabeza, que no tenía màs adorno que una rosa de musgo. Sus grandes ojos azules, así como toda su fisonomía, parecían chispear de alegría y

animacion, y su tez, ligeramente sonrosada, realzaba su belleza, haciendo resaltar más la blancura de sus hombros y su busto.

A pesar de la impaciencia interior que esperimentaba Gaston, no podía menos de hallarla más encantadora que nunca, y no cesaba de admirarla como atraido por un iman.

Pero observando así á la marquesa, descubrió muy pronto que dispensaba sus más amables sonrisas, sus más dulces miradas y, segun toda apariencia, sus más expresivas palabras, à *uno* de aquellos señores que la rodeaban.

Esta preferencia parecía tan evidente, que Gaston sintió aumentàrsele su despecho y su sorda cólera. Habiendo preguntado el nombre del desconocido joven le contestaron que era el príncipe Poutiateff, joven ruso colosalmente rico.

Gaston se esforzó en ocultar su mal humor bajo una apariencia de amabilidad é indiferencia, hablando de una manera animada con todas las damas de la sociedad; pero esperaba con febril impaciencia el fin de aquella *soirée* que le parecía interminable.

16

En el momento de retirarse con el resto de los invitados, Gaston se acercó de nuevo á la marquesa, que adivinando sin duda lo que pasaba en el alma de nuestro héroe, le dijo con voz gazmoña, pero de manera que no fuera oida más que de él solo:

—¡Veo que con vos los ausentes son los culpables!... ¡Despues de una ausencia tan larga me tratais muy mal!...

Gaston no la contestó más que con una mirada; pero bastante le dijo con ella, porque la marquesa añadió estrechándole la mano:

—¡Hasta mañana, querido amigo! ¡Mañana recibo á las once... pero à vos solo!...

Estas dulces palabras solo apaciguaron à medias el resentimiento que habia tomado cuerpo en el corazon del vizconde. Pero al dia siguiente la marquesa consiguió borrar, no solo aquel resto de cólera, si no tambien todo recuerdo penoso de la víspera.

Ella estuvo irresistible de gracia y de ternura, y èl se consideró de nuevo como el màs afortunado de los mortales.

Esta felicidad, que precisamente tenia que ser efímera, empezó á palidecer pocos dias despues.

Desde que la marquesa creyó afirmado su poder sobre el corazon de Gaston, desde que ella le vió, como antes, cautivado por sus encantos, se abandonó à los impulsos de su coquetería, interrumpidos un momento en su favor.

Varios jóvenes se disputaban entonces las sonrisas de la bella y elegante marquesa de Lanjenais, que sabía mantener á sus pies todos sus numerosos homenajes, alentándoles y desanimàndolos á la vez.

El príncipe Poutiateff, que se hallaba en las filas de estos adoradores, era el menos paciente de los aspirantes al corazon de la joven marquesa.

Tan bello como seductor, pero al mismo tiempo tan fatuo como gastado, habituado á los triunfos fàciles, y por esto tan convencido de su poder sobre las mujeres como escéptico respecto á su virtud, el príncipe se cansaba pronto de todo ademan de resistencia.

Pero aunque su galantería traspasase algunas veces los límites del respeto y las conveniencias, la marquesa, lejos de ofenderse ó incomodarse, distinguía al príncipe màs que à los otros y desplegaba para él

todas las gracias de su espíritu, todos los encantos de su belleza.

Parecía temer, antes que todo, verle abandonar el puesto que había tomado en su carro.

Gaston, que desde su llegada había adivinado perfectamente las intenciones del príncipe y la debilidad de la joven por el bello moscovita, se sintió dolorosamente herido y apenado, viéndose de nuevo convertido en juguete de los caprichos de la marquesa.

Se atrevió á hacer algunos reproches, algunas observaciones afectuosas con motivo de la coquetería de la señora de Lanjenais, observaciones que ella puso en ridículo, burlándose de sus celos exagerados y absurdos.

Despues de los ruegos y de las bromas llegaron ambas partes á las recriminaciones y escenas de una naturaleza más séria, y, en fin, Gaston concluyó por sentirse verdaderamente desgraciado y por arrepentirse de haber dejado la calma de sus queridas montañas para no hallar, en cambio, más que penas y decepciones en lugar de la dicha apenas entrevista.

En esta disposicion de espíritu, en esta soledad del alma, más sensible en medio de una multitud desconocida y poco simpática, los pensamientos de Gaston volvían sin cesar hacia la pobre niña abandonada que le había proporcionado el sentimiento, tan dulce y tan bueno para él, de cumplir una buena accion.

Hubiera deseado poder asociar à Camila à esta obra de caridad, esperando interesarle en la suerte de la desgraciada niña. Al efecto, la había hablado de su extraño encuentro en Hütlisberg, así como de sus proyectos para el porvenir de la pobre criatura.

Pero en esto tambien encontró Gaston una mayor decepcion. La marquesa acogió su entusiasta relato con burlona sonrisa y se puso à burlarse sobre sus nuevas ideas filantrópicas, que le hacían exaltar con motivo de una pequeña idiota harapcsa y seguramente muy *sucia*.

Viendo que, lejos de unirse á él, ella no le comprendía absolutamente, Gaston no insistió y dejó de hablarle de sus planes sobre su protegida Ilona.

XIII

Excursion á las Ruinas.

Despues que Gaston pasó una quincena divirtiéndose locamente á los ojos del mundo, dividiendo su tiempo entre el ruido de la sala de conversacion, las partidas de campo en las deliciosas cercanías de Baden, las reuniones, los bailes, los conciertos; encontrando siempre nuevos motivos de queja contra la marquesa, sintiéndose tan fatigado de todos aquellos mal llamados placeres como descontento de sí mismo, concluyó por preguntarse si no haria mejor en alejarse, dejando en toda libertad á Camila y abandonando una mansion tan poco satisfactoria p ra él.

No podia, sin embargo, pensar en semejante resolucion sin esperimentar una violenta lucha interior, y esto á pesar de sus quejas contra la bella marquesa. ¡Era tan

seductora, tan bella! Su corazon se rebelaba á la idea de cederla á otro.

Un paseo dado en numerosa sociedad al antiguo castillo de Baden, debía poner término á las irresoluciones del vizconde.

Se habían reunido en casa de la marquesa, quien, encargada de distribuir la sociedad en diferentes carruajes, había encontrado medio de colocar en su propio faeton al príncipe ruso con una amiga de circunstancias, al paso que Gaston se vió obligado à acompañar á una señora francesa conocida suya.

Esta era muy amable y espiritual, y Gaston hubiera pasado el tiempo de una manera agradable à no haber tenido delante de la vista aquel faeton que conducía á Camila con el objeto de sus amargos celos.

Cuando llegaron al punto de la excursion, y dejaron los caruajes, toda la alegre banda se puso á recorrer las ruinas cubiertas de musgo y yedra, pero dejando adivinar perfectamente la extension y forma del castillo tan imponente en otros tiempos y habitado por los antiguos margraves de Baden.

Se puede circular sin temor y sin peligro por las ruinas del viejo castillo, y subir hasta la cima del edificio, gracias à los cuidados del gran duque, que tiene interés en conservar estos restos de su antigua grandeza.

Cada brecha, cada ventana, á traves de las cuales crecen ramas de árboles que han echado raices en las hendiduras, ofrece un punto de vista admirable sobre la ciudad primero, y luego sobre el valle tan verde, las montañas de los alrededores, salpicadas de otras ruinas, y en fin, á lo lejos, sobre la extensa llanura, en medio de la que serpentea el Rhin como una ancha cinta de plata.

Gaston estaba apoyado en una de aquellas ventanas, absorto en el magnífico cuadro que se desarrollaba á sus pies mientras que el resto de la sociedad continuaba explorando las ruinas.

Poco á poco sus pensamientos pasaron de la contemplacion de la bella naturaleza à la tristeza que invadía su alma; se preguntaba por la centesima vez lo que debia resolver, cuando una mano se puso sobre su brazo y la dulce voz de Camila, reso-

nando á su oido, le dijo:

—¿Qué teneis, Gaston?... ¿Por qué huis de mí con tanta persistencia?

—¿Y vos me lo preguntais?... ¡Fingis no saber lo que en mi pasa!...—respondió Gaston mirando fijamente á la marquesa.

Esta no pudo sostener aquella mirada cargada de reproches, y ruborizàndose, dijo:

—Si tal, os lo pregunto... ¿Qué nuevo crímen he cometido que excite vuestra severidad?

—¿A qué vienen esas recriminaciones?—replicó Gaston alzándose de hombros.—Si aun me amais, comprendereis lo que debo sufrir con vuestras coqueterías tan provocativas, con vuestra preferencia concedida á ese hombre indigno de vos; á ese fatuo que no os ama pero que tiene la revancha de contaros en el número de sus conquistas, alabándose, tal vez, de su triunfo...

—¡Siempre esos odiosos celos, Gaston ..! ¡Celos que os hacen muy injusto para conmigo!

—Lo repito; si me habeis conservado un poco de afecto real, comprendereis mis sentimientos, sufrireis vos misma de verme

representar el ridículo papel que me habeis impuesto llamándome á vuestro lado.

—¡Oh! Gaston, ¡qué cruel sois...! Dudais de mi amor... y sin embargo, ¿cómo es esto posible, despues de la ternura que os manifiesto.

Y mientras hablaba asi, los ojos de Camila se llenaban de lágrimas y miraba á Gaston con aire suplicante.

Estaba entonces tan bella que Gaston se sintió conmovido y vaciló de nuevo en sus convicciones.

Cogiendo la mano de Camila, le dijo en tono de dulce reproche que no tenía nada de la cólera anterior.

—¿Por qué me desdeñais sin cesar, Camila? ¿Cómo quereis que pueda creer en la profundidad de vuestros sentimientos por mí, cuando un instante despues de haberme asegurado vuestro cariño, os veo prodigar vuestras màs seductoras sonrisas, vuestras màs afectuosas palabras á ese hombre despreciable?

—¿Quisiérais, acaso, que ponga á toda la sociedad en la confianza de mi amor? ¿Qué arriesgue mi reputacion no ocupándome sino de vos solo?

—Me parece, Camila, que todo nuestro pasado, tan dulce à mi corazon, podrá contestar á esas suestiones, si os dignais acordaros. Nadie sabe mejor que vos misma hasta qué grado me es querida vuestra reputacion, y cuánto cuidado he tenido en ocultar mi felicidad á los ojos del mundo entero!

—Sí, sí; ¡ya sé que sois tan bueno como generoso, y sé tambien que os amo, ruin celoso!—añadió con su voz la más tierna y más insinuante.

Gaston, atrayéndola á sí, la dijo miràndola tiernamente:

—Camila, ¿es verdad?

Camila no pudo contestar, porque en aquel momento, mil carcajadas, repetidas por el eco de las bóvedas, hirieron sus oidos.

Gaston solo tuvo tiempo para estrecharla un momento contra su corazon, y enseguida ella huyó para reunirse al resto de la sociedad, al mismo tiempo que él se alejaba en sentido contrario.

Otra vez la paz estaba firmada, pero paz engañosa si las hay.

Muy pronto se sentaron á la mesa. La comida, servida al aire libre, à la sombra

de los olmos y de los pinos, no dejó nada que desear en cuanto á la excelencia de los manjares y á la alegría desenfrenada que pronto reinó entre los convidados.

El champagne, que corria á torrentes, no contribuyó poco á la animacion general.

Gaston había vivido la vida de joven en una gran capital, para no escandalizarse fácilmente del tono ligero admitido en algunos salones de nuestros dias. Su delicadeza hacía, sin embargo una diferencia marcada entre las clases de la sociedad que frecuentaba.

Había ese género de ocurrencias, chistes, bufonadas, que sabía admitir sin ofenderse, en una reunion de grisetas, cómicas y otras por el estilo; pero no podía ver ni soportar semejante libertad de lenguaje y de maneras en un círculo de damas de la màs alta aristocracia, que debía dar el ejemplo del mejor tono y de los modales más exquisitos.

Sobre todo sufria cruelmente al ver la mujer á quien amaba no solamente riéndose y divirtiéndose con todos aquellos equívocos inconveniente, sino mezclándose en ellos, y hasta provocándolos.

Una de aquellas señoras, una condesa polaca, se puso á cantar unos *couplets* muy en boga en aquella época, gracias à una de las celebridades de los cafés-conciertos de París.

La condesa Sobiuska los reprodujo aquel dia con gracia, talento y encantador *esprit*, no puede negarse; pero las palabras que pasaban por sus lindos labios los manchaban con su contacto impuro hiriendo toda idea de conveniencia y de buen tono.

La bella marquesa de Lanjenais parecia tan entusiasmada como la mayor parte de los convidados, y no cesaba de pedir á su amiga otros *couplets* de un género aun màs libre.

Gaston, más y más indignado, le lanzaba severas admiradas, pero ella no las veia, absorta como estaba, tanto en su diversion como en su coquetería.

El príncipe Poutiateff, sentado á su lado en la mesa, no había dejado de hablarla en voz baja durante toda la comida. Camila había empezado por contestarle de una manera reservada y hasta fria, síntoma que Gaston observó con alegría, viendo en ello la consecuencia de su explicacion en las ruinas.

Pero su contento fué de corta duracion.

Fuese efecto de las palabras del príncipe, fuese el efecto màs vulgar del champagne que el joven ruso la vertia sin descanso obligandola á beber, fuese, en fin, resultado de la locura general de que participaba, pronto olvidó los sufrimientos de Gaston y se hizo la más animada, la más extravagante, la más loca de la sociedad, abandonándose al mismo tiempo á la coquetería más provocativa con el joven príncipe.

Este, satisfecho de su triunfo, no economizaba ningun medio para excitar más á la bella Camila, lo que conseguia demasiado bien.

Aquel almuerzo fué un verdadero martirio para el pobre Gaston.

Ofendido en sus sentimientos más íntimos de delicadeza y sensibilidad, sufrido todas las penas dal mundo para guardar su sangre fria hasta el fin y observar todas las leyes de la política y de la cortesía con sus dos vecinas de mesa.

Pero desde que terminó el almuerzo y le fue posible escapar, se alejó apresuradamente sin poderse ya contener.

Encendiendo un cigarro púsose à pasa, por el bosque que rodea el viejo castillo, y esto en un estado de exasperacion fácil de comprender.

Si las conveniencias se lo hubieran permitido, habria vuelto al momento à Baden, á fin de evitar el resto de aquella partida de placer, tan poco en armonía con sus gustos y sus senttimientos.

Haciéndose alguna violencia dirigi sus pasos hacia el sitio en que suponia se hallaba reunida la sociedad.

En el camino se encontró dos ó tres parejas amorosas, que, como él, buscaban la soledad.

No queriendo estorbarles con su presencia, pasó adelante despues de cambiar algunas palabras.

Se detuvo un instante delante de la boca del célebre subterràneo, tan conocido de los *touristes*, y ya iba á penetrar en él, cuando de pronto una voz, la de Camila, le hizo estremecer y echarse hacia atrás, ocultàndose en un frondoso seto que se hallaba á la entrada,

Su movimiento fué instintivo ó más bien producido por su deseo de evitar una nueva

recriminacion sobre las escenas impropias del almuerzo. Pero un segundo despues se felicitó de ello, porque la voz del príncipe, respondiendo á la de la marquesa, le probó que era su rival quien acompañaba à Camila, y le hubiera agradado verse frente á ellos.

Evidentemente habian visitado el subterráneo, porque oyó á Camila que en aquel momento decía:

—Dejadme salir, príncipe, os lo ruego... ¡Esta oscuridad me da miedo!...

—¡Cómo!... ¿teneis miedo estando yo á vuestro lado?... ¡Sois muy cruel, marquesa!

—Es que podria llegar alguno, y encontrarnos... solos... aquí...

—Nada temais, todos se hallan al otro extremo; si se acercan oiremos sus voces... Ya veis, estamos cerca de la salida,—añadió el príncipe adelantando algunos pasos con la marquesa, de modo que Gaston pudo distinguirlos en la semi-oscuridad en que se hallaban.

Su corazon latía con violencia; ¿qué iba á oir?

—Por favor, concededme aun algunos instantes,—dijo el príncipe llevando á su

labios la mano de la marquesa, que esta no retiró.—Dejadme deciros aquí lejos de las miradas y observaciones de los curiosos, lo que ya sabeis hace tiempo, que yo os amo...

—¡Oh! ¡callad, príncipe!... ¡Si os oyeran!

—¿Quién puede oirnos aquí?... Además, ¿qué hay de sorprendente en que se os admire, en que se os ame? ¿No sois hecha para ser adorada por todos? ¿Qué dama hay, entre todas las reunidas aquí, que pudiera pensar en rivalizar con vos en belleza, en gracia, en perfecciones de todo género?

—Os engañais sobre vuestros sentimientos, creedme.. ¡Si apenas me conoceis!

—¡Oh! basta un dia, una hora, el tiempo de veros para quedar subyugado por vuestros encantos. Pero ya no sois la misma para mí. Hasta la llegada de ese *amigo*,—y apoyó irónicamente esta palabra,—de ese joven vizconde, con quien pienso entenderme uno de estos dias, había concebido alguna esperanza; pero desde la inoportuna aparicion de ese hombre, que con su aspecto sério y severo parece vuestro mentor, teneis un rigor que me desespera.

—Os imaginais cosas perfectamente absurdas,—dijo la joven tratando de ocultar bajo sonrisa forzada el vivo apuro en que se veia.—El vizconde de la Barre es uno de mis màs antiguos conocidos de París que siempre me ha inspirado mucha amistad, esto es todo. En cuanto à él, ¡pobre muchacho! me ama, es verdad, pero yo...

—¿Vos sois indiferente á su amor, querei decir?

La joven hizo un gesto que Gaston no pudo ver distintamente, pero que adivinó con verdadera rabia.

Sin embargo, se contuvo, queriendo oir hasta el fin y ver á donde llegaria la per fidia de aquella mujer á quien había amado tan tiernamente, y que un momento antes le había jurado que solo á él amaba.

El príncipe, viendo sin duda la denegacion de la marquesa, denegacion que admitía sin creer en ella, cogió la mano de Camila y la cubrió de besos; y luego, arrebatado por la pasion, estrechó en sus brazos à la joven, que parecía no rechazarle.

Y con voz de inflexiones más dulces, murmuró:

—¡Una palabra, una sola palabra, Cami

la!... ¿Puedo esperar que vuestro corazon será mio? Mi amor, mi adoracion apasionada, ¿hallarán un eco en vuestros sentimientos para mí?... ¡Lo que acabais de asegurarme me dà algun valor!.,. ¡Oh' ¡decidme que puedo esperar!

Camila respondió una palabra en voz baja, pero tan baja, que Gaston no hubiera podido comprender el sentido, aún cuando no hubiera huido de allí loco de cólera y de indignacion, lanzando un rugido de rabia.

¡Aquello era ya demasiado!

¿Por qué no tenía derecho para pedir una satisfaccion á aquel hombre ,ó para castigar à aquella mujer infiel y desleal? ¿Pero qué hubiera ganado con dar un escándalo?

Un destello de reflexion le hizo contenerse á tiempo, porque ya iba á volverse atràs para presentarse á la mujer pérfida y al rival que se la arrebataba.

El disgusto que la conducta de Camila le inspiraba dominó su resentimiento. Un instante había bastado para matar todas sus ilusiones.

Aquella mujer jamás le había amado, demasiado lo veia en aquel momento, y todo

lo que en él quedaba de dulces creencias, caía deshojado á sus piés.

Recobrando su valor y sangre fria, se decidió á reunirse à la sociedad, en la hora fijada para el regreso.

Prontos ya los carruajes evitó encontrarse con la pérfida Camila, y montando en el coche de la condesa de Freil, que era la dama á quien antes había acompañado, la sirvió de caballero hasta Baden, sin hacer hacer caso de la marquesa, que vió con despecho y sorpresa que el vizconde ni aun siquiera la saludó al llegar.

XIV

La vuelta.

Llegado á su hotel, Gaston se puso à escribir la carta siguiente:

«Camila:

»Cuando leais estas líneas ya estaré lejos »de Baden.

»No puedo explicaros esta brusca partida »sino diciéndoos que me hallaba á la en»trada del subterráneo cuando estàbais allí »con el príncipe.

»No os dirijo reproche alguno..! Antes al contrario, mi voto sincero es que nunca llegueis á arrepentiros de la eleccion que acabais de hacer.

»Gaston.»

Despues de echar él mismo esta carta en el buzon del hotel, el vizconde de la Barre hizo sus preparativos de partida y dejó el hotel para tomar el primer tren que pasase.

Había decidido volverse directamente à Lucerna y Brunnen, esperando curar más fácilmente en medio de los esplendores de la naturaleza la herida que le había sido hecha.

Queriendo olvidar, sus pensamientos le recordaban contínuamente un pasado que hubiera querido borrar de su memoria.

Recordó así con profunda amargura aquella época de su existencia, encontrando á cada paso ya una duda, yà un dolor, ya, en fin, un goce que conocía haber sido mentido.

Se despreciaba à sí mismo por haber sido tan largo tiempo el juguete y la burla de la marquesa.

Llegó à Lucerna de muy mal humor, y el cielo cubierto de gruesas nubes, y las montañas que apenas se entreveían à través de su espeso manto de húmedos vapores, se armonizaban perfectamente con la melancolía que invadía su alma.

Atravesando el lago en vapor, Gaston de la Barre llegó á Brunnen en la tardecita del segundo día de su partida de Baden.

A la mañana siguiente la comarca parecía querer festejar su vuelta, revistiéndose de todas sus más bellas galas.

Un sol radiante iluminaba el paisaje, pues las nubes de la víspera se habían disipado como por encanto, no quedando más que algunos cúmulos de vapor contra las faldas de las montañas, que los rayos del sol hacían desaparecer à su vez.

Gaston no pudo resistir á la influencia de aquel bello y risueño día, y, sacudiendo la torpeza que le dominaba, se dirigió muy temprano al chalet de Hütlisberg, cargado de regalitos comprados en Baden para su protegida.

A medida que se acercaba al chalet, sus pensamientos hacían lugar à la curiosidad de ver cómo Ilona le recibiría, y deseaba al mismo tiempo que una feliz casualidad se la hiciese encontrar lejos de sus odiosos guardianes.

Su deseo se vió satisfecho, porque al llegar al lindero del bosque le pareció oir la voz de la niña. Se detuvo para escucharla.

No se había engañado; era, en efecto, el canto extraño que solo pertenecía á Ilona. Se adelantó, pues, en la direccion indicada por los sonidos y entrevió muy pronto á la pobre niña, sentada como de costumbre

en el tronco de un arbol.

Gaston empe ó por observarla antes de presentarse á ella. Su lindo perfil se dibujaba sobre el fondo azul de la montaña, y sus ojos aterciopelados tenían una expresion vaga y reflexiva, mientras que la brisa llevaba á lo lejos las notas de su canto, tan melancólico como salvaje.

Gaston se sintió muy impresionado al ver caido sus pies uno de los libros de estudio que había recomendado á su aplicacion.

El libro, abierto, probaba que había estado leyendo cuando sin duda sus reflexiones la habían arrastrado lejos del chalet y del objeto de sus estudios.

Pero lo que más placer causó á Gaston fué que su protegida tenía no solo buen semblante, sino que además ya no mostraba aquel aire desgraciado y agrio de los primeros dias de su encuentro.

Su traje era más aseado, más cuidado, conservando una cierta originalidad en su arreglo, que sentaba tan bien al tipo de su belleza.

Cuando la última nota expiró en sus labios con una especie de grito salvaje, ade-

lantóse hácia ella lentamente.

Al ruido de algunas ramas secas en que tropezaron sus pies, Ilona volvió la cabeza y en el mismo instante, de un salto púsose en pie, ruborizándose y palideciendo à la vez, y fijando su mirada en Gaston, pero sin atreverse á mover.

—Y bien, Ilona, ¿no me reconoceis?... ¿Y no teneis nada que decirme?...

Al sonido de esta voz amiga, la pobre niña lanzó una exclamacion de alegría y se arrojó al cuello de Gaston, quedando suspendida como si temiese que al soltarse desapareciese de nuevo á sus ojos.

No decía nada; pero gruesas lágrimas corrian à lo largo de sus mejillas.

La dicha tan sincera y tan viva al mismo tiempo que esperimentaba á su vista, conmovió al joven vizconde. Tratando, sin embargo, de calmarla y tranquilizarla con dulces palabras, la hizo sentar en el tronco del arbol, colocándose á su lado.

—Ya veis, querida niña,—le dijo,—que he cumplido mi palabra, y que he vuelto á vuestro lado, segun os había prometido... ¿Me esperábais, no es cierto?

Ilona, que no había cesado de mirarle en silencio mientras hablaba, le contestó titubeando:

—¡Si... y no!...

—¡Cómo! ¿si y no?—replicó Gaston sonriéndose;—¿eso quiere decir que dudàbais?

Ilona hizo un gesto afirmativo.

—¡Pues hacíais mal!... Pero ahora que estamos en el capítulo de las confesiones es preciso que me conteis cómo habeis pasado el tiempo en mi ausencia. ¿Decidme, habeis sido buena? ¿Habeis pensado en mis recomendaciones? ¿Habeis rezado por la mañana y por la noche?

—¡Oh! ¡sí!—dijo la niña.

—Bien, ¡eso me gusta!—dijo Gaston estrechándole la mano.—Y vuestras relaciones con la vieja Lachaud y su sobrino el Rojo, ¿qué tal? ¿Os habeis dejado arrastrar á las mismas cóleras y arrebatos?

A esta pregunta bajó la cabeza toda avergonzada, mientras que un vivo rubor cubría sus mejillas, pero no contestó una palabra.

Gaston entrevió la verdad, pero queriendo saber lo que diría la niña, esperó algunos

segundos y luego reiteró su pregunta.

Viendo que el vizconde insistía en una respuesta, la pobre Ilona inclinó màs la cabeza, retorciéndose las manos en su extremo sentimiento de vergüenza, y balbuceó, en fin, de una manera apenas inteligible:

—Es que el Rojo me atormentaba. Ha querido hacerme fiestas; pero yo no quiero sus caricias. Y entonces le he pegado, dos veces tan solo.

Gaston reprimió con trabajo una sonrisa al oir esta ingénua confesion; pero experimentó al mismo tiempo un vivo sentimiento de satisfaccion por la vergüenza que sentía Ilona, así como su repugnancia à confesar su falta, sentimientos dominados por su franqueza, y que eran prueba de que había conseguido despertar en ella la voz de la conciencia.

—Vos misma conoceis, Ilona, lo mal que habeis hecho en dejaros arrebatar hasta el extremo de dar golpes al Rojo; pero la franqueza que habeis tenido en confesármelo repara en algo vuestra falta, lo cua hace que os la perdone. Tratareis de ser más dulce y paciente otra vez, ¿no es así?

Y alzando con bondad el rostro encendido de la niña, la miró sonriendo.

La pobre Ilona, viéndose perdonada, dejó escapar un suspiro de desahogo, y llevó á sus làbios la mano de Gaston. Luego le dijo, con los ojos húmedos de emocion:

—¡Oh! ahora que habeis vuelto soy feliz y todo irá bien.

—¿Han sido buenos para vos?

—¡Oh! ¡sí!... ¡Y me ha sorprendido lo cambiados que están para mi!

—¡Tanto mejor!... ¿Y como habeis pasado el tiempo, Ilona?... Contadme todo.

—¡Oh! al pronto estuve muy triste. No podia decidirme á *estudiar la leccion*, como vos decís que se llama esto... Pero luego me dije que era preciso *obedeceros* y hacer todo lo que me habiais recomendado; despues esperaba todos los dias veros volver y quería estuviéseis contento de mi... ¡pero cuando llegaba la noche y no habiais venido no hacia más que llorar en mi cama!... En fin, estos últimos dias estaba *triste*, ¡muy *triste!* Yo me decía que ya no pensábais volver al lado de una pobre muchacha como yo!...

—¡Esa suposicion por vuestra parte no era nada laudable, Ilona! —dijo Gaston amenazándola con el dedo.—Para probaros que yo no os había olvidado, aquí teneis diversos objetos que he comprado para vos.

Y se puso á mostrar sus regalos, que consistian en algunos libros de lectura y estampas, en un sencillo traje y diversos objetos de fantasía.

La alegría de la pobre niña fué inmensa, y Gaston gozaba con su inocente dicha. Ella no cesaba de batir palmas, de saltar locamente y de darle gracias repetidas veces.

Los libros de grabados parecían encantarla, y Gaston se puso á explicarla algunas de las láminas.

Cogiendo entonces el libro de estudio caido en tierra, y que no era más que un alfabeto, seguido de algunas sentencias sobre la existencia de Dios, preliminares de un catecismo, Gaston examinó á la niña y fué agradablemente sorprendido al ver que sabía, no solo recitar todas las palabras, todas las frases, sino que tambien no había olvidado su significacion.

Contento del celo de su discípula, la ma-

nifestó toda su satisfaccion, lo que pareció hacerla la más feliz del mundo.

Ayudándola enseguida à trasportar sus riquezas, se dirigió al chalet con ella, encontrando á la vieja, à la que tambien expresó su satisfaccion por los cuidados prestados á su protegida, á fin de alentarla á perseverar en aquella vía.

XV

Educacion.

El joven vizconde de la Barre estableció de nuevo su cuartel general en Brunnen, de donde iba regularmente al chalet de Hütlisberg para pasar algunas horas del dia, horas que repartía entre las lecciones que daba a Ilona, y en los paseos que daba con la niña, que de dia en dia le interesaba más.

Guiada y enseñada por este maestro tan dulce como afectuoso é inteligente, la pobre niña se desarrollaba á la vista.

Sin embargo, no fué en el espacio de algunas semanas ni de algunos meses que Gaston pudo salir victorioso de todas las dificultades y luchas que le ofrecía el atrabiliario carácter de Ilona.

Debió recurrir muchas veces à toda su paciencia y á su firme voluntad de [illegible]ar

á buen fin la obra de caridad la obra de caridad emprendida respecto á la joven, que amenudo tenía accesos de la violencia que la caracterizaba.

Pero à medida que se halló en estado de apreciar la bondad de Gaston, sus caritativas y generosas intenciones respecto á ella; á medida tambien que empezaba à comprender que no tenía otro medio de manifestarle su reconocimiento más que obedeciéndole en todo, el celo y la docilidad de la pobre joven no dejaron nada que desear.

La admiracion que le inspiraba Gaston aumentaba de dia en dia y se mostraba á veces de una manera no menos extraña que toda ella, tomàndolo por un ser sobrenatural, idea que Gaston procuró desvanecer con sus sanas reflexiones.

Así pasó el vizconde algunos meses en las orillas del poético lago de los Cuatro Cantones.

El estío y sus risueños dias cedieron el puesto al otoño con sus espesas nieblas que cubrian con un velo húmedo el lago y su cintura de pintorescas montañas, y el vizconde perseveraba siempre en su mision.

Su tía, la vieja baronesa de Kercadet, no cesaba de reclamar la presencia de su querido hijo, como siempre le llamaba, y se admiraba de que pudiese permanecer tanto tiempo en lo que ella calificaba de «horrible posada de pueblo,» posada situada, segun ella, en medio de salvajes, y en donde seguramente se moriria de frio, dada la rudeza de aquel clima.

Gaston se sonreia con aquellas cartas, y hacia cuanto podia por calmar las inquietudes de su buena tía; pero siempre permanecia fiel en su puesto.

Mientras duró la bella estacion, el vizconde había interrumpido la monotonia de su permanencia en Brunnen por largas excursiones por aquel país, enriqueciendo su album con preciosos croquis y acuarelas que debian recordarle los pintorescos sitios que había visitado.

Pero al fin de noviembre los caminos se habían puesto intransitables, y entonces necesitó de toda la firmeza de su carácter para perseverar en su visita diaria á Hütlisberg.

Al acercarse el invierno, la viuda Laohaud había abandonado el chalet, yendo à esta-

blecerse, segun costumbre, á la aldea, en casa de su sobrino Juan Jacobo.

El Rojo había arreglado lo mejor que pudo la sola habitacion un poco presentable de su casa, y que servia al mismo tiempo de alcoba á Ilona, de comedor y de sala de estudio.

Era allí donde Gaston daba leccion todos los dias à su joven discípula.

Si la baronesa de Kercadet hubiera podido verle en este nuevo papel, si hubiera podido juzgar del bien moral que su querido hijo sacaba de aquella obra de caridad cristiana practicada con tanto ardor, habria bendecido à la Providencia en vez de orar y gemir de su larga ausencia.

XVI

SEPARACION.

Cuando llegó el mes de enero, no fué ya posible à Gaston continuar sus visitas á la aldea. Los hielos habían hecho impracticables y peligrosos los caminos, y se vió obligado á interrumpir su curso de instruccion y se decidió, por fin, á hacer una visita á su tía.

A pesar del creciente interés que le ofrecían los cuidados prestados á Ilona, el vizconde debió confesarse que en vista del porvenir de la pobre niaa, seria conveniente colocarla en alguna escuela ó pensionado en que pudiese recibir una completa educacion.

Pero à las primeras palabras que dijo á Juan Jacobe, este se negó rotundamente y declaró de un modo positivo que no daria, bajo ninguna condicion, su asentimiento à

un proyecto que debia separarle de su hija adoptiva.

Despues de varios é inútiles pasos, dados por Gaston en Lucerna para averiguar el nombre del banquero que había sufragado las primeras pensiones de Ilona, tuvo que dejar á Brunnen sin haber aclarado sus dudas.

Pero antes de alejarse de la joven, hizo un arreglo con su amigo el cura de Brunnen, mediante el cual la joven debia ir una vez á la semna al presbiterio, en cuanto la estacion lo permitiese, para continuar allí sus estudios con el digno sacerdote.

Gaston dejó à su protegida algunos libros á su alcance, seguro como estaba de que no dejaria de aprovecharse de su lectura, tanto por gusto como por el deseo de agradarle.

A pesar de la oposicion del Rojo á este nuevo arreglo, Gaston insistió con firmeza en la ejecucion de su voluntad, y el montañes prometió conformarse con ella.

La pobre niña no cerró los ojos durante las dos noches que precedieron á la partida de Gaston, y no tocó á ningun alimento excepto á lo que él la hizo comer à su presencia.

Cuando llegó el momento de los adioses, el vizconde vió demasiado en su palidez, en la contracion de los labios, hasta qué punto era violento el combate que en ella se trababa, y los esfuerzos que tenía que hacer para no estallar en uno de aquellos accesos de vehemencia que había prometido dominar.

Gaston, conmovido por esta victoria alcanzada solo por amor suyo, la atrajo hacia si y abrazándola la dijo dulcemente:

—Gracias, mi querida Ilona, por dominar vuestro dolor á fin de no disgustarme. Veo lo que os cuesta, pero creed en mi palabra, volveré dentro de dos ó tres meses lo más tarde. Prometedme no dudar.

Ella hizo una señal de cabeza por toda respuesta, porque las làgrimas la quitaban la palabra.

Luego, abrazàndola por última vez, se alejó precipitadamente.

Antes de despedirse de Ilona, el vizconde había dado un gratificacion especial á la vieja Lachaud y á su sobrino, recomendàndoles continuasen durante su ausencia los buenos cuidados que tenian por su protegida.

. . . .

Gaston se puso en camino para Francia, y despues de haberse detenido un dia en París continuó su viaje à Bretaña, es decir, al castillo de Rochers, situado cerca de Vitre, donde habitaba su tía la baronesa.

Fué recibido con los brazos abiertos, como el hijo pródigo á quien se festeja con doble ternura en razon á su larga ausencia y á sus errores perdonados y olvidados.

Gaston se sintió poseido de reconocimiento por las vivas muestras de afeccion que le daba su excelente tía.

Vuelto más humilde por sus recientes decepciones, soportó con la paciencia màs ejemplar las numerosas debilidades de la baronesa.

Llevó su deferencia hasta acariciar á los gatos favoritos, hasta admirar la coleccion de sus zapatos, encerrados en preciosos armarios.

La soledad en que vivia la baronesa aumentaba de dia en dia estas ridículas manías de solterona.

Gaston, que amaba y respetaba á su tía á pesar de sus debilidades, sufria realmente al ver cuánto las había desarrollado el completo aislamiento de su existencia.

MISSING
PAGE

MISSING PAGE

XVII

El castillo de Ploeven.

El vizconde Gaston de la Barre poseia considerables propiedades en Bretaña, herencia de sus mayores. Habitaba con preferencia un castillo situado no lejos de la ciudad de Chateaulin, y que se llamaba Ploeven.

Esta bella propiedad procedia de su madre y le era particularmente querida, no solo á causa de los numerosos recuerdos de su infancia, sino tambien por la imponente grandeza del sitio.

El castillo, de arquitectura antigua, pero tan vasto como cómodo y flanqueado con cuatro torrecillas, estaba edificado en lo alto de un acantilado de la bahia de Douarnenez, contra el que se estrellaban furiosas las espumosas olas del Oceano.

Un ancho y espacioso terrado contor-

neaba el castillo y conducia en espiral hasta el fondo del abismo.

Visto desde el mar aquel edificio de tintas grises causaba un efecto imponente, dominando las rocas batidas por la espuma de las olas, y destacándose sobre el verde sombrio del parque que se extendía en el fondo hasta las inmediaciones de Chautelin.

Todo lo que el arte y la mano del hombre pueden hacer para fertilizar un suelo ingrato, había sido empleado en Ploeven, para trasformar en jardin la landa antes inculta y apenas sembrada de algunos brezos y raquíticas retamas.

Aquel jardin dejaba mucho que desear; pero tal como era, regocijaba y alegraba la vista, á menudo fatigada ó asombrada por el aspecto horriblemente grandioso de la inmensidad del mar siempre furioso.

Fué, pues, en Ploeven, en medio de las nieblas, de los huracanes, de las lluvias y de las nieves, consecuencias inevitables de esta época del año, en donde Gaston se estableció al separarse de su tía.

Hacia más de un año que no había puesto allí los pies, y la estacion era muy poco á propósito para proporcionarle distraccion

en un antiguo castillo inhabitado hacía largo tiempo, y en donde, á pesar de grandes fuegos encendidos en todas las chimeneas, el frio penetraba por las paredes, por todas las puertas y por todas las ventanas de aquella vasta morada.

Así Gaston no pudo menos de sentirse disgustado desde la primera noche de su llegada al castillo.

Avergonzado de este sentimiento, que se parecía á pusilanimidad, desde el dia siguiente puso manos á la obra, á fin de cumplir los deberes que se había impuesto; poniendo orden en sus asuntos, revisando cuentas, rectificando los errores y abusos que se habían deslizado enl la administracion durante su larga ausencia.

Gaston no se contentó con una actividad que no se extendía más que á sus intereses personales.

Quiso ademàs contribuir en cuanto pudiese á la felicidad y bienestar de los pobres aldeanos de sus dominios.

Con esta intencion fué à visitar al cura de Ploeven, santo varon á quien había oido alabar por todo el bien que hacía, pero cuyo trato había desdeñado hasta entonces.

Su visita excedió á sus esperanzas, porque encontró un hombre venerable sobre cuyas facciones la caridad cristiana, la dulzura, la bondad, habían impreso su inefable sello, y que le recibió con la mayor cordialidad y política, olvidando las pocas consideraciones que Gaston le había dispensado hasta entonces, evitándole así toda esplicacion comprometida.

El vizconde se persuadió bien pronto de que el digno sacerdote reunia en sí todas las virtudes angélicas. Así es que se sintió atraido hacia él por una irresistible simpatía y le habló con entera confianza de su deseo y de su intencion de hacer participar de su gran fortuna à los indigentes de Ploeven y de los alrededores.

El cura, tan sorprendido como entusiasmado por el inesperado ofrecimiento del joven, no tardó en ponerle en ocasion de realizar sus caritativos proyectos. Muy pronto se pusieron de acuerdo sobre varias obras que había que hacer, sobre diferentes cambios necesarios, convenientes para el adelanto moral y bienestar material de los feligreses del buen cura.

MISSING
PAGE

MISSING PAGE

»Una espantosa vieja mεgueræ, digna de figurar entre las brujas de Macbeth, y un sobrino, dos indivíduos tan adyectos el uno como el otro, à cuyo lado una desgraciada suerte arrojó á esta desventurada, pretenden hacer creer que la han encontrado una noche en un camino y que ignoran absolutamente el país y la familia de donde ha salido.

»Pero diferentes circunstancias, indicios verdaderamente imperceptibles me hacen suponer que saben mucho más de lo que ellos quieren confesar. No podré decirte sobre lo que se funda esta suposicion, porque probablemente te reirias de mi.

»Lo cierto es que Ilona (ella me asegura que este es su nombre, mientras la vieja dice que se llama Ana-Deseada)... lo cierto es, pues, que Ilona dice ciertas palabras, canta canciones tan extrañas las unas como las otras, y que no se parecen à nada de lo que he oido.

»Aparte de estas palabras y estos cantos, ella no sabe nada de su pasado y solo recuerda algunos detalles de una grandeza invosímil. Parece que sus facultades intelectuales han sufrido una violenta crísis à consecuencia de una fiebre cerebral.

»Habiendo emprendido enseñarla los primeros rudimentos de educacion, me he convencido de que mi pobre Ilona está perfectamente dotada por la naturaleza, y además animada de la mejor voluntad de instruirse.

»Pienso y he determinado volver á su lado y cumplir hasta el fin la mision que me he impuesto... ¡No te rias, amigo mio!... Me lo he propuesto, y ayudado por el cielo conseguiré mi objeto...

»Pero el fuego que se apaga en la chimenea, las ráfagas de viento que hacen tambalear hasta los cimientos mi viejo castillo, y que parecen penetrar hasta mi gabinete, el frio, en fin, que comienzo á sentir, me advierten que ya es tiempo de terminar mi carta y ahorrarte más largas divagaciones por mi parte.

»Adios; ten paciencia hasta otra. Me despido estrechàndote cordialmente tu mano.

»GASTON.»

XIX

Amenazas de lucha.

El mes de abril empezaba trayendo tras de sí los primeros indicios de la primavera.

Gaston de la Barre, terminada la revision de sus asuntos, se preparaba á emprender el camino de Suiza.

Al despedirse de su buen cura, à quien había tratado y querido mucho, le recomendó que sin vacilacion recurriese á su bolsillo en el caso de que las cantidades asignadas por él á obras de caridad no fuesen suficientes, y recomendándose á sus oraciones, abandonó el castillo de Ploeven, para ir á presentar sus respetos á su tutor, el conde de Londeac.

Este habitaba en el Morbihan.

Despues de una corta visita, por decirlo así de etiqueta, Gaston pasó un dia en el

castillo de Rochers con su tía, y luego partió á Lucerna.

Mientras dura su viaje en ferrocarriles y carreteras, digamos algunas palabras de la marquesa de Lanjenais, à quien la respuesta firme y decidida de que hacia mencion Gaston en la carta de su amigo, respuesta tan diferente de la que ella esperaba, la había llenado de sorpresa y de dolor.

Por uno de esos cambios sorprendentes, pero no sin ejemplo, del corazon hamano, la marquesa amaba ahora al vizconde como nunca quizas le había amado.

Desde el momento en que se vió privada de la afeccion tan tierna del joven vizconde, empezó á temer haber perdido para siempre aquel corazon tan leal que solo había sabído atormentar. Desde aquel momento dominó como dueño absoluto aquella alma antes tan frívola y tan fria.

Trató al pronto de dominar su pena, de despreciar sus inquietudes, y, sobre todo, de distraerse admitiendo los homenajes del príncipe Pontiateff, que, encantado de verse libre de su rival, creia su victoria asegurada.

Pero su triunfo fué de corta duracion,

porque despues de la partida de Gaston la marquesa lo despidió friamente, y no pudiendo ella misma soportar más largo tiempo el ruido y torbellino mundano de Baden, se dirigió à pasar una temporada á sus tierras.

Allí vivió en una completa soledad, esperando de dia en dia recibir una carta del vizconde ó verle llegar á él mismo' no existiendo en el fondo màs que por esta esperanza engañosa.

Cuando, por orden de su marido, le fué preciso volver á París, trató de continuar allí, en lo posible, el mismo género de vida.

Toda diversion, toda invitacion todo deber de sociedad, le eran odiosos, entregada como se hallaba à sus penas, sus agitaciones y sus esperanzas.

A medida que el invierno adelantaba, y que en lugar de traer à Gaston à París, este continuaba su permanencia en Suiza, la bella Camila se sintió atormentada por nuevas y amargas inquietudes.

No pudiendo creer en la posibilidad de un interés serio por parte de Gaston por una pobre mendiga, ella imaginó que su prolongada ausencia ocultaba alguna otra

atraccion más peligrosa, tal vez por alguna joven belleza rústica de aquel país.

Los celos, sentimiento desconocido para ella hasta entonces, empezaron á atormentarla.

Un dia, en fin, uno de los amigos del vizconde la informó de que este ultimo acababa de atravesar la gran capital.

Se quedó aterrada por esta noticia y escribió la carta de que se ha hecho mencion. La respuesta que recibió redobló su desesperacion, y no teniendo ningun sosten interior, ni principios, ni sentimientos religiosos para fortificarla en esta ruda prueba, usó del remedio ficticio de las almas incrédulas, y pidió á los placeres del mundo el consuelo y la cura de su pobre corazon

Entretanto Gaston habia llegado à Brunnen, donde volvió á ocupar su antigua habitacion en el hotel del Caballo-Blanco, con gran satisfaccion del fondista.

Su primera visita fué para el cura, al habia confiado la instruccion religiosa de la pequeña Ilona.

Lo que supo no era de naturaleza para satisfacerle, porque desde que el bueno del cura lo vió le dijo, tendiéndole la mano:

—¡Ah! ¿sois vos, caballero? Os esperaba con viva impaciencias para participaros el poco éxito que han tenido nuestros arreglos en favor de vuestra protegida.

—¡Cómo!... ¿Qué ha pasado en mi ausencia?—preguntó Gaston con inquietud.—¿La niña està enferma?

—No... no; ella está buena; al menos tenía buen aspecto la última vez que la he visto, y lo que es más, me pareció ser una excelente muchacha, dotada de las mejores disposiciones!... Pero ese hombre, ese Malet es un malvado, que en el fondo no quiere que ella tenga ningun género de instruccion, ni religíosa ni social.

—¡Ah! ¡conque no quiere! Ya le diré yo...

—Perdonad, caballero, no sé cual es vuestra autoridad sobre esa niña y aun sobre ese hombre; pero si esa autoridad no llega á permitiros retirar esa infortunada del centro depravado en que se encuentra, temo que vuestros esfuerzos para conducirla al buen camino cristiano sean inútiles y no puedan vencer la mala voluntad de sus protectores.

Toda esa familia hoza desde hace bastante número de años de la más mala re-

putacion, y adivino que ese Malet tiene razon en temer relaciones que permitan á una autoridad cualquiera, la mia, por ejemplo, saber la verdad y ver claro en sus manejos.

—Pero, en fin, ¿qué ha osado intentar?

—Nada grave, por el momento. Unicamente ha impedido à la niña venir á mi casa á tomar sus lecciones, bajo pretexto del mal tiempo; y cuando quise por mi parte ir al menos una vez á la aldea, en dos ocasiones me fué imposible hacerme abrir la puerta de su casa.

Por más que grité y llamé, nadie pareció oirme y me ví obligado à volverme sin poder cumplir la promesa que os había hecho.

—¿Pero estais seguro de que la viuda de Lachaud y la niña se encuentran en Hütlisberg?—preguntó Gaston con ansiedad.

—¡Oh, sí! Así lo creo al menos, porque no hace quince dias que la niña, escapándose de la casa, vino á verme aquí, y me explicó llorando que no se la permitía obedeceros absolutamente; que la castigarían implacablemente si ella infringía la prohibicion de venir á mi casa, que ella arries-

gaba aquel dia semejante tratamiento; pero que no habiendo podido recibiros, porque el Rojo la leia sus cartas, había querido suplicarme os dijese volviéseis lo más pronto posible.

Desgraciadamente la pobrecilla no sabia vuestra direccion, y ni aun sospechaba que esto fuese necesario para avisaros.

—¡Pobre Ilona!

—Yo la consolé como pude, exhortándola à perseverar en el bien, y à rogar á Dios con fervor. Luego la dí algunos libros y la insté á que se volviese, á fin de evitar algun mal proceder por parte del Rojo. Ella me obedeció con una prontitud que demostraba bien el terror que la dominaba.

—¿Y qué hacer?—exclamó Gaston con desaliento:—temo que, no teniendo derecho alguno sobre esta niña, no podré conseguir sustraerla por completo á la mala influencia de estas gentes...! Mas, sin embargo, estoy decidido á luchar todo lo que pueda para no abandonarla á su triste suerte.

—Dios os recompensarà, caballero, por tan caritativa intencion.

—Respecto al Rojo, vuestro relato me confirma una vez más en mis suposiciones

de que este miserable tiene alguna razon secreta para impedir que otros se ocupen de esa niña, y para vigilarla él solo...

Pero ¿qué objeto es este?... ¿Qué espera del porvenir?... ¡Ah! ¡si yo pudiese descorrer por un momento el velo que cubre el destino de esa desgraciada!... ¡Por ahora espero conservar cierta especie de autoridad sobre ese hombre, y esto gracias al vil metal, que es omnipotente sobre ese ser abyecto!... ¡Pero si este medio cesase de obrar sobre él, mi pobre Ilona se veria perdida!

—¡Esperemos que no será así, caballero, y roguemos á Dios que bendiga nuestra obra!

El vizconde estrechó la mano del excelente sura y se separó de él dirigiéndose á la aldea.

XX

EL REGRESO.

La relacion tan poco satisfactoria del cura de Brunnen habia tmpresionado dolorosamente á Gaston.

Preveia lucha incesante con la innoble familia de Hütlisberg si queria persistir en su obra de beneficencia.

Esta preocupacion le absorbió todo lo largo del camino, que á causa del deshielo se hallaba intransitable.

Así es que Gaston adelantaba difícilmente á través del terreno empapado en agua, y varias veces se vió obligado à dar algunos penosos rodeos.

Pero, en fin, llegó á la casa del Rojo, donde no era esperado porque no habia fijado el dia de su llegada á Brunnen.

Despues de haber tratado en vano de abrir la puerta de la cabaña, llamó fuertemente.

En el momento vió agitarse la cortinilla de la ventana como si alguno tratase de descubrir al que llamaba.

Algunos segundos despues la vieja Lachaud corrió dos ó tres cerrojos y la puerta se abrió con precaucion. Al reconocer al vizconde se confundió en excusas con muestras de respeto y de alegría à propósito de su regreso.

Pero Gaston la interrumpió, diciéndola:

—Buenos días, señora Lachaud; parece que temeis una invasion, cuando tan cerrada teneis la puerta.

—¡Ah, señor! ¡es que hay tan malas gentes en el país!—repuso la vieja por decir algo.

—¿Dónde está la niña?

—¡Aquí, señor, en su cuarto, y siempre con sus libros!

Y abriendo la puerta de la pieza principal hizo pasar á Gaston, que en seguida vió á su protegida.

Estaba sentada con los codos apoyados en la mesa, sosteniendo la cabeza en sus dos manos, y tan absorta en su lectura que no oyó el ruido que Gaston hizo al entrar, puesto que ni aún alzó los ojos del libro.

La vieja cerró la puerta y desapareció.
Gaston esperó algunos segundos durante los cuales examinó à la niña. Un rayo de sol penetraba hasta ella y la cubria por completo. Le pareció que había crecido y adquirido bastante desarrollo.
Se adelantó entonces y la llamó dulcemente.
—Ilona.
A este nombre, al sonido de esta voz, la pobre niña se levantó como electrizada, y luego, poniendose pálida como una muerta y fijando en Gaston sus asustados ojos, se quedó inmóvil y temblando en el mismo sitio. Pero al oir à Gaston llamarla segunda vez y abrirle los brazos sonriendo, se lanzó à ellos con un grito contenido por los sollozos.
Gaston estaba violentamente conmovido. Tratando, sin embargo, de calmar á la joven con algunas dulces palabras, y tomándola las manos, la preguntó sobre su género de vida durante su ausencia.
Al hablarla, al escuchar las respuestas de la pobre Ilona, que sonreia á través de sus lágrimas, pudo apenas ocultar su sorpresa al descubrir el cambio que los

últimos meses habían obrado en el exterior de su protegida.

Se había robustecido; su tez había adquirido una blancura mate y trasparente que hacía resaltar màs el negro aterciopelado de sus grandes ojos, velados por largas y sedosas pestañas.

Su pequeña boca roja probaba que una sangre pura y vigorosa, efecto de una alimentacion sana, circulaba ahora por sus venas.

En una palabra, Gaston había dejado una niña aun bastante enclenque para hallar una joven en todo el desarrollo de su rara belleza.

La expresion de las facciones de la pobre Ilona se había tambien modificado. En lugar de la mirada inquieta y hasta feroz que antes la daba un aire tan extraño y salvaje, sus ojos estaban impregnados de una dulzura y una melancolía que revelaban una naturaleza privilegiada.

Gaston observó tambien, en la manera con que la joven le trataba, cierto embarazo y timidez, de que ella misma no se daba cuenta.

Cuando llegaron á hablar de las leccio-

nes del cura, forzosamente descuidadas, Ilona le dijo en suplicante tono:

—¡Creo que no sospechareis de mí de haberos querido desobedecer, señor!

—No, no, mi pobre Ilona: sé á qué atenerme respecto á eso.

—¡Hubiera sido tan feliz de poder aprovecharme de su enseñanza!... Pero... *él* me ha prohibido daros otra razon que la del mal tiempo. Sin embargo...

—No es la exacta, ¿verdad, quereis decir?

La joven hizo un gesto afirmativo.

—Gracias, mi querida Ilona. Veo que en lo sucesivo puedo fiarme de vos... ¡No me digais nada!—añadió Gaston, viendo que ella iba á explicarle el estado de las cosas.—Sé todo por el señor cura, y màs vale que no me hableis nada, à fin de poder responder con franqueza à las preguntas que os haga el Rojo.

La niña le dió las gracias con una mirada, y luego se ocuparon de sus estudios.

Su dulce conversacion duraba hacia más de una hora cuando fueron interrumpidos por la llegada del Rojo.

Este no pudo disimular enteramente su

embarazo al encontrarse con el vizconde, aunque se puso á hablar con volubilidad, expresando su contento de volver á verle, así como la esperanza de que el vizconde quedaria satisfecho de la buena salud de la niña.

Gaston respondió que en efecto la joven parecía gozar de un estado floreciente de salud, lo cual probaba que no le habían faltado buenos cuidados.

—Pero—añadió—¿tan destrozados é impracticables han estado los caminos, que la niña no ha podido ir una sola vez à Brunnen, segun yo lo había dispuesto?

—¡Oh! el señor no sabe lo que es el invierno en nuestras montañas... Esta chiquilla hubiera corrido riesgo de un accidente, ó de caer enferma á consecuencia de salir con tan mal tiempo.

—Y por qué no habeis admitido al señor cura cuando éste se presentó á vuestra puerta, tomándose el trabajo de venir dos veces aquí para dar leccion á la niña?

—¡El señor cura! No le he visto, y esta es la primera vez que oigo hablar de eso.

—Ha encontrado la casa cerrada, y nadie ha querido responder á su llamada.

—Es que sin duda habríamos salido.

—¡Ah! ¿Con tan mal tiempo? Pero no hablemos más de ello,—dijo Gaston, que no queria llevar màs adelante su investigacion, á fin de mantener su autoridad.—Ya he vuelto, y me encargo de la instruccion de la pequeña.

—¡Ah! ¿pensais estableceros de nuevo en el país?

—¡Ciertamente! Y mi intencion es, igualmente, el venir todas las mañanas á dar mis lecciones á Ilona,—respondió Gaston un poco sorprendido de la pregunta del Rojo.

Este se inclinó sin añadir una palabra, y salió de la habitacion.

Gaston entregó entonces á Ilona los regalos y libros que habia traido de París y que se habia olvidado de ofrecerle, entregado á la emocion de volverla á ver.

Ilona se mostró profundamente reconocida por aquella atencion; pero esta vez fué más bien la expansion de un corazon vivamente conmovido que no el placer alborotado y pueril de una niña.

Dos gruesas lágrimas corrieron á lo largo de sus mejillas, mientras estrechaba las ma-

nos de Gaston y le daba las gracias con palabras entrecortadas.

Gaston la dejó entregada al goce de nuevas lecturas y se volvió á su hotel.

XXI

Voz del corazon.

Desde su vuelta al pintoresco lago de los Cuatro Cantones, el vizconde de la Barre tomó el género de vida que había tenido el año precedente.

No le seguiremos en sus diferentes ocupaciones; pero, sin embargo, conoceremos sus impresiones en esta época de su existencia, leyendo la siguiente carta, dirigida á su amigo Eduardo Duroy.

«Brunnen, Agosto 1857.

»Mi querido Eduardo:

»Te habia prometido darte cuenta de la marcha y progreso en la modesta educacion que he emprendido en Hütlisberg.

»Si hasta aquí ninguna relacion de mis hechos ha llegado á tu noticia, debes atribuirlo únicamente à mi deseo de observar

más largamente á mi pequeña Ilona, antes de darte parte de la alegría que inunda mi corazon à la vista de la feliz y deliciosa metamórfosis que los últimos meses han producido en esta niña.

»Pero hago mal en llamarla así. La había dejado siendo una niña y la he encontrado convertida en una encantadora joven, de sin igual gracia y de una belleza ideal.

»Mi ojo de artista no puede menos de admirar su belleza física, sus líneas tan puras y tan suaves, sus formas dulcemente contorneadas, sus ojos que lanzan profundas y ardientes miradas.

»¡Qué cambio en el espacio de un año!

»Sus progresos intelectuales no son menos maravillosos qne su desarrollo físico. En estos doce meses ha aprendido más que los demàs niños en cuatro ó cinco años, y su insaciable sed de saber me hace temer por su salud y me obliga á templar su ardimiento.

»A medida que adelanta en su instruccion la pobre niña va comprendiendo más el horror de su posicion, y más de una vez he tenido que recurrir á toda mi influencia, para arrancarla á la negra melancolía que

se apodera de ella á consecuencia de sus reflexiones.

»Casi todos los dias doy un largo paseo por las orillas de la espléndida bahia de Uri, en compañía de mi querida discípula.

»Estos paseos tienen la desgracia de inquietar prodigiosamente al innoble guardian de Ilona. Trata de poner á ellos toda especie de trabas que destruyan mi firme voluntad, à la que cede por vil interés. Pero es muy raro que no vea casi siempre asomar su roja cabellera por detrás de alguna roca ó matorral, acechàndonos ó espiándonos de lejos.

»¡Este desagradable é incómodo personaje me harà pasar muy malos ratos!... ¡Pero espero salir victorioso de la lucha, como hasta ahora!

»Un singular efecto del desarrollo de las facultades intelectuales de mi querida Ilona, es que á medida que su memoria se enriquece con una instruccion real, todos los viejos recuerdos de su pasado misterioso se han borrado por completo.

»Apenas recuerda una ó dos palabras de esa lengua extraña que dice hablaba antes.

»¿De qué país procederá Ilona?

»Millones de veces me hago esta pregunta y sólo el Rojo pudiera guiarme en este dédalo; ¡pero nada puedo conseguir de él ni por ardides, ni por las promesas más brillantes, ni por amenazas!... Todo lo he ensayado para que me confiase el secreto de esta niña, y siempre he tropezado con la invariable respuesta de «que no sabia nada, »que no podia saberlo, que la niña fué en»contrada en un camino.»

»Un dia, sin embargo, tratando de esta cuestion con Ilona, me ocurrió preguntarla si no había observado que el Rojo recibia cartas ú otras comunicaciones del extranjero.

»Ella reflexionó un instante, y luego me dijo que, en efecto, recordaba haberle visto de tiempo en tiempo leer una carta que luego rompia en menudos pedazos.

»—¿Y esas cartas llegaban por el correo?—le pregunté.

»—No lo creo... pues no recuerdo haber visto nunca al cartero. Pero,—añadió vacilando un poco,—me parece que las traia cuando iba á Lucerna... Sí, sí... ¡estoy segura!... Ahora me acuerdo de que una vez estudiaba una de esas cartas (porque lee muy mal) en su última excursion á Lu-

cerna, hace cosa de tres meses... Y hasta me consultó sobre una palabra que yo le descifré con trabajo, porque estaba en aleman.

»—¿Decís que la carta estaba en aleman?

»—Sí, estoy segura, porque como hablan en ese idioma aquí, comprendo algunas palabras.

»—¡Ah! cuànto daria yo por conseguir una de esas cartas!... ¿No recordáis cómo era el sello de esas cartas?

»—No; el sobre era lo primero que el Rojo destruia: además, en una de esas ocasiones me llamaron la atencion los cuadritos pintados que estaban pegados en el sobre. Quise examinarlos de cerca, pero apenas lo había tocado con mis dedos, Juan Jacobo me lo arrebató colérico y lo arrojó al fuego.

»Esta conversacion con Ilona te probará lo poco ó nada que adelanto en mis averiguaciones. ¡En fin, sea lo que Dios quiera!

»Lo que ahora me preocupa es que para cumplir mi obra de beneficencia, será preciso separar á Ilona de mi direccion y confiarla à otrae manos, à las de una mujer que se tome el trabajo de acabar su educacion.

»Para ello he pensado en la superiora del convento de las Ursulinas en Porentruy, pequeña ciudad situada en los confines de Suiza.

»La madre Angelica es un alma santa, una persona de gran mérito, á quien he podido conocer y apreciar por sus relaciones con mi tia la baronesa de Kercadet, de la que es amiga de la infancia.

»¿Y cual será el resultado de todos mis afanes? Tal vez llegue un dia en que me vea obligado á casarla con algun honrado empleado ó colono de mis tierras.

»¡Eso no!

»¡Cómo! ¿Habré trabajado y esperado para que otro se aproveche de mi obra y recoja todos los beneficios, todas las utilidades?... ¡No, y mil veces no!... Preferiría cederla á Dios si se sintiese con vocacion de consagrar su existencia al cielo, si pudiese decidirse à vivir en un convento...

»Pero hé aquí que me dejo arrebatar por mi egoismo... ¡Me avergüenzo de mí mismo!... No me juzgues muy ligeramente... Adios.

«GASTON.»

»P. D. ¿Me preguntas cuáles son ahora mis relaciones con la marquesa de Lanjenais?... Te contestaré que desde nuestras cartas, cambiadas en la primavera, Camila no ha vuelto á acordarse de mí.

»¡Ojalá me haya olvidado por completo ¡Ojalá haya comprendido la razon que me ha hecho huir de su presencia, lo mismo que cualquier otro peligro de la misma naturaleza!»

XXII

La tentacion.

Pocos dias despues del envío de la carta que se acaba de leer, y en una hermosa mañana de verano, la conmovedora ceremonia del bautismo condicional y de la primera comunion de la pobre expósita de Hütlisberg se celebró en la iglesia parroquial de Brunnen.

Gaston de la Barre fué el padrino de la joven, que recibió los nombres de Ana-Elena-Deseada, porque su protector había observado que el segundo de estos nombres correspondía mejor al de Ilona, tan querido á su corazon, y por el que quería continuar llamándola.

Cuando, despues de medio dia, Gaston fué à encontrar á su protegida, ésta le esperaba en el bosquecillo, sentada en una piedra y perdida en sus ensueños.

Al acercársele se levantó y le salió al encuentro.

Gaston quedó admirado de la elegancia de su cuerpo y de su porte, que aquel dia era más aparente gracias á su nuevo traje, perfectamente hecho y que le sentaba maravillosamente.

Bien peinada y vestida como Ilona estaba entonces, Gaston adivinaba, no sin que su corazon latiese violentamente, lo que podría ser aquella joven arrebatadora que reunia ya las formas de la mujer al gracioso abandono de la niña.

¡Ay! ¡No fué él solo quien la admiró aquel dia!

Pasaron el resto del dia hablando y enumerando las conmovedoras sensaciones de la mañana. Ilona no cesaba de agradecer á Gaston el inmenso beneficio de que le era deudora, mientras que dulces lágrimas de reconocimiento inundaban su bello rostro.

La tarde respondía á aquella radiante mañana; no se cansaban de admirar la magnífica puesta del sol, que por sus maravillosos efectos de luz recordaba á Gaston el espectáculo no menos bello de la tarde, tan interesante para su corazon, de su primer

encuentro con la pobre Ilona.

Este recuerdo, así como las diferentes emociones del dia, conmovieron à Gaston de una manera particular. Se preguntaba sin cesar y con sorpresa, observando á la joven sentada en un banco, si era en efecto la desarrapada niña del año anterior.

Su puro perfil se dibujaba distintamente sobre el firmamento abrasado, á pesar del crepúsculo que empezaba á extenderse por el valle.

Estaba con su barba apoyada en el hueco de la mano, posicion habitual cuando reflexionaba, y sus húmedas miradas giraban vagamente por el espacio.

Un largo silencio se había establecido entre los dos jóvenes, absortos como se hallaban en la contemplacion de los diferentes cuadros que la naturaleza ofrecía à su vista.

De pronto Ilona, elevando su dulce voz, se puso á cantar una de las baladas de su infancia.

Pero había escogido la más suave y la más tierna, modulándola màgica y tristemente.

Este canto tan melodioso embriagó más y más á Gaston, y acabó por turbarle extrañamente.

¡No podía decidirse á separarse de la joven, y, sin embargo, era preciso, porque se iba haciendo tarde!

Sacudiendo, en fin, con un violento esfuerzo la languidez que de él se había apoderado, se levantó, y tendiendo la mano á Ilona, la dijo con ahogada voz:

—¡Adios, Ilona!... Ya es tiempo que nos separemos!

El sonido de aquella voz hizo alzar la vista à la joven. Entonces vió la palidez de su amigo.

—¿Qué teneis?... ¿Estais enfermo?—exclamó con inquieto acento.

El vizconde no respondió, y devorándola con la mirada, hizo un movimiento para atraerla hacia sí.

Pero la joven, advertida por un secreto instinto, tanto como asustada de la turbada expresion del vizconde, le rechazó dulcemente, ruborizándose involuntariamente y bajando la cabeza con aire confuso.

Gaston vió aquel ingénuo rubor, que le recordaba su deber. Avergonzado de aquel momento de debilidad, pasó la mano por su frente como para librarse de un indigno pensamiento, y poniéndola luego sobre la

cabeza de Ilona, la dijo con voz algo más firme:

—¡Buenas noches, hija mía; que Dios os guarde!

Ilona le siguió con la vista mientras el bosque no lo ocultó á sus miradas; pero cuando ya iba á sentarse pensativa, la ruda voz del Rojo la arrancó á su preocupacion.

—¡Vamos!—gritó éste:—¡pronto á casa!—¡Basta de tonterías y jeremiadas!

Y cogiéndola brutalmente de una mano, traté de arrastrarla consigo.

Pero Ilona, sorprendida de aquel acceso de mal humor, se soltó con viveza. Iba á contestarle con no menos irritacion; pero el recuerdo de la santidad del dia le selló los labios, y sin decir palabra siguió al montañés.

Si Gaston é Ilona no estuvieran tan preocupados en su paseo y en su conversacion, podrian haber visto al Rojo, que los seguía á distancia, observándolos con inquietud.

Instintivamente, y con una rabia inexplicable, adivinaba los sentimientos de Gaston, y cuando èste se había aproximado por un instante à Ilona, el montañés

experimentó un feroz deseo de lanzarse sobre él.

Sin embargó, cuando vió que Gaston se alejaba, se contentó con hacer un gesto amenazador, mostrándole los puños y murmurando un juramento.

Gastón pasó una noche sin reposo ni sueño, atormentado por los reproches de su con ciencia.

¿Qué quería?... ¿qué deseaba?... ¿iba à arrastrar en el lodo un sentimiento antes tan puro y desinteresado?

Su obra de beneficencia ¿debía terminar mancillando aquella flor de pureza é inocencia?

No, y mil veces no, se repetía Gaston, pensando en la tentacion que el demonio le enviaba de nuevo. Pero la virtud había echado hondas raices en su corazon para no hacerle salir victorioso de aquella prueba.

La mañana siguiente lo encontró con todo su equilibrio moral, calmado, como de costumbre, y pronto à volver à sus ocupaciones, sin que nada, en su modo de ser, revelase las tumultuosas emociones de la víspera.

XXIII

La carta.

Los incidentes que acabamos de leer habian hecho lugar à la rutina ordinaria de la existencia de Gaston y de su discípula, cuando un dia Ilona se halló tan preocupada y distraida durante sus estudios, que el vizconde le preguntó la causa.

—¡No sé si debo contestaros!—dijo la joven.—Tal vez haria mejor en no hablaros de lo que me atormenta... Sois tan bueno para mí, que temo incomodaros contándoos tonterías.

—No tal, decidme todo.

—Pues bien, desde hace algun tiempo el Rojo me parece cambiado.

—¡Cómo! ¿Se atreveria otra vez á maltrataros?

—¡Oh, no! No es eso lo que quiero decir. No se permite ya la menor rudeza con

migo; al contrario. Pero sus maneras se han hecho tan extrañas.

—¿En qué? Explicaos, por favor, Poña.

—Es que... por ejemplo, no me quita la vista de encima durante horas enteras, devorándome con su mirada salvaje y socarrona, hasta que, no pudiendo resistirl, huyo para librarme de ella.

Enseguida trata de adivinar todo lo que puede agradarme, y se enfurece cuando ve que á pesar de todos sus esfuerzos no consigue darme gusto. Pasa su tiempo en espiarme y en perseguirme con sus odiosas atenciones.

En cuanto á vos, parece aborreceros. ¡Y como yo no admito que se atreva à pronunciar delante de mí una palabra ofensiva, descarga entonces sobre mí su cólera, llenándome de invectivas y reproches!... ¡Un instante despues siente estos accesos de furor y me dide perdon de ello!

¡Son escenas incesantes de este género que, á pesar de mis buenas resoluciones, me hacen inclinar á mi antigua violencia!... ¡Todo esto me atormenta y me entristece!

Gaston estaba lívido durante el relato de la joven; pero había escuchado sin interumpirla, porque la voz le faltaba.

Sorprendida de su silencio, ella alzó los ojos, que había tenido inclinados al suelo mientras hablaba, y se puso consternada al ver la alteracion de sus facciones.

—¡Dios mio! ¡Ya estais incomodado! ¡Ved cómo yo tenía razon no queriendo hablaros de tales absurdos! —exclamó desolada.

—¡Al contrario, hija mia, habeis hecho muy bien, y cuento con que siempre obreis lo mismo! ¡Soy vuestro amigo, el más sincero, el *único* que teneis, mi pobre niña; y por este título merezco vuestra confianza la más absoluta. ¿Entendeis?... No hagais caso alguno de mis impresiones, y decídmelo *todo*... El Rojo, ¿se ha limitado á tener simples atenciones con vos?... ¿No se ha permitido tomar algunas libertades?

La joven se ruborizó á esta pregunta tan directa, pero fué más bien por un sentimiento de indignacion, porque, alzando la cabeza con un movimiento de indecible orgullo, respondió:

—¡Oh, sí...! Ayer tarde quiso abrazarme... pero no lo repetirá, estoy segura... ¡Sabe de qué manera será recibido!

Gaston sintió un dolor agudo al escuhar estas palabras, presintiendo el grave peli-

gro á que iba á estar expuesta la querida niña de su corazon.

No se atrevía à enterar claramente á aquella inocente y pura criatura de la inminencia del peligro... Se extremecía á la idea de lo que podía suceder, y un rugido de cólera se escapó de su pecho pensando en lo que podían tentar la audacia y la perversidad de aquel hombre.

¡Ah! sería preciso arrebatarla à la fuerza para preservarla de las garras de aquel monstruo, y Gaston estaba decidido á intentarlo todo antes que resignarse á semejante dolor.

Por el momento exigió de Ilona la promesa formal de no quedarse sola con el Rojo, y esto bajo ningun pretexto.

Ella se comprometió à todo lo que él deseaba, feliz de poder tranquilizarle un poco.

Gaston recordó entonces haberle llamado la atencion en aquellos últimos tiempos las continuas entradas y salidas en la sala de estudio, y durante sus conversaciones al aire libre.

Gaston pasaba todas las penas del mundo para contener su impaciencia à cada nueva aparicion de Juan Jacobo; pero, en fin, se

decidia à marcharse queriendo evitar un rompimiento con aquel miserable.

Recomendó mentalmente á Ilona á la proteccion de la Vírgen, y recordándola una vez más su promesa, le dijo adios, para encontrarse con todas sus angustias en cuanto se vió solo y lejos de ella.

Hasta por la mañana siguiente, en que muy temprano tomó el camino del chalet, se sintió asaltado por los cuadros más siniestros y más desgarradores de su corazon. Su ardiente imaginacion no le dejaba ni tregua ni reposo.

No experimentaba más que un deseo, que un objeto, el de conseguir colocar á su protegida en alguna casa de educacion, como el convento de las Ursulinas de Pontruy, y sustraerla así al peligro que la amenazaba.

Pero ¿cómo lograría llevar à cabo este proyecto?

Ilona, el objeto de tanta solicitud, parecia haber adivinado los tormentos que torturaban el alma de su protector, porque saliéndole al encuentro le mostró un rostro tan alegre, tan fresco y sonriente, que esta visita disipó por un instante los secretos temores de Gaston.

—¡Ah! ¡ya habeis venido!—exclamó tendièndole la mano.—¡Qué sorpresa más dulce el veros tan temprano!... Pero casi lo esperaba y esto me ha distraido durante mi lectura,—añadió ruborizándose de una manera encantadora y como si hubiera cometido alguna falta.

El cambio de los sentimientos de Gaston fué tan violento, se sintió tan feliz al verla tan indiferente y alegre, que no supo contestar una palabra.

—¿Pero qué teneis?—continuó ella.—!No me decís nada!... ¡Qué pálido estais!... ¡Decididamente desde hace unos dias no estais bueno.

—No, no, Ilona, no es nada, creedme. Un poco de fatiga y nada màs. Calmaos,—añadió sonriendo para tranquilizarla.

—¡Tanto mejor, á Dios gracias!—dijo ella con un suspiro de satisfaccion.

—¿Y vos, Ilona, estais bien?

—¡Oh! ¡perfectamente bien!

—Y... el Rojo... ¿ha vuelto á las suyas?

—¡Oh, no!—repondió ella riendo, sin comprender su angustia y sacudiendo su linda cabeza con aire de enfado infantil que le sentaba á las mil maravillas.—Me encerré

en mi cuarto, dejándola que me llamara y buscara en vano.

Esta mañana se ha visto obligado à ir á Sisigeo, de suerte que me veo libre de su odiosa presencia durante algunas horas.

Pero ya me olvidaba de nuevo de hablaros de alguna cosa. Ayer fuí bastante aturdida para no mostraros ésto.

Y sacó de su seno un pedazo de papel.

—Ya recordareis—añadió— haberme preguntado un día si yo no habia conseguido ver una de las cartas que el Rojo traia de sus excursiones á Lucerna...

—Sí, sí, lo recuerdo perfectamente.

—Pues bien, aquí teneis un pedazo de una de esas cartas.

—¡Qué decís!

Y Gaston iba á apoderarse del pedazo de papel, cuando la joven pareció arrepentirse, y palideciendo estrechó el papel contra su pecho.

—¿Qué haceis. Ilona? ¡Dadme ese papel!

—¡Ah!—respondió ella con todos los signos de la más viva emocion,—ya sabeis, amigo mio, si estoy deseosa de descubrir algun indicio relativo á mi orígen!... ¡Vos que leeis en mi corazon, que conoceis mi

tristeza, sabeis lo que sufro á la idea de mi aislamiento, no sabiendo á qué lado del horizonte dirigir los gritos de mi alma, que désea tanto poder amar à un padre, á una madre!

Pero en el momento de desgarrar tal vez el velo que cubre mi destino, vacilo y tiemblo... ¡Tiemblo de descubrir una realidad más terrible aun que el misterio que me abruma!

Ardientes lágrimas brotaban de los ojos de la desventurada joven, y Gaston, conmovido de piedad, la dijo dulcemente:

—¡Mi pobre Ilena, no penseis ahora en vuestra triste suerte! ¡Pensad que teneis en mí un amigo, un protector tan fiel como desinteresado, y tened confianza en Dios! ¡Dadme, os lo ruego, ese fragmento de carta de que me hablais!

Ella se lo entregó y Gaston vió, en efecto, dos fragmentos de una carta que, habiendo sido rasgada por el medio, estaban unidos á la altura de un centímetro, de modo que juntándolos se podía descifrar su contenido

La escritura era casi ilegible, y se componía de letras latinas. La carta estaba en aleman.

Gaston se hallaba felizmente bastante instruido en esta lengua para poder comprender el sentido de las pocas palabras que habían escapado á la destruccion de la carta; y evidentemente aquél era el final, porque en el extremo del papel se hallaba un nombre más ilegible aun que todo el resto.

Por el momento solo pudo descifrar la inicial, que era una *V*; despues seguían *a* y *ch*, segun parecía; pero en cuanto á la terminacion del nombre, que se perdía en una gran rúbrica, era imposible adivinarlo.

En cuanto á las frases cortadas, solo pudo descifrar lo que sigue:

«Lo que decís... lo siento... carácter violento... haría creer enfermedad... dar aviso... contestar pron... Habría medio... inútil decir... dinero disposicion... informes.. buen establecimiento.. nunca es tarde... ofrece seguridad... estoy contento...»

La joven Ilona seguía con ansiedad el minucioso y trabajoso exámen de Gaston, que se guardó muy bien de traducir muchas de las palabras que descifraba.

Quería reflexionar sobre el sentido vago

de algunas palabras sueltas, antes de iniciar á la pobre joven en lo que tal vez aumentaría sus angustias.

Se puso, pues, á pensar largamente sobre el misterioso contenido del fragmento, preguntàndose lo que podía significar.., ¿Quién sería el autor... La palabra «padre» se hallaba repetida en aquellas líneas... ¿Seria el padre de la niña el que hablaba así? No podía creerlo.

Las primeras palabras se referian seguramente á la joven... á su Ilona... así lo suponía al menos. Por ella, sin duda, se hablaba de carácter violento... ó bien se trataba del mismo Rojo.

Y ningun otro indicio, ni relativamente al país, ni al origen de la niña. Y hasta el estar escrita en aleman trastornaba las suposiciones del vizconde, fundadas en el extraño idioma que hablaba la joven. Además, la firma de la carta, ó màs bien las letras que había descifrado, *V, a, ch,* no indicaban un nombre aleman.

¿Qué concluir de este dédalo?

El velo se espesaba cada ves màs, en lugar de ofrecer al pobre Gaston la menor claridad.

Sin embargo, resolvió conservar cuidadosamente el pedazo de la carta, que tal vez pudiera servirle màs adelante.

Luego, volviéndose á Ilona, cuyas ávidas miradas revelaban su agitacion interior le dijo:

—Estas palabras entrecortadas no nos indican en el fondo, nada de lo que tanto deseamos descubrir. No nos dan luz alguna. No hay indicio ni de vuestro país natal ni de vuestro nombre.

—¡Pero, y mis padres? ¿No se habla de ellos? No se puede adivinar si viven?—preguntó con ansiedad.

—No, mi pobre Ilona. Nada hay que pueda darnos esta esperanza. Esta palabra *vater* significa «padre,» es verdad; pero nada indica que se trata de *vuestro* padre, y puede referirse à cualquiera otra persona.

—¡Oh! no, no. ¡No digais eso! ¡No me quiteis esta sola y dulce ilusion!—dijo la joven juntando las manos con ademan suplicante.—Dejadme creer que tengo en el mundo un padre, un padre que me ama y me echa de menos.

Y hablando así con tierna exaltacion elevaba hacia el cielo sus bellos ojos llenos

de lágrimas, como para agradecer á Dios aquella primera alegría que le era concedida

Gaston no tuvo valor para desengañarla. Sintió haber pronunciado la palabra «padre,» haber alentado así quiméricas esperanzas.

Queriendo volverla dulcemente á la realidad de la situacion, la dijo:

—Aun os falta por contarme, Ilona, de qué manera habeis podido apoderaros de este pedazo de carta

La joven pareción arrancarse dificilmente á sus dulces ensueños, pero, reuniendo sus ideas, respondió:

—Juan Jacobo fué anteayer á Lucerna, y á su vuelta no le perdí de vista, á fin de descubrir si había traido alguna carta. Toda la tarde pasó sin novedad alguna. Por la noche, despues de cerrar, sacó de su bolsillo la carta tan impacientemente esperada por mí, y se puso á leerla á la luz que daba el fuego el hogar.

Despues de haberla leido atentamente hasta el fin, la rompió en varios pedazos que arrojó al fuego. Pero en aquel momento, al notar mi presencia, se distrajo y dejó caer este pedazo en el suelo. Yo le dejé coger mi mano y decirme no sé qué, para

tener tiempo de poner mi pie sobre el papel; un instante despues me bajé, cogí mi tesoro, y huí á mi cuarto.

Gracias á su preocupacion, el Rojo nada vió; pero su extraño comportamiento me turbó tanto, que me olvidé contaros el dia de ayer el triunfo que mi ardid me proporcionó.

XXIV

Agresion clandestina.

Cuanto más el vizconde discurría á proposito del contenido del trozo de carta, màs atormentado se sentia por aquellas frases incompletas: «informes» y «un buen establecimiento,» que relacionaba involuntariamente la una con la otra

Si se tratase realmente de una escuela ó casa de educacion esta plan parecía coincidir con sus propios deseos, ó más bien con su razon, porque la idea de separarse de Ilona se le había hecho ya penosa.

Pero si era necesario soportar este sacrificio en vista del bienestar de su discípula querida, deseaba al menos tener la eleccion del establecimiento.

Resolvió hablar de ello al Rojo, y aprovechando la primera ocasion en que se halló

solo con Juan Jacobo, entabló francamente la cuestion.

Sin hacer alusion à la carta, dijo que, habiendo llegado la joven á un grado de instruccion que permitia colocarla en alguna buena escuela, queria encargarse de este asunto y de todos los gastos, si el Rojo consentia en confiarle la direccion del mismo

Pero el montañés no permitió á Gaston que terminase la frase, y en cuanto comprendió el deseo del vizconde sus facciones se contrajeron y dijo bruscamente:

—¡No, jamás! ¡no penseis en ello! ¡A ningun precio consentiré en lo que me pedis!

—¿Y por qué? ¡vamos á ver!

—¿Por qué? Porque esa niña *me pertenece á mí solo*, ¡lo entendeis! ¡y no me conviene separarme de ella... ¡Yo la he encontrado, yo la he recogido, y à mí *solo* me corresponde decidir de su suerte!

Gaston se contuvo, à pesar de la cólera que le sofocaba, y replicó con voz calmada:

—Me parece, sin embargo, que, segun nuestros arreglos, puedo decir algo sobre eso.

—Seguramente; hasta aquí habeis tenido el derecho de decir vuestra opinion. Y con-

fesareis qué os he dejado obrar libremente, sin mezclarme en vuestras lecturas, ni en esos estudios tan inútiles y ridículos cuando se trata de una sencil'a aldeana, como es la pequeña, y como *siempre lo será*.

Y apoyó intencionadamente esta frase, que hizo daño al corazon del vizconde.

—Pero,—replicó éste,—¿por qué una hija de las montañas no ha de poder gozar de una modesta instruccion, tal como he tratado de dar yo á esa niña? ¿Se la debía dejar en el estado de embrutecimiento en que la encontré?

El Rojo pareció turbarse á esta acusacion, y respondió más dulcemente:

—Juzgais de las facultades de la pequeña por lo que veis desde hace un año, sin saber ni lo que era antes, ni lo que yo hubiera hecho despues para su instruccion, aunque no hubiérais intervenido vos.

—Si es así, y os interesais en el bienestar moral y físico de esa niña, podriamos ponernos de acuerdo, porque debeis desear tanto como yo verla colocada durante algunos años bajo una buena direccion y gozando de las ventajas de una mejor educacion que la que yo puedo proporcionarla aquí.

Además, os ofrezco quinientos francos, fuera de nuestros arreglos anteriores, si consentís en lo que os propongo.

—No, no, no acepto. No espereis hacerme ceder ó deslumbrarme por vuestras promesas. Por mi parte la encuentro ya demasiado instruida, y no contribuiré ciertamente á desarrollar màs la exaltacion que producís con todos esos libracos, exaltacion que juzgo muy perjudicial para su espíritu enfermo.

—¡Su espíritu enfermo! ¿Qué quereis decir?—exclamó Gaston indignado,—¿y cómo os atreveis á proferir semejante mentira?

El Rojo se alzó de hombros con ademan irónico y añadió, viendo la cólera del vizconde:

—No es una mentira y sé muy bien lo que digo. Bien se vé que no conoceis á esa niña! Si fuéseis testigo algunas veces de sus violencias irracionales cuando estamos solos y ella sabe que no la podeis ver, tal vez cambiariais de opinion!... A propósito, mirad mi mano... ved esta marca de las niñas de esa dulce paloma...

Por un instante una amarga duda atravesó por la mente de Gaston al que se

acusaba de aquel modo á su Ilona. Pero alzando los ojos sobre Juan Jacobo y mirándole resueltamente, le preguntó en tono severo:

—¿Y podeis decírme por qué ha sido provocada esa cólera?

—¿Por qué?... ¡Oh! por nada que valga la pena, por una simple broma!

—Pues bien, si quereis creerme, en lo sucesivo no tomeis esas *bromas*, como os place llamar á familiaridades inconvenientes, y vereis desaparecer por parte de esa niña los accesos de violencia de que os quejais.

—¿Y si no me place cambiar de modo de ser?—respondió con aire insolente el Rojo.—¡No sé que os importe gran cosa!... No tengo que dar cuenta á nadie de mi conducta con mi pupila, y mis acciones con ella son cosa únicamente *mia!...* Y si esto no os conviene, estoy pronto á romper nuestro recíproco compromiso y encargarme *yo solo* de todos los gastos, como lo hice antes de vuestra llegada al país! ¡Hace tiempo que lo estoy deseando!...

—Hablais con mucha seguridad; pero no por eso estoy menos convencido de que todas vuestras acciones soportarían mal la

claridad del dia, especialmente las que se relacionan con esa desgraciada!

Y volviendo la espalda al montañés, Gaston cortó la conversacion, porque ya no podía contenerse, y no quería á ningun precio chocar con este miserable.

Hubiera sido abandonar á la pobre Ilona.

El Rojo le siguió con la vista, demostrando su odio y su rabia, y murmurando entre dientes:

—¡Ah! ¿Lo tomas así? ¿Quieres la guerra? ¡Pues bien, guerra tendràs, señorito! .. ¡Y la victoria será mia!... ¡Te haces el sordo cuando se trata de dejarme tranquilamente la pequeña, ¡pero yo te haré largar... y pronto!

Pasada su primera cólera contra el Rojo, Gaston se sintió dominado por un gran desaliento.

Demasiado adivinaba el móvil y la manera de obrar de Juan Jacobo, así como sus sentimientos por la pobre Ilona. Adivinaba los feroces celos del montañés, celos que no eran más que un reflejo de lo que pasaba en el alma misma de Gaston.

En aquel momento sufria horriblemente al pensar en las consecuencias de la ne-

gativa de el R jo. Así es que se vió obligado á pasear durante algun tiempo por delante del chalet, para calmar el huracan que en el hervia, y poder reunirse á Ilona sin mostrarle el rostro demasiado trastornado.

Ella estaba leyendo á alguna distancia de allí.

—Ilona,—dijo acercándosele,—tengo que haceros un reproche.

—¿Un reproche?.. ¿á mí?—preguntó ella azorada.

—¡Si! Me habeis prometido formalmente contarme todo lo que pasara entre vos y el Rojo.

La joven se ruborizó y dijo, bajando los ojos, y con voz entrecortada por los sollozos:

—¡Ah!... ¡'o adivino!... ¡Se ha quejado de mí!... Pero os aseguro que no he llegado á tal extremo sino despues de haberle repetdo y hasta suplicado me dejase tranquila!... Os juro que es la pura verdad.

—Os creo, hija mia; pero, ¿por qué no me habeis hablado de eso?

—¡Es cierto que eso pasó ayer... yo pensaba decíroslo... confesaros mi acceso de cólera... pero me faltó valor... tenía miedo de que os incomodàseis!...

—¿No pudísteis evitar el quedaros sola con él?

—No; porque envió á la vieja Lachaud á buscar agua, impidiéndome que la siguiese.

Gaston se extremeció.

—Os suplico de nuevo, hija mía,—repuso despues de algunos instantes de silencio,—que empleeis la ayuda de la viuda Lachaud, que recurrais á todo para evitar estar á solas con ese miserable. Os recomiendo igualmente, y esto con toda la instancia que podría hacerlo vuestra propia madre, que hagais todo lo posible para dominar vuestra vivacidad, y no os dejeis arrastrar arrebatadamente contra el Rojo.

Rechazad sus importunidades, no admitais ninguna especie de ternura: debeis hacerlo así, pero tratad al mismo tiempo de conservar vuestra calma y vuestra dignidad... De todos modos, tiemblo al pensar en los peligros que correis, mi pobre niña. ¡Pero Dios os protegerá!

La joven, profundamente turbada por el aire de solemnidad que había tomado el vizconde, prometió una vez más hacer lo que èl la aconsejaba.

—¿Y me participareis cuanto ocurra?

—¡Oh! sí, seguramente.

En medio de las dolorosas perplejidades del vizconde de la Barre, el tiempo marchaba y habían llegado ya los ultimos dias de setiembre.

Una sorda guerra parecía haberse declarado entre él y Juan Jacobo, que evidentemente no soportaba sino con gran disgusto la presencia del joven, y que no perdía una ocasion de poner obstáculos al cumplimiento de su mision.

Pero Gaston, por su parte, estaba firmemente decidido à no ceddr el puesto. Sin embargo, no cesaba de temer que su miserable rival llegase á jugarle alguna mala pasada relativamente à su protegida.

Así es que no se atrevía á alejarse del chalet en excursiones algo lejanas, tales como las emprendía en el anterior verano.

Una tarde que, atormentado por estas vagas inquietudes, se había retardado màs que de costumbre al lado de Ilona, y esto aunque Juan Jacobo estuviese ausente, la noche había cerrado por completo cuando se encaminaba lentamente hácia Brunnen.

Se hallaba en un profundo desfiladero, cuyas escarpadas laderas estaban cubiertas

de espesas matoriales, cuando se detuvo súbitamente creyendo haber oido un estridente grito por la parte de Hütlisberg... ¿Seria efecto de su imaginacion, ó realidad?

Escuchó durante algunos segundos.

Pero como ningun rumor sospechoso hirió su oido, se decidió à seguir su marcha, cuando un lijero ruido, esta vez sobre su cabeza, le hizo extremecer de nuevo.

Alzó los ojos, retrocediendo instintivamente, y fué su salvacion, porque antes de que hubiese tenido tiempo para formular su pensamiento, un horrible crujido hendió los aires, y un enorme pedazo de roca, saltando por encima de los matorrales y arrastrando cuanto hallaba por delante, cayó con gran estrépito à los pies de Gaston, envolviéndole en una nube de polvo, tierra y arena.

En cuanto pudo darse cuenta del peligro de que acababa de librarse, su primer movimiento fué dar gracias á Dios.

Ciertamente hubiera creido en uno de aquellos acontecimientos tan frecuentes en aquella naturaleza salvaje y agreste, sin cierto ruido muy semejante al que había

precedido á la catástrofe, y que de nuevo le hizo levantar la cabeza.

A pesar de la oscuridad, vió por lo alto de una de las laderas el movimiento ondulante de una culebra que se deslizase à través de los matorrales. Aquella ondulacion le pareció, sin embargo, demasiado violenta para proceder de un simple reptil.

¿Era un ser humano el que huía así?

¡Entonces el accidente no había sido casual...!

¡Tal vez el Rojo!.. Se había ausentado del chalet por algunas horas... ¿Sería tal vez para esperarle à su paso y tratar de desembarazarse de él de un solo golpe?

Gaston no dudó ni un solo momento, y se lanzó en persecucion del vil asesino; pero pronto lo detuvo el pensamiento de Ilona.

Si no se engañaba, si era realmente el Rojo, ¿qué ganaría en descubrirle, en revelar su infame designio?... No: valía más aparentar que ignoraba quien era su agresor, así como su indigna tentativa, tomando, sin embargo, las posibles precauciones para evitar la repeticion del crimen ó evitar otro mayor.

Gaston, sin embargo, se alegraba casi de aquel incidente que le probaba que el odio de Juan Jacobo se dirigía únicamente contra él, y que su Ilona no tenía nada que temer de sus ataques.

Pero si el vizconde sucumbia, ¿quién la protegería entonces?

XXV

La extranjera.

Algunos dias pasaron en una aparente calma, y el vizconde no hizo alusion alguna al acontecimiento nocturno de que por poco fué víctima, ni à sus sospechas sobre el asunto.

Sin embargo, no iba al chalet sino bien armado, y evitaba retardarse mucho al lado de su querida niña. Excepto en estas precauciones necesarias, que tomaba sobre todo por Ilona, Gaston no cambió en nada sus hàbitos.

Al llegar una mañana al Hütlisberg, Gaston comprendió, por un gesto imperceptible que le hizo Ilona, y que había sido convenido entre ambos, que ella tenía que participarle alguna cosa extraordinaria.

Sin manifestar la menor emocion (el Rojo estaba presente), Gaston propuso á la joven

aprovechar los últimos rayos del sol y dar su leccion al aire libre, sobre un terremontero de césped, segun acostumbraban.

Para más precaucion, Ilona dijo al vizconde cuando se halló lejos de todo oido indiscreto, y colocando un libro abierto sobre sus rodillas:

—Voy á aparentar que leo, porque el Rojo me ha prohibido severamente que os cuente lo que ha pasado esta mañana. Pero es á *vos solo* á quien debo obediencia, y á él nada le he prometido.

—¿Tendríais que quejaros de nuevo de él?

—¡No, no es eso de lo que se trata!... Sabed que una dama rica y elegante ha venido á ver al Rojo.

—¿Qué decís? ¿Una señora?

—Sí, esta mañana... Serian cosa de las ocho cuando un muchacho del país, pero desconocido para mí, llamó á nuestra puerta y entregó un billete á Juan Jacobo. Este pareció sorprendido, y leyendo varias veces el contenido del billete, hizo señal al muchacho de que le siguiese fuera del chalet, probablemente para librarse de nuestros oidos.

Como podeis conocer, yo ardia en deseos

de saber lo que pasaba. La vieja no prestó atencion à este incidente y pude escaparme con mi libro debajo del brazo, siguiendo á paso de lobo á Juan Jacobo y su compañero.

Llegué así al lindero del bosque, desde donde ví al Rojo hablando con una bella señora, y esto con todas las muestras del más profundo respeto; ¡juzgad de mi sorpresa!

No atreviéndome á acercarme mucho para oir su conversacion, me escondí detrás de un matorral, á fin de observar al menos sus movimientos y la expresion de sus fisonomías.

La señora hablaba con animacion y parecia querer convencer al Rojo de alguna cosa, mientras éste parecia desconfiado é irresoluto.

Por fin, tendiéndole la señora un bolsillo á través de cuyas mallas vi brillar el oro, el Rojo pareció renunciar à sus últimos escrúpulos, y, besando la mano á la señora, la respondió de una manera màs solícita y que pareció satisfacerla.

Así estuvieron hablando durante el espacio de media hora; luego, la extranjera,

arrancando una hoja de su cartera, trazó algunas líneas, que entregó al Rojo, y que éste leyó atentamente antes de guardarla en su bolsillo.

Evidentemente iban á separarse, cuando me entró el deseo de ver si yo tenía alguna parte en su conversacion, y sin reflexionar en lo que hacía, salí de mi escondite y me adelanté hacia ellos.

Al acercarme, Juan Jacobo hizo un gesto de viva contrariedad, mientras que la señora, despues de haberle dirigido una pregunta, á la que contestó por un signo afirmativo, púsose à examinarme de pies à cabeza con una mirada al pronto de sorpresa, pero que me pareció ponerse más acerba y fría à medida que su examen se prolongaba.

—¿Qué haces aquí?... ¡Vuélvete á la casa! —me dijo Juan Jacobo con un tono brusco que nada me importó.

Sin embargo, tenía deseos de marcharme, porque la aparicion de aquella mujer me helaba.

Volviéndome á Juan Jacobo, le respondí con tono algo burlon:

—¿Para qué os incomodais? ¡Me estaba

paseando, y no creía que al venir hacia aquí podría estorbaros!

Entonces la extranjera me dijo con voz no menos fría y acerada que lo era su mirada.

—¡Oh! ¡oh! ¡niña! ¡Qué orgullo y qué independencia! ¡Y eso, con vuestro protector!

No quise contestarla, y me alejé á pasos lentos.

Una vez al abrigo de los àrboles, me volví y ví á la señora descender por la montaña acompañada del Rojo. Y esto es todo lo que pude observar, porque no me atreví á seguirlos màs lejos.

Gaston había escuchado con el más vivo interés la narracion de la joven. Cuando terminó, le dijo:

—Esa señora, ¿era joven ó vieja?

—Muy joven y muy bella, segun me ha parecido á través de su velo.

—¡Joven!... ¿De qué edad, próximamente?

—¡Oh! creo que no tendría más de veinticinco años.

—¡Tan joven!—dijo Gaston algo contrariada;—entonces, mi primera suposicion no puede ser justa... Yo había pensado... que acaso... esa señora pudiera ser vuestra madre...

—¡Mi madre¡ ¡Oh! no, no... ¡jamás! No podría admitir semejante idea. Jamás una madre, aunque fuese la más desnaturalizada, sería capaz de mirar tan friamente á su hija, y esto sin descubrir la menor emocion así como lo ha hecho esa mujer! No, no; os engañais, aquella mirada glacial y hasta de odio no era la de una madre... ¡de *mi* madre! Mi corazon me dice que no

—Pues entonces, tal vez una hermana...

Ilona sacudió de nuevo la cabeza, como queriendo rechazar toda idea de parentesco con la extranjera.

—Sin embargo, Ilona, ¡reflexionad!—repuso Gaston.—¿Quién pudiera tener interés en ocuparse de vos y de vuestra suerte á no ser algun miembro de la familia?

—Creo, es verdad, que soy la razon de la visita de esa dama à Juan Jacobo,—respondió Ilona;—pero un secreto instinto me dice al mismo tiempo que no era un objeto caritativo el que ha motivado esta misteriosa entrevista. ¡Adivino que estoy amenazada de algun peligro... y no puedo creer que sea alguno de los mios quien preste mano á ello!

MISSING
PAGE

MISSING PAGE

¿Además, quién sabe si poseo alguna familia en el mundo?

Gaston no insistió, viendo el dolor de la niña, pero no por eso dejó de persistir en su opinion.

—¿En qué idioma hablaba esa dama?

—En francés.

—¡Es extraño!... ¡Mas no importa!... Cualquiera que sea el país de donde venga, y sea el que fuere el objeto de su visita á Juan Jacobo, es preciso que yo la descubra. Sin duda ha parado en Lucerna... Yo no puedo separarme de vos antes de la hora acostumbrada sin despertar las sospechas del Rojo, pero cuento con emplear el resto de la tarde y la noche en mis averiguaciones.

—¿Volvereis mañana?—exclamó Ilona con inquietud;—¡menos que nunca podré soportar vuestra ausencia!... ¡Sin vos, me parece que moriría de miedo!... ¡Ah! ¡prometedme no abandonarme! ¡Sois mi único sosten en este mundo!

—¡Calmaos, Ilona!—dijo Gaston vivamente conmovido por aquel arranque.—No pienso alejarme y mucho menos abandonaros... Me vereis sin falta mañana por la mañana.

Las investigaciones más minuciosas emprendidas al dia siguiente por Gaston, no produjeron resultado alguno. Preguntó à todas las gentes de los hoteles de Brunnen y de Lucerna, así como en los demás puntos de las orillas del lago hizo pesquisas en los vapores que prestan servicio entre Lucerna y Fluelen.

Empleó durante varios días en sus indagaciones las horas que le dejaban libres los estudios de Ilona; no perdonaba ningun medio, ni trabajo, ni dinero, para llegar á descubrir el nombre, la posicion ó la nacionalidad de la persona en cuestion.

Pero solo pudo conocer la llegada de la dama misteriosa de Zurich á Lucerna, así como su regreso á esta última ciudad. Una mujer, à quien se acomodaba la descripcion incompleta de Ilona y la más detallada del hotel «Aguila de Oro» en Brunnen, donde se había detenido esperando al vapor, pasó la noche en el hotel «Schweitzer Hof», de Lucerna.

Iba acompañada de una doncella que hablaba aleman, pero que parecía comprender el francés, segun recordaba el mozo del hotel.

En cuanto al nombre de aquella señora,

que Gaston halló en el libro de viajeros, era: Madama Mennier. Pero este nombre, que podía muy bien ser supuesto, no aclaraba nada.

Los informes, además, variaban mucho respecto al exterior de la viajera. Segun algunos, y de este número Ilona, era joven, bella y rubia; mientras que otros pretendían que era de media edad, y muy pàlida y gastada.

Lo más dificultoso para el éxito de sus investigaciones era que Gaston no podía seguir las huellas de la extranjera más allá de su corta permanencia en Lucerna.

El mozo y el portero del hotel aseguraban que despues de haber pagado su cuenta la dama en cuestion, había desaparecido misteriosamente con su compañera, sin que nadie pudiera indicar hácia que lado habían dirigido sus pasos.

El vizconde preguntó qué habían hecho de sus efectos, contestándole el portero que un mozo de cordel se había llevado su reducido equipaje; pero aquel mozo le era completamente desconocido, y tanto que le había entregado las maletas no sin alguna desconfianza.

Evidentenmente la extranjera había deseado permanecer en la sombra, pues de tantas precauciones se había rodeado; pero esta circunstancia no hacía más que confirmar las sospechas de Gaston, de que se trataba de algun actor del tenebroso drama que desde hacia tantos años se estaba representando alrededor de la pobre Ilona, y del cual era víctima la desventurada niña.

Entonces intentó un nuevo ensayo para ganarse á la vieja Lachaud y para hacerla hablar mediante una gran cantidad de dinero.

Pero sea que el Rojo desconfiase de ella, sea que la tuviese dominada por el terror ó por otras promesas más lisonguiar, lo cierto es que no cesó de aseñular, llorando, que ignoraba todo lo que tenía relacion con la niña, pues su sobrino no la había iniciado en nada.

Respecto á la visita de la extranjera, no sabía nada absolutamente.

Ni Gaston ni su pobre protegida, debian permarecer largo tiempo en la incertidumbre á propósito del efecto que producirian los últimos incidentes relativos á la carta

y á la visita.

Juan Jacobo, desde entonces, alentado por una ú otra de estas circunstancias, no pareció pensar en ocultar los sentimientos que le inspiraba la joven.

Esta, por su parte, aunque no adivinando más que á medias, con un indecible horror, lo que pasaba en el alma perversa de este miserable, se sentía dominada por una violenta angustia.

Creyendo al Rojo capaz de toda clase de infamias, y dominando à todo otro sentimiento el cariño por Gaston, prefirió sufrir en silencio y con paciencia las importunidades de Juan Jacobo antes que exponer á su bien amado protector al menor peligro.

Pero, á pesar del silencio de Ilona, Gaston pronto se alarmó al ver su palidez y su aire de sufrimiento.

Interrogándola repetidas veces con la más tierna solicitud, no obtuvo más que lágrimas por toda respuesta.

Màs y màs inquieto y atormentado por las reticencias de la joven, pensó seriamente acercarse màs á ella, estableciéndose en la aldea, à fin de vigilarla más

de cerca y no perderla de vista ni un instante.

Pero el Rojo no debia dejarle tiempo para llevar á efecto su proyecto.

XXVI

El Rapto.

Al llegar al chalet una mañana del fin de octubre, Gaston encontró la puerta y las ventanas herméticamente cerradas, sin que nadie contestase á sus reiteradas llamadas.

Nada puede pintar la angustia que torturó el corazon del joven al darse cuenta de que la casa parecía abandonada por sus moradores.

Sin darse tiempo de reflexionar, trató de violentar la puerta; pero ésta resistió á sus vigorosos esfuerzos.

Reconociendo entonces las ventanas, halló una que pareció ceder á sus puñetazos. Redobló su vigor y bien pronto saltó la mitad de la contraventana; pudo, pues, penetrar por ella, y saltando al interior, se halló en el mismo cuarto de Ilona.

La habitacion estaba, no solo vacía, sino ademàs el desorden que en ella reinaba revelaba que allí se había trabado una violenta lucha. Sillas tiradas por el suelo, un armario abierto y algunos vestidos y ropas de la jóven esparcidos por tierra, todo esto demostraba bien claro à Gaston que su querido tesoro le había sido robado.

Dominado un instante por el dolor de aquel pensamiento, cayó medio desvanecido ante el lecho virginal de Ilona, y lloró amargamente.

Pero aquel momedto de debilidad duró tan solo algunos segundos, y, levantàndose de un salto, se lanzó por la ventana y corrió á la aldea à fin de preguntar á sus habitantes sobre la súbita desaparicion del Rojo y sus dos compañeras.

Pero nadie supo darle noticia alguna

Aquellos buenos montañeses parecieron sorprendidos del suceso que les contaba el vizconde, porque Juan Jacobo había sido visto la noche anterior, sin que hubiese anunciado su intencion de ausentarse.

Derramando entonces á manos llenas el oro y la plata que llevaba encima y prometiendo mucho más, Gaston envió en

busca de la joven cuantos emisarios pudo hallar, y eso en todas direcciones.

El mismo corrió medio loco por todos los caminos y senderos de las inmediaciones, registrando todos los sitios más ocultos y preguntando á todo el que encontraba con creciente ansiedad.

¡Pero en vano!... Las horas trascurrian trayendo unas tras otras los diferentes expedicionarios. sin que ninguno de ellos hubiera conseguido descubrir ningun indicio del camino tomado por el Rojo y su desgraciada víctima.

Gaston acudió tambien á las autoridades, que enviaron algunos agentes de policía en busca de Juan Jacobo Mallet.

En cuanto Gaston contó con aquel débil concurso, volvió à Hütlisberg, esperando saber una noticia favorable.

Un último rayo de esperanza le bacia suponer que el Rojo solo se habría alejado por poco tiempo de su habitacion, y que aquella huida no era más que una ficcion, à fin de deslumbrarle y hacerle abandonar su puesto.

Nada se habia descubierto cuando llegó al chalet.

La noche había cerrado, la lluvia caía á torrentes; el huracan bramaba con violencia; pero á pesar de aquel horrible tiempo, Gaston no podía abandonar los alrededores del chalet, de aquel lugar tan querido á su corazon, al que se lisonjeaba ver volver á su Ilona.

Así permaneció largo tiempo sumido en hondo dolor, ya paseando febrilmente por el pequeño espacio de enfrente del chalet, y prestando ansiosamente el oido à fin de tratar de percibir algun rumor de favorable augurio.

Pero no oía màs que el rugido de la tormenta y ol lejano fragor de las irritadas olas, que contestaban á sus mudas interrogaciones.

En fin, no pudiendo soportar màs esta inaccion, se lanzó por el camino de Brunnen. Su esperanza de obtener algunos informes quedó desvanecida. Los agentes de la autoridad no podían estar de vuelta hasta la mañana siguiente, y era preciso tener paciencia hasta entonces.

Forzoso le fué, pues, resignarse y entrar en su hotel helado y mojado hasta los huesos.

No pudiendo dormir, ni pensar en otra cosa más que en el objeto constante de su preocupacion, terminó sus últimos preparativos de marcha, à fin de poder salir de Brunnen à la primera señal.

Sintiendo, sin embargo, la necesidad de reparar sus fuerzas, se tendió vestido sobre la cama y cayó en un profundo sueño, que durante una corta tregua le hizo olvidar sus dolores y ansiedades.

Nuestro héroe reposaba así hacía algunas horas, cuando se despertó sobresaltado, creyendo haber oido su nombre. ¡Escuchó anhelante de emocion... y de nuevo creyó oir su nombre!

En el momento, y como para quitarle toda vacilacion, un ruido seco, el de una piedra lanzada á la ventana, poco elevada del suelo, le hizo estremecer.

¡Lanzándose fuera del lecho y saltando hacia la ventana, la abrió violentamente, y vió... à su querida y bien amada Ilona apoyada contra el muro!

¡Gaston dejó escapar un grito de alegría! Pero ella le interrumpió tendiendo hácia él sus manos suplicantes y diciéndole en voz baja:

—¡Estoy perdida! ¡Salvadme!... ¡Dejadme entrar! ¡Por favor! *¡El* va á llegar!?..

Gaston no contestó, pero saltando á la calle, elevó en sus robustos brazos á la joven, la puso sobre el reborde de la ventana, y dejàndola deslizar al interior, no tardó en seguirla; luego cerró y aseguró la ventana antes de permitirse ni una palabra ni una pregunta.

Solo despues de haber puesto esta barrera entre la pobre niña y su perseguidor, se volvió hácia ella, abriéndole sus brazos y mirándola con indecible expresion de felicidad y ternura.

—¡Ilona!... ¡querida niña!... ¡Te vuelvo à ver!

La pobrecilla, pálida de terror y de frío, empapados en agua sus cabellos y vestidos, se arrojó en los brazos protectores de Gaston, rompiendo en sollozos, mientras que él la estrechaba contra su corazon, besando con trasporte su frente y sus ojos.

Así permanecieron algun tiempo sin poder àrticular una palabra ni uno ni otro.

Por fin, Ilona, arrancándose de los brazos de Gaston, y arrojándose á sus pies, exclamó con acento desesperado:

—¡Oh! ¡Salvadme!... ¡Libradme de ese hombre odioso!... ¡Os lo pido en nombre de todo lo que más ameis en el mundo!... ¡Sin vos, sin vuestra ayuda, me siento perdida, y perdida para siempre!... ¡Sois mi única esperanza, mi solo sosten, mi última tabla de salvacion!... ¡Despues de haberme sacado generosamente de la nada, de haberme enseñado á pensar, à amar, á rezar, no me abandoneis ahora en el extremo peligro!

Gaston en vano trataba de interrumpir á la joven para tranquilizarla.

Alzàndola al fin á la fuerza, la dijo estrechándola de nuevo contra su corazon:

—¡Pero, Ilona, en qué estais pensando! ¿Yo abandonaros? ¡Ah! ¡No podeis creerlo seriamente! ¡Si hubiereis visto mi angustia y mis sufrimientos durante ese terrible dia, no hablariais así!

—¡Ah! ¡sí! ¡perdonadme! ¡Es mi espanto lo que me turba... porque he sido testigo de vuestra agitacion sin poder correr á vuestro lado! ¡Qué tormento sufrí entonces. Dios mio!

—¡Cómo! ¡Qué decís Ilona! ¿Me habeis visto? ¿Dónde, por piedad?

—Sí... esta noche... cuando estábais en el chalet... ¡Yo me hallaba á cincuenta pasos de vos... pero oculta entre los matorrales¶ y sujeta por ese monstruo!...

Y estremeciéndose á este recuerdo, se cubrió el rostro con las manos.

—¡Dios mio, si yo lo hubiera adivinado! Pero, venid, Ilona, sentaos ¡aquí y explicadme lo que ha pasado, porque, si no me engaño, ese hombre no me dejará tiempo para salvaros.

—¡Sí... sí... va á venir!

Y al decir esto la pobre niña temblaba.

—Calmaos, Ilona... ¡Aquí estoy para defenderos!... ¡Ademàs, que no podría penetrar aquí como un ladron y sin que yo lo permita! Por el momento estais en seguridad. ¡Hablad por favor! ¡Contadme todo!

La joven reunió entonces sus ideas y empezó su relato en estos términos:

—Desde hace algnnos dias me sentía más inquieta, sin querer participaros la audacia é importunidades más frecuentes del Rojo, por la razon de que me amenazaba con mataros si llegaba à descubrir que yo me había quejado á vos.

—¡Miserable!—profirió Gaston.

—Anoche, despues de vuestra partida, me envió á acostar y se puso á hablar largamente, pero en voz baja, con su tia. Se habían sentado en la cocina, de manera que no pude oir nada de lo que decían aunque la inquietud me tuviese despierta y prestase el oido para poder sorprender algo de su conversacion.

Esta se convirtió pronto en altercado, porque de tiempo en tiempo la vieja elevaba la voz como para rehusar alguna cosa que le pedía Juan Jacobo, sobre lo cual éste dejaba escapar algun formidable juramento, seguido de nuevas instancias.

Yo había visto por la tarde al Rojo llevar una botella á la cocina y supuse que la discusion estaba mezclada con frecuentes libaciones, porque muy pronto no oí màs que los cantos y risas desoompasadas de la vieja, á la que Juan Jacobo había evidentemente embriagado por completo.

Aunque este resultado no presentase nada de extraordinario, y que ya estuviese habituada de larga fecha á ver á la vieja en este estado, el disgusto se apoderó de mi con más vehemencia que nunca, y este sentimiento de repulsion, unido á mi

miedo, me inspiró tal horror de mi situacion, que por la centésima vez me ocurrió la idea de sustraerme à ella por la huida y aprovecharme de su distraccion para venir á suplicaros que me tomáseis bajo vuestra égida.

Pero esta vez aun me detuvo el temor de atraer sobre vuestra cabeza el odio del Rojo y causaros aun más disgustos de los que ya os había causado.

Gaston estrechó la mano de la joven, como para tranquilizarla sobre esto, y ella continuó:

—Yo no cesaba de rogar á Dios y de recomendarme á la proteccion de la Virgen; pero no sabré decir cuànto tiempo duraba este estado de inexplicable angustia, cuando un golpe dado á la puerta, haciendo casi saltar el cerrojo, me hizo estremecer.

Pregunté qué querian, á lo que el Rojo respondió ordenándome que abriese, para poder acostar en su cama á la tia Lachaud. Largo tiempo me negué á abrir, y ésto á pesar de su cólera y amenaza.

Pero viendo que iba á derribar la puerta, terminé por descorrer el cerrojo, porque temía exacerbar su cólera.

Entonces entró, llevando, en efecto, en sus brazos el cuerpo inerte de la vieja, que dejó así sobre su gergon en la alcoba inmediata à la mia.

En tanto yo me había refugiado en un rincon, temblando con todos mis miembros.

Juan Jacobo, volviéndose entonces hacia mi lado, y viendo sin duda mi espanto, me dijo con un tono bastante suave que me vistiese y abrigase bien y lo siguiese.

Esta orden, que venía á confirmar mis precedentes ansiedades, colmó mi angustia.

Me arrojé á los pies del Rojo; lloré, supliqué, ¡me retorcí desesperada!... ¡Todo fué inútil!..

No solo fué inexorable, sino que su cólera se inflamó más y más, viendo mi tenaz resistencia! En vano le pregunté á donde queria conducirme, y que me permitiese advertíroslo.

Al oir pronunciar vuestro nombre su rabia no conoció límites, y lanzando contra vos todas las maldiciones imaginables, me declaró que no os volveria á ver en mi vida, que tendría que olvidar todas las necedades que me habiais metido en la cabeza, y que en adelante no pertenecía

más que á *él solo.*

Juzgad de mi desesperacion al oir aquellas crueles palabras. ¡Separada siempre de vos!... ¡No volver à veros!

Juan Jacobo, juntando entonces la accion á las palabras y apoderàndose de mis manos, me obligó á levantarme y quiso arrastrarme fuera de la habitacion. Pero yo pude soltarme y traté de huir por la ventana.

Me alcanzó, sin embargo, antes que yo hubiese pedido abrirla, y convenciéndose de que sólo por la fuerza brutal se haría dueño de mí, me ató de pies y manos!

¡En vano me debatí para impedírselo, pero naturalmente venció mi resistencia! Levantàndome entonces en sus brazos sin prestar atencion á mis gritos y lloros, me llevó fuera del chalet.

Cuando comprendí que no me quedaba esperanza alguna, que era arrebatada por aquel hombre odioso, mi dolor fuè tal, que perdí el reconocimiento.

Cuando lo recobré me hallé en una especie de caverna, tendida sobre un monton de hojas secas y cubierta con una capa de Juan Jacobo.

Este me frotaba los pies y las manos, á fin de restablecer la circulacion de la sangre. Parecía desolado por mi situacion, y no cesaba de asegurarme que me amaba demasiado para hacerme ningun daño, y que hacía mal en temerle.

Yo estaba tan débil que no respondía à sus protestas, que á la verdad me impresionabán poco y eran nada à propósito para calmar mis inquietudes.

A todo esto el dia empezaba á clarear, segun se podía juzgar á través de la entrada de la gruta, que era enteramente desconocida para mí.

Yo continuaba con las extremidades atadas; por consiguiente, no tenía medio de poder huir, cuando Juan Jacobo salía à cada momento, probablemente para explorar el terreno y ver si éramos ó no perseguidos.

Una de las veces llegó à la entrada de la cueva, acompañado de uno de sus amigos, un mal sugeto à quien yo conocía, y con el que estuvo cuchicheando.

Despues de la partida de este individuo, Juan Jacobo arreglo más cómodamente mi cama de hojas, lo cual me probó que no nos alejaríamos de allí por el momento.

Me aflojó igualmente mis lazos, á fin de evitar mis sufrimientos, y me explicó que le diese mi palabra de que no trataría de evadirme, y entonces me soltaría por completo.

Pero no queriendo mentir, me negué á darle palabra ninguna, y hasta rehusé tomar más de su mano alimento alguno, y á pesar de sus ruegos no comí en todo el dia más que un pedazo de pan que por casualidad llevaba en el bolsillo.

El Rojo estaba desesperado al verme tan resuelta, y todo el dia, dia interminable para mis angustias, se pasó entre sus insistencias para obtener mi resignacion voluntaria á la suerte que me preparaba, y sus diálogos secretos con su innoble amigo, que volvia á cada momento á darle cuenta, supongo, de informes tomados en las cercanías.

Esta circunstancia, que evidentemente impedía á mi perseguidor continuar su camino, reanimó mi valor haciéndome esperar que érais vos, amigo mio, quien andaba en busca mia!

No puedo adivinar cual había sido el proyecto de Juan Jacobo, pero creo que

habia contado con que os alejariais en seguida, porque llegada la noche, y habiendo obtenido que le siguiese, bajo promesa de que regresábamos á Hut isbeag, su cólera no tuvo límites al veros de pronto frente al chalet.

Pero yo tambien os habia visto, y lanzando un grito de alegría iba á correr á vuestro encuentro, cuando Juan Jacobo, lívido de rabia, cogió mis manos aun atadas y sacando una pistola de su bolsillo, me dijo con sorda vez:

—¡Si te mueves, si descubres tu presencia por el menor ruido, ese hombre muere!

¿Comprendeis todo el horror de mi posición? Vos, mi única esperanza, estabais allí, á pocos pasos de mí; yo adivinaba vuestra inquietud en vuestros movimientos agitados, y no me atrevía à gritar: «¡Aquí estoy!» «¡Salvadme!»

Esto duró casi una hora, durante la cual el Rojo, sin soltar la pistola, no nos perdía de vista ni á vos ni á mí! ¡Y á pesar de mi extremo deseo de poder refugiarme à vuestro lado, estaba temblando de que la casualidad os hiciese acercar y descubrirnos! . ¡Estoy convencida de que os hubiera

muerto!...

Y la pobre niña, al evocar este recuerdo, se cubrió los ojos, temblando y palideciendo.

—¡Mi pobre querida Iona!—dijo Gaston.—¡Cuánto debeis haber sufrido!... ¡Pero con la gracia de Dios esto no se repetirá!... Sin embargo, hija mia, estais muy palida! ¿Os sentís mal?

—No... un poco de fatiga y nada màs.. acaso debilidad...

—¡Oh! ¡torpe de mi! ¡No pensaba en ello!... Aquí teneis vino, pasteles, toda mi cena, á la que no habia tocado... Antes de terminar vuestro relato es preciso que os fortifiqueis.

La niña no se hizo de rogar esta vez y comió con apetito todo lo que le ofreció Gaston.

Mientras se reponia, el joven vizconde reflexionaba en el plan que podía salvarla.

En cuanto se fijó en uno, llamó á su ayuda de cámara, viejo y fiel servidor, que le había visto nacer sin haberse separado nunca de él.

Este conocia la razon de la permanencia de su amo en las orillas del lago de los Cuatro Cantones.

Sin embargo, se sorprendió algo al ver á la joven en el cuarto del vizconde.

Pero éste ú'timo no le dejo tiempo para volver de su sorpresa y le dió algunas órdenes en voz baja.

El criado se alejó al momento.

Gaston rogó entonces á Ilona que continuara.

Esta prosiguió así:

—En el momento en que os vi alejar del chalet, tuve el temor de que, cansado de esperar, pudiéseis, creyendo en mi ausencia, poneros en camino: este temor dominó todos mis demàs sentimientos; olvidé hasta vuestro peligro personal y lancé un grito desesperado seguido de un mar de làgrimas.

Felizmente no me oísteis...Pero Juan Jacobo, furioso de la explosión de mi dolor, furioso, sobre todo, de descubrir en él una nueva prueba del afecto que os profeso, empezó á tratarme con la rudeza à que había renunciado hacia largo tiempo. Me llenó de injurias, diciéndome las cosas màs extrañas en cuanto á vuestras futuras intenciones.

A estas palabras la joven bajó la cabeza

ruborizándose, mientras que sus ojos se llenaban de lágrimas.

Gastón, indignado y adivinando las brutales insinuaciones del Rojo, replicó:

—No pareis vuestro pensamiegto en lo que ese ser tan despreciable ha podido decir respecto á mí... Me conoceis bastante, hija mia, para creer en mí palabra, que os as gura una vez más que mis intenciones son puras y leales... Pero, continuad.

—El Rojo, despues de haberme arrastrado al chalet, me encerró en un cuarto en el que hallé á la vieja empezándose á despertar de su largo sueño. Al acercarme balbuceó algunas palabras, pidiéndome de beber.

Yo me separé de ella con disgusto y hasta la quité la botella llena de algun licor fuerte que Juan Jacobo había dejado á su alcance.

El Rojo se habia alejado despues de haber cerrado puertas y ventanas, y asegurado perfectamente la puerta de entrada; supuse que iba á disponer nuestra partida definitiva.

Conservaba mis ataduras, es decir, las de las manos; pero se hallaban bastante flojas, para permitirme algunos movimientos, y

comprendiendo que era preciso aprovecharme de la ausencia de mi enemigo si quería salvarme, corrí à una mesa en que estaban mis tijeras.

Despues de algunos esfuerzos conseguí soltar una mano y luego la otra. Lanzándome à la ventana, salté á la calle, sin que la vieja pensase siquiera en mí, ocupada de nuevo con la botella, que logró coger.

Luego eché á correr hasta perder aliento, por temor de ser perseguida... no creo haber empleado más de veinte minutos hasta vuestra ventana; pero aquí volvieron mis temores, cuando, habiendo llamado varias veces y hasta gritado vuestro nombre, ví que no contestábais.

—Dios y su santa madre os han protegido y conducido á mi lado, pobre niña! Pero no hay tiempo que perder—añadió Gaston mirando el reloj,—son las cinco de la mañana. Pronto se levantará la gente, y es preciso que nadie os vea ni pueda dar noticia de vuestra huida.

Tomad esta capa y envolveos bien en ella, tratando de ocultar vuestro traje... ¡Eso es!... ¡Y ahora encasquetaos este som-

brero mio! ¡Bien! Ahora estais desconocida, sobre todo mientras dure la oscuridad.

Ilona obedecía ciegamente á las órdenes del vizconde,

Cuando se halló pronta, Gaston llamó de nuevo á su ayuda de càmara, que apareció al momento preparado como para un viaje.

—¿Está todo preparado?—preguntó su amo.

—Sí, señor vizconde.

—¿El carruaje?

—Esperando.

—Está bien. ¿La llave de la puerta?

—Aquí la teneis; me he servido ya de ella para que nadie me viese salir.

—Bien. Toma esta cantidad más que suficiente para conducir á esta señorita hasta Basilea. Me reuniré acaso con vosotros en Lucerna. Pero si por casualidad no me vieses entre los pasajeroo del primer vapor, te dirigirás inmediatamente, y sin perder un segundo, á la estacion del ferrocarril y partiràs à Basilea, donde me esperarás, á menos de una contraorden escrita de mi mano.

¿Me has comprendido? Llegas con el carruaje á Weggis y de allí embarca á Lucerna.

—El señor puede estar perfectamente tranquilo; todo lo haré segun sus deseos.

—Marcelo, no te detengas por nada y ten presente que me respondes de la salvacion de esta joven... que debes entregármela sana y salva... ¡Cuento contigo!

—El señor vizconde puede estar tranquilo... Pero el tiempo pasa y...

—Sí, espérame fuera, al momento vamos.

En cuanto Marcelo salió, Ilona, que había escuchado aquel diálogo con ansiedad, se arrojó al cuello de Gaston, exclamando:

—¡Cómo! ¿No venis con nosotros...? ¡Oh! no me obligueis á irme sola con ese hombre á quien no conozco... ¡Por favor, acompañadme...! ¡Sin vos me moriré de miedo!

—¡Ilona, hija mia, sed razonable!... Necesito absolutamente, cueste lo que cueste, dejaros partir sola y bajo la salvaguardia de ese fiel servidor, que es mio en cuerpo y alma, y en el que podeis tener entera confianza.

Debo quedarme aquí, porque el Rojo, en cuanto note vuestra huida, no dejará de veniros á buscar aquí. Es indispensable que me crea ignorante de todo; sólo de este modo podremos hacerle perder vues-

tra pista, y reunirme con vos en Lucerna ó Basilea.

—¡Pero es muy capaz de haceros mal

—¡No, no, nada temais, à nada se atreve á en el hotel! Dentro de algunas horas estaré á vuestro lado. Ahora, partamos.

Y tomando el brazo de la joven, salió del hotel, despues de asegurarse que los alrededores estaban tranquilos.

Marcharon en silencio y guiados por Marcelo, que los condejo al camino real, á una centena de pasos del pueblo, donde les esperaba un carruaje tirado por tres vigorosos caballos de posta.

No encontraron à nadie, porque aún era noche cerrada en aquellas abruptas montañas.

Llegados al carruaje, Gaston estrechó un instante sobre su corazon à su querida Ilona, que temblaba llorando silenciosamente, y le dijo con voz conmovida:

—¡Qué Dios os proteja, Ilona mia!... ¡No temais nada!... Dentro de poco nos veremos.

Haciéndola entrar en el coche y, abrigàndola cuidadosamente, hizo colocar á su lado á su viejo servidor, dándole ciertas instrucciones...

Hecho esto estrechó por última vez la mano de Ilona y dió la señal de partida.

El carruaje desapareció en algunos minutos por entre la niebla.

Goston se encaminó enseguida al hotel, en donde se apresuró á hacer desaparecer toda traza de la presescia de Ilona; luego se desnudó y se acostó, para hacer creer que había pasado la noche tranquilamente en su lecho, caso de que Juan Jacobo se presentase inopinadamente.

XXVII

Llegada al puerto.

Gaston no se había engañado. Una hora había ya transcurrido desde la partida de la joven, hora durante la que los pensamientos del vizconde no cesaban de seguir á su querida viajera.

Bendecia cada minulo que pasaba, cuando un violento campanillazo, seguido de un coloquio muy animado en el corredor, le advirtió que había llegado el momento de la lucha.

El visitante matinal era, en efecto, Juan Jacobo, que al volver de Sissigen, donde había ido á reclamar ayuda á algunos de sus dignos cofrades de infamia, había quedado petrificado encontrando una de las ventanas del chalet abierta y que el pájaro había volado.

Los cantos de la vieja habíanse conver-

tido en un ronquido continuado y sonoro; por aquel lado no había que pensar en saber nada.

Creyendo que la joven era demasiado débil para librarse por sí sola, se imaginó al momento que el vizconde había vuelto à Hütlisberg y había protegido la huida de Ilona.

Profiriendo entonces una horrible blasfemia, se lanzó inmediatamente por el camino de Brunnen, á fin de recoger algunos indicios sobre la partida de Gaston y de la joven, no dudando ni un instante que ambos habían abandonado las orillas del lago.

¡Cuál no fué su sorpresa cuando le dijeron en el hotel del *Caballo Blanco* que el vizconde se había retirado á las diez, hora que correspondía perfectamente á su retirada de Hütlisberg como Juan Jacobo mismo lo había visto!

El mozo del hotel añadió que el señor vizconde se hallaba durmiendo, asegurando al mismo tiempo que nadie había entrado ni salido del hotel en toda la noche.

Juan Jacobo estaba desconcertado; pero no creyendo completamente en los dichos de las gentes del hotel, que evidente-

mente no le miraban bien, solicitó ver perentoriamente al vizconde.

Como conocian las relaciones de Gaston con los habitantes del chalet, no tuvieron dificultad en acceder á lo que queria, y el mozo llamó à la puerta del vizconde.

Este no respondió desde luego, queriendo fingir un profundo sueño: pero al segundo golpe, preguntó lo que pasaba, y cuando se lo explicaron, hizo que el Rojo pasase.

Los primeros albores del sol naciente empezaban á penetrar en la habitacion, y su blanquecina claridad aumentaba la palidez de Juan Jacobo, cuyo rostro estaba descompuesto por las pasiones más bajas y más violentas.

Su primer mirada al entrar parecía registrar todos los rincones para descubrir lo que buscaba; luego, acercàndose al lecho del vizconde, le preguntó con acento conmovido:

—¿Dónde está la niña?... ¡Vos debeis saberlo, señor!

—¡Yo!—respondió Gaston fingiendo sorpresa.—¡No os comprendo!... ¡Cómo! ¿es á mí à quien venís á reclamar esa niña, cuando desde ayer mañana no ceso de pre-

guntar por todas partes lo que ha sido de vos y de ella? ¿Es posible que tambien esté perdida para vos?

—¡Cómo, señor! ¿ignorais dónde se encuentra desde esta noche?... ¡Porque es de esta ausencia reciente de la que hablo!—añadió el montañés escrutando las facciones de Gaston, como si desease penetrar hasta el fondo de su alma.

—¿Cómo quereis que yo sepa nada?... Decís que hablais de esta noche; ¿y dónde estuvo todo el dia de ayer?

—No se trata ahora de eso. Entonces se hallaba conmigo y basta... ¡Pero ahora no sé lo que ha sido de ella!... ¡La dejé anoche en el chalet, y al volver, hace una hora, su habitacion estaba vacía; había desaparecido!

—¿Qué decís?—exclamó Gaston, con la apariencia del màs vivo temor... ¡Le habrà sucedido alguna desgracia!

—¡Espero que no!—dijo Juan Jacobo desconfiando aun.—Me cuesta trabajo creer que hàya podido huir de la cabaña, sin que alguno la haya ayudado... ¿Y quién puede hacer eso no siendo vos?

—¿Yo?—respondió Gaston echàndose à

reir para disimular su apuro.—Preguntad á las gentes del hotel y os dirán que me retiré anoche á las diez, viniendo de Hütlisberg, à donde no he vuelto despues, bajo mi palabra de honor.

El acento de verdad con que fué pronunciada esta asercion no dejó de producir su efecto sobre el montañés, tanto más, cuanto que coincidia en todo con el testimonio de los mozos del *Caballo Blanco*.

Profundamente turbado y desconcertado en sus conjeturas al hallar al vizconde solo, sin la joven, empezaba á preguntarse, con un sentimiento de terror de un género muy diferente, si tal vez la joven habría sido víctima de algun lamentable accidente al dirigirse á Brunnen, porque no dudaba de que tal había sido su intencion.

El vizconde no le dió tiempo para decir una palabra más, porque saltando de la cama, exclamó:

—Si es cierto lo que me decís, no debemos perder tiempo. ¡Es preciso buscarla por todas partes! Esperadme un instante mientras me visto á toda prisa y luego acordaremos lo que debemos hacer. ¡Con tal que no haya sucedido una desgracia!

Y suspiró al pronunciar estas palabras, á fin de completar la comedia que estaba representando. Lo que entonces le salvó tanto á él como á Ilona, lo que le ayudó á engañar al montañés, fué la circunstancia de que éste último ignoraba que en aquella época Gaston tenía á su lado á su ayuda de cámara.

Gracias á esta ignorancia debió creer en las palabras del vizconde.

Algunos minutos despues Gaston se reunió á Juan Jacobo, que se paseaba por el cuarto con señales de la más viva impaciencia, y le dijo:

—Ya estoy pronto. ¿Habeis pensado en algun medio? ¿De qué lado empezamos nuestras pesquisas?

—En cuanto á mí, estoy decidido—replicó el Rojo—á recorrer todos los senderos de la montaña, que vos no podeis conocer tan bien como yo... En cuanto á vos, seria conveniente que tomarais el vapor y os informaseis en toda la costa hasta Lucerna.

Gaston se extremeció á estas palabras, sintiéndose dominado por una horrible angustia. Aquel miserable, ¿habria tal vez penetrado la verdad y se burlaba de él,

indicándole precisamente el camino que deseaba emprender?

Queriendo, sin embargo, seguir fingiendo hasta el fin, le dijo:

—Y ¿qué haría ella en el camino de Lucerna? ¡Lo que más me sorprende es que no haya venido aquí.

—¡Tampoco yo lo comprendo!—respondió Juan Jacobo con aire inquieto.—Pero sería inútil que buscásemos los dos en la misma direccion. ¿Quién sabe à dónde la llevarian sus ideas?... En fin, creedme, debeis ir á informaros por ese punto. El vapor pasará por aquí dentro de pocos minutos.

—¡Bueno! ¡Lo haré así!—dijo Gaston, pudiendo apenas ocultar su satisfaccion en haber salido tan pronto del paso.

—Tened siempre presente—añadió Juan Jacobo—que teneis que entregarme la niña, si por casualidad la encontrais. ¡Sabeis muy bien que no teneis derecho alguno sobre ella! ¡Y si vos fueseis capaz de desconocer mi autoridad sobre ella, no vacilaria en llevaros á los tribunales, acusado de raptor de menores!

—¿A qué hablar de eso?—repuso Gaston impacientado por aquella amenaza tan jus-

ta.—¡Lo principal es que ojalá la encontremos!

Y dichas estas palabras salieron del hotel.

Aunque Juan Jacobo estuviese devorado por la impaciencia de volver á Hütlisberg à fin de explorar las cercanías, no se separó del vizconde hasta verlo embarcado en el vapor.

Sus últimas sospechas relativamente á la presencia de la joven en Brunnen, se habían desvanecido y tomó à toda carrera el camino del hotel, donde le dejaremos dxplorando todos los senderos, valles y barranqueras, y seguiremos à Gaston, que navegaba dulcemente hacia Lucerna.

Un debil rayo de sol, desgarrando las gruesas nubes que cubrían con un espeso manto las cadenas de montañas, se deslizó sobre las lindas casas y villas situadas sobre el muelle, cubriendo de pronto toda la ciudad de una brillante caridad.

Aquella claridad tan alegre que parecía recibir à Gaston en el momento en que tocaba al puerto, le pareció de buen augurio, y un instante despues vió efectivamente à su ayuda de càmara que, separàndose de la multitud estacionada en el

muelle para observar la llegada del vapor, le hacia un signo de inteligencia.

Ilona, siempre envuelta en su capa, se hallaba á su lado.

A su vista, el corazon de la Barre saltó de alegría. Todo fué olvidado, y las inquietudes y la turbacion de las últimas horas todo quedó borrado por la dicha de encontrarse reunido á su querida niña.

Sin perder minuto la colocó en un carruaje, y se dirigió con ella y su fiel servidor al ferro carril, que le condujo por Zurich hasta Basilea.

Llegados sin estorbo á esta ciudad, se detuvo el tiempo necesario para equipar à la joven, que solo conservaba los vestidos de Hütlisberg llenos de lodo.

Para mejor hacer vanas las persecuciones é investigaciones probables, Gaston se dirigió à Soleure, y luego à Porentry, á donde llego al dia siguiente del de su salida de Brunnen y á una hora bastante adelantada de la noche.

Felizmente aun no habían tocado á *Ave-María*, y el vizconde, qua no podía creer á su Ilona en seguridad hasta que la viese encerrada tras las rejas del convento de

las Ursulinas, que era el objeto de su viaje, esperaba ser admitido allí antes de cerrar.

Descendiendo, pues, del carruaje con su protegida á la entrada de la pequeña ciudad, á fin de que el postillon no pudiese decir el lugar del refugio de la joven, se dirigió directamente al convento situado á muy poca distancia.

Introducido en el locutorio con Ilona, el vizconde escribió algunas palabras en una tarjeta suya, y la envió á la superiora, amiga de su tía, segun ya hemos dicho.

Pocos minutos despues ésta apareció acogiendo al vizconde con bondad y cariño. Gaston se reservó, sin embargo, explicar á la buena madre las graves razones que le impulsaban á confiarle la pobre Ilona, y se limitó por el momento à suplicarla concediese por caridad hospedaje por aquella noche á su desgraciada protegida.

Aunque esta peticion no fuese muy conforme à las costumbres y reglas de la casa, la superiora, sintiéndose ganada por la expresion de candor y de melancolía extendida por el dulce rostro de Ilona, asi como por la seguridad dada por Gaston de su

extremo abandono, accedió á los ruegos del vizcondc.

La joven estaba preparada á la separacion que la esperaba y de que ella comprendía la absoluta necesidad.

El vizconde la prometió su visita para el dia siguiente, y le dijo adios estrechàndole la mano y asegurándola que desde aquel momento estaba salvada.

La pobre niña, con los ojos velados por las lágrimas, le dijo sencillamente:

—¡Qué Dios os devuelva centuplicado el bien que me habeis hecho!... ¡Que os recompense ante todo el beneficio de haberme salvado!... ¿Vendreis mañana?... ¿Os veré antes de vuestra partida?

La voz le faltó á la idea de que seria por la última vez, y Gaston, no menos conmovido, contestó:

—¡Si, hija mia, podeis contar con ello, os lo prometo!

Y haciendo una señal de adios, é inclinàndose ante la superiora, se alejó mientras que Ilona se entregaba á los cuidados de una de las religiosas.

XXVIII

La partida.

La superiora del convento, aunque deseosa de obligar al sobrino de su amiga la baronesa de Kercadet, titubeaba hacerse cargo de la pobre niña; pero tales fueron los ruegos y razones del vizconde y las súplicas de la joven, que la santa mujer no pudo resistir á aquel conjunto de dos tiernas voces que imploraban su piedad.

La sorprendente belleza de Ilona contribuyó á hacer temer por ella á la buena madre Angélica. Sintió miedo al pensar que algun dia podría tener que dar cuenta de aquella alma, si entonces la rehusaba proteccion y asilo, y se decidió à tomar á la niña bajo su amparo maternal.

¡Los adioses fueron de los más dolorosos!

. . . .

Al abandonar á Porentruy, el vizconde se dirigió á París á fin de buscar al lado de su amigo Eduardo Duroy el va'or y la fuerza moral de que se sentía desprovisto en aquel momento de luto y de sufrimiento.

Eduardo, al cual su verdadera amistad, así como la última carta del vizconde, habían hecho presentir la crísis dolorosa de que estaba dominado, no le rehusó ni su afectuosa simpatía, ni sus inteligentes consejos.

Animó, sobre todo, á Gaston à ejecutar un proyecto que éste había formado vagamente, y que consistía en viajar durante algun tiempo en paises lejanos lo bastante para ir perdiendo el recuerdo demasiado peligroso de Ilona.

Aunque dudase que pudiera verificarse esto último, se decidió á seguir el consejo de su amigo y á ensayar el viaje, no como remedio, sino como distraccion.

Empezó, pues, sus preparativos para una ausencia de algunos meses, que quería pasar en Italia y Oriente, la Grecia y el Egipto.

Despues que tuvo todo arreglado, se despidió de su amigo Eduardo y fué à pasar

un dia en Vitré, en el castillo de Rochers, al lado de su buena tia.

La buena señora se desesperó cuando supo los proyectos de la ausencia tan prolongada de su querido sobrino, prevenido ya de los accidentes siniestros más horribles que le tenian que ocurrir.

El vizconde, sintiendo sinceramente no poder consagrar mucho tiempo á su tia, á fin de calmar un tanto sus alarmas, se vió obligado á seguir en su resolucion de una pronta partida.

Una carta que recibió de Ploeven le confirmó en esta decision.

Su intendente le escribia que un hombre de mal aspecto, cuya descripcion correspondia á Juan Jácobo Mallet, se habia presentado en el castillo á fin de saber dónde se hallaba el señor vizconde.

El intendente, poco satisfecho de las evasivas respuestas de aquel individuo, le habia contestado que su señor estaba viajando.

Rogaba al vizconde le diese órdenes por si se repetia un caso semejante.

Gaston, aunque tranquilo por la ausencia de una investigacion judicial por parte de

las autoridades de Brunnen, quería, sin embargo, evitar un encuentro con el Rojo. Volvió, pues, à París despues de haber significado á su intendente que el individuo en cuestion era un ser de la peor especie, que desconfiase de él si se volvía á presentar, y no le diese noticia alguna.

Su amigo Eduardo, á quien había escogido como intermediario para su correspondencia con él convento de Porentruy, le entregó dos cartas, una de la superiora y otra de Ilona.

Empezó por leer la segunda, saboreando cada una de sus palabras y grabándolas en su corazon.

La joven dejaba trasparentar toda la inocente ternura de su alma, ternura de que ella no comprendia aun ni la significacion ni su alcance. Ella le explicaba tambien su contento de hallarse en medio de las buenas Urselinas.

En cuanto á la de la madre Angélica, contenía grandes elogios de aquella querida niña que había sabido conquistar el corazon de toda la comunidad.

Completamente tranquilo sobre este asunto,

que era el más importante para su corazon, el vizconde de la Barre se puso en camino para Marsella, y allí se embarcó para Oriente.

PARTE SEGUNDA

XXIX

La nacionalidad.

Año y medio había trascurrido desde los acontecimientos mencionados en el último capítulo. Durante este espacio du tiempo, Gontran de la Barre había recorrido sucesivamente las colonias francesas de Africa, así como el Egipto y el Asia menor.

Se encontraba en Constantinopla en la segunda primavera que siguió á su partida de Francia, cuando conoció á un joven húngaro de Dombay, que le inspiró una súbita simpatía, cautivándole así mismo por la orignalidad y la finura de su talento.

Entre jóvenes se hacen pronto las amistades, sobre todo en los viajes, y bien pronto Gaston de la Barre y Laszló Dombay

fueron en muy poco tiempo amigos inseparables.

La viveza, así como el entusiasmo espontáneo del joven hijo de Arpad, distraían al vizconde, arrancándole á sus preocupaciones y despertando su juventud adormecida por por la tristeza de sus pensamientos.

Así es que tomó la resolucion de cambiar su primer itinerario, que debía llevarle á Francia por la vía de Italia, y en lugar de esto seguir á su nuevo amigo, que deseaba ardientemente hacerle conocer su patria.

Laszló Dombay amaba à su país con todo el fervor de su alma de fuego, y sufria con la misma vehemencia por las desgracias y pobreza que habían seguido á la revolucion del 48, y cuyo fin no podía aún preverse.

Los dos amigos salieron, pues, juntos de Estambul, remontando el Danubio hacia Hungría, en donde Gaston de la Barre, cediendo á las instancias del joven Dombay, contaba pasar algun tiempo en su hospitalario techo.

Continuaron durante el trayecto las animadas discusiones que los habían hecho amigos, cambiando sus ideas, sus opiniones y sus ensueños para el porvenir. Gaston ob-

servaba alguna reserva respecto á su relacion con Ilona, y Laszló Dombay era demasiado discreto para insistir sobre esta confidencia.

Un dia que se hallaban en su camarote del vapor, el criado del joven Dombay, que era húngaro tambien, cometió no sé qué torpeza, y Laszló se incomodó, reprendiendo en su lengua nativa, con su natural vivacidad.

De repente Gaston, lanzándose á su amigo y cogiéndole de un brazo, detuvo el influjo de sus palabras, exclamando con temblorosa voz:

—¡Laszló!... ¡Por favor, repetid lo que acabais de decir!... ¡Las últimas palabras, sobre todo!

Su amigo se quedó entristecido de la interrupcion y extraordinaria emocion del vizconde, que se manifestaba por una marmorea palidez.

—¡Lo que acabo de decir!... Reñia á mi criado y...

—¡Sí, sí, lo sé...! Pero repetid las palabras, las palabras, os lo ruego.

—Pues le decía: *Ered... takarodj en men akatok ugy szolgabra lenni...*

—¡Eso es, Dios mio, eso es!—exclamó á Gaston.

Y oprimiendo su cabeza entre sus manos permaneció un momento como petrificado por la emocion.

Luego, sin añadir una palabra, corrió á su maleta, sacó algunos papeles y los extendió en la mesa; mientras su compañero le miraba con aire azorado creyéndole loco.

—Laszló,—dijo en fin Gaston,—yo os lo ruego, examinad esas notas; la ortografía será incorrecta, pero puede ser que saqueis algo...!

Laszló aunque nada comprendia de lo que Gaston esperaba de él, hizo lo que éste le pedia. Pero en cuanto fijó su vista en el papel, exclamó cada vez más sorprendido:

—¡Ah!.. ¡esto es húngaro!.. escrito, es verdad, de un modo más que incorrecto, pero se adivina perfectamente el sentido. Mirad... esta es justamente mi frase de hace un momento, que ha herido vuestro oido.

«Ed men akarek», significa «Yo no quiero». Y esta: «Jó reggett» quiere decir «buenos dias»; «Jo ejszakat» buenas noches;

«Fedres bacsi» querido tio; «Isten» Dios; «kerem» os lo ruego, etc.; en fin, todo es húngaro. ¿Sois vos quien ha escrito esto?—le preguntó.

Gaston, que hasta entonces había seguido anhelante el examen del joven madgyar, no atreviéndose à interrumpirle con ninguna pregunta, se arrojó entonces à su cuello, estrechándole convulsivamente contra su corazon, cuyos latidos revelaban la màs viva emocion.

El jóven Dombay conoció que se trataba de un poderoso interés y esperó tranquilamente que se calmase la primera efervescencia.

En cuanto Gaston pudo hablar, exclamó:

—¡Ilona mia! ¡Gracias, Dios mio, por haberme aclarado sobre su origen! ¡Es húngara!

—¡Ilona habeis dicho! Ese nombre es húngaro. Significa Elena.

—¡Bien lo había yo adivinado!—repuso Gaston.—Y ahora, Laszló, escuchadme; voy à alzar el velo que cubre los sentimientos màs íntimos de mi corazon.

Y entonces le contó la historia tan pura de su amor por la joven abandonada de Hütlisberg.

Su amigo le escuchó con la más sincera simpatía, que aumentó al ver el retrato de la encantadora Ilona, y hablaron largo tiempo, debatiendo las débiles probabilidades de descubrir la familia de la joven.

Laszló Dombay no daba sobre esto esperanza alguna. Aunque no conservase duda alguna respecto à la nacionalidad de la pobre abandonada, no se creyó autorizado para prometer á su amigo probabilidad de éxito alguno.

Los indicios del origen de la pobre Ilona eran demasiamos vagos, y Gaston convenía en ello.

A pesar de estas grandes dificultades, Laszló no dejó de ofrecer á su amigo su caluroso y sincero concurso, y Gaston no pudo menos de ver la mano de la Providencia en su encuentro con el joven madgyar, así como en la resolucion que había tomado de visitar à Hungria, patria de su querida Ilona.

Llegados à Mohacs, los jóvenes dejaron el vapor para proseguir su viaje por tierra.

Un carruaje tirado por cuatro fogosos caballos del país y guiado por un *csikos*,

les trasportó muy pronto á través de las inmensas llanuras *(puzla)* que se extienden hasta perderse de vista á lo largo del Danubio y del Theiss, cubriendo así una gran parte del reino.

Gaston se sintió vivamente herido al aspecto extraño de aquellas vastas extensiones, en parte incultas, que, confundiéndose con el horizonte, no ofrecen á la vista ningun lugar de reposo y sí solo alguna vez un pozo aislado, ó un pastor envuelto en su gran capa blanca, de pié y apoyado en su cayado, en medio de un rebaño de ovejas.

Tres dias emplearon en atravesar el país que les separaba del condado de Tolna, en donde se hallaban situadas las propiedades del joven Dombay, ó màs bien las de sus padres, que aun vivian. El padre de Laszló formaba parte de la *pequeña* nobleza del país, que es muy numerosa, pero generalmente arruinada.

La habitacion principal de la familia no merecía el nombre de castillo, pero tampoco tenía esta pretension. Estaba situada en una gran llanura y se conocía con el nombre de *Ricz Egres.*

Gaston fué recibido con toda la cordial

hospitalidad que caractizaba á la sociedad húngara, y que tanto encanto da á una permanencia en aquel pais.

En vista de las averiguaciones que tenia que hacer, el vizconde, desde su entrada en Hungria y por consejo de Laszló Dombay, habia cambiado de nombre, porque el suyo podría ser conocido de las personas comprometidas en el drama concerniente à su joven protegida.

Tomó, pues, el de su madre, y fué pre sentado como el vizconde de Keronet.

Laszló habia obtenido además que Gaston permanecería en la sombra por el momento, y le encargaría de las pesquisas más delicadas con motivo de Ilona.

Escribió á Perth à fin de obtener, por medio de las autoridades, informes sobre todos los individuos que se apellidasen Racsay ó Vacsay, que uno ú otro era el nombre puesto en la firma de la carta.

Pensaba que consiguiendo algunos datos exactos sobre el autor de la carta, así como sobre su pasado y sus relaciones, podría llegarse por este medio á coger el hilo de la existencia misteriosa de la pobre niña.

Como debía pasar algun tiempo antes de que llegaran las indicaciones pedidas, Gaston, no queriendo abandonar el país, cedió à las instancias de sus nuevos amigos, estableciendo por el momento su domicilio en la risueña quinta de Raez-Egres.

Fijo ya en este plan, escribió á Nápoles, á fin de que se le mandasen à Hungria sus cartas de Francia, que debían esperarle allí desde hacía algunas semanas.

Informó asimismo á su amigo Duroy del cambio sobrevenido en su itinerario, rogàndole le enviase directamente noticias de su Ilona.

XXX

Secreto violado.

Mientras que el vizconde de la Barré recorre el reino de San Esteban y trata de aumentar sus conocimientos, nos es preciso retroceder algunos meses, dirigiéndonos de nuevo á Occidente, es decir, à Bretaña, donde hallaremos á la baronesa de Kercadet, siempre encerrada en su castillejo de Rochers, disfrutando con delicia la única distraccion que le ofrecían sus cuadrúpedos.

Un invierno y un verano habian pasado desde la partida de su querido sobrino, y su corazon se sentía muy aislado por esta triste separacion, cuyo objeto no comprendía, y que la llenaba de inquietud por los dias de su amado Gaston.

Era el fin de agosto: un calor sofocante pesaba sobre la comarca y gruesas nubes

que se amontonaban en el horizonte presagiaban la aproximacion de una violenta tempestad.

La baronesa, que tenía un miedo extraordinario à las grandiosas revoluciones de la naturaleza, se había encerrado en su habitacion. Uno de sus favoritos, acurrucado en sus rodillas, expresaba su satisfaccion con su dulce *rum-rum*.

Otro, se había colocado en el reborde de la ventana, y se ocupaba cuidadosamente en su tocador, mientras que su progenie jugaba y saltaba sobre la alfombra.

Excepto el tic-tac del gran reloj de caja apoyado en la pared y el sordo rumor del trueno que resonaba à lo lejos, no se oia en el salon más que el murmullo de la baronesa, que rezaba el rosario.

Un criado interrumpió aquella calma soporífera, anunciando á su ama que un desconocido deseaba hablarla, pero que se negaba á explicar el motivo de su visita.

La baronesa, que era el miedo personificado, admitía muy difícilmente á ningun extraño en el recinto particular de sus habitaciones.

Así, respondió con una negativa à la pe-

ticion del desconocido, añadiendo que si algo tenia que decirla, lo hiciese por escrito ó por medio de su intendente.

El criado se alejó á dar esta respuesta, pero fué para aparecer unos instantes despues.

El extraño no se contentaba con aquella respuesta é insistia en ser admitido á presencia de la baronesa, pretendiendo tener que hablarla de un importante asunto concerniente al honor y seguridad de su sobrino.

La pobre baronesa, ya muy nerviosa por la influencia de la tempestad que se acercaba, se puso á temblar al saber el objeto de la visita del desconocido.

No atreviéndose á persistir en su negativa, dijo con trémulo acento:

—¡Dios mio!... ¿Qué me querrá?... ¿Qué entre ese hombre, ya que es preciso!... ¡Pero no os alejeis, Juan! ¡Quedaos en la habitacion inmediata!

Algunos momentos despues, la puerta se abrió de nuevo para dar paso al individuo en cuestion.

Pero en el instante en que aparecia en el hueco de la puerta, un deslumbrante relámpago surcó el firmamento y le hizo pa-

recer como envuelto en un círculo de fuego.

La baronesa lanzó un alarido de terror, y en el mismo instante un espantoso trueno conmovió toda la casa de arriba abajo.

La buena señora exclamó entonces cubriéndose los ojos y temblando á piés á cabeza:

—¡Pero es el diablo en persona!... ¡Dios mio, protegedme!

Y se santiguó y persignó repetidas veces.

Luego, alzando la cabeza y viendo al desconocido delante de ella, le dijo con una rudeza que no le era habitual:

—¿Qué me quereis?... Decidme lo que es trae y salid al momento. No recibo á nadie.

El desconocido, cuyo aspecto repugnante estaba hecho seguramente para inspirar un terror institivo á un pobre mujer tan tímida, tenia cabellos color de fuego que parecían relucir à cada nuevo relampago, y una mirada oblícua y sesgada que parecía penetrar hasta el fondo del alma de su interlocutora.

Este hombre, que no es necesario nombrar y en el que se reconoce fácilmente a Juan Jacobo Mallet, el Rojo, respondió con voz melosa:

—Perdonad, señora baronesa, que os im-

portune, pero no he podido menos de solicitar esta audiencia. He considerado que preferiais acudiese á vos para obtener un informe que necesito á todo trance, y que si me lo negais me veré obligado á dirigirme á los tribunales para obtenerlo del mismo señor vizconde.

—¿Y qué es lo que teneis que ver con mi sobrino? Ese querido niño es incapaz de hacer daño à nadie. ¿Y qué hablais de tribunales?... ¡Eso es una insolencia!

Una maligna sonrisa apareció en los pálidos labios del Rojo, cuando vió el espanto y la indignacion de la pobre baronesa, pero repuso en seguida:

—¿Ignorais por casualidad, señora, que vuestro sobrino me ha robado traidoramente, el año pasado, á mi hija adoptiva... una niña que recogí en su infancia... y de la que tengo que responder?

—¡Qué decís, Dios mio!—exclamó la pobre anciana;—¡que ha robado á una joven!... ¡No, no! ¡es imposible!... ¡Os engañais... mi sobrino está inocente de semejante infamia! Además, hablais del año pasado... y el vizconde está ausente desde esa época... ¡Viaja por el Oriente!

—Ya lo sé, señora, y hasta he adquirido la certeza de que se halla solo... Pero esto no impide que haya sacado de mi casa una joven, casi una niña, que se ha entretenido en instruir durante su permanencia en Brunnen. Fantasía de gran señor que tuve la debilidad y la tontería de consentir, no pudiendo adivinar toda la perfidia de su conducta.

—¡Callaos, buen hombre!—le interrumpió la baronesa irritada—¡En la conducta de mi sobrino no puede haber perfidia alguna!... ¡Es incapaz de ello!...

Y aliviada de un peso enorme al conocer que la acusacion del montañés se relacionaba únicamente con la pobre abandonada de Hütlisberg, añadió:

—Calumniais al vizconde, y lo conocereis al momento, sabiendo que, si bien se ha llevado à esa joven sin vuestro consentimiento, no obraba así màs que para dar à esa pobrecilla una educacion mejor y màs piadosa que la que vos podíais darle en el fondo de vuestras montañas. Sólo ha tenido por móvil las intenciones más caritativas.

—¿Y con qué derecho osó arrebatármela?... ¡Ningun lazo de parentesco, nin-

guna autoridad de ningun género le autorizaban para hacerlo!... ¡Esa niña me pertenecía á *mí solo*... y llega un día un extraño, al que esta niña ha tenido el don de agradar, y, porque ella halló gracia á sus ojos, bajo el manto de un sentimiento de filantropía, me la roba clandestinamente!...

¡Y tal vez creería que yo me resignara!... ¡Eso nó! ¡Sabré defender mi derecho contra él y contra todo el mundo! Tengo reunidas las pruebas necesarias y acusaré ante los tribunales al señor vizconde de la Barre, nada menos que de rapto y seduccion de una niña menor de edad!

El Rojo había llegado al más violento paroxismo de la cólera, y sus facciones estaban descompuestas por el furor que sacudía todo su cuerpo.

Era horrible el verle así iluminado por la siniestra claridad de los relámpagos que desgarraban las nubes, porque la tempestad había estallado con toda su furia.

Los truenos se sucedían con rapidez espantosa; el huracan hacía doblegar bajo sus furiosas alas los árboles que rodeaban el castillo, amenazando aniquilar cuanto

quisiese resistir á su impetuosidad, y una granizada terrible azotaba ruidosamente los cristales.

Aterrorizada por la tormenta, por todo aquel ruido, así como por la presencia del Rojo y las amenazas que profería, no sabiendo qué hacer ni qué decir, la pobre baronesa balbuceó, retorciéndose las manos:

—¡Qué hago, Dios mio! ¡Y Gaston que està ausente! ¡Oh, Señor, tened piedad de mí! No soy más qus una pobre mujer, débil y enferma! ¡No me asusteis así! ¡No me digais que vais á emprender contra mi sobrino, sea lo que quiera, sin darle lugar á que se defienda! En cuanto à mí, no podría ayudarle, porque no entiendo nada de leyes.

¡Qué podeis desear más ventajoso para esa niña, que saber que se halla bien educada y mejor cuidada en el convento de Porentruy...? La superiora de las Ursulinas es una de mis amigas, una mujer perfectamente distinguida, una santa, que por amistad hacia mí se toma gran interés por esa niña y me escribe sin cesar noticias la más satisfactorias sobre ella.

Debeis, pues, dejarla allí hasta que su

educacion se halle terminada, ó á lo menos hasta la vuelta de mi sobrino, que ciertamente os la devolverá.

Juan Jacobo Mallet pudo apenas disimular la tumultuosa alegría que se apoderó de él, al verse de pronto dueño de la situacion y alcanzado el fin de todas sus intrigas de más de un año.

Ocultando su triunfo bajo una fingida vacilacion, se inclinó respetuosamente ante la baronesa y respondió con calma:

—Desde que vos, señora baronesa, garantizais las intenciones de vuestro sobrino, y me prometeis en su nombre la devolucion del ser que me es más querido, me siento algo tranquilo.

¿Seré muy osado si os pido aun que os comprometais positivamente à intervenir en mi favor con vuestro sobrino?... Estoy seguro de que escuchará vuestra afectuosa voz y vuestros sanos consejos.

—¡Sí, sí, os lo prometo!—dijo apresuradamente la baronesa, demasiado feliz en poderse desembarazar de aquel ser tan importuno como repugnante.—Conozco á mi sobrino, y desde que sea terminada la obra caritativa que ha emprendido, os de-

volverá vuestra hija adoptiva. Además, ¿qué queriais que hiciera de ella?

Juan Jacobo afectó quedar satisfecho con esta propuesta, y se alejó, no sin confundirse en saludos y en excusas sobre su importunidad.

Ya más tranquila la baronesa, no pudo menos de sentir cierta inquietud al pensar que había cometido una indiscrecion; pero tranquila por la promesa del Rojo, de esperar á la vuelta del vizconde, no quiso decir nada á éste de semejante entrevista.

Así nuestro héroe no pudo prevenir el terrible golpe que el Rojo le preparaba.

XXXI

EL ACCIDENTE.

Gaston de la Barre se halló por casualidad y de una manera muy particular en la intimidad de una de las grandes familias húngaras, que habitaba en la vecindad de Rsez Egrès.

Laszló Dombay quiso un día mostrar à su joven amigo las magníficas orillas del lago de Balaton, así como la ciudad de Veszprim, que contenía dentro de sus muros tantos recuerdos históricos, y ambos recorrieron en un lijero carruaje, tirado por cuatro caballos, las llanuras cortadas por el rio Sió y que se extienden hasta los bordes del Balaton.

Laszló conducia él mismo sus caballos vivos y ardientes, hablando placenteramente con su amigo.

En el momento en que las líneas azu-

ladas de las montañas que rodean el lago comenzaban á dibujarse en el horizonte, confundiéndose con las aguas del lago, la carrera de los caballos fué interrumpida por un acontecimiento imprevisto.

Gaston tenía los ojos fijos en el paisaje que iba desarrollàndose á su vista, cuando una exclamccion del lacayo que estaba sentado detrás de ellos, le hizo volver la cabeza. Entonces vió otro carruaje que les seguía con una carrera desenfrenada, y cuyos cuatro caballos evidentemente se habían desbocado, pues su conductor hacía desesperados esfuerzos para contenerlos.

Laszló Dombay detuvo inmediatamente los suyos, y Gaston, así como el lacayo, saltaron á tierra para acudir al socorro de las personas que en tal peligro se hallaban.

En el mismo momento vieron un hombre lanzado fuera del carruaje y oyeron los gritos de una mujer que se agarraba con todas sus fuerzas à las correas del vehículo.

Gaston, arrojàndose entonces al encuentro de los caballos, consiguió, á riesgo de quedar destrozado, sujetar por las narices à los dos primeros durante un momento, lo

cual dió tiempo al cochero para hacerse dueño y dominar à aquellos furiosos animales.

Obtenido este primer triunfo, el vizconde se acercó al carruaje, y descubriéndose respetuosamente le dijo en francés á aquella dama:

—¡Tranquilizaos, señora, ya no hay peligro!

—¡Oh, sí tal!—exclamó ella en el mismo idioma,—ha sido arrojado del coche, y no se levanta! Dios mío, tened piedad de mi!

Y con los ojos fijos en la direccion en que suponía estar el objeto de su afeccion, saltó para acercarse á él.

Pero Gaston la detuvo diciéndola:

—Quedaos aquí, por favor, señora. No os hallais en estado de andar. Estais casi desfallecida. Yo iré à ver lo que hay.

Y sin perder momento corrió al sitio en que el accidente había acaecido.

A unos cien pasos vió un hombre de unos cincuenta años tendido en tierra y evidentemente sin conocimiento. No se le veia herida alguna; pero una marmórea palidez cubria sus varoniles facciones, notablemente acentuadas.

Gaston le levantó un poco la cabeza y un suspiro se escapó del pecho del pobre hombre, lo cual probó al vizconde que aun no le había abandonado la vida.

En esto vió á un lacayo, que sin duda á alguna mayor distancia había sufrido la suerte que su amo, pero sin muy graves consecuencias, porque se adelantaba bastante aprisa á pesar de venir cojeando.

Ayudado de este hombre condujo al desgraciado señor hasta su carruaje.

Laszló entretanto había estado ocupado en tranquilizar á la dama, en la que reconoció á la princesa Illasbezy, que habitaba el castillo de Simontornya, situado no lejos de la ciudad de Sió.

Le había ofrecido el brazo y la conducía en busca de su marido, cuondo se les reunió Gaston llevando el cuerpo inerte del infortunado señor. A su vista, la princesa lanzó un grito desgarrador y se arrojó sobre su marido, al que Gaston colocó en el carruaje con todo el cuidado posible.

No pensando ya los dos amigos en su anterior proyecto, acompañaron el triste convoy hasta una quinta que se hallaba en el camino de Simontornya.

Durante este primer acto y por medio de compresas de agua helada, aplicadas á la cabeza, lograron hacer recobrar en algo su conocimiento al enfermo.

Inmediatamente enviaron un hombre á caballo al castillo del príncipe, á reclamar el auxilio de un médico y el envío de una litera, en la que el herido fué trasportado a Simontornya lo más pronto que se pudo.

La princesa suplicó á los dos jóvenes, que la habían socorrido con tanta abnegacion, que no la abandonasen, y ellos aceptaron su ofrecimiento de permanecer en su castillo.

Hasta entonces Laszló Dombay no había conocido á la princesa más que superficialmente; pero el dolor rompe pronto las etiquetas sociales, y la princesa, hallándose sin apoyo y sin consejos en aquella situacion de la vida, no podía ni quiso prescindir de la presencia ni de los cuidados de los dos jóvenes. especialmente de los del vizconde, á quien consideraba, con justo título, como su salvador y el de su marido.

Estos sentimientos de reconocimiento por parte de la noble castellana para con Gaston

de la Barre contribuyeron á establecer una dulce intimidad entre ellos, y el vizconde dividia con la princesa todos los cuidados que exigia el estado del pobre enfermo.

Laszló repartía su tiempo entre Simontornya y Raez-Egres.

La enfermedad del príncipe presentaba síntomas alarmantes. No volvía en sí más que por cortos momentos, para recaer en una completa somnolencia é insensibilidad. Los médicos temían que el cerebro se hallase lesionado, ofreciendo esto grave peligro y poca posibilidad de salvacion.

La pobre princesa no se separaba de la cabecera de su marido ni de dia ni de noche, sufriendo las màs crueles angustias al verle en aquella perpétua postracion, contra la que se estrellaban todos los remedios de la ciencia.

Era una mujer de unos cuarenta años, que conservaba todos los restos de una gran belleza, y cuyas facciones rebosaban suma ternura y tierna bondad. Pero la enfermedad ó violentas penas, penas del corazon ó las más punzantes aún de un alma cruelmente esperimentada, habían evidentemente

abierto los profundos surcos de aquel bello rostro y encorvado su elegante cuerpo.

Parecía amar apasionadamente á su marido, á quien colmaba de tiernos cuidados. Tres bellos niños, el mayor de catorce años y el menor de seis, eran los frutos de aquella union.

La princesa hablaba el francés con gran correccion, y sus conversaciones, de dia en dia màs íntimas con Gaston, durante sus largas veladas al lado del enfermo, no ofrecían dificultad alguna.

Desgraciadamente, el sentimiento de abnegacion que reunía aquellas dos almas no parecía deber ser coronado por el triunfo, porque la ardiente fiebre que poco á poco consumía las fuerzas del príncipe no cedía á remedio alguno.

Una noche que los médicos se habían retirado moviendo tristemente la cabeza, y que Gaston y la princesa habían ocupado su puesto habitual á la cabecera del lecho, la desgraciada mujer permaneció largo tiempo inclinada sobre su marido, como si quisiese espiar algun síntoma más favorable sobre aquel rostro, tan pálido y descompuesto.



De pronto se alzó con un gesto de desesperacion y exclamó en medio de desgarradores sollozos:

—¡Oh! ¡vizconde!... ¡Vos que me habeis manifestado tan tierno interés!... ¡que me habeis salvado la vida!... ¡Oh! ¡decidme la verdad, por favor! Mi marido, ¿está verdaderamente perdido?... ¿No recobrará el conocimiento?... Respondedme; ¡pero *la verdad!*... ¡Os lo ruego!... Los médicos no me hablan sino de una manera evasiva, que me hace temer todo, y es necesario que yo conozca el verdadero estado de mi marido, de mi pobre Janos; ¡es absolutamente preciso!

—No hay razon para que así os desespereis, princesa,—respondió Gaston;—los médicos conservan aun esperanza, y no debemos renunciar á ella; segun me aseguraron esta mañana!...

—¡Qué Dios os oiga!—repuso la princesa alzando al cielo sus bellos ojos bañados de lágrimas y soltando un suspiro.—¡Si pudiera comprender lo que le tengo que decir!—añadió;—¡si tan solo me contestase una palabra!

E inclinándose de nuevo sobre el en-

fermo, le llamó varias veces con angustia.

—¡Jánosl... ¡Jánosl...

Como si esta vez no hubiera podido resistir á esta voz amada, el príncipe abrió un instante los párpados de plomo, fijando una vaga mirada en su mujer.

—¡Jánosl... Jánosl... ¿Me reconoces?...—le preguntó al momento.

Y se apresuró à decir algunas palabras en húngaro; pero el enfermo no contestó ni à una ni á otra de sus interpelaciones.

Gaston iba á retirarse discretamente, cuando le detuvo diciendo:

—¡Oh! ¡quedaos! ¡No me abandoneis!... ¡Ya veis que no me entiende y que no puede contestarme!... ¡Ah!... ¡Dios mío!... ¡Dios mío! ¡concededle la fuerza de decir una sola palabra!... ¡No le dejeis morir así!

—Tened confianza en el Todopoderoso, que atenderá à vuestras súplicas,—dijo Gaston.—Con tal que se pueda dominar la fiebre, hay lugar á esperar una crisis favorable, y el príncipe recobrará entonces bastante lucidez para recibir vuestros consuelos...

—Sí, sí, teneis razon... Pero hay una cosa que no me deja un instante de reposo... que me atormenta dia y noche...

Naturalmente, Gaston no insistió para excitar las confidencias de la princesa; pero alentado por la amistad que le manifestaba, habló largamente con toda la veneracion y simpatía que le inspiraba, tratando de consolarla y fortificar al mismo tiempo su valor y su resignacion.

—¡Gracias, me haceis mucho bien!—dijo la princesa enjugándose las lágrimas y estrechándole la mano.—Sin vos, ¿qué hubiera sido de mi? Estoy completamente aislada en este mundo.

Dasada muy joven, solo pensé en consagrarme al amor de mi marido, descuidando todas las relaciones de parentesco que me quedaban. De toda mi familia no he conservado más que un hermano, casado y establecido al otro extremo de Hungria, en los confines de Galitzia; de manera que nos hemos visto muy raramente.

Toda mi existencia se ha concentrado en mi marido y en mis hijos. He padecido mucho... he sufrido crueles penas... pero si Dios me arrebata á János, siento que no podré sufrir esta nueva prueba, más horrible que todas las demás.

La conversacion quedó aquí por el

momento.

La crisis que el vizconde había predicho se presentó algunos dias despues. La fiebre calmó y el príncipe, sin que por eso recobrase el uso de sus facultades, no estaba sumido en aquella tenaz somnolencia y mostraba, por la expresion más inteligente de sus miradas, que comprendía lo que pasaba á su alrededor.

Su pobre mujer no sabía cómo agradecer á la Providencia el goce que esto le causaba.

Desde que la mejoría no fué dudosa y Gaston pudo creer superflua su ayuda, expresó de nuevo su intencion de regresar á Raez-Egres, al lado de su amigo Laszló.

Pero la princesa no quiso ni aun admitir la idea de su partida y le suplicó una vez más y con tanta insistencia, que no la dejase sola antes de la completa cura de su marido, que el vizconde, conmovido por el cariño maternal que la noble señora le dispensaba, cedió inmediatamente á sus deseos.

El estado del príncipe parecía mejorar lentamente, pero la marcha de la enfermedad debía reclamar, durante algunas semanas y aun meses, muy asiduos cuidados.

Los médicos insistieron, pues, para que la princesa dejase à un lado toda fatiga, y diese á su delicada salud el reposo necesario.

Alternó entonces sus veladas, ya con Gaston, ya con una mujer de confianza, ama de los niños, y emprendió paseos cotidianos en el bello parque que rodeaba el castillo de Simontornya, bañado por las aguas del Sió.

Gaston acompañaba ordinariamente á la castellana con uno ú otro de sus hijos, aprovechàndose de aquellas cortas ocasiones para hacer así los honores de su interesante dominio á su huesped, deber que no había podido cumplir hasta entonces.

Durante uno de estos paseos, Gaston descargó su corazon de un peso que le oprimía con tan afectuosa y excelente señora.

Confesó, pues, que su amigo le había presentado bajo un nombre que no era el suyo, y rectificando su título, la rogó guardase el secreto, à causa de una investigacion importante que tenía que hacer.

La princesa, no sólo le agradeció su confianza, si que tambien le prometió la discrecion más absoluta.

Esta primera confidencia trajo otras, y e joven, irresistiblemente atraido hacia aquella cauta y noble mujer, le habló poco á poco á corazon abierto.

La refirió los vagos recuerdos que conservaba de su primera infancia y de sus padres; de su reconocimiento hacia su tía le confesó las faltas de su juventud borrascosa y contó, en fin, su curacion moral, así como su tristeza actual.

La princesa Illeshazy le escuchaba con interés y bondad, excusando sus faltas y compadeciendo sus penas. Pero, así como había obrado con sus otros dos confidentes, Gaston titubeó largo tiempo antes de abrir el último, el más íntimo repliegue de su corazon, aquel en que reinaba Ilona.

Una palabra de la princesa rompió esta última barrera, y Gaston volvió á anudar el hilo de su conversacion:

—¡Teneis la bondad, señora princesa, de regocijaros con lo que llamais mi conversion, pero no me atribuyais todo el mérito; muy lejos de ello!... ¡Dios se ha servido de la mano de una pobre niña abandonada, de un àngel, para llamarme à El!... ¡Es una extraña aventura!...

Me encontraba hace tres años en Suiza, cerca de Lucerna!...

—¡Lucerna!... ¡Ah!... ¡Dios mio!... balbuceó la princesa palideciendo y llevándose una mano al corazon.

Gaston no tuvo tiempo de replicar, porque al mismo tiempo vió à la princesa vacilar y caer sin conocimiento en sus brazos.

Vivamente sorprendido y afectado, envió en seguida al niño menor de la princesa, el pequeño Sandor, que jugaba à su lado, á buscar socorro mientras él mismo llevaba á la princesa hasta un banco inmediato y se esforzaba en reanimarla frotàndole las manos y las sienes.

El desmayo fué de corta duracion, y bien pronto la princesa abrió los ojos para romper en un amargo llanto.

Sus gentes, que acudían en este momento, no parecieron sooprenderse mucho de aquel accidente, asegurando al vizconde que eran frecuentes aquellos accidentes en su ama.

Cuando se alejaron, la princesa dijo al vizconde con entrecortado acento:

—¡Perdonadme, querido amigo, de haberos asustado...! ¡Mis nervios estàn tan dé-

biles y sufro estos ataques tan repentinamente...! Un recuerdo muy doloroso, muy cruel para mi corazon, ha sido evocado por vuestras últimas palabras! Hoy no puedo deciros más... Acompañadme á casa y otra vez me contareis vuestra aventura, que me interesa como todo lo que se relaciona con vos.

Gaston ofreció su brazo á la pobre mujer, cuyo rostro pálido y descompuesto atestiguaba le violenta sacudida que acababa de sufrir.

Durante el camino, el vizconde expresó su sentimiento de haber sido la causa involuntaria de su accidente; pero la princesa sólo contestó con una dulce sonrisa á sus excusas.

Continuó silenciosa y preocupada durante el resto dia, y el vizconde se preguntaba si no valdría más no continuar la conversacion de la mañana, à fin de no excitar la sensibilidad de la princesa, cuando el correo que le traía las cartas, tan impacientemente esperadas, llegó á poner término á sus vacilaciones, trastornando todo su ser de una manera tan terrible como inesperada.

XXXII

Ana Vacsay.

La superiora del convento de las Ursulinas, en Porentruy, así como Eduardo Duroy, daban al vizconde la desgarradora noticia de que su Ilona, su más querido tesoro, le había sido de nuevo arrebatado, y esta vez con todas las apariencias del derecho y la legalidad.

La carta de la madre Angélica tenía seis semanas de fecha, y le decía que tres días antes se habían presentado dos hombres en el convento solicitando hablarle. Recibidos en el locutorio, é informada de su visita, supo con gran sorpresa, mezclada de terror, que iban á reclamar à la joven Ilona, llamada Ana-Deseada, y esto de parte de sus padres.

La superiora se había negado rotundamente á tal peticion, porque la joven le

había sido entregada por el vizconde de la Barre, y á él solo daría cuenta de aquel depósito sagrado.

Al mismo tiempo había declarado que, ignorando donde se hallaba el vizconde, escribiría al señor Duroy, encargado por su amigo de reemplazarle en todo lo que concernía á Ilona.

«Yo contaba,—así se expresaba la madre Angélica.—esperar la respuesta à esta carta antes de dar parte á Ilona del peligro que le amenazaba.

»Pero al dia siguiente los dos extranjeros se presentaron de nuevo, acompañados esta vez de uno de los magistrados de Porentruy. Las primeras palabras que cambiamos me hicieron comprender que desgraciadamente estaban determinados á no conceder dilacion alguna, y que ellos habían solicitado el apoyo de la autoridad, caso de una nueva negativa por mi parte.

»El magistrado me significó formalmente que se vería obligado á emplear hasta la fuerza á fin de hacerme entregar la joven á sus protectores naturales, que eran los únicos que tenían derecho á disponer de la niña.

»¿Qué hacer en semejante caso?

»Sin embargo, antes de declararme vencida, pedí las pruebas de lo que me decían: y en efecto, me presentaron documentos legalizados por autoridades austriacas y suizas, probando que nuestra Ilona, llamada aquí Ana Deseada, tiene por nombre Ana Vacsay, que ha nacido en Hungria, y que uno de aquellos extranjeros era su tio.

»Despues de esto, y à pesar de la profunda pena que sentía, tuve que rendirme á la evidencia, y recomendar más que nunca á nuestra querida niña à la proteccion divina, única que le quedaba.

»Reclamé una hora para preparar á mi pobre Ilona á la suerte que la esperaba, que un instinto secreto me dice será de las màs tristes, y me comprometí á ponerla en manos de sus reclamantes.

»No os puedo describir el terror y la desesperacion que se apoderó de ella al saber la triste noticia que tuve que anunciarla, y que ni la perspectiva de hallar à sus padres calmaba.

»No podía consolarse y repetía sin cesar con voz entrecortada por los sollozos:

—»¡Oh! ¡no me despidais así... Dejadme esperar á mi amigo!... Presiento que si

salgo de aquí, no volveré à verle más!... ¡Y qué dirà él, tan bueno para mi, cuando no me halle á su vuelta?

»Pero ese dolor no era nada en comparacion de lo que iba à seguir!... Cuando transcurrió la hora concedida y nuestra pobre niña se despidió de nuestras buenas hermanas y de sus compañeras, que todas la amaban tiernamente, conseguí conducirla al locutorio.

»Apenas entró, apenas fijó su mirada en uno de aquellos hombres, lanzó un grito desgarrador, y echàndose hácia atrás como mordida por una víbora, exclamó refugiándose en mis brazos:

—»¡Ah!... ¡El Rojo!... ¡Madre mia!... ¡salvadme!... ¡no me entregueis á ese hombre!...

»Poco á poco, con palabras entrecortadas me hizo comprender que aquel individuo no era otro màs que el hombre despreciable y peligroso de cuyas manos la habían salvado. A este descubrimiento mi espanto igualó al de la desgraciada niña; pero yo nada podía hacer contra aquellos hombres, apoyados por la autoridad.

»El montañés Juan Jacbo Mallet, viendo la mala impresion que su presencia había

producido en Ilona, se acercó entonces á la reja, que continuaba cerrada, y le dijo con un tono meloso, que mal ocultaba su despecho:

—«Siento mucho, mi querida Ana, ver que, lejos de sentir algun placer en hallaros cerca de mí... lejos de acordaros de los cuidados que he tenido en vuestra infancia... persistís en guardar en vuestro corazon el odio absurdo que os han inspirado contra mí!

»¡Pero nada temais!—añadió en un tono que me inquietó más que todo lo demás, porque dejaba traspirar una alegría cruel,—¡no viajareis sola conmigo!... ¡Os juro que no ireis á mi casa ni vivireis conmigo!

»Este caballero os acompañará durante el viaje y os entregará á vuestros padres... á vuestros padres, que os esperan con la mayor impaciencia!

»A estas últimas palabras, la pobre Ilona, que sollozaba en mis brazos, alzó la cabeza, y fijando sus grandes ojos en el otro extranjero, le preguntó en tono imperioso:

»—¿Quién sois?... ¿quienes son mis padres?... ¿Por qué no han venido ellos mismos á buscarme?... ¡Es esta una nueva

prueba de su cariño, despues de haberme entregado à manos de innobles mercenarios?...

»El desconocido no hizo más que alzarse de hombros por toda respuesta. Era un hombre de unos cincuenta años, de color moreno y tipo oriental, pero cuyas facciones, fuertemente acentuadas, expresaban una maldad más decidida que la del Rojo.

»Este último, contestando por su compañero, dijo con impaciencia:

»—El señor de Vacsay, que es vuestro tio, no habla más que aleman... No puede, pues, explicaros que viene enviado por vuestros padres, para acompañaros hasta Hungria. Vuestro padre no ha podido venir él mismo por hallarse enfermo... Pero estamos perdiendo el tiempo... ¡Este caballero no puede esperar!... ¡Despachad, Ana, y concluid de una vez con vuestros lloros y vuestras ridículas quejas!

»El magistrado me intimó entonces, en nombre de la ley, que abriese la reja.

»La escena que siguió à esta intimacion fuè tan desgarradora que me faltan palabras para describirla. La desgraciada se arrojó à mis pies, abrazando mis rodillas,

gimiendo, suplicando, retorciéndose en el paroxismo de su desesperacion.

»Era un espectáculo conmovedor en extremo.

Pero el hombre de ley y sus compañeros se impacientaban más y más, y Juan Jacobo Mallet no cesaba de repetir que era un absurdo escuchar las quejas de una persona privada casi de razon.

»Yo apelé á mi valor de cristiana, y dije:

»—Ilona, levantaos. Mostrad que teneis tanta fe como resignacion en la santa voluntad del Señor. El os envia una cruel prueba, es verdad; pero confiad en su misericordia y no sereis abandonada. No ceseis de elevar á El vuestras oraciones, y nuestro Redentor os llevará como à su oveja querida a través de zarzas y espinos. Además, no dudo que vuestros padres serán buenos para vos.

»Ahora que Dios y la santa Vírgen os protejan, mi querida hija.

»Bendiciéndola entonces y abrazándola amorosamente, ordené á la hermana portera abriese la reja.

»En el momento en que rechinaron los goznes, y vió se desvanecía su última es-

peranza, la pobre niña lanzó un agudísimo grito, que aun resuena en mis oidos, y quedó como muerta en mis brazos!

»Se la entregué así á sus pretendidos protectores, y un instante despues, mi querida hija, tan bella como interesante y buena, desapareció de mi vista!

»No puedo pintaros mi dolor, y solo al pie los altares hallé un poco de calma, despues de haber puesto la suerte de nuestra desventurada Ilona en las manos del Todopoderoso!

»Adivino que esta triste narracion os va á destrozar el corazon... ¡Pero vos tambien, querido vizconde, tened confianza en Dios, que no abandona nunca á los que á El recurren!

»El Señor os guiará sobre las trazas de esa querida niña, porque no dudo de vuestra intencion de encontrarla si hay algun medio para conseguirlo.

»Al efecto creo que uno de los mejores medios de descubrir el asilo de Ilona, seria seguir sin pérdida de tiempo la ruta tomada por ese Vacsay y su compeñero. Dicen que van á Hungria por el camino más corto... ¿Pero será eso verdad...? He

advertido á Ilona que me dé noticias suyas en cuanto le sea posible; espero, pues, poder comunicaros algunas á vuestra llegada à Porentruy...»

La desesperacion de Gaston fué profunda y cruel. Veía á su Ilona ya muerta, ya llamándole à grandes gritos, para que la salvase de peligros no menos terribles!... Se representaba bajo los más vivos colores la angustia y el dolor de la pobre niña al verse sin apoyo, sin socorro, abandonada en manos de su perseguidor!

Y habían pasado ya seis semanas perdidas por la circunstancia de su cambio de itinerario.

¡Gaston vertía lágrimas de sangre y de desesperacion!... Su única esperanza se fundaba en la última frase de la superiora, relativa á las noticias que esperaba de la joven, y además contaba con la amistad de Duroy, que, advertido del rapto de su protegida, habría sin duda corrido à Porentruy á ponerse de acuerdo con Sor Angélica sobre lo que se debía hacer.

Recobrada un poco de su calma, fué á ver á la princesa Illeshazy, y agradeciéndola su amistad, le participó la urgen-

cia de su inmediata partida, motivada por un asunto importante que así se lo exigia.

La princesa se mostró vivamente apenada de esta resolucion, y no economizó expresiones de reconocimiento, haciendo á Gaston prometer una pronta vuelta à Simontornya en cuanto las circunstancias se lo permitiesen.

Gaston, aunque su dolor actual absorbiese todos sus sentimientos, no pudo separarse sin pena de la buena y cariñosa princesa.

A pesar de la asercion de Juan Jacobo, de que la joven sería conducida á Hungria, asercion que por otra parte se armonizaba con el descubrimiento anterior de la lengua materna, y por consiguiente de la patria de Ilona, así como con el apellido de Vacsay, Gaston resolvió volver á Porentruy, y esto sin perder minuto.

Despues de pasar algunas horas en Racz-Egres con Laszló Dombay, á quien enteró de todo, nuestro héroe tomó el camino de Suiza, prosiguiendo su viaje hasta Porentruy, sin concederse ni una parada ni descanso alguno.

XXXIII

«¡Socorredme!»

La gran red de ferrocarriles que en nuestros dias une los puntos más lejanos de Europa no existía en la época de este relato. Solo había muchas líneas en proyecto y algunas en construccion, así es que Gaston de la Barre no llegó al convento de las Ursulinas sino despues de algunos dias de viaje, destrozado de fatiga y aniquilado por sus dolorosas preocupaciones.

¿Qué iba à saber?... ¿Qué habría pasado durante tantas semanas?... ¿Donde se encontraba su amada?

Tales eran las preguntas que se dirigía durante su para él interminable viaje.

Al momento fué introducido en el locutorio, donde le recibió la superiora, gritando en cuanto le vió:

—¡Por fin habeis venido, vizconde!

—¿Y mi Ilona? ¿Qué habeis sabido de ella?—exclamó Gaston sin ni aun saludar à la madre Angélica

—¡Ay, amigo mio! no he podido conseguir indicios positivos sobre la suerte de vuestra querida niña, á quien tanto deseamos volver á ver.

No tengo más que entregaros estas líneas de mano de Ilona, líneas que seguramente os van á desgarrar el corazon.

Y al pronunciar estas palabras, tan poco tranquilizadoras, la superiora entregó á Gaston un papel escrito con lapiz y en todos sentidos, que contenía lo que sigue:

«Mi venerable madre:

»Leed las líneas que os envío trazadas sabe Dios cómo; luego se las enviareis á mi amigo... ¡No tengo más esperanza que él en la tierra!... Vos, madre mia, rogad por vuestra hija.»

Despues se dirigía á Gaston.

«¡Salvadme, amigo mio! ¡Yo, vuestra Ilona, una vez más, y desde lo màs profundo de su alma desesperada, os suplica que no la abandoneis en tan horrible situacion!

»¡En nombre de vuestra madre, cuyo recuerdo os es tan querido; en nombre de

cuanto habeis amado, os conjuro que trateis de descubrir el lugar en que me encuentro, y que no os puedo indicar de ninguna manera.

»Estoy guardada de vista, y aunque no haya visitado prision alguna, me parece que mi morada actual se asemeja bastante á este género de asilos.

»¡Hay barras en mi ventana, mi puerta tiene un enorme cerrojo, y jamás me dejan sola!

»¡A menudo oigo gritos, lamentos y ahullidos que me hielan, y que provienen sin duda de otros desgraciados encerrados como yo!

»¿Dónde estoy, Dios mio?... No ceso de preguntárselo de rodillas à mi guardiana así como al hombre que viene à verme cada tres dias, que por las preguntas que me hace más parece médico que carcelero; pero uno y otra solo me recomiendan que me calme, que sea dócil y obediente.

»Sin embargo, ¡yo no estoy mala! ¿Qué significa este misterio que me rodea?...

»Noche y dia estoy llorando, y la violencia de mi naturaleza se ha mostrado por actos de que me ruborizo y de que

pido perdon á Dios y á vos, pero que no he podido reprimir en el exceso de mi dolor.

»Algunas veces me atan las manos, y me condenan casi diariamente á duchas de agua helada, cuya sola idea me hace extremecer.

»El Rojo ha venido á visitarme una vez, pero su vista me ha puesto en un estado tal de exasperacion que se han apresurado á hacerle alejar inmediatamente, y no sé deciros lo que ha sido de él.

»Pero veo que me extiendo mucho hablando de mis sufrimientos, en lugar de daros los pocos indicios que he podido reunir, y en los que puede tal vez estar mi salvacion.

»Gracias à vuestra generosidad, al dinero que me habeis dado, y que nuestra buena madre ocultó en mis vestidos, he conseguido ganar á una de mis guardianas, buena mujer, que vencida por mis lagrimas y mis ruegos, me promete echar la carta al correo. ¿Lo hará así?

»Debo deciros todo, desde el momento de mi partida de Porentruy.

»Desde que el primer paroxismo de mi dolor se calmó por su propia violencia, y que me fué posible reflexionar, me dije

que importaba, ante todo, darme cuenta de la direccion que me hacían tomar.

»Examiné, pues, atentamente el camino que seguiamos, lo que no dejó de excitar la impaciencia del Rojo. Varias veces me impidió que me asomase à la ventanilla.

»El paisaje que atravesábamos me pareció completamente desconocido. El primer lugar de que me acuerdo fué le ciudad de Basilea, á donde llegamos antes de la noche despues de haber cambiado varias veces de caballos.

»Al amanecer tomamos el tren; pero el uno ó el otro de mis guardianes, sentados à mi lado, me impedian dirigir la palabra á quien quiera que fuese, y no pude informarme á qué lado nos dirigiamos. Ibamos los tres en un vagon berlina.

»No habiendo dormido la noche precedente y rendida de fatiga y debilidad, porque no quise comer nada, sucumbí al fin, y me dormí, á pesar de mi voluntad de observar los pueblos que atravesábamos.

»Despues de algunas estaciones de poca apariencia, solo recuerdo haber oido gritar por el factor en lengua alemana: «¡Friburgo!»

»¡Mi sueño duró probablemente largo

tiempo, porque recuerdo de un alto hecho en Francfort, donde oí á mis compañeros de viaje, que me creían aun dormida, preguntar á un empleado si era preciso cambiar de vagon para ir á Bamberg y á Munich!

»Habiamos dado una gran vuelta, y esto sin duda intencionalmente, para dirigirnos hacia esta última ciudad.

»A la respuesta afirmativa del empleado, el Rojo me hizo montar en un carruaje que nos llevo á otra estacion.

»Mi debilidad era tan grande entonces, que atravesé la ciudad y los arrabales de Francfort, sin prestar atencion á lo que pasaba á mi alrededor.

»Antes de montar en el tren, Juan Jacobo me suplicó que tomase algun alimento. No tenía fuerza para resistir y me condujo á un bufet, donde poniéndome algun dinero en la mano me dijo tomase lo que quisiera. Compré un bollo, que comí andando, pero que no pudo satisfacer mi hambre devoradora.

»Consentí entonces en comer algo màs y el Rojo me trajo un trozo de carne fiambre y un vaso de agua de una mujer que

ofrecia víveres á los pasajeros, en una estacion llamada Aschafenburg.

«¿Consiguió mezclar á aquellos alimentos alguna sustancia narcótica antes de dármelos...? ¿Fué mi propia debilidad la que me produjo somnolencia... ¿Sea lo que fuese, por más que luché, caí muy pronto en un sueño de plomo, que durante algunas horas, y tal vez dias, me hizo insensible à mi pena asi como á todo lo que pasaba á mi alrededor.

»Desde el momento en que me dormí, hasta mi llegada á la ciudad, en uno de cuyos arrabales estoy, hay una laguna que no puedo llenar.

»Recuerdo, sí, cambio de tren por un carruaje... relinchos de caballos... Pero, ¿dónde? no puedo decirlo.

»Me desperté al rudo movimiento de mi carruaje por el empedrado de una ciudad, que debe ser una gran capital, al menos nunca he visto ciudad tan grande.

»Coches, personas á pie, se cruzaban en una confusion extraordinaria; casas altas, magníficas tiendas, animaban las estrechas calles que atravesàbamos; luego llegamos á barrios menos elegantes por donde co-

rrian gentes del pueblo á sus negocios.

»Tambien atravesamos un magnífico puente suspendido sobre un caudaloso rio. Las palabras que yo distinguía entre los gritos y exclamaciones de la multitud, eran palabras alemanas.

»Nuestro carruaje se detuvo, en fin, ante una gran casa, que no tenía la apariencia de hotel, rodeada por los altos muros de un espacioso jardin.

»Yo pregunté algo sorprendida si era allí donde vivían mis padres, y si habíamos llegado á Hungría. Me contestaron que en aquella casa me darían noticia de mi familia, y que mis padres vendrían á buscarme allí.

»Esta asercion no me tranquilizó por completo; pero comprendía muy bien mi impotencia con aquellos dos hombres para tratar de insistir. El indivíduo de que os hablé antes, así como una dama que continúo viendo todos los dias, y, que parecen los dueños de la casa, nos recibieron à la entrada.

»Estos dos personajes (la mujer sobre todo, me es odiosa), sin duda tenían aviso de nuestra llegada, porque no manifestaron

sorpresa alguna al vernos.

»Me miraron, sin embargo, con una insietencia que me incomodó: luego, bajo el pretexto de que debía tener necesidad de reposo, me condujeron à la habitacion de la que no he vuelto á salir sino es para dar algunos paseos por el jardin, siempre escoltada por mi guardiana.

»Apenas establecida en esta celda, caí de nuevo en un sueño extraño, y creo que fué á la mañana siguiente cuando conseguí darme cuenta de todo el horror de mi posicion!...

»No puedo deciros màs... Empieza á amanecer y mi guardiana, la que temo, se agita en su cama...

»¡Amigo mio, salvadme! ¡no dejeis incompleta vuestra obra!... Que Dios y sus ángeles os guien hàcia vuestra desventurada *Ilona*.»

»P. D.—Mi guardiana, la buena, la que tal vez se dejaria mover por mis ruegos y me ayudaria, llegada la ocasion, se llama Sofía Walter. Las dos son alemanas, y me hablan siempre en este idioma.»

***

Fácilmente se adivina hasta qué punto

el corazon de Gaston se laceró al leer este grito del alma de la pobre niña. Sin inquietarse por la presencia de la madre Angélica, ni de lo que ella pudiera conjeturar sobre el estado de sus sentimientos, cubrió de besos el papel escrito por la mano de su Ilona.

En cuanto se sintió con fuerzas para hablar, dijo á la santa mujer:

—¡Necesito marchar al momento, sin dejar pasar un minuto!... Ya he perdido demasiado tiempo, y un tiempo que hubiera sido precioso... Pero, ¿y mi amigo Duroy?... ¿No ha venido à reemplazarme?

—Si, ciertamente. El señor Duroy ha venido inmediatamente dos dias despues de la partida de la niña. Desgraciadamente, un negocio urgentísimo, un importante litigio le obligó á volverse inmediatamente à París.

Unos doce dias pasaron antes de que volviese à Porentruy, y entonces, por las indicaciones del postillon que había conducido á nuestra niña, partió á Basilea.

La carta de Ilona, llegada despues, prueba que era efectivamente la verdadera direccion; pero despues temo que haya tomado

una falsa ruta, porque aquí teneis varias cartas de él, fechadas en Strasburgo, Colonia, y la última de Berlin.

Al leerlas vereis que él creia desde luego haber encontrado las huellas de Ilona; pero la última, fechada hace quince dias, expresa una esperanza burlada.

Despues, no he vuelto á tener noticias de él, y no sabiendo donde dirigirle mi carta, no he podido comunicarle las débiles indicaciones contenidas en la triste carta de nuestra pobre niña!

—¿Y cuando ha llegado esta carta?

—Hace ocho dias.

—Pues debemos suponer que nada habrá cambiado en la situacion de mi pobre Ilona, y que es preciso obrar por los indicios que ella da... ¿Pero cómo os explicais, señora, lo que dice acerca de su mansion actual?... La desventurada niña, que no tiene ninguna experiencia del mundo, se imagina estar encerrada en una prision. ¿Pero vos, señora, no estais penetrada del mismo temor que yo? Ese médico. . esas duchas de agua .. fria...

—Sí, sí,—dijo la superiora con acento apenas inteligible,—me ha ocurrido lo mismo

que á vos. Un manicomio... ¿no es verdad?

—¡Ah! ¡es horrible!—exclamó Gaston con desesperacion.—¡Y decir que estoy aquí, tal vez á cientos de leguas de ella, y que me pregunto hacia qué lado debo correr, cual es el punto del horizonte que la ve sufrir!... ¡Dios mio!... ¡No concibo cuál es el objeto que se propone ese mostruo de Rojo con esa nueva infamia!... ¡Pero eso no sera tal vez más que una malla más añadida á la red de las iniquidades cometidas con esa desgraciada niña!

—Yo lo temo como vos; y toda la historia que ha referido respecto á los padres de Ilona, no me parece más que un tejido de embustes y patrañas.

—¡Ah! ¡señora! ¡no sabeis qué dolor es saber que la que màs se ama en el mundo, su más querido tesoro, se halla abandonada á todas las más crueles torturas físicas y morales, sin poder arrancarla à estos sufrimientos, ó al menos participar de ellos!... ¡Rogad, pues, señora, con toda là comunidad, á fin de que Dios me preste su ayuda!

—No debeis dudar de mi tierno interés y del fervor de mis oraciones,—dijo la madre Angélica, con los ojos bañados de lá-

grimas.—Pero permitidme preguntaros, si habeis reflexionado en lo que será de esa niña, una vez que consigais librarla de la triste suerte á que su familia parece haberla reservado. ¿No será desgraciada entonces?... ¿Habeis sondeado bien vuestro corazon, y estais seguro de vuestras propias fuerzas, si el Señor os la hace encontrar?...

Gaston alzó la frente por un movimiento noble, y sin vacilar un segundo, respondió con un arranque que partía del corazon, fijando su franca y limpida mirada en la pobre mujer:

-¡No debeis temer nada por Ilona!... ¡Si Dios en su misericordia se digna tener piedad de mi dolor, y devolverme esa querida niña, seré yo solo quien velará en adelante sobre ella!

—Entonces, que el Señor os guarde y os guie!—dijo la madre Angélica, completamente tranquila por el acento y la honrada expresion del joven.

Este salió entonces del santo asilo, acompañado de las bendiciones de toda la comunidad. Pero en lugar de seguir el camino que había llevado la joven, se dirigió en línea recta hácia Munich, en donde pensaba empezar sus investigaciones.

XXXVI

La fotografia.

Gaston de la Barre permaneció una semana en la capital de Baviera, informàndose en la prefectura y en los diferentes hoteles de los nombres de todos los extranjeros que habían entrado en Munich durante los ocho dias siguientes à la salida de Porentruy.

Pero en ninguna de las listas de viajeros pudo descubrir un nombre que tuviera la menor analcgía ni con Vacsay ni con Mallet.

Su última investigacion en Munich fué en la casa de salud del doctor Solbrecht, que le habían descrito como un hombre probo y honrado bajo todos conceptos.

Presentàndose bajo el nombre del vizconde de Kerouet, Gaston dijo que andaba buscando una de sus parientes, una joven

desaparecida misteriosamente y que creía se hallaba encerrada en un manicomio.

Al mismo tiempo rogó al director le procurase los medios de saber quiénes eran las personas colocadas bajo su vigilancia en los últimos meses.

El señor Solbrecht, ganado por la fisonomía simpática del joven, y no teniendo ningun caso secreto en su establecimiento, accedió á su peticion, aunque le pareciese extraña.

Le entregó, pues, la lista de las últimas enfermas sometidas á su tratamiento; pero ningun nombre ni circunstancias correspondían en manera alguna á la joven que buscaba.

Gaston le pidió entonces noticias sobre las casas de salud que había en Viena, que tambien quería visitar. El señor Solbrecht se las dió bastante minuciosas, advirtiéndole que usase mucha circunspeccion en sus investigaciones, atendido à que los jefes de ese género de establecimientos, no solo no podían dar cuenta de sus enfermos sino á sus más próximos parientes, sino que tambien tenían que observar gran discrecion respecto á este asunto.

Gaston dió las gracias al doctor por sus buenos consejos, y se separó de él poniéndose enseguida en camino para Viena.

Llegado á esta capital, empezó á dar los pasos dados en Munich, pero tampoco le dieron resultado alguno. Ni en los numerosos hoteles, ni en las màs modestas fondas y posadas, se habían albergado los viajeros en cuestion.

Antes de proseguir sus pesquisas, Gaston telegrafió á la madre Angélica pidiéndole noticias de su amigo Duroy, asi como de su actual residencia.

La respuesta fué que se hallaba en Berlin esperando órdenes del vizconde, sin haber descubierto nada de los fugitivos.

Gaston le telegrafió enseguida, rogàndole visitase todos los establecimientos de locos que hubiese en Berlin ó en las inmediaciones, y en caso de no obtener el éxito deseado, se reuniese con él en Viena.

Gaston, que continuaba llamándose el vizconde de Kerouet, había encargado al director de la policía de Viena que hiciese, por su parte, las investigaciones necesarias; pero él, siguiendo los consejos del doctor Solbrecht, se había abstenido hasta

entonces de presentarse en ninguna casa de salud de la capital austriaca, esperando la llegada de su amigo para empezar á obrar en union de este

Pasaron algunos dias en una espera tanto más penosa para nuestro héroe, cuanto que iba acompañada de una inactividad completa.

Un dia que se paseaba por las animadas calles de Viena, se paró ante el muestrario de un fotógrafo, llamàndole la atencion algunos bellos retratos de los que se hallaban expuestos.

Pero apenas había examinado algunos, lanzando de pronto una ahogada exclamacion, se precipitó como un loco en el almacen.

—¡Esa fotografía... la de esa joven dormida... Allí, esa no... aquélla!—exclamó jadeante y pálido de emocion, esforzándose en señalar la muestra al hombre encargado del establecimiento.

Este miraba azorado á aquel joven caido como una bomba en su tienda, y no consiguió sin gran trabajo adivinar lo que quería.

Tendió la cartulina á Gaston, y éste no

pudo contener sino muy difícilmente la alegría que de él se apoderó, porque no se había engañado; ¡eran las facciones de su querida Ilona, las que estaba contemplando!

¡Sí, era ella! ¡No había duda!... Era su rostro encantador de delicados contornos, sus negras pestañas caidas como un velo sobre sus mejillas un poco enflaquecidas, su nariz recta y regular, su boca ligeramente entreabierta en su sueño!... Solo faltaba la mirada...

Gaston hubiera podido gritar *¡Eureka!* al volver á ver la imagen querida de aquella à quien amaba con toda su alma.

—¡Cómo habeis podido obtener este retrato?—preguntó, en fin, arrancándose á la contemplacion de la deliciosa imagen.

—Un pobre fotógrafo, á quien empleo, me los vende,—respondió el comerciante.

—¿Y conoceis al original?... ¿Sabreis decirme dónde se halla esta joven?

—No señor, y siento no poder prestaros ese servicio; creo tambien que el artista tampoco lo sabe. Al menos, asi me lo ha asegurado cuando, admirando la belleza de ese rostro, quise conocer el nombre de esa joven...

—¿Podríais decirme donde vive el fotógrafo? Además os compro todos los ejemplares que tengais de este retrato. Ponedles el precio que querais, pero con la condicion de que no vendais ninguno.

El comerciante le dió la direccion del artista, asi como los dos ejemplares que había en su almacen, asegurando al vizconde que aquel retrato era simplemente un objeto de fantasía, y no había comprado más que tres, habiendo vendido ya uno.

En cuanto al cliché, estaba en poder del fotógrafo, y á él debia dirigirse para impedir la reproduccion. Gaston, llevándose su tesoro, hizo parar una berlina de alquiler, prtió rápidamente hacia Leopoldstad.

Despues de una carrera de veinte minutos, el carruaje se detuvo ante una casa alta, de modesta apariencia.

Gaston saltó ligeramente à tierra y salvó, puede decirse, de un salto los cinco tramos de una escalera bastante destrozada, en cuyo último descanso se hallaban dos puertas.

Una de ellas tenía una muestra con esta indicacion: *Max Kerner, fotógrafo.*

Gaston llamó varias veces sin obtensr

respuesta alguna. En fin, la puerta se abrió con precaucion y se mostró una cabeza despeinada de mujer, que le dijo en tono brusco:

—¿Quereis sin duda hablar á Mr. Korner?... En este caso, es inútil que nos rompais la cabeza... ¡Se ha ido á comer, y no volverá hasta dentre de una hora!

Y sin esperar ni explicacion ni excusa, desapareció cerrando la puerta con violencia.

Esa preciso tener paciencia. Nuestro héroe bajó á pasos lentos la escalera, y se puso á pasear por la calle, sin perder de vista la entrada de la casa, y mirando á todo indivíduo que parecía aproximarse á ella.

Al cabo de una hora de impaciencia, vió á un pobre ser contrahecho que se dirigía á la casa. Correr á él y detenerlo fué obra de un momento para el joven,

—¿Es al señor Korner á quien tengo el hor de hablar?—dijo Gaston saludando al infeliz desgraciado por la naturaleza.

—Si, señor,—respondió humildemente el artista inclinándose.—¿Venis à encargarme alguna fotografía?

—Si... en efecto...; pero, ¿no podría se-

guiros á vuestro taller y explicaros el objeto de mi visita?

—Ciertamente, señor, si no temeis subir cinco tramos bastante pendientes. Además, vivo muy pobremente y apenas me atrevo á llevaros á mi miserable guardilla.

—No os atormenteis por eso, os lo suplico, y permitidme que suba.

Aquel pobre artista, de una apariencia tan enfermiza, y cuyas facciones, extenuadas por el sufrimiento, llevaban la marca de una inexplicable bondad y verdadera nobleza de alma, inspiraba una grande piedad á Gaston.

Max Korner no resistió màs, y adelantàndose á Gaston, llegó todo sofocado á la á la puerta de su habitacion, mientras que una tos seca le desgarraba el pecho.

Abrió la puerta con una llave que sacó del bolsillo y franqueo la entrada al vizconde en un zaquizamí que manifestaba claramente la miseria de sus habitantes, porque el pobre fotógrafo no vivia solo. Al atravesar el primero de los tres cuartuchos que componían toda la habitacion, dijo á Gaston:

—Esta es la alcoba de mi madre: al

lado está mi taller, y yo duermo detrás de esta cortina. Ya veis, señor, que tenía razon al deciros que no puedo recibir aquí grandes visitas.

—Veo tan solo que la fortuna no os ha favorecido,—respondió Gaston;—pero, lo repito, no os inquieteis por la pobreza de vuestra morada: no es la primera vez que he visitado otras semejantes.

Decidme ahora, pero decidme la verdad,--añadió mostrando el retrato de Ilona,--¿dónde habeis encontrado el original de esta fotografía hecha por vos?

Sin la menor vacilacion, Max Korner dijo:

—¡Oh! es esa interesante niña! ¡Qué modelo para un pintor! Difícilmente se hallaria uno más completo.

Y contemplaba su obra con amor; pero viendo la creciente impaciencia de Gaston, añadió en seguida:

—¡Ah! perdon. . señor... ¿Me preguntais donde he visto á esa joven? Pues bien, creedme, señor, alejad de vuestra alma todo pensamiento relativo à esa pobre niña, que la vista de este retrato parece haber despertado en vos. Sin duda os hallais atraido por la belleza de esas faccio-

nes... pero no trateis de descubrir donde se encuentra en este momento esa infortunada. No os formeis ilusion alguna sobre ella.

—¡Cómo! ¿Qué queréis decir?... ¿qué no trate de buscar y encontrar á esa pobre niña, cuando hace semanas que solo es el objeto de vida..., cuando solo he venido á Viena con ese proyecto?

Gaston se detuvo, asustado él mismo de lo que le había hecho revelar la viveza de sus sentimientos.

Pero la fisonomía tan serena y tan plácida del artista le tranquilizó inmediatamente, y este último replicó enseguida:

—¡Ah... mi excusas, señor! Eso cambia de cuestion. Y, sin embargo, temo disgustaros...

—¡Hablad, estoy preparado à todo! Esa desgraciada se halla perseguida desde su infancia por un enemigo encarnizado. ¡Pero yo la salvaré aunque me cueste la vida! .. Hablad, por favor!... ¡Vuestro silencio me tortura cruelmente!

—¿Decís que conoceis á esa joven? ¿Hablais de persecución...? ¡No sabéis que se halla atacada de locura! Por eso la han

trasladado á una casa de salud, no lejos de Viena.

—¡Bien lo había adivinado...!—exclamó Gaston cubriéndose el rostro con las manos.—¡Mi pobre y querida Ilona!

Cuando un instante despues dejó caer sus manos, el pobre artista vió la marca de dos lágrimas que surcaban por las mejillas del joven, arrancadas á la intensidad de su dolor.

Pero lejos de extrañarse de aquella muda muestra de sus sentimientos, el corazon de Max Korner, demasiado desgraciado él mismo, participó de aquel justo sentimiento.

—Perdonadme otra vez, señor,—dijo con acento tímido.—¡Debí prepararos para tan triste noticia!

—No, no; tranquilizaos amigo mio,—replicó Gaston agradecido al interés del artista.—¡Ya presentía yo todo eso! Comprendereis el horror que experimento cuando os diga que esa infortunada joven, á quien conozco perfectamente, goza de toda su razon... que está tan loca como vos y como yo.

—¡Eso es horrible!—exclamó Max Korner aterrorizado.—¿Cómo pueden cometerse tales infamias impunemente en nuestros dias?

—¡Y con todo, así sucede! Lo màs cruel para mi corazon es que yo, que soy el único amigo que esa infeliz tiene en el mundo, no puede obrar abiertamente, ni arrancarla á su desgracia màs que por medio de un ardid, pues el miserable que ha jurado su pérdida se halla sostenido por la familia desnaturalizada... por personas que tienen interés en hacerla desaparecer.

—¡Oh! ¡caballero! si yo puedo ayudaros en lo que quiera que sea... disponed de mí .. ¡cierto es que para poco puedo servir!

—¿Hablais seriamente?—preguntó Gaston estrechando la mano del buen hombre.—Gracias por esa caritativa intencion. Me habeis prestado ya un importante servicio, poniéndome sobre las trazas de mi pobre Ilona... ¿Quièn sabe si no reclamaré de nuevo vuestra ayuda?... Pero aun no me habeis dicho en qué casa de salud de Viena se encuentra.

—En el establecimiento de la Sra. Schmied, en Hietzing, à donde ha sido conducida esa pobre joven, y fué en la estacion del ferrocarril del Oeste, donde, atraido por la belleza de líneas de su encantador

rostro, hice un boceto que me sirvió despues para esa fotografía..

—¿Entonces estaría sola?

—Si, sola y dormida en una banqueta, cuando yendo á esperar el último tren penetré en la sala de espera. No pudiendo resistir al deseo de dibujar tan bello modelo, empecé á tomar los principales contornos sobre una cartulina, y apenas había terminado, cuando dos hombres, uno de ellos, bien puesto, entraron en la sala, y acercàndose á la joven, la llevaron en sus brazos.

Yo no había tenido apenas tiempo para guardar mi dibujo; pero á pesar de mis precauciones, uno de los dos indivíduos, el de apariencia más vulgar, con una roja babellera muy extraña, viéndome al lado de la joven, me preguntó lo que hacia allí.

—¡El Rojo!—exclamó Gaston.

—Le contesté no sé que; pero instigado por la extrañeza de la situacion, y por ver aquella joven llevada así en su sueño, segui de lejos al singular grupo, y observé que los dos indivíduos entraron con su fardo en un carruaje, que se alejó al momento.

Entonces me acerqué á uno de los innumerables mozos de cuerda estacionados a la entrada y le pregunté si sabía quienes eran aquellos extranjeros. Me contestó que ignoraba sus nombres; pero que los había oido preguntar por un coche que pudiera llevarlos á la casa de salud dirigida por la señora Schmidt, que se halla en las cercanías de Hietzing.

—¡Es evidente que la joven está enferma de aqui!—me dijo el mozo señalándose la frente. ¡Ay! había adivinado, como yo, que aquel viaje se hacía por *ella*. Pero al compadecerla, no podía suponer el crimen de que era víctima y que se cometía à mi vista... Esto es cuanto puedo deciros de la suerte de la desgraciada niña.

—¡Razon teneis en llamarla desgraciada!—respondió Gaston.—Pero à Dios gracias, ya se donde encontrarla.... Ved, amigo mio—añadió, entregándole la carta de Ilona,—vuestra relacion coincide perfectamente con lo que ella misma ha adivinado.

Arrastrado por la expresion de bondad impresa en las facciones del artista, así como por el interés que parecía experimentar por Ilona, Gaston le fuè confiando

poco á poco los principales episodios de la existencia de la pobre Ilona, y hasta le dejó entrever la naturaleza de sus propios sentimientos.

En cuanto terminó su relacion, Max Korner exclamó calurosamente:

—¡Oh! señor, ¡apenas me conoceis, es verdad, pero á pesar de eso me atrevo á suplicaros me permitais asociarme á la empresa que os ha traido aqui! Dejadme ayudaros à salvar esa encantadora é infortunada niña... Soy un pobre ser deforme por naturaleza, absolutamente inútil para nada... excepto para amar á mi madre... Pero me consideraria feliz si pudiera seros de alguna utilidad. Conozco á Viena, y podría daros algunos humildes consejos...

—¡Amigo mio, que Dios os premie lo que quereis hacer por mí!... ¡Vuestra ayuda me será de inmenso socorro... aunque no fuese más que respecto á mi acento extranjero, que me venderia á cada momento! ¡Gracias, amigo mio, gracias!

Pero antes de aceptar vuestra desinteresada proposicion, es preciso que me permitais añadir, por mi parte, que, estando felizmente colmado de bienes de fortuna,

consintais en que tenga su parte un amigo tal como he adquirido en vos... ¡Si queréis que yo use de vuestros servicios, me dejareis proporcionaros un poco de más comodidades, y para empezar no quiero que permanezcais por más tiempo en semejante tugurio!... ¡Yo me ocuparé de eso!

—¡Oh! señor,—repuso el pobre artista, encendidas sus mejillas por la emocion,—yo estoy habituado á vivir con muy poco. Todos mis deseos se concentran en tener gabinete presentable y ganar lo bastante para subvenir à las necesidades de mi pobre anciana madre, à fin de que ella no trabaje tanto todo el dia.

—Ni una palabra más, amigo mio. Soy demasiado feliz en poder satisfacer un deseo tan modesto, quedando por el contrario vuestro deudor. Ya arreglaremos eso.

Pero ahora convengamos en un plan de campaña. La gran dificultad será siempre encontrar un medio plausible para penetrar en el establecimiento.

Y permanecieron algunas horas formando y discutiendo diferentes proyectos.

Por fin se fijaron en la idea de que Max debía presentarse al dia siguiente en el

establecimiento de Hietzing y pedir una audiencia al médico director. Max Korner le mostraria entonces el bceeto del retrato de la joven, y le pediría el gran favor de que le proporcionase ocasion de terminarlo, pues á causa de la rara belleza del rostro, no dejaria de llamar la atencion del público sobre el pobre artista, y aseguraria así su fortuna, ó al menos le arrancaria à su miseria actual.

Max Korner debia tratar de despertar la piedad del doctor.

XXXV

Primera sesion.

Antes de separarse del artista, Gaston de la Barre convino con él en una cita al dia siguiente en un café de la Leopoldstadt, á fin que Max pudiese darle cuenta del éxito de su visita al manicomio, al cual debia ir temprano.

Gaston había escogido un terreno neutral para su conferencia con el artista, para no despertar la atencion de los que tuvieran tal vez intencion ó interés en seguir los pasos de Korner despues de su visita á Hietzing.

El pobre vizconde pasó las horas que le separaban del momento que debía enterarle del resultado de su primera tentativa, en una alternativa incesante de desesperacion, de ensueños y de esperanzas.

Felizmente para él, la llegada de su amigo

Duroy lo sacó de aquel violento estado y su larga conversacion llenó completamente el tiempo que precedió á la segunda entrevista de Gaston y Max.

Eduardo Duroy acompañó al vizconde al café de la Leopoldstadt.

Despues de haber pedido un almuerzo para tres, los dos amigos tuvieron que esperar casi una hora antes de que Gaston, que estaba á la puerta, llegase á ver la triste figura del pobre artista.

Lanzándose á su encuentro, le preguntó:

—Y bien... ¿qué noticias?

Max Korner venia jadeando, pero se sintió con aire placentero y de buen agüero al ver á Gaston, y le dijo con entrecortado acento:

—Todo va bien... Debo verla esta tarde... à la hora de paseo por el jardin.

Gaston se conmovió tanto à estas palabras, que no supo contestar más que estrechando la mano del honrado fotógrafo.

Luego, llevándolo al restaurant, fué presentado á Eduardo Duroy, y se instaló pàlido y silencioso á la mesa en que se sirvió el almuerzo.

Eduardo temió al pronto, al ver la emo-

MISSING PAGE

MISSING PAGE

MISSING PAGE

MISSING PAGE

MISSING PAGE

MISSING PAGE

emocion, Luego, cogiendo el billete con un movimiento ràpido, lo hizo desaparecer en su seno, lanzando un suspiro de satisfaccion.

Enseguida permaneció aun algunos segundos inclinada sobre el dibujo de Max Korner, hasta que Sofía, teniendo que incomodóse al artista, la llamó á su lado.

La guardiana no había visto nada de esta rápida escena. Max Korner volvió á su trabajo, y así pasó un cuarto de hora en el mayor silencio.

Pero, al cabo de algun tiempo, Ilona, no pudiendo dominar su impaciencia, dijo con voz perfectamente natural:

—¡Sofía! siento frio... ¿no me podreis traer un abrigo?

—Cierto que sí,—repodió Sofía,—voy por él.

La buena mujer se alejó entonces, y, convencida Ilona de que nadie la observaba, sacó el billete, que leyó apresuradamente, mientras Max velaba por ella.

El billete de Gaston decía así:

«Angel mio:

»¡Confiad y esperad! Estoy cerca de vos y mi corazon vela constantemente. ¡Todo cuanto mi afecion pueda intentar para libraros y reunirnos, será hecho! ¡Tened confianza en

la bondad divina y en vuestro fiel Gaston!

»Espero que no está lejos el momento en que podremos comunicarnos nuestras sensaciones!

»Entretanto, es preciso usar de la mayor prudencia: un instante de olvido, un gesto, una palabra irreflexiva podría comprometerlo todo y arrebatarme toda probabilidad de salvaros.

»Como comprendereis fácilmente, yo no puedo presentarme, pero os envío un amigo en la persona del pintor Max Korner, bueno y honrado sujeto, en quien podeis tener la más absoluta confianza.

»Ha sabido procurarse los medios de penetrar en el establecimiento: os verà, me darà noticias vuestras por las que tanto suspiro; tratara de hallar un medio para poneros bajo mi salvaguardia.

»Espero tambien en la ayuda de S. W. ¿No podreis hacer de modo que ella se vea conmigo en cualquier sitio?

»Para obtener que acceda à ello, prometedla todo lo que vos querais, diez, veinte mil francos; el doble, el triple... y creed que aunque me costase toda mi fortuna, la sacrificaria por la inmensa ale-

gría de veros salvada por mí.

»Hasta que nos veamos, querida mia; cuento y espero con todas las fuerzas de mi corazon.

»GASTON.»

Ilona acababa apenas esta carta, cuando tuè advertida por Max de que se acercaba Sofía. La desgracia la había hecho prudente. Ni un movimiento, ni un gesto, ni una mirada, revelaron la alegría que la lectura de la carta de su amigo derramó en su corazon.

La sesion de pintura, durante la cual Korner, intencionalmente, hizo adelantar muy poco el retrato, se pasó sin otro incidente, excepto la visita de la directora del establecimiento, que indudablemente se presentó con ánimo de examinar y escrutar la fisonomía del artista y la actitud de la joven.

Uno y otro tranquilizaron, sin duda, por su expresion de indiferencia, á aquella mujer de aspecto repulsivo, porque habiendo habiendo mirado el boceto del pintor y dicho algunas palabras á Sofía, se alejó de nuevo.

Antes de salir del jardin, Ilona cogió algunas flores que ofreció á Max, acompañando este don de una mirada que le hizo

comprender à quien iban destinadas.

De vuelta en Viena, Max se dirigió al Volksgarten, donde Gaston y Duroy le esperaban á la entrada. Gaston le preguntó sencillamente:

—¿La habeis visto?

Sobre la respuesta afirmativa del artista, Gaston no añadió ni una palabra, y arrastró á sus dos amigos hácia un paseo desierto del jardin.

En cuanto se vieron solos, Max hizo el relato exacto de su entrevista con la pobre Ilona, interrumpído por Gaston sobre cadá detalle, sobre cada gesto de su amada.

Cubrió de besos las flores que le enviaba y no cesó de dar gracias al cielo, asi como al buen artista, del resultado favorable de esta primera visita.

Antes de separarse, los tres jóvenes pasaron aun algunas horas concertando las disposiciones que había que tomar. Preveian que el dia siguiente no podría contarse en la marcha de la empresa, porque le tocaba de servicio á la segunda guardiana, la mala.

No se había engañado en esta suposicion. Así Ilona, temiendo evidentemente que

el artista no estuviese prevenido del peligro que hubiera arriesgado al menor signo de inteligencia en presencia de aquella mujer, le lanzó una mirada de las más significativas desde su entrada en el jardin.

Pero Max Korner la tranquilizó, ocupándose únicamente de su pintura, sobre la que la guardiana no dejó de fijar miradas escrutadoras, no dejando de observar cada movimiento de la joven, y reprendiéndola á cada momento.

Max Korner hubiera sentido la más sincera piedad por la joven al verla tratada de aquella manera, si el aspecto calmado y casi placentero de su rostro, efecto de lo que había pasado la víspera, no le hubiera completamente tranquilizado.

XXXVI

La evasion.

El dia siguiente fué Sofía Walter la que acompañó à la joven Ilona, y desde luego Max Korner quedó algo sorprendido del aire cortado y embarazoso de la guardiana, que miraba á todos lados con inquietud, como si temiera ser espiada.

¿Habrían descubierto alguna cosa? ¿O bien Ilona había hablado á la buena mujer y ésta sabía ya el objeto de aquellas sesiones, tan inccentes en apariencia?

Esta última suposicion era la màs conforme á la verdad.

Pronto lo comprendió así el artista; porque despues de haber dado una vuelta por el jardin, se le acercó, y bejándose como para examinar la pintura, le entregó un billete, sin inquietarse por la presencia de Sofía.

La fisonomía de Max expresó un es-

panto tan evidente, que la joven debió tranquilizarle al momento, diciéndole con una dulce sonrisa y en voz baja:

—Nada temais, lo sabe todo.

Sofía Walter asistía aesta corta escena inclinando la cabeza con aire confuso.

Estando la carta de Ilona dirigida al vizconde, la viva curiosidad del artista no se vió satisfecha hasta una hora más tarde, cuando se reunió con Gaston.

Ilona exhalaba en la carta todos los sentimientos de alegría, de reconocimiento y de ternura que llenaban su corazon desde que se sabia descubierta y vigilada por su bienhechor.

Añadía luego que sus súplicas y sus lágrimas habían triunfado de los escrúpulos de Sofía Walter. La buena y dulce criatura, que se sentía indignada de la forzada reclusion de la pobre niña, se halló vencida por la piedad, y no supo resistir à la promesa de una suerte asegurada para sus dos hijos, que adoraba y que se hallaban sumidos en la indigencia.

Se había comprometido á verse con el vizconde de la Barre al dia siguiente, cuando cediese el turno á su compañera.

indicaba como lugar de cita un sitio aislado en el campo, no lejos del pueblecillo de Sainz.

Gaston gozó en extremo con el triunfo obtenido por Ilona. No pudiendo, sin embargo, como extranjero, fiarse ni en sus propios conocimientos topográficos de los alrededores de Viena, ni en su elocuencia cuando se trataba de hablar aleman, rogó á Max Korner que le acompañase y asistiese á su entrevista con la excelente Sofia.

Una feliz estrella había conducido á nuestro héroe cerca de su amada, precisamente en el momento en que Juan Jacobo Mallet se había visto obligado, por la muerte de su tia la viuda Lachaud, à volver por algunas semanas á su casa de Hütlisberg.

Sin esta circunstancia tan oportuna, jamás el vizconde hubiera podido acercarse á su protegida, y menos aun tentar el menor paso para su libertad, porque el Rojo se había establecido casi á la misma puerta de la casa de locos para espiar à todos los que visitaban el establecimiento, no perdiendo de vista jamás los muros que encerraban su víctima.

El vizconde y Max esperaron algun tiempo en el lugar de la cita antes de ver ir hacia ellos una mujer cubierta con un velo, que se adelantaba con precaucion, volviendo á menudo la cabeza como si temiese ser seguida.

Max Korner la reconoció; era Sofía Walter.

Gaston se le acercó entonces, estrechando su mano y agradeciéndola haber cedido á los ruegos de Ilona, y los tres se sentaron al pie de un arbol, desde donde podían distinguir à lo lejos á cualquiera que se les hubiera acercado.

Luego comenzó la deliberacion.

Gaston entabló la conversacion, contando á Sofia toda la crueldad, toda la infamia que habían presidido á la detencion de Ilona, demostrándola asi que era un acto de humanidad y de justicia ayudar á su libertad.

Al mismo tiempo le ofreció una cantidad tan brillante para el porvenir de sus queridos hijos, que la pobre mujer, viendo desvanecidas sus vacilaciones pur el verdadero relato y ganada por la piedad y afeccion que le inspiraba Ilona, no resistió más.

Resolvió, pues, pasar por el peligro de ser arrojada del establecimiento, en el que no estaba tampoco á gusto por la direccion dura é injusta de la señora Schmidt. A propósito de esta señora, no ocultó à Gaston que la creia perfectamente capaz de guardar á la infortunada Ilona á pesar de su convincion del estado perfectamente normal de las facultades intelectuales de la joven, si en ello había grandes ventajas pecuniarias.

El vizconde animó aun más à Sofía Walter en su resolucion, asegurándole que, segun lo que ya conocía al Rojo, no había nada que temer se quejase á la autoridad por aquel asunto, porque del rapto de la joven, ejecutado anteriormente en Brunnen, creía que Juan Jacobo y sus cómplices teníán graves razones para estar á la sombra y evitar la intervencion de los tribunales.

Luego discutieron el plan de evasíon de la pobre reclusa.

Despues de varias ideas emitidas y rechazadas, se detuvieron por fin en el siguiente proyecto:

Sofía Walter, à cuyo juicio era preciso

fiarse, señaló para la evasion el dia siguiente por la noche. Su servicio alternaba con su compañera cada veinticuatro horas, y como debía empezar su turno por la mañana, propuso hacer evadir á Ilona á la caida del dia, despues de hacerla vestir un traje de su hija mayor, que, aunque más joven, tenia poco más ó menos el cuerpo esbelto de Ilona.

Esta muchacha tenía costumbre de ir á ver á su madre á aquella hora. Sofía esperaba que su salida no seria notada por nadie. De esta manera, pasada la visita reglamentaria, pensaba poder hacer atravesar á Ilona los corredores y salvarla sin que el fraude se descubriese en el momento.

Gaston de la Barre debia, naturalmente, ocuparse de todos los demás detalles, y esperar á Ilona á muy poca distancia del manicomio.

Además Sofía contaba con fingir una indisposicion que debía excusar una inadvertencia en la vigilancia que ejercía sobre la enferma, inadvertencia que permitiria à Ilona evadirse durante la noche.

Cuando se hallaron tramados todos los hilos de la intriga, y las probabilidades

en pró y en contra fueron discutidas entre los tres conspiradores, se separaron, despues de haber decidido que Max Korner se presentaria en la casa de Salud, no solamente en la tarde de aquel mismo dia, sino tambien el siguiente, á fin de no alarmar con su falta y proporcionar á Sofia el medio de hacerle alguna advertencia importante.

Fijado ya el plan,, el vizconde de la Barre no podía contener su impaciencia y su inquietud. No se atrevía á fijarse en la idea de que su plan fracasase en el último momento, y para distraerse se ocupó en los preparativos del viaje.

El dia lo pasó proporcionándose un pasaporte, artículo necesario en aquel tiempo. El dinero es un poderoso auxiliar, que en aquella ocasion, como en muchas otras, hizo obtener á Gaston la legitimacion deseada para *el señor y la señora de Kerouet*, bajo cuyo nombre pensaba hacer viajar á Ilona.

Max Korner, que había vuelto á la casa de Salud para la sesion, no pudo cambiar la menor palabra con la joven, á causa de la arpía que la acompañaba.

Las miradas inquietas y curiosas de Ilona, que, no habiendo visto á Sofía, ignoraba aun el resultado de la entrevista de por la mañana, parecía querer leer sobre su rostro la importante decision.

Pero excepto una expresiva y tranquilizadora mirada, porque la prudencia del artista no le permitió otro signo de inteligencia, la joven amiga del vizconde tuvo tener paciencia hasta la mañana siguiente, en que, presentándose Sofía, la arrancó à la cruel incertidumbre que la había mortificado por veinticuatro horas.

La relacion de su buena amiga hizo cambiar su impaciencia en una emocion no menos viva, aunque de naturaleza diferente. Su alma ardiente y apasionada consiguió apenas dominar los sentimientos de alegría y de reconocimiento mezclados de angustias y aprensiones que durante aquel largo dia de espera se disputaban el primer puesto en su corazon.

La pobre niña no tenía que hacer preparativo alguno para distraer su impaciencia; ella debía, por el contrario, seguir exactemente la rutina y la regla de la casa, á fin de no despertar sospechas,

y esto fue casi superior á sus fuerzas.

Felizmente Sofía Walter estaba alii para velar sobre cada gesto, cada palabra, para alentar á la pobre niña, haciéndole esperar la dicha y la libertad para el dia siguiente.

A fin de preparar todos los caminos, Sofía había hablado de su indisposicion desde por la mañana, lo que á nadie sorprendió, porque todos sabían lo enferma que estaba.

Igualmente se aprovechó de un instante para hablar con el portero, á quien se quejó de lo mucho que sufría, diciéndole que esperaba con impaciencia la visita de su hija, que la llevaria un remedio qun le sentaba muy bien: gotas de opio.

El dia que debía reunir á los dos jóvenes pasó para todos en medio de una angustia y una espera febril.

A la hora habitual, Max Korner se preseetó en la puerta de la casa de Salud; pero el portero no le dejó penetrar en el jardin, diciéndole que su modelo no bajaria aquella tarde. Sorprendido de esta circunstancia imprevista, el artista le preguntó si por casualidad la joven había caido enferma.

El portero, ocupado en hacer sus cuentaa, le contestó que no sabía nada, que esto no le importaba y simplemente le habían dado aquel mensaje para el pintor.

Viendo que nada sacaba, Max se alejó muy agitado y no sabiendo qué pensar de aquel incidente.

Una sombría tempestad se preparaba en el horizonte, es verdad; el viento empezaba á soplar con violencia y tal vez aquel tiempo tan amenazador bastaba para explicar la reclusion de las enfermas.

El artista se sintió, con todo, atormentado é inquieto; temía ver un indicio de peligro en esta suspension de la sesion... ¿Habría vuelto el Rojo? ¿Habría descubierto la entrevista de los jóvenes con Sofía Walter?

Felizmente, sabía dónde encontrar al vizconde, y corrió cuanto pudo en su busca para participarle aquel contratiempo.

El vizconde y su amigo Duroy experimentaron desde luego la misma penosa sensacion que la del artista al oir su relato; pero la tempestad, que en aquel momento descargaba toda su furia, les pareció ser una razon màs que suficiente, y Gaston declaró que. no habiendo recibido durante

el dia aviso ninguno de Sofía el proyecto debia ejecutarse sin vacilar.

La guardiana de Ilona había dicho que esperaba poder efectuar la evasion de la joven á las diez de la noche, porque la última ronda de los médicos era à las nueve.

Al sonar esta hora, los tres amigos, Gaston, Eduardo y Max, se hallaban apostados no lejos de la casa de Salud, con un carruaje tirado por dos vigorosos caballos.

Dejaremos á nuestros amigos por ahora, entregados á su impaciencia, y veremos lo que pasa en el manicomio.

El médico había hecho su visita habitual á la joven Ilona, y habièndole encontrado el pulso agitado y nervioso, le había prescrito un calmante que Sofía prometió mandar á buscar al momento.

Eran las nueve y media cuando el médico se retiró. Las dos mujeres esperaron que el silencio y la calma de la noche se estableciesen en la casa; luego cerraron cuidadosamente la puerta, é Ilona se puso á vestir el traje de la hija de Sofía.

Ya casi estaba terminado el tocado y Sofía cubria con una toquilla los cabellos

cortados de la joven, cuando un golpe dado á la puerta las hizo extremecer á las dos.

¿Quién podría llamar à una hora tan extemporánea? ¿Se habría descubierto el complot.

Ilona temblaba y se dejó caer medio desmayada en una silla.

Los golpes se repitieron, y Sofía, recobrando toda su sangre fría, hizo señal á la joven de que permaneciese tranquila, y cerrando detras de ella la puerta de la celda interior, en que se hallaba Ilona, fué á ver quién llamaba.

Era el doctor, que habiéndose acordado de que aun tenía en su botiquin una provision del calmante prescrito à Ilona, le traia un frasquito de ello. Se detuvo un momento para preguntar á Sofía:

—¿No hallais muy agitada esta noche á nuestra enferma?

—Un poco... es efecto del temporal... Pero se calmarà con algunas horas de reposo... Está acostàndose.

—Bien... tratad de que no hable. En caso de mayor agitacion llamadme al momento.

Se retiró al decir esto y Sofía respiró.

Ilona había escuchado anhelante aquel coloquio.

En cuanto entró Sofía, ambas se estrecharon las manos en silencio, y terminado el disfraz de Ilona, creyeron que era prudente esperar algunos instantes antes de emprender la peligrosa salida, porque el médico podía hallarse aun en los corredores.

La hora fijada había pasado, cuando Sofía é Ilona, recomendándose á la Providencia, abrieron la puerta con toda precaucion y salieron al pasillo.

Sofía alargó la cabeza, y no viendo á nadie por los alrededores, tomó el brazo de la joven, que estaba paralizada por la emocion, y la arrastró consigo.

Al final del corredor se hallaban ordinariamente durante la noche dos guardianes prontos á prestar ayuda cuando la reclamaban las enfermeras. Pero Sofía había calculado que no empezaban su velada hasta las once.

Efectivamente, aun no estaban en su puesto en el momento que las dos mujeres, temblando, atravesaron furtivamente aquel pasaje poco alumbrado y que daba á una puerta cerrada con llave, desde la que se bajaba por una pequeña escalera de

servicio y por otra grande que guiaba á otros departamentos.

Felizmente Sofia poseía una llave de aquella puerta, que abrió con precaucion y volvió á cerrar detrás de ellas. Pero apenas habían salido oyeron pasos en la escalera grande.

Sofía se lanzó con Ilona hacia la de servicio, que estaba oscura, y habían bajado solo dos escalones cuando el hombre que subía por el otro lado, y que era uno de los vigilantes, se inclinó sobre la rampa y gritó:

—¿Quién va?

—Soy yo... Sofía Walter,—respondió ésta algo azorada, tràtando de ocultar á Ilona con su cuerpo.

—¿Cómo estais aquí? ¡Habeis dejado sola à vuestra enferma!

—¡Oh! está durmiendo... y no hay cuidado... Voy à buscar agua helada...

Y mientras hablaba, Sofía continuó descendiendo con Ilona, y el vigilante se alejó murmurando.

Las dos pobres mujeres, temblando à cual màs, llegaron al departamento en que se hallaban los locos de la peor especie,

los locos furiosos. Sofía hubiera deseado evitar aquel pasaje; pero el incidente del tropiezo con el vigilante la había obligado á tomar aquel camino.

Ilona, al oir los gritos y ahullidos que salian de algunas celdas, se agarró con terror al brazo de Sofía.

Esta le dijo en voz baja, pasando por delante de una celda de donde salian los más feroces:

—¡Es la pobre María Holzenheim!... La desgraciada qne os enseñé el otro dia... Parece que está en un acceso de furor... Esto es lo que yo temía viniendo por este lado... Con tal que no acudan los guardias de reserva.

No bien había acabado de hablar, cuando sonó la campana con violencia, y la puerta de la celda se abrió dejando entrever el rostro asustado de la enfermera, que gritó:

—¡Socorro! ¡socorro! ¿No hay quien me ayude?

Y viendo á Sofía, le dijo, sin hacer caso de su campañera, cuyas facciones estaban ocultas por un gran capuchon de abrigo:

—¡Ah! ¡sois vos, Sofía!... Ayudadme por favor... No puedo sola con esta furia!...

¡Qué hacer? No había que vacilar, y diciendo que tenía que volverse al lado de su enferma, temiendo que acudiese gente, Sofía prestó la ayuda solicitada, hasta que ambas sujetaron con la camisa de fuerza à la desgraciada, que se debatía y ahullaba horriblemente.

Afortunadamente fué obra de un momento; luego, añadiendo que iba á despedir á su hija, cogió la mano de Ilona, metida en un rincon y más muerta que viva, y huyó con ella á toda prisa, porque ya oia acudir á la guardia, llamada por la campana y los gritos de la loca.

Despues de este último y peligroso incidente, llegaron á la portería. Sofía se detuvo un momento para bajar la luz de gas que ardía en el vestíbulo, y llamando al portero, que estaba dormido, le rogó no se incomodase y le diese las llaves para hacer salir á su hija.

El portero, murmurando, se contentó con pasar las llaves por un ventanillo y esperar hasta que la guardiana hubiese despachado.

Sofía abrazó tiernamente á la joven y la dijo en voz baja:

¡Qué Dios os guarde, hija mia... Tened valor.

Luego, cerrando cuidadosamente la entrada principal y devolviendo las llaves al portero, dándole las gracias, subió al cuarto de Ilona y se encerró, no sin dar gracias al cielo por haberla sostenido en aquella empresa.

Deshizo entonces la cama de la joven, y luego se acostó, tomando las gotas de opio que debian valerle la impunidad de su noble accion.

MISSING
PAGE

MISSING PAGE

MISSING PAGE

MISSING PAGE

MISSING PAGE

MISSING PAGE

MISSING PAGE

Llamando entonces à uno de los guardianes, le dié parte de la extraña circunstancia, y los dos se pusieron á llamar á gritos y á golpes en la puerta. Pero ningun movimiento, ninguna voz respondió á su llamada, por lo que el guardian fué á dar parte inmediatamente al médico vigilante de aquella parte del establecimiento.

Este hizo forzar la puerta inmediatamente.

La primera de las habitaciones estaba vacía, cuando la directora y el médico jefe penetraron en ella. En la alcoba encontraron á Sofía Walter, extendida inmovil en la cama.

Una sola mirada del médico le bastó para convencerse de que no estaba muerta, aunque su sueño tuviese un carácter extraño.

¿Pero donde se hallaba la joven confiada á su cuidado?... Su lecho parecía deshecho, pero ella había desaparecido sin dejar rastro alguno.

Examinaron las barras de las ventanas, que parecían perfectamente intactas, y además su altura sobre el piso debía excluir la idea de este género de huida.

Pero no hallándose en ninguna parte, porque Sofía la había hecho perdidiza, supusieron que la joven había huido por allí.

Pero no podía haber dejado la casa sin connivencia de alguno. ¿Pero dónde hallar á aquel cómplice? El estado extraordinario de Sofía Walter, explicado hasta cierto punto por el frasquito de opio puesto á su lado, parecía deber disculparla de toda parte activa en la evasion.

¿Cómo había tomado, ó cómo le habían dado aquel calmante?

Mientras se empleaban los medios necesarios para despertarla, interrogaron à las gentes del establecimiento y particularmente al portero.

Este último aseguraba estar convencido de la imposibilidad de una salida de la joven por la noche, al menos por la puerta principal, atendido á que todas las llaves estaban sobre la cabecera de su cama, y nadie podía tomarlas sin despertarle.

Como la hija de Sofía iba todas las tardes à ver à su madre, nadie pensó en buscar en esta visita la solucion de aquel misterio.

Examinaron las demás puertas del establecimiento que daban al campo, y hallándose por casualidad una de ellas medio caida supusieron que la joven enferma

debia haberse evadido por allí, aunque no aparecia señal alguna de violencia.

Cuando Sofía Walter se despertó de su sueño letárgico, en cuanto pudo hablar, fué sometida á un examen de los más severos.

La pobre mujer estaba temblando, y no hubiera logrado tener bantante presencia de espíritu para contestar sin descubrirse á todas las preguntas que le dirigieron, si no hubiera preparado desde luego todos los detalles de su relacion.

Protestó desde luego de su inocencia y de su ignorancia completa del proyecto de la joven confiada á sus cuidados.

Contó enseguida que sintièndose muy atacada de dolores neurálgicos, se había proporcionado, por medio de su hija, unas gotas de opio que tenía costumbre de tomar en aquellas ocasiones.

Añadió que recordaba haber hablado à su enferma de la eficacia de este remedio, diciéndola que aquellas gotas le proporcionaban un profundo y tranquilo sueño; que la enferma había estado muy agitada y muy nerviosa durante la tarde, pero que aquellos síntomas no tenían nada de ex-

traordinario; que no les había dado importancia alguna, preparando, sin embargo, agua helada para aplicarle compresas en caso necesario.

Sofía terminó su relato asegurando que Ilona, yéndose á acostar á la hora prescrita por el médico, le había pedido, riéndose, permiso para prepararle su calmante con el opio; que no viendo inconveniente alguno en ello, como un entretenimiento inocente, le había dado el frasquito, diciéndole el número de gotas que había de poner.

Sofía pretendía haberse acostado, tomado que fué el calmante, sin acordarse de haber notado nada extraordinario.

Las personas presentes al interrogatorio de Sofía se dijeron que si todo lo que ella aseguraba era verdad, la joven había dado pruebas de una inaudita decision de carácter y de una audacia inconcebible.

Evidentemente debía tener hacía largo tiempo el proyecto de huir y no había esperado más que una ocasion favorable para ponerlo en práctica.

Sofía Walter fué, no solo severamente reprendida y amenazada de perder su plaza,

sino tambien guardaba de vista hasta que su inocencia quedase probada.

La direccion del establecimiento advirtió sin perdida de tiempo al Rojo de la desaparicion de Ilona, pidiéndole sus órdenes respecto á la persecucion de su hija adoptiva.

El único indivíduo sobre el que recaian las sospechas de la directora, como cómplice de la fuga de Ilona, era el artista Max Korner.

Desde luego había censurado al médico por haber permitido las sesiones de pintura, y no esperó á la hora habitual de su vista para presentarse en casa del fotógrafo, al que sometió á un severo interrogatorio.

No pudiendo obtener prueba alguna de su culpabilidad, pues ni caun los vecinos sabian nada, ni vieron que ninguna joven apareciese por aquella morada, encargó por precaucion á un agente de policía tomase informe de la vida y relaciones del buen Max Korner.

Cuando la carta de la señora Schmidt llegó á poder del Rojo, quedó aterrado de sorpresa y acometido de una rabia feroz.

Llegó à Viena sin perder minuto, y no dudando que el vizconde de la Barre fuese el autor de todo aquel asunto misterioso, su primera idea fué de que se había disfrazado bajo la máscara del fotógrafo.

Pero una mirada fijada en el pobre jorobado, y algunas palabras camdiadas con el artista de raza eminentemente teutónica, no solamente le desengañaron, sino que tambien desvanecieron todas sus sospechas sobre su complicidad.

Sin embargo, no le perdió de vista y dirigió sus investigaciones con todo el ador- que le sugirió su desenfrenada pasion por Ilona.

Aquella desgraciada, que había reconquistado despues de pesquisas continuas, que había esperado hacer *suya*, aniquilándola moralmente y haciéndola pasar por un ser privado de razon; aquella niña adorada, la víctima y objeto de su pasion, se le desaparecía de nuevo de entre sus manos, en el momento en que más creia tenerla en su poder.

Su furor fué digno de los viles sentimientos que lo provocaban.

Pero esta vez aun, se fió en sus pro-

pios medios mejor que en la habilidad de la policía, impidiendo lo delicado de un procedimiento judicial.

El vizconde lo había adivinado perfectamente.

MISSING
PAGE

MISSING PAGE

MISSING PAGE

MISSING PAGE

MISSING PAGE

se presentó en Porentruy como vuestro tio, me parece. Sobre el indicio de este nombre, que es muy conocido en Hungria, yo he fundado mis investigaciones durante mi permanencia en vuestra patria.

La aterradora noticia de vuestro rapto me obligó entonces á abandonar la prosecucion de este asunto; pero dejé encargado de ello á un leal amigo que cuida de vuestros intereses con infatigable celo.

Me ha tenido al corriente de todos sus pasos. Despues de diversos engaños inevitables, su última carta, que recibí en Viena, me dice que está sobre la verdadera pista. Tal vez se engañe de nuevo, tal vez no sirvan de nada nuestras pesquisas, ó tal vez tengan buen resultado.

¿Quién sabe?... Pero, en fin, preciso es que esteis preparada á todo lo que pueda suceder... y hasta sería deber mío aconsejaros que espereis el resultado de todo antes de tomar otra decision.

En este caso yo podría ofreceros un asilo al lado de mi tía la baronesa Kercadet, que es la misma bondad y que por amor mío os colmaría de cuidados y afeccion. Yo, entonces, viviría en Ploeven y os iría

à ver à menudo al castillo de Rochers, donde vive mi tía.

Este es uno de los proyectos que tenía que proponeros... ¿Qué os parece?... ¿Vacilais en contestar?

—Es que... sentiría disgustaros...

—No, no, por favor, hablad francamente.

—Pues bién, suspended entonces todo paso para descubrir á mi familia... os lo suplico—dijo ella juntando las manos;—yo no puedo librarme de un horrible temor, de un verdadero terror al pensar que tal vez mis padres, si existen, estén en connivencia con el infame Rojo, y que yo fuí abandonada y perseguida con su consentimiento...

¡Oh! ¡no, no! ¡Valdría más no tratar de alzar el velo que cubre mi origen, que llegar á un descubrimiento tan horrible! Y además, ¿me entregaríais vos entre sus desnaturalizadas manos?

—¡*Jamás*, si vos misma no lo deseais y si los informes obtenidos no nos satisfacen por completo! ¡Nada temais respecto á esto, y tened entera confianza en mí!... ¡Pero veo que mi primera proposicion no os agrada, ni aun pudiendo vivir bajo el techo y en compañía de mi buena tía.

—Temo pareceros muy ingrata é inconsiderada; pero vuestra señora tía no encontraria placer alguno en encargarse de una pobre muchacha ignorante y mal educada como yo, que no podría prestarle servicio alguno... Y luego, que yo no estaría muy tranquila à causa del Rojo... Sin embargo,—añadió con acento trémulo,—si es necesario separarme de vos, ¿no habrà algun medio de colocarme en algun almacen ó otro establecimiento donde pudiera ganar el pan sin seros gravosa?

—¡Vos ganar vuestra subsistencia! ¡Oh, eso no¡ ¡No lo consentiré!—exclamó Gaston indignado.—Sois mi hija de adopcion, y mientras viva no os rebajareis hasta ese extremo.

—Màs, sin embargo...

—¡No, no, Ilona! Me hace daño hasta el oiros hablar asi.

Pasemos ahora à mi segundo plan. Me asegurais no haber formado nunca sueños de felicidad. Yo, por mi parte, no puedo decir otro tanto... No sería, pues, imposible el que pensase en casarme... escoger una dulce y fiel compañera á quien amaría con toda mi alma, y que sería participe de mis penas como de mis alegrías.

A estas palabras, pronunciadas con voz conmovida, Ilona se extremeció y sintió al mismo tiempo un punzante dolor que le desgarraba el corazon, dolor que la inició de un golpe en toda la pasion de amor!

Incapaz de contestar, se echó hacia tras y volvió la cabeza para que el vizconde no notase su turbacion.

—Sí, Ilona,—continuó el vizconde,—hace largo tiempo que sueño en esa dicha, sin atreverme à esperar en ella... Un debil rayo de esa deliciosa esperanza ha sostenido siempre mi corazon... Pero, ¿y si me engañase?... ¿Si la que yo amo con todo el ardor de mi alma no respondiese á mis sentimientos?... ¿Si fuese indiferente à ellos?... ¡Si mientras que yo la amo apasionadamente no experimentase por mi más que reconocimiento y amistad, un cariño fraternal, en una palabra!...

¡Yo no podría contentarme con eso, lo confieso! ¡Más me valdría saber la verdad; no quiero crearme una dolorosa ilusión, y, sobre todo, no arrastrar á esa alma querida á ceder á mi voluntad si no debía encontrar toda la felicidad que yo pondría á sus piés!...

Pero, ¿no me contestais, Ilona?... ¿No me habeis comprendido?... ¿No habeis pensado nunca en casaros?... ¿en unir vuestra suerte á la de un hombre que pudierais amar?

—¿Yo?... ¡oh! ¡no, jamás! ¡La felicidad no se ha hecho para mí!

—Ilona, ¿qué teneis?... ¡Estais llorando!

Y obligando á la joven á volver la cabeza de su lado, vió su bello rostro contraido por el dolor é inundado de lágrimas, mientras los sollozos parecían ahogarla.

—¡Ilona!... ¡Ilona!... ¡amor mio!... ¿Debo creer à mis ojos? ¡Ese dolor!... ¡Dios mio!... ¡Si esas lágrimas corriesen por mí!

Y en la embriaguez de la alegría que de él se apoderó al ver aquellas irrecusables pruebas de emoción, iba á estrecharla contra su corazón; pero ella se desprendió de sus brazos, y, dominando su turbacion por un esfuerzo heróico, le dijo con voz apenás inteligible:

—No os llamen la atencion mis tontas lágrimas... ¡Me ha conmovido lo que acabais de decirme!... Yo nunca había pensado... Pero teneis razon... Debeis casaros... ¡Dios os hará muy feliz como merseceis serlo!... ¡Yo no cesarè de rogar al cielo

para obtener esa gracia!... En cuanto á mí... iré á casa de vuestra tía.., à Hungria... á donde os parezca conveniente... Ahora, poco me importa...

Su fuerza ficticia le abandonó de nuevo, y sus sollozos desbordaron con más amargura.

Pero Gaston no la dejó exhalar todo su dolor, y arrojándose á sus rodillas y estrechàndola en sus brazos, exclamó:

—¡Oh! ¡Ilona mia! ¿Cómo podeis hablar así?... ¿No habeis adivinado que si yo deseaba casarme, es que yo esperaba... que pensaba en vos?... ¿No os ha dicho vuestro corazon, desde hace mucho tiempo, que es à vos sola á quien amo con todas las fuerzas de mi alma?...

Si, mi Ilona querida, es de vos de quien espero la dicha y felicidad de todo género... ¿me la negareis? ¿Rechazareis el amor más puro, màs leal, más ardiente, màs profundo que existe en la tierra?

¡Oh! responded, Ilona... una palabra tan solo... ¡Dejadme leer en vuestro corazon, así como vos lo permitiais antes!

Un repentino cambio se verificó en los sentimientos de Ilona, dominando, sobre todo, la sorpresa y la incredulidad.

No podía creer á sus oidos, le parecía haber creido en algun sueño fantástico.

Así es que no contestó nada á Gastón, que continuaba á sus rodillas fijando en ella una mirada atónita.

Una inquietud mortal se apoderó del corazón del vizconde, y, alzándose de pronto, murmuró pasàndose la mano por la frente:

—¡Ya veo lo que es! .. Pareceis aterrada à la idea de unir vuestra suerte à la mia,.. Solo experimentais hacia mi una sincera amistad, pero retrocedeis ante un lazo más tierno é indisoluble. Nada temais, Ilona, por nada en el mundo quisiera atormentaros...

—¡Dios mio! ¿que decis?.., Os engañais, amigo mio. Pero, estoy tan turbada... tan sorprendida...

—¡Que me engaño, Ilona!... ¡Como!... Entonces...

—¡No, no!—dijo ella rechazándole dulcemente y reteniendo sus lágrimas con esfuerzo.—¡Es imposible! ¡Olvidais quien soy!... ¡Os habeis dejado arrastrar por vuestro buen corazon y por un movimiento irreflexivo... ¡Pero yo sé la inconmensurable distancia que nos separa!

Yo, la pobre mendiga, sin nombre, sin familia, que sin vuestros beneficios hubiera sido un ser abyecto, medio odiota, y *vos*, el noble, el rico señor, el más perfecto que pueda haber en la tierra!... ¡Ah!

Y cubriéndose el rostro con las manos, estalló de nuevo en amargo llanto.

Gastón la había dejado hablar sin inteterrumpirla, queriendo conocer el fondo de su pensamiento, y, á pesar de su resistencia, la atrajo á sus brazos diciéndola con ternura:

—¡Ilona mia! ¡mi amor.,. ¡Si no teneis otras razones que oponer más que las de vuestra triste posicion, soy el más afortunado de los hombres!... ¿Qué importa la apariencia de vuestro humilde nacimiento? ¡Qué seais princesa ó aldeana, no puedo amaros màs ni de diferente manera!

¿No habeis sido desde luego mi querida hija adoptiva, no he contribuido con ayuda de la Providencia á hacer de vos lo que sois, una mujer encantadora y perfecta?... Sois mi bien, mi tesoro, una parte de mi alma, el objeto de todos mis pensamientos, de todas mis aspiraciones!... Así es como

MISSING
PAGE

MISSING PAGE

MISSING PAGE

MISSING PAGE

MISSING PAGE

MISSING PAGE

la amareis igualmente, y dia llegará en que confeseis que esta nueva hija que os he dado, lejos de acarrearnos penas y disgustos, es una verdadera bendicion para nuestra familia.

La baronesa de Kercadet, aunque conmovida por las calurosas palabras de su sobrino, sólo contestó con un silencio embarazoso,

Gaston, ofendido por aquella glacial aco gida hecha á su amada, iba á sacarla de la habitacion; pero Ilona se atrevió à alzar la vista y fijar sus ojos en la baronesa, y tal expresion de inefable bondad vió impresa en su rostro, que se sintió fascinada y sintió renacer la confianza en su corazon.

Murmuró, pues, algunas palabras al oido de su marido, decidiéndole á dominar su resentimiento y á quedarse en la casa.

A pesar de una tirantez inevitable, pasaron la primera noche hablando de cosas indiferentes.

De tiempo en tiempo la baronesa lanzaba una mirada furtiva hacia la joven, y cada vez sus ojos, como atraidos por una

potencia, se detenían más largo tiempo sobre las bellas facciones de Ilona.

Por momentos aumentaban su sorpresa la distincion de su persona y sus finos modales, al mismo tiempo que acrecia el encanto que le causaba su expresion.

Ilona, por su parte, instruida por su marido de las pueriles manías de su tia, se puso á acariciar à los cuadrúpedos favoritos de la baronesa y á admirar en silencio las colecciones de prendas de calzado que adornaban los armarios de cristales del salon.

Se mostraba al mismo tiempo tan humildemente atenta y tan cuidadosa por su tia, que ésta, no sabiendo resistir al atractivo del corazon de aquella deliciosa criatura, la dijo al separarse, tendiéndole la mano:

—Buenas noches, hija mia; espero que descansareis tranquila bajo mi techo, y que no os aburrireis en mi castillo. Y si por acaso—añadió con algun embarazo,—he podido ofenderos por mi recibimiento un poco frio, perdonadme, hija mia. No era tal mi intencion; pero la sorpresa...

—¡Oh, señora!—dijo Ilona besando la

mano que su tía le tendía,—demasiado bien conozco hasta qué punto soy una intrusa en vuestra familia. Pero espero que con la ayuda de Dios, la felicidad de Gaston me hará merecer mi perdon y ganar vuestro cariño.

La baronesa, más y más conmovida, aplicó un beso en la frente de la joven sonriendo con bondad.

Los dias siguientes acabaron esta victoria ganada por Ilona sobre el corazon de la baronesa.

Esta no podía, además, ser testigo de la felicidad tan completa de Gaston sin empezar á amar un poco à la que él se la debia.

La gentileza, la gracia de Ilona, hicieron lo demás, y en muy poco tiempo la excelente mujer se halló subyugada, sin que lo notase, por la afeccion que la inspiraba su sobrina, por pobre y de humilde nacimiento que fuese.

Mientras duraba el sitio poco peligroso que Ilona había organizado contra el corazon de su tía, Gaston recibió una carta misteriosa de su amigo Dombay, carta que vino á turbarle en medio de los goces de su corazon.

El joven madgyar, que ignoraba los últimos acontecimientos de la existencia del vizconde y el matrimonio que habia sido su complemento, llamaba á Gaston con la mayor insistencia.

«Ven—escribía—tan pronto como puedan traerte los trenes, sin concederte un momento de reposo... ¡Creo haber hecho un descubrimiento talmente sorprendente... que estoy entontecido!... Pere una dificultad me detiene.

«¡Solo tú, tú solo puedes resolverla ó decidir que no se alce jamás el velo impenetrable del misterio que tratamos de descubrir?... ¡Ven; no puedo decirte más!... ¡Solo te participo que el nombre de *Vacsay* no era una ilusion, porque él me ha conducido á la buena vía.»

Gaston no supo qué decision tomar, en la profunda perplejidad en que le puso la llamada urgente de su amigo, llamada que vacilaba en comunicar à su mujer.

¿Qué debía hacer? ¿Separarse de su Ilona y partir sin ella, dejándola bajo la flotección de su tía la varonesa? ¡Oh! ¡No, no podía, no quería pensar en ello!... ¿Oh bien llevarla à Ungría, exponerla de nuevo

á todas las fatigas de un largo viaje, cuando se sentía apenas repuesta de sus recientes sacudidas físicas y morales?

Además se sentía tan completamente feliz, veía á su Ilona tan radiante de felicidad, que se preguntaba si no sería tentar á la Providencia querer sondear sus misterios ambicionando más dicha.

Estas diferentes reflexiones, y sobre todo el vivo deseo de no romper tan pronto el encanto de su existencia al lado de su querida esposa, y gozar con ella de la dulce soledad de su castillo de Ploeven, donde pensaba conducirla, obligaron á Gaston á responder á su amigo Dombay anunciándole desde luego su matrimonio y rogándole al mismo tiempo suspendiese todo paso hasta que él le diese parte de su decision final respecto al asunto.

Pocos dias despues de recibir la carta del joven Dombay, Gaston tuvo otra de la princesa Illeshazy, con la que sostenía una seguida correspondencia, y que esta vez le hablaba con desesperacion del estado del príncipe, suplicando al vizconde que volviese á sn lado en aquel momento de grave inquietud.

»No creereis, amigo mio—decía,—hasta qué punto os quiere mi marido, por los tiernos cuidados quo le habeis prodigado durante las primeras fases de su triste enfermedad.

»¡Pregunta por vos sin cesar y siente no veros á su cabecera! Yo no me atrevo á expresaros todo el consuelo que experimentaría, en medio de mis penas, pudiendo desahogar una parte en vuestro corazon tan compasivo.

»Sé que un asunto de mucha importancia os ha alejado de nosotros y temo ser indiscreta, insistiendo más en el extremo placer que tendríamos en volver á veros en Simontornya.»

Gastón no comunicó á Ilona esta última miciva, no queriendo arrancarla à la dulce quietud del presente, recordándola las sombrías visiones del pasado, ni ocasionarle nuevas angustias para el porvenir.

La amaba apasionadamente y sentía celos de todo pensamiento, de todo recuerdo, de todo deseo, de todo temor que no estuviesen reconcentrados en él.

El joven esposo resolvió, pués, no aceptar por el momento la invitacion de la prin-

cesa, reservàndose para cumplir este viaje en una época màs lejana.

Se excusó, pues, con la princesa, pero sin confiarla el aconteeimiento de su matrimonio.

¿Por qué no había accedido á los ruegos de sus amigos de Hungría...? ¿Por qué no había afrontado para su Ilona los peligros imaginarios del suelo húngaro, en lugar de los demasiados reales, à los que, en su imprevision humana, iba á exponerla en Ploeven?

XL

EL «AR-FOL».

Una permanencia de una quincena de dias en el castillo de Rochers habia sido suficiente á Ilona para reconciliar á la baronesa de Kercadet con el matrimonio desigual de su sobrino, y para hacer participar á la joven esposa de la profunda ternura que hacía tantos años profesaba á Gaston.

Fué, pues, con gran dificultad que éste consiguió robar por algun tiempo á Ilona de la afeccion de su buena tía, y ésto para ir á pasar el resto del dia á Ploeven.

Aquel grandioso sitio encantó á la joven.

Ella, que jamàs había visto el mar, no se cansaba de contemplar el espectáculo siempre grandioso é imponente del Oceano, con sus altas olas arrojàndose unas sobre otras y encontrándose sin cesar.

Horas enteras permanecía sentada en lo alto del acantilado, siguiendo con sus miradas aquellas montañas movibles que, adelantándose hacia ella, venían á romper sus fuerzas á sus pies contra las rocas, mientras que la blanca espuma le enviaba una fria lluvia de rocío.

Colocada así sobre la cima de una roca, recordaba á Gaston la época de su infancia, cuando le veía acurrucada sobre alguna peña esperando su llegada.

La niña salvaje y desarrapada había desaparecido, en verdad, para ceder el puesto á la joven tan elegante y aseada como brillante de salud, belleza y felicidad.

Pero eran las mismas deliciosas facciones, la misma mirada un poco melancólica y perdida en el espacio!... Sus cabellos, aun cortos desde su triste reclusion en Viena, y retenidos por una cinta punzó, caían graciosamente rizados sobre sus hombros, recordando igualmente el fantástico tocado de su infancia.

Los primeros dias de la llegada del joven matrimonio á Ploeven se emplearon en visitar el bello dominio feudal de Gaston, con sus vastas salas del más puro estilo

gótico, cuyos muros estaban adornados con los retratos de sus antepasados.

Ilona se sentía maravillada al ver aquellas riquezas, aquel lujo que la rodeaba. ¡Y todo aquello le pertenecía para siempre!.. ¡A ella, pobre hija del pueblo!

¿Era, pues, extraño que el sentimiento de la alta posicion á la que el amor de Gaston la había elevado, y de que ella sólo se daba cuenta desde que se hallaba en medio de sus propiedades, aumentase aun más, si era posible, su adoracion por el ser tan bueno y tan noble que había sido siempre para ella el angel tutelar?

Experimentó, sí, algun trabajo en desempeñar su papel de ama de casa; pero sostenida por los consejos de su marido, guiada por su tacto y su natural inteligencia, concluyó por cumplir perfectamente sus deberes de castellana con los vecinos de la comarca y sus criados.

Los dos esposos preferían, es verdad, la querida soledad de Ploeven á las visitas obligatorias de la vecindad. ¡Con qué delicia se hallaban en *su casa*, despues de cada una de estas visitas!

Pero, aun admirando el grandioso as-

pecto del castillo, Ilona no podía reprimir un profundo terror cuando tenía que atravesar aquellos sombríos corredores, aquellas oscuras escaleras, ó bien esos mil pequeños reductos misteriosos que hacían parte y pertenecían á la antigua arquitectura de la Edad media.

La habitacion particular de la joven se habia hecho lo màs alegre posible, cuanto lo permitían la ensambladura y artesonados de los muros y los techos.

Gaston había hecho poner nuevas colgaduras de colores frescos y risueños, jardineras llenas de flores, todos los objetos, en fin, de lujo y elegancia que se hallaban en armonía con la juventud de la castellana.

Pero no había medio de cambiar el carácter imponente del resto de la habitacion, y los temores involuntarios de la pobre Ilona se hallaban aun aumentados con las relaciones y cuentos de aparecidos y fantasmas, corrientes entre la gente del país, y que su doncella, francesa y de París, llegada con ella, no dejó de repetirle con mil graciosos comentarios.

La imaginacion tan impresionable de la

joven se llenó de aquellas ideas, y aunque Gaston trataba de curarla de aquellas pusilanimidades, sea por dulces bromas, sea por tiernos reproches, ella conservó un temor invencible, y evitaba, en cuanto bajaba el día, circular sola por el castillo.

La luna de miel continuaba sin ninguna turbacion, ni el interior ni el exterior.

Las cartas de Max Korner, dirigidas á Eduardo Duroy, llegando à Gaston por una vía oculta, probaban que el vizconde había juzgado perfectamente la situacion, porque, aparte de algunas infructuosas y poco activas investigaciones por parte de la policía de Viena, parecía abandonada la persecucion de Ilona.

Al menos Gaston y su mujer alimentaban esta esperanza.

Una tarde del mes de agosto estaban sentados los dos en el recinto del jardin, en el sitio favorito de Ilona, sobre una punta descubierta del acantilado, desde donde se desplegaba á sus ojos toda la bahía de Douarnenez, el cabo de la Cabra y la punta de Baz.

Gaston leia un libro é Ilona tenía un trabajo de costura sobre sus rodillas; pero

los dos parecían no pensar ni estar muy entregados á sus ocupaciones.

Su manos se hallaban entrelazadas, mientras hablaban dulcemente ó prestaban atencion á algun cuadro, eternamente nuevo y cautivador, de aquella bella pero agreste naturaleza.

El dia fué muy caluroso y la atmósfera era sofocante; gruesas nubes negras se amontonaban en el horizonte, reflejando su sombra en el Oceano, que parecía engruesarse, preparándose para el combate. Una calma inusitada, solamente interrumpida por los chillidos de las gaviotas, reinaba sobre la inmensidad de las aguas.

—¡Ah! qué bien se está aquí!—dijo en fin Gaston sacudiendo la especie de decaimiento que le abrumaba.

—¿Y por qué no hemos de continuar aquí?—dijo Ilona sonriendo:

—Es que esta mañana debia haber ido á ver à uno de mis arrendatarios, en el camino de Crozon, y he dado orden de que ensillen á Childe-Harold y lo tengan pronto para las cinco.

—¡Cómo! ¿Vas à ir á Crozon, á esas grutas espantosas en que la mar penetra

de una manera tan formidable?

—¡Sí, sí, voy à afrontar ese terrible peligro!—dijo Gaston riendo;—pero, tranquilízate: la mar no me tragará, y además no me acercarè à esas grutas que tanto te asustan, mi pobre y medrosa niña.

—¡Oh! ¡no, no me dejes, Gaston, te lo suplico!—murmuró Ilona enlazando á Gaston en sus brazos.—¡Tengo miedo cuando estás lejos de mí y me siento sola en este gran castillo tan misterioso y tan imponente!

—¡Veamos, Ilona!... siempre la misma niñada y los mismos ridículos terrores.

—¡Oh! por más que me riñas, no es por eso menos cierto que el *Ar-Fol* existe... y que Justina lo ha *visto* dos veces rondando de noche por el terrado... ¡Un *gran* fantasma *negro*!—añadió à media voz y temblando.

—¡Justina es una necia!—respondió Gaston impaciente.—Me obligará á alejarla de tí, si continúa llenándote la cabeza con esos absurdos cuentos de aparecidos, inventados para asustar mujeres y chiquillos. ¿No te he repetido y asegurado cien veces que desde mi infancia no he oido nada que

pueda autorizar la fábula de ningun duende en Ploeven?...

Sin esto, ¿crees tú que yo te dejaría sola, aunque solo fuese un minuto? Trata, pues, Ilona mia, de ser razonable, y pruébame que para darme gusto, sabrás despreciar todas esas necedades absurdas.

Avergonzada, pero no tranquila, ocultó su cabeza en el pecho de su marido, y dijo:

—¡Prométeme al menos volver pronto!

—¿Tengo necidad de hacerte tal promesa?—respondió Gaston con cariño.—¿No estás convencida de que no soy feliz más que á tu lado?

—¡Es preciso que te apresures á causa de la tempestad que amenaza! Me moriría de inquietud si supiera que te exponías al furor de los elementos.

—¡Sí, temerias que pudiese fundirme en el camino!—dijo Gaston riéndose siempre.—Pero tú ya sabes que soy de una exactitud á toda prueba,—añadió sacando el reloj.—Son las cinco menos cuarto; en menos de tres cuartos de hora *Child-Harold* me llevará á la quinta, diez minutos de conversacion con el arrendatario, y á las siete

estaré de vuelta... ¿Te parece que mande preparar el yacht, para dar un paseo por mar, si el tiempo está favorable? ¿Quieres?

—¡Sí, sí... Vuelve pronto!

—¿Y qué haràs entre tanto?

—Iré á ver á la pobre viuda Merlac, que hoy está peor, segun me ha dicho el jardinero.

Ilona acompañó à su marido hasta el patio del castillo, donde le esperaban un bello alazan piafando impaciente. Gaston montó y se alejó al galope, no sin enviar con la mano mil besos à su Ilona, que la seguía con la vista.

Cuando desapareció, ella se volvió suspirando, y, pidiendo un sombrero, tomó lentamente el sendero que conducía á través de la landa hasta la cabaña de una desgraciada aldeana, enferma hacia tiempo, y à la cual socorría con frecuencia.

Sin la ayuda de Gaston, Ilona no comprendía el dialecto breton de los habitantes de Finisterre. Pero veia el placer y el consuelo que su dulce aparicion hacia experimentar á la pobre mujer, ademàs de que quería ser ella misma la que repartiese sus limosnas á los desgraciados de Ploeven.

Despues de media hora pasada á la cabecera de la enferma consolándola con buenas palabras, y acariciando á sus hijos, regresó al castillo acompañada del niño mayor, de unos seis á siete años, listo é inteligente, al cual la joven castellana quería darle una sopa nutritiva para su pobre madre.

Hablando, ó más bien chapurreando con el chiquillo, Ilona llegó en pocos minutos al castillo. Dió las órdenes necesarias para subvenir á las necesidades de aquella desgraciada familia, y volvió à sentarse en el mismo sitio que una hora antes ocupaba con Gaston.

Este, entretanto, seguía la direccion de Crozon por un sendero practicado en lo alto del àspero acantilado.

Al pasar faldeando las numerosas grutas que se encuentran en aquella costa, y que forman efectivamente antros tan espantosos que una de ellas se llama *El Infierno*, Gaston recordó sonriendo los terrores de su Ilona.

Pero al mismo tiempo debió confesarse que era muy natural que el sistema nervioso de la joven se impresionase por el

clismo amenazador de la naturaleza.

No observó tampoco un hombre que, despues de recorrer el jardin, acababa de deslizarse detras de ella, quedàndose inmóvil y oculto por un accidente de la roca mientras quería devorarla con la vista.

Este indivíduo era el mismo que Gaston había encontrado... ¿Tenemos necesidad de decir su nombre á nuestros lectores? ¡Creemos que no!

Cualquiera que hubiera visto aquel grupo silencioso, aquella bella criatura, vestida de blanco y graciosamente inclinada en lo alto de las rocas sobre tan horrible abismo, mientras que su móvil fisonomía revelaba las emociones que se sucedian en sus recuerdos; y á su lado, como haciendo sombra al cuadro, aquel hombre envuelto en su capote de lana gris; cualquiera que hubiera visto así aquellos dos seres tan diferentes, habría temblado por la joven, sin adivinar aun la tempestad que, más horrible que la lucha de los elementos, hervía en el alma de aquel extraño.

No era la primera vez que, despues de la reciente fuga de Ilona, había logrado verla. Oculto hacía dias en la vecindad,

espiaba con rabia y angustia el momento propicio á sus tenebrosos designios.

Juan Jacobo Mallet no había descubierto en algun tiempo trazas de los fugitivos.

Más de una vez se había hallado sobre la pista, y de nuevo la había perdido. Porque no pensando en la posibilidad de un matrimonio, no podía creer que el vizconde fuese bastante imprudente para establecerse en Ploeven con la que él consideraaa como su víctima.

No contando con nadie, y trabajando por su propio interés, perdió algunas semanas buscando à la joven pareja por todos los rincones de la Suiza y del Norte de Italia.

Cuando por fin se decidió á dirigir sus pesquisas del lado de Bretaña, y cuando à su llegada al país se convenció del error de sus primeras suposiciones, no dejó por eso de seguir dudando de la realidad de su enlace entre el joven señor de Ploeven y la pobre Ilona.

La bajeza de su alma no podía comprender la nobleza de la de Gaston.

Pero su odio contra este último, á quien por el momento veía victorioso, no conoció límites, y muchas veces, durante los

ocho días que pasó rondando el castillo, Gaston de la Barre se halló sin haberlo á dos dedos de la muerte.

Lo que le salvó fué únicamente el miedo que aquel miserable, tan cobarde como cruel, tenía de ser descubierto y aprisionado á consecuencia de semejante crimen, de verse arrebatar con esto le sola probabilidad de reconquistar su presa, á quien siempre amababa con frenesí y el furor de una bestia salvaje.

Sus planos estaban dispuestos; no pensaba ya, despues de un nuevo rapto, en correr el riesgo de que fuese descubierto en Europa. Determinó, pues, apoderarse de ella ¡y embarcarla inmediatamente en el primer buque que saliere de Brest para América.

Sabia ya el nombre de todos los barcos y los dias de su salida; el dinero estaba pronto y no esperaba más que la ocasion de una ausencia del vizconde para ejecutar este proyecto.

Una vez atravesado el mar y en el otro hemisferio, esperaba, penetrando con Ilona en la soledad absoluta de algun desierto ó bosque virgen, sustraerla para siempre

lo mismo que Ilona!... No puedo ver n aun un inocente pescador sin pensar en...

Y no terminó la frase, apresurando su carrera para poder volver màs pronto al lado de su amada.

Si hubiera visto al *inocente pescador* volverse en cuanto se alejó, y, despues de haberle seguido un instante con su mirada, lanzando una horrible imprecacion, precipitarse como un loco en su barca, que se hallaba amarrada á la entrada de la gruta, coger los remos y dirigir la embarcacion del lado de Ploeven, tal vez Gaston hubiera hallado justificada su pasajera inquietud.

Volvamos á Ilona.

Desdeñando un banco rústico de los muchos que allí había, se sentó en la piedra misma con la cabeza apoyada en la roca, y quedó eumida en sus ensueños, que no reflejaban más que dulces imágenes de felicidad y amor.

Pasaba el tiempo. El cielo se oscurecía, el trueno retumbaba à lo lejos, la tempestad empezaba á levantar las olas; pero la joven, absorta en sus pensamientos, no pensaba en guarecerse contra aquel cata-

aspecto lúgubre y el ruido ensordecedor de las olas precipitándose en aquellos abismos.

Las miradas del vizconde se fijaron en una de las primeras de estas grutas, que estaba en seco, y vió un hombre apoyado en la pared de húmedas rocas.

Este indivíduo estaba vestido con el traje original de los habitantes de Plugastel: gran capa de lana, calzones desmesuradamente anchos y la cabeza cubierta con el característico gorro frigio.

Como era costumbre de los pescadores cobijarse en aquellas grutas frescas, en las horas de más calor, no llamó la atencion de Gaston la presencia de aquel indivíduo.

Una vaga sensacion, como de un penoso recuerdo, le acometió al pronto, y, deteniendo el paso de su caballo, trató de descubrir las facciones del pescador; pero éste estaba medio vuelto de espaldas, y al parecer buscando alguna cosa entre las grietas, por lo que no pudo ver su fisonomía.

Gaston movió la cabeza y se dijo, haciendo tomar el trote á su montura.

—¡Decididamente empiezo á ver espectros

:

á todo alcance de parte de Gaston. Igualmente se imaginaba que entonces llegaría á vencer la resistencia y repulsion de Ilona.

Habiendo llegado al jardin de Ploeven y descubiertó á la joven sentada al borde del acantilado, se quedó clavado en su sitio por el horrible temor de ve la desaparecer en el abismo al primer movimiento de sorpresa ó terror.

Estaba sentada con toda la indiferencia y descuido propios de la juventud, pero el menor gesto un poco vivo debía precipitarla indudablemente de lo alto de su peligroso puesto.

¡El Rojo demasiado lo comprendía!

Convencido de que su vista produciria un efecto de los más siniestros sobre la joven, qoe estaba perdida sin remision, no se atrevió á respirar, por miedo de revelar su presencia.

¡Y, sin embargo, el tiempo pasaba y cada minuto valia su peso en oro!... Impo sible es dar una idea exacta de todo lo que pasó en su alma durante la media hora que estuvo así, como sobre carbones encendidos.

Todas las sensaciones las más opuestas,

las pasiones más violentas, la esperanza y el desaliento, el amor y el odio, la angustia y la impaciencia, se entrechocaban en su perverso corazon.

¡De tiempo en tiempo sacaba el pañuelo para limpiarse el sudor que la agitacion hacia brotar de su lívida frente!... Pero, en fin, la impaciencia dominó á los otros sentimientos...

El vizconde ó cualquiera otro habitante del castillo podía aparecer á cada instante, y entonces perdía aquella tan propicia ocasion para su indigno plan.

Trataba ya de despertar la atencion de Ilona por algun ligero ruido, á fin de hacerla cambiar de posicion, cuando un lejano trueno y un relámpago que surcó el horizonte arrancaron á la joven de su ensimismamiento.

Viendo que la noche se acercaba, sacó el reloj regalo de Gaston, y sorprendida de ver la hora tan adelantada, se levantó para volverse al castillo y esperar á su marido.

De pronto, al volver un ángulo de la roca, vió delante de ella una forma negra que tendía sus largos brazos como para cojerla!

—El *¡Ar-Fol*—exclamó, lanzando penetrantes gritos.

Y no pensando más que en huir de espectro, loca de terror, perdida la cabeza, se puso á correr cuanto le permitian sus débiles piernas, pero hacia el campo, en vez de acogerse al castillo.

Había tomado el primer sendero que se presentó á su vista; incapaz de ninguna otra idea que la de salvarse, continuaba gritando:

—¡Socorro! ¡A mi! ¡Gaston!

Pero su voz se debilitaba y continuaba oyendo siempre detras de ella los pasos de aquel ser sobrehumano, que se iban acercando sensiblemente.

Sin sospechar la verdadera naturaleza del peligro que la amenazaba, la desgraciada se dirigía hacía el camino que conducía al pié del acantilado, y precisamente al sitio en que se hallaba la barca del Rojo.

Llegados á dos pasos de la playa, Juan Jacobo dió un salto, cogió á la pobre joven, la elevó en sus robustos brazos, atravesó un corto espacio y saltó con ella en la pequeña embarcacion.

Sintiéndose levantada súbitamente por el que creia que era un fantasma, el temor de

la infortunada fué tal que perdió la voz y casi el sentido; se sintió como paralizada por la horrible angustia que le oprimía la garganta hasta ahogarla!

Solo cuando se halló en el fondo del bote y el misterioso personaje se puso á atarla al banco de proa, la sorpresa que le causó este proceder la hizo comprender su error.

¡En aquel mismo momento, un brusco movimiento del Rojo hizo caer el embozo del capote que ocultaba su rostro, describiendo á su pobre víctima aquellas tan odiadas facciones!

Juan Jacobo había adivinado el peligro que corría dejándola la libertad de sus movimientos, porque sin las cuerdas que la sujetaban, y aun à riesgo de ahogarse, se hubiera arrojado al mar antes que quedar en poder de su enemigo.

Sintiéndose, sin embargo, en la imposibilidad de moverse, cerró los ojos ante la terrible perspectiva que se le presentaba y lanzó un gemido de dolor.

Pero un instante despues, comprendiendo que era arrebatada por los vigorosos golpes de remo del Rojo, se puso á gritar con toda la fuerza de sus pulmones:

—¡Socorro!... ¡Socorro!... ¡Salvadme!...

Estos gritos hubieran obtenido infaliblemente el objeto deseado por la desventurada castellana de Ploeven, porque la barca iba costeando, y á pesar del ruido de las olas y del viento, debian ser oidos, fuese del terrado y del jardin.

Pero el Rojo comprendió bien pronto lo que debia temer. Soltando los remos, dijo acercándose á ella:

—¡Ah! ¡Pides socorro! ¿Crees que te voy à dejar gritar á tu antojo?

Y en un momento amordazó con un pañuelo á la desgraciada, cuya desesperacion no pudo revelarse sino por las lágrimas que brotaban de sus ojos.

¡Y razon tenía en llorar!

Se veía robada, arrancada á su inmensa felicidad, á sus dulces alegrías, separada tal vez para siempre de su querido Gaston, y esto para caer de nuevo en manos de aquella bestia feroz.

La angustiá de aquella pobre alma fué horrible, y jamás el Todopoderoso oyó elevarse à su trono plegarias màs ardientes y formúladas por un corazon más lacerado de dolor.

El Rojo, sin embargo, permanecía insensible á la expresion conmovedora de aquella bella y tierna criatura extendida à sus pies.

No veia en aquella desesperacion más que un nuevo testimonio de su amor al vizconde y de su aversion hacia él, y sentía aumentar su rabia.

Esta escena, sin embargo, había tenido un testigo de una talla y de una apariencia poco imponentes, en verdad. Era el pequeño Pedro Merlac, que, despues de haber comido en la cocina del castillo, segun las órdenes de Ilona, volvia à travès de la landa, con un cesto lleno de alimentos confortantes para su pobre madre.

El niño iba cantando una copla popular; mas de pronto la frase quedó cortada por un agudo grito que cortó los aires. El niño se volvió y creyó reconocer á algunas centenas de pasos á su joven bienhechora corriendo á todo correr, perseguida por un hombre.

Sin reflexionar, y guiado simplemente por su corazon, el niño dejó el canastillo en el suelo y atravesó la distancia que le separaba de la joven tan rápidamente como le permitian sus pequeñas piernas.

Mientras corría vió al siniestro indivíduo cogiendo á la pobre Ilona, y cuando llegó al borde del acantillado, observó cómo la colocaba en la barca.

Un instante después, Pedro oyó los gritos de desesperacion de la desgraciada, y adivinando entonces que la que todos veneraban como al ángel tutelar de las familias corria un gran peligro, se lanzó à todo correr en direccion del castillo.

XLI

La tempestad.

Gaston de la Barre entraba al galope en el patio en el momento en que Pedro aparecía por el otro lado sofocado y sin habla.

Cortado á la vista del joven señor, que le imponía más que la vizcondesa, no supo cómo empezar su relacion. Pero Gaston no hizo caso del chiquillo, y despues de haberse apeado y preguntado donde estaba su mujer, se dirigió hacia el jardin del lado del acantilado.

En cuanto desapareció, el niño, recobrando valor, corrrió á la doncella de Ilona, que atravesaba el patio y en la que tenía gran confianza. Con acento sofocado le contó la escena de que había sido testigo.

Aunque la doncella no entendiese perfectamente el lenguaje del chiquillo, comprendió que se trataba de un peligro para

su ama, y ya iba á pedir socorro cuando Gaston, no habiendo encontrado á Ilona, volvia á buscarla á sus habitaciones.

Justina se lanzó á su encuentro, y le dijo con acento vacilante:

—¡Ah! ¡señor!... ¡por favor, escuchad à este niño! ¡Es el hijo de la viuda Merlac!... ¡Dice que la señora ha sido acometida por por un malhechor!

—¿Qué decís?... ¡Habla, Pedro!

Desde las primeras palabras que dijo el niño, Gaston, adivinando la mano infernal que andaba en juego, exclamó, pálido de emocion y dándose en la frente:

—¡Es él! ¡El infame!... ¡No me había engañado!

Luego, arrastrando con él á Pedro y seguido de todas sus gentes, que habían acudido á la terrible noticia, se lanzó al borde del acantilado, de donde el niño, fijando una mirada en el mar, le designó con la mano una pequeña barca que aun se distinguía á lo lejos y que parecía violentamente sacudida por las olas.

—¡Allí van!—dijo.

Gaston ahogó un sordo gemido, y volviéndose á sus criados, ordenó:

—¡Pronto! ¡corred! ¡Mi yacht debe estar pronto!... ¡Que se apresuren!... ¡Que todo el que pueda me siga!

Luego despues de haber hecho prevenir al comisario de policía de Ploeven, y enviado un mensajero á Chateaulin para pedir auxilio á la gendarmería de aquel puesto, corrió á apresurar él mismo los preparativos de su pequeño buque.

Pero á cada instante volvía al puesto en que había dejado á su ayuda de cámara con un anteojo, encargado de no perder de vista el esquife que llevaba su más querido tesoro, y que ya no se veía más que como un punto negro.

Felizmente, la màquina del yacht del vizconde estaba preparada de antemano para el paseo que había dispuesto Gaston, y este pudo embarcarse antes de media hora con su gente.

Ya no se distinguía entonces la barca del Rojo; pero gracias á la viveza del yacht, Gaston esperaba recobrar el tiempo perdido.

Hé aquí lo que sucedió.

Despues de haber corrido algunas bordadas, vió el punto negro en el horizonte. Pero la tempestad, tan amenazadora desde

hacía dos horas, y que estalló en todo su furor, vino à añadir una nueva angustia á las muchas que torturaban el corazon del vizconde.

El huracan, desencadenado, azotaba el Oceano y levantaba las olas en formidables montañas, que podian de un momento á otro tragarse la barca ó estrellarla contra algun peligroso arrecife de aquella costa toda herizada de rocas.

Así Gaston no la perdía de vista, dando sus órdenes para la marcha del yacht, dirigiendo al cielo ardientes plegarias. Afirmándose al lado del timon para no ser derribado por el balanceo, fijaba sus miradas en la barca, calculando la distancia que aun le separaba de ella.

Una ó dos veces lanzó un grito desgarrador, cuando una ola más formidable que las demás se la ocultó durante algunos segundos.

La lluvia caía á torrentes, retumbaba el trueno, y la oscuridad, interrumpida por los relámpagos que surcaban el firmamento, iba aumentando de minuto en minuto.

Entre tanto el yacht se acercaba al fin de su carrera.

El Rojo, que no había dejado de observar la persecucion de que era objeto, había hecho desde luego esfuerzos sobrehumanos para huir y para luchar al mismo tiempo con el furor de los elementos.

Había esperado poder ganar una pequeña bahia que le era muy conocida, donde hubiera podido ocultar à su víctima. Pero viendo que iba á ser canzado antes de poder tomar tierra, lanzó un rugido de cólera y cambió súbitamente de direccion.

Cuando el vizconde y sus gentes se apercibieron, á la luz de un relámpago, de aquella maniobra, todos profirieron una exclamacion de terror:

¡Dios de misericordia!... ¡Se dirige al cabo de la Cabra!... ¡Están perdidos!... ¡Van á ser destrozados contra los arrecifes!... ¡A toda máquina!—gritó con voz breve:—¡á pasarlos por estribor!... Preparad la chalupa.

El Rojo se daba perfectamente cuenta del terrible peligro que agregaba á su desesperada situacion; pero, si su último recurso le faltaba, que era huir mar afuera, exponiendo al mismo tiempo al yaht al peligro de los arrecifes, prefería la muerte á caer en manos de su rival.

Gaston había adivinado las angustias de la desventurada Ilona.

Los dientes de ésta castañeteaban, todo su cuerpo era sacudido por temblores convulsivos, causados por el terror tanto como por el agua, que la cubría por todas partes.

La mordaza la impedía gritar. A cada ola horrible que veía adelantarse, cerraba los ojos y encomendaba su alma á Dios, segura de que tenía la muerte encima. Y la imagen del Rojo no era ménos horrible y no le inspireba menos espanto que el combate imponente de la naturaleza.

Aquel hombre estaba inundado de sudor y agua, y su repugnante fisonomía, descompuesta por la rabia, la angustia y el odio, parecía aun más infernal á la siniestra luz de los relàmpagos.

La lucha entre el esquife y el yacht fué terrible. Pero mientras la débil embarcacion se veía sumergida por las olas, sin poder resistir las terribles ráfagas del huracan, que á cada momento la tumbaban, el ágil buque del vizconde parecía saltar sobre las olas, altas como montañas, ó cortarlas con su fino tajamar.

Tocaron, en fin, á la punta peligrosa del

cabo de la Cabra, que el Rojo esperaba doblar, y el yacht, que en aquel momento consiguió ponerse á babor de la barca, recibió el primero toda la descarga de la tormenta, pues en aquel punto las olas se entrechocaban con furor por todos lados.

El yacht resistió valerosamente. No así el débil esquife del montañés; giró sobre él mismo cuando lo acogió el torbellino, y todos creyeron no volverlo á ver más.

Gaston y dos marineros saltaron á la chalupa para salvar á la pobre Ilona.

Pero la barca reapareció .. Gaston gritó entonces:

—¡Ilona!... ¡Ten valor!... ¡Aquí estoy yo!...

Iba ya à alcanzar á su enemigo, cuando éste, viendo todo perdido, y hasta sus fuerzas, abandonó el único remo que le quedaba, y saltando hacia la joven, cortó los lazos que la sujetaban al banco, y levantàndola en sus brazos, exclamó con estridente voz:

—¡Pero yo soy quien triunfo! ¡No la tendreis viva!

Y dando un enorme salto se precipitó con ella en el abismo.

Un grito desgarrador de la desgraciada, al que contestó otro no menos doloroso de Gaston, dominó el fragor de la tempestad!

XLII

En Hungria.

El vizconde y sus hombres se lanzaron inmediatamente al agua. Por dos veces el grupo entrelazado del Rojo y su víctima apareció en la superficie, despedido por las olas. El miserable, aunque no sabía nadar, no se sentía sofocado por el agua y no soltaba su presa, teniéndola siempre oprimida convulsivamente.

Pero en el momento en que Gaston quiso coger á Ilona, que su vestido blanco hacía visible, perdió el Rojo el conocimiento y desapareció en el abismo, arrastrastrando consigo á la desgraciada.

Sin embargo, Gaston, sumergiéndose á su vez, consiguió coger à su mujer por el vestido y, socorrido por sus marineros, logró sostenerla hasta su llegada á la chalupa.

Ilona parecía completamente inanimada y no respondía por ningun signo á la desesperacion apasionada de su marido, que, tratando de hacerla volver en sí, la llamaba con los nombres más tiernos.

Pero en cuanto el vizconde la colocó en el yacht, desde que sintió, aunque imperceptiblemente, latir el corazon de su amada, el resto de su ansiedad por Ilona no le impidió pensar en el desgraciado que se debatía con la muerte.

La caridad le ordenaba tratar de salvarlo, su propia seguridad apoderarse de su persona. Tuvo, sin embargo, que abandonar esta idea despues de algunos esfuerzos infructuosos de sus hombres, no queriendo exponer inútilmente la vida, y esto tanto más que Ilona no volvía en sí, y era urgente regresar al castillo lo más pronto posible para aplicarla todos los remedios que reclamaba su estado.

La tempestad parecía no haber esperado más que el desenlace de este drama para calmar igualmente su furor. La lluvia disminuia, el trueno resonaba sordamente y á largos intervalos, y los relámpagos se iban haciendo más raros.

Pronto arribaron à Ploeven, y en cuanto la joven castellana fué trasportada á su alcoba y acostada en un lecho bien calentado por Gaston, que esta vez la había disputado á la muerte, abrió los ojos, y un suspiro de indecible alivio desahogó su pecho al hallarse en brazos de su querido Gaston, y en aquella cámara, testigo de tanta felicidad.

¡Se adivina fàcilmente la profunda alegría del vizconde! ¡El terrible peligro del cual Ilona acababa de librarse, se la hacían mil veces más querida aun!—Así es que no se separaba de ella un instante, sobre todo despues de la ruda leccion infligida á su demasiado gran seguridad.

Se apresuró à dar las órdenes más extrictas y las más minucicsas á fin de que toda la costa y los alrededores fuesen guardados de vista, para el caso de que el infame Rojo se hubiera salvado.

Una noche de reposo, así como pociones calmantes, bastaron para restablecer á Ilona, al menos en lo que concernía à su estado físico. Pera en cuanto à la parte moral la sacudida tan violenta que había sufrido dejó en ella rastros bastante alarmantes.

Todo su sistema nervioso se hallaba afectado; no cesaba de temblar; cada puerta que se abria, el más leve ruido la hacía extremecer de espanto; su fisonomía cambiaba á cada instante y sus ojos tomaban una expresion de insoportable terror.

Su mismo marido no conseguía, á pesar de su ternura y su presencia continúa, disipar estos efectos de mortal desasosiego. En vano trataba de calmar por completo sus temores.

A los dos dias del suceso advirtieron al vizconde que el cadaver de un extranjero, aunque estuviese vestido con el traje de los pescadores de la costa, había sido arrojado à la playa de Eroson.

La municipalidad rogaba al vizconde se presentase á verificar la identidad de aquel hombre en el malhechor que había encargado de arrestar. Y el vizconde, despues de haber provisto á la seguridad de Ilona, haciendo guardar su puerta así como todas las salidas del castillo, se presentó à la llamada de la autoridad.

Una mirada que echó al cadáver, depositado en la cabaña de un pescador, bastó para convencer á Gaston de que su cruel ri-

val, el encarnizado perseguidor de Ilona, habia cesado de vivir. Era la misma repugnante faz, más repugnante aun por el último terrible combate entre la vida y la muerte, cuyos efectos se manifestaban en la contraccion convulsiva de la boca, así como en sus puños crispados evidontemente en la rabia del moribundo.

Eran aquellos cabellos rojos pegados á las sienes por el agua del mar, aquella mirada feroz y torcida de ojos que quedaron abiertos en su horrible fijeza.

Gaston separó la vista de aquel repugnante espectáculo. Declaró que no conservaba duda alguna sobre la identidad de aquel miserable, y despues de contestar á las preguntas que le hicieron en cuanto a suceso, se apresuró á montar en su carruaje para regresar al techo conyugal.

Cuando participó à Ilona el resultado de su salida, y la aseguró de la muerte de su implacable enemigo, ella respiró largamente, como si se sintiese libre de un peso enorme, y, alzando los ojos al cielo, exclamó:

—¡Pobre Juan Jacobo! ¡Qué Dios tenga piedad de su alma!

Y arrojándose en brazos de Gaston, añadió:

—¡Ahora ya nadie nos separará!

Pera esta dulce seguridad no bastó para reponerla completamente; continuaba débil y nerviosa, y Gaston, desolado, no sabía qué imaginar para distraerla.

El médico encargado de asistir á la joven vizcondesa, declaró, en fin, á Gaston, que, segun él, el único remedio para restablecer á la joven seria alejarla por algun tiempo de Ploeven, arrancarla forzosamente á dolorosos recuerdos, qne debían naturalmente presentarse à su viva imaginacion, mientras tuviera à la vista los lugares de las últimas trágicas escenas.

Pensando seguir los sabios consejos del doctor, Gaston se preguntaba hacia qué lado dirigiría sus pasos, cuando una carta de la princesa vino á poner término á sus vacilaciones.

La princesa le anunciaba el estado desesperado de su marido, añadiendo en pocas palabras que el enfermo reclamaba la presencia del vizconde, como el último consuelo que tendría sobre la tierra.

La pobre mujer decía que este deseo había tomado las proporciones de una idea

fija, que su marido hablaba sin cesar de su amigo, y que contaba las horas que podían separarle de la realizacion de aquel deseo, en el que tenía esperanza tal vez para su restablecimiento.

La princesa, pues, suplicaba á Gaston que accediese al último voto del moribundo y no tardase, si quería verlo aun en vida. Gaston no vaciló.

Su amistad por la princesa era demasiado sincera para permitirle negar á la pobre señora ningun alivio en su dolor.

No teniendo ya que temer las intrigas y sordas maquinaciones de Juan Jacobo, se decidió à ir á Hungría con Ilona, aprovechàndose de la ocasion que le ofrecía el ruego de la princesa de alejar á su esposa de Bretaña.

Comunicó inmediatamente á esta última su proyecto de partida para el castillo de Simontornya. Ilona palideció de emocion y aun de terror á la idea de ver el suelo de su país natal, y de acercarse, tal vez, á su familia.

Hizo algunas ligeras objeciones, pero Gaston la tranquilizó probándole que todas las persecuciones, todas las penas que ha.

bía sufrido, no tenían más autor que el Rojo, y que muerto éste nada había que temer.

La prometió además no separarse de ella durante su permanencia en Hungria, y ya tranquilos y acordes en todo, ambos esposos emprendieron el viaje á la patria de nuestra heroina.

Su primer alto fué en Racz Egres, porque Laszló Dombay habia sido avisado de la llegada de su amigo, y se empeñó en tener necesariamente una conferencia secreta con el vizconde.

Esta conferencia entre los dos amigos fuè no solo larga y seria, sino que tambien dió por resultado impedir que Gaston divulgase su matrimonio y su verdadero nombre.

Excepto para el joven Dombay, iniciado en todos los secretos del vizconde, Ilona debía pasar à la vista de todo el mundo por la señorita Keronet, hermana de Gaston.

El príncipe y la princesa de Illeshazy, asi como todos sus conocimientos del país, no sabaín que tuviese otro nombre.

Gaston resolvió ir sin dilacion á ver á sus amigos, porque Laszló le aseguró que el príncipe se hallaba en las últimas.

Escribió, pues, algunas líneas à la princesa para avisarla de su llegada y solicitar al mismo tiempo para su joven hermana la cariñosa hospitalidad de la noble castellana de Simontornya.

El mensajero portador de esta carta, volvió al poco tiempo con ia invitacion más amable de parte de la princesa para Ilona, y aquella misma noche ambos viajeros quedaron instalados en el castillo.

La excelente princesa les recibió con esa tierna bondad que le había ganado la amistad sin límites de Gaston, y que conmovió no menos profundamente el corazon de Ilona. Su palidez y su excesiva delgadez hicieron conocer á Gaston las crueles angustias de la pobre mujer. Su existencia iba sin duda á quebrantarse por la muerte de su marido, en cuyo amor había concentrado toda su terrestre felicidad.

Despues de haber conducido á Ilona á la habitacion que la había preparado, rogó á Gaston la siguiese al lado del príncipe, que esperaba al joven viajero con febril impaciencia.

El vizconde quedó dolorosamente emocionado al descubrir los estragos que la

cruel enfermedad había causado en tan poco tiempo en las facciones del pobre enfermo. No podía formarse ilusion alguna; la muerte tenía ya su presa en sus implacables garras.

El príncipe, demasiado débil, y demasiado conmovido para articular palabra alguna, tendió los brazos à Gaston y le estrechó dulcemente contra su corazon, sonriendo con expresion de síncera alegría.

Gaston se sintió demasiado trastornado para permanecer más tiempo en la alcoba del enfermo, y deseando reunirse á Ilona, se dirigió á la habitacion, en donde la pobre niña, desplazada y temerosa, estaba sentada en un rincon con su doncella Justina, que no quiso separarse de su buena ama.

Habiendo declarado el médico á Gaston, en la mañana siguiente, que el príncipe tenía muy pocos dias de vida, y no queriendo el vizconde separarse de Ilona durante este tiempo, pidió autorizacion á la princesa para instalar á la joven, durante el dia, en una pieza contigua á la alcoba del enfermo, desde donde él podría hablarla y verla á cada instante.

Explicó este ruego, confiando á la prin-

cesa los temores nerviosos de la que llamaba su hermana y que por prudencia había presentado à aquella señora bajo el nombre de Ana.

La princesa, deseosa de contentar á Gaston, llevó al momento à nuestra heroina á un salon, cuya puerta abierta permitía á ésta ver á Gaston, sentado á la cabecera del enfermo.

Dos ó tres dias trascurrieron sin incidente alguno notable, cuando una mañana, mientras Ilona estaba en su tocador, una mujer de servicio, de aspecto conveniente se presentó á hacer una pregunta á Justina, que trataba de explicarse á través de la puerta entreabierta.

Pero como las dos mujeres no llegaban á entenderse, Ilona preguntó á la mujer de servicio de qué se trataba.

Esta, despues de inclinarse ante la joven vizcondesa, reiteró su pregunta mezclando algunas palabras alemanas y francesas.

Al mismo tiempo mostraba un pañuelo de nuestra heroina, en una de cuyas puntas se hallaba bordado el nombre de «Ilona», y preguntaba con sorpresa si aquella prenda que la habían entregado para el lavado

pertenecía á la joven señora.

Ilona se turbó visiblemente antes de poder contestar, mientras que Justina murmuraba contra los salvajes en medio de los que habían venido á vivir.

Por fin Ilona balbuceó algunas palabras para hacer comprender á la criada húngara que el pañuelo en cuestion era regalo de una amiga y hacia parte de los suyos.

Y mirando á aquella mujer, se sorprendió de verla inmóvil, fijando en ella sus ojos llenos de làgrimas, como si quisiera hacerla alguna pregunta más. Pero no atreviéndose sin duda á hablar, se inclinó respetuosamente y se retiró á pasos lentos.

Ilona se quedó pensativa despues de este incidente, y reiteró tan solo á Justina la orden de no servirse de ningun objeto de su tocador que estuviese marcado con su nombre, sobre lo que la doncella meneó la cabeza à propósito de las ideas raras de sus amos, y siguió echando pestes contra los *bárbaros* que los rodeaban, y que ni aun sabian saludar en francés.

Cuando la joven se rennió á su marido en la cámara del príncipe, no pudo decirle

nada del asunto de la criada, porque no se hallaba sola con él. Un instante después, la princesa, atormentada por el disgusto de no poder hacer más agradable la vida de la joven, se aproximó á Ilona y la propuso mostrarle el interior del castillo para distraerla un poco, mientras el príncipe descansaba un poco.

Ilona aceptó con reconocimiento, y siguió á la castellana á través de los diversos departamentos que componían el vasto castillo de Simontornya.

Solo una parte estaba amueblada y arreglada de una manera conveniente, al paso que todo lo demás había conservado cierto aspecto de abandono y descuido. La princesa explicó esta circunstancia diciendo:

—Solo hace pocos años que, habiendo venido á habitar en Simontornya, hemos tratado de restaurar este castillo, enteramente abandonado. Viviamos desde nuestra union en el norte de Hungria, donde se encuentran las posesiones de mi marido; pero a consecuencia de tristes acontecimientos de familia... mi esposo decidió venir á este castillo que forma parte de mi dote.

Ilona vió extenderse una súbita palidez

sobre el rostro de la princesa cuando aludía á las desgracias de familia, y llena de piedad por aquella potre mujer tan dulce y al parecer tan desgraciada, que le inspiraba un irresistible sentimiento de afeccion, trató de separar la conversacion de aquellas dolorosas reminiscencias.

Las dos penetraron en las habitaciones particulares de la princesa. Su *budoir* estaba amueblado perfectamente, y adornado con numerosos retratos y cuadros, asi como con todos los recuerdos de familia que la princesa decía haber traido consigo, cuando vino á establecerse en Simontornya.

Ilona examinaba con interés todo cuanto veia, cuando de pronto se detuvo como petrificada delante de un cuadro que se hallaba colgado sobre la mesa escritorio de la princesa.

Aquel cuadro no ofrecía, sin embargo, nada de particular, y hasta era de muy mediano valor artístico.

Representaba el interior de una granja holandesa. A un lado varios mozos de labor, sentados alrededor de una copiosa comida, parecían saborear los humeantes

manjares que les servía una mofletuda y fresca moza flamenca.

Un gato y un perro disputándose en un rincon los restos de carne y huesos; en el fondo, ardiendo, un brillante fuego en la chimenea; legumbres y frutas esparcidos aquí y allá; dos ó tres chiquillos rodando por el suelo; y por la puerta entreabierta del patio ó corral, viéndose sus diversos habitantes bípedos ó cuadrúpedos; todo esto completaba la animacion del cuadro.

Ilona no separaba de alli sus ojos; no oía lo que la princesa le explicaba acerca de algunos otros objetos; parecía que se desgarraba un velo de repente y que le permitía penetrar en un rincon olvidado de su memoria.

¡No era ciertamente la primera vez que veia aquel cuadro!... No, no; no se engañaba... Recordaba positivamente haber admirado y examinado todos los detalles... los niños... la comida... el gato y el perro... las gallinas... Pero, *¿cuàndo* y *donde?*

La princesa, sorprendida de su silencio, así como de su inmovilidad, ss acercó á ella, y viendo sus ojos fijos en el cuadro, se extremeció, y cogiéndola de una mano,

trató de arrastrarla más lejos, diciéndola con acento conmovido:

—Venid, hija mia, esa pintura no merece vuestra atencion. ¡Solo tiene valor para mi!...

—Perdonad, señora,—replicó tímidamente Ilona sin moverse,—espero no ser indiscreta preguntandoos desde *cuando* se halla este cuadro en vuestro poder.

La princesa pareció esperimentar cierta emocion á esta pregunta; un ligero rubor, seguido de una súbita palidez, pasó por su semblante; pero contestó sin vacilar:

—¡Oh! no podré decir fijamente cuándo fué comprado; pero desde que existo, siempre lo he visto en el salon de mi madre y luego aqui.

Ilona se dijo que había sido alucinada por su imaginacion, y se decidió à seguir á la princesa, cuando de nuevo sus miradas se fijaron en un objeto cuya vista detuvo sus movimientos.

Era un sello de agata y oro, en forma de rueda, que se hallaba en la mesa de la princesa. ¡Le parecía conocerlo de larga fecha! Lo cogió, lo volvió en todos sentidos, y cuanto más examinaba todos los pequeños detalles y adornos de aquella

joya, más familiares y más conocidos eran para ella!

Por segunda vez en el espacio de diez minutos, se apoderó de ella la conviccion de que se hallaba ante antiguos recuerdos.

Pero intimidada por la primera respuesta de la princesa, así como por el temor de parecer ridícula, Ilona calló esta vez y acompañó á la noble dama à las habitaciones nacidas de aquel incidente.

Se sentó en un extremo de la cámara y sin llamar á Gaston quedó sumida en sus tristes recuerdos.

Media hora pasaria así, con las manos apoyadas en las sienes, no oyendo ni viendo nada de lo que pasaba, cuando un grito de Gaston, de aquella voz amada, la arrancó á sus pensamientos.

XLIII

EL GRITO DE LA CONCIENCIA.

A la exclamacion proferida por Gaston, Ilona se lanzó á la alcoba del príncipe en donde se encontraba su marido, sin reflexionar que hasta entonces no había entrado allí, y el vizconde, alegre de verla acudir á su llamada, no pensó en ello tampoco, porque el enfermo, que toda mañana la pasó calmado relativamente, se había desmayado de pronto en sus brazos.

Ilona entregó á su marido el agua, las sales y todos los remedios que estaban á su alcance, y le ayudó á dar fricciones en las sienes y en las manos del príncipe.

Antes de que ella tuviera tiempo de llamar à la princesa, ésta acudió, y aunque se sintió trastornada por este incidente alarmante, ayudó con calma á los jóvenes que prestaban sus cuidados al enfermo.

Algun tiempo pasó sin que el príncipe recobrase el conocimiento. Su mujer estaba de rodillas á su lado llamándole dulcemente, mientras su bello y triste rostro se veía inundado de làgrimas.

Por fin el enfermo abrió un poco los ojos, y su débil mirada, fija por un momento en su mujer, parecía tranquilizarla demostrando que la reconocía.

Pero dejando caer los párpados, reposó aun algunos minutos.

Ilona, inclinándose entonces hacia su marido, le dijo á media voz:

—Gasten, ¿debo retirarme?

Pero Gaston no pudo contestar, porque al sonido de aquella voz el príncipe se había extremecido, y abriendo desmesuradamente los ojos los fijó con terror en Ilona.

Sus pupilas se dilataron, sus facciones expresaron el màs cruel espanto, y tratando de apartarla con su trémula mano, como para rechazar una horrible vision, exclamó:

—¡Ilona!... ¡Ilona!... ¡Dios mio! es ella!... ¡Perdon!.., ¡perdon!... ¡Viene à buscarme!... ¡á pedirme cuenta de mi...!

Y cayendo jadeante sobre las almoha-

das, parecía que iba à rendir el alma.

Los tres testigos de esta extraña escena quedaron como petrificados; pero el estado del pobre príncipe, á quien creian atormentado por alguna alucinacion, absorbió todo otro sentimiento.

Gaston hizo que su mujer se colocase detras de la cabecera del lecho, haciéndola una seña significativa. porque un miedo instintivo le hacía temer perderla de vista un solo instante.

La princesa entretanto murmuraba al oido de su marido:

—¡Te engañas lamentablemente, amigo mio!... ¡Es la hermana del vizconde á la que acabas de ver! ¡Jamás!... ¡Jamàs! ¿no me oyes?

Pero pasó algun tiempo antes de que se reanimaran las fuerzas del enfermo. En cuanto. sin embargo, pudo moverse, se incorporó y preguntó con voz temblando de emocion:

—¿En dónde está?... ¿Qué habeis hecho de mi Ilona? ¡Mi hija!... ¡quiero verla!...

—¡Jamás! ¡No des pábulo a esa alucinacion!... Esa joven se llama Ana de Keronet y no Ilona!... ¡Cálmate, por favor!...

¡Esa agitacion puede perjudicarte!

—¿Dónde está?... ¿Quiero verla!—repitió el príncipe con toda la persistencia que despliegan los enfermos.

Aunque Gaston no supiese explicarse este conmovedor incidente, negó deber intervenir, y tomando la mano de la princesa, la dijo dulcemente.

—Perdon, querida princesa, no puedo callar más largo tiempo. Hay una cosa en la que el príncipe no se engaña. Es que Ana cree efectivamente acordarse de que Ilona ha sido el verdadero nombre de su infancia.

—¡Jesús!... ¿Qué decís?—exclamó la princesa descompuesta.—¿Será posible?... Vuestra hermana...

Y tan violenta fué su emocion, que, incapaz de sostenerse, cayó de rodillas tendiendo los brazos á la joven, mientras que Gaston, que juzgó prudente no contestar antes de haber oido más, llevaba á Ilona temblando al lado del príncipe.

En cuanto este la vió, exclamó de nuevo:

—¡Es ella!... Ilona... Esos son sus grandes ojos, tan dulces que jamás he olvidado... Esa mirada que me persigue en mis

sueños, como un remordimiento... Son sus facciones, muy poco cambiadas después de tantos años.

Tantos años de tormentos y de crueles reproches. ¡No estará muerta, Dios mio! ¡Ah! perdón, hija mia. Una voz me dice que no es vana ilusion, que eres tú que vuelves á mis brazos .. Dios ha tenido piedad de mí, y te trae á mi lecho de muerte, á fin de que pueda obtener el perdón de tu boca. ¡Oh! sí, dile á tu viejo padre, tan culpable como desgraciado, que puede espirar sin llevar tu odio y tu maldicion.

Mientras decía esto con voz incoherente, besaba las manos de Ilona, que sollozaba amargamente, no sabiendo si soñaba ó si todo lo que estaba pasando era una realidad.

La princesa, por su parte, había sacado de su seno un pequeño medallon que contenía una miniatura que analizaba ansiosamente comparándola con Ilona.

Este examen duró muy pocos segundos, y exlamó á su vez:

—¡Sí... sí... es ella!... ¡Dónde tenía mis ojos!... Pero, querido amigo, ¡calmad mi ansiedad! Decidme, por favor, ¿es vuestra

hermana, ó es realmente mi pobre hija... mi Ilona, bien amada... que he creido muerta hace largo tiempo?

Gaston se quedó estupefacto ante el horizonte que se desarrollaba á sus ojos y que era tan diferente de lo que había creido adivinar.

Pero la tierna alegría, la emocion tan verdadera de la princesa le probaban que *ella* al menos estaba no solo inocente de todo crímen contra la pobre Ilona, sino que había sido víctima de una infame traicion.

Seguro de su ayuda y proteccion, no vaciló màs y respondió:

—Ilona no es mi hermana, aunque se halle en mi compañía... Perdonad, señora princesa, el que haya usado de este título para introducirla en vuestra casa... Al llegar aquí, no podía sospechar la sorprendente revelacion que me ha sido hecha y más tarde comprendereis que necesitaba ser prudente y circunspecto en lo que concierne á nuestra pobre Ilona...

Solo tenía vagos indicios sobre su origen, y habiendo adquirido la certeza de que era en Hungria donde debía buscar à su familia, contaba precisamente con abusar

de vuestra bondad para que me ayudarais en mi empresa, dándome informes sobre uno de vuestros empleados... un tal Vacsay... à quien suponía padre de Ilona.

Al nombre de Vacsay, el príncipe lanzó un sordo gemido murmurando:

—¡Mi genio malo!

Y la princesa añadió:

—¡El!... ¡Ese miserable!

Gastón creyó que iba á proseguir; pero, por el contrario, parecía que esperaba de él la solucion del misterio. El vizconde continuó:

—Hace más de tres años que descubrí á Ilona en un miserable chalet en las inmediaciones del lago de los Cuatro Cantones... se hallaba confiada á los cuidados de una vieja harpía y de un miserable llamado Juan Jacobo Mallet.

A oir estas palabras, el príncipe y la princesa lanzaron simultáneamente un grito mitad de dolor mitad de alegría y exclamaron.

—¡El lago de las Cuatro Cantones!... ¡Si... si!... ¡No hay duda... es ella!... ¡Nuestra hija!... ¡Ven à nuestros brazos!...

Pero Ilona solo respondió à la llamada

de la princesa y, arrojándose violentamente á los brazos maternales, que despues de tanto tiempo se abrían para recibirla por primera vez, balbuceó con acento entrecortado por las lágrimas:

—¡Oh, Dios mio!... ¿No es esto un sueño?... ¿Vos... vos... mi madre?

—¡Sí... sí... mi querida hija... ya no dudo, no!...

Y estrechándola contra su corazon, mezclando sus lágrimas á las de su hija, la princesa la tuvo largo tiempo abrazada.

Gaston contemplaba con emocion aquel cuadro tan tierno y conmovedor.

Pero pasada la primera efusion, la princesa alzó la cabeza y, fijando su dulce mirada en el rostro de su hija, la dijo en tono suplicante:

—¿Y tu padre, Ilona? Le negarías tu perdon y tus caricias filiales?... ¡Oh! no dejes vana la primera súplica que le es permitido formular à una madre!... ¡Ya te convencerás de que ha sido engañado... arrastrado á una pendiente fatal!... No ha sido tan culpable como indican las apariencias.

El príncipe se había cubierto el rostro para ocultar sus lágrimas y murmuraba

una sorda plegaria, cuando sintió dos suaves manos separar dulcemente las suyas, y los frescos labios de su hija imprimir un beso en su frente.

Respondió á esta tímida caricia por un grito ahogado que se parecía à un gemido, y enlazando à Ilona con sus enflaquecidos brazos, estrechó á su hija contra su corazon... por la primera vez en su vida.

La princesa veia este dulce espectáculo con los ojos preñados de lágrimas, bendiciendo á la bondad divina que le concedía tanta dicha; en su profundo reconocimiento, estrechaba las manos de Gaston.

El príncipe quiso dar explicaciones y hacer una confesion de sus faltas; pero los otros no lo consintieron, por su estado de salud, y exigieron de él un reposo absoluto despues de las fuertes y conmovedoras escenas que rápidamente se sucedieran unas á otras.

Sólo habiéndole jurado que Ilona no se alejaria y que la podría ver á cada momento, el príncipe consintió en separarse por algunas horas de su hija.

Antes que Ilona y Gaston saliesen de la

alcoba, el enfermó tendió la mano al vizconde y le dijo:

—¡Parece que es vos á quien debo no ser completamente criminal!... ¡Gracias por todo el bien que habeis hecho por *ella!*... ¡Qué Dios os recompense!... *¡Todo* os lo contaré!.., Entretanto, no me desprecieis.

Los sentimientos de amistad é interés que unian á Gaston con la familia de Illeshazy le ayudaron sin duda en aquel momento á soportar la indignacion que sentía su alma contra el príncipe, desde que había adivinado en él uno de los indignos autores del drama de que fué víctima la desgraciada Ilona.

Se limitó, pues, á saludarle sin responder ni á sus agradecimientos ni á sus ruegos, y se alejó con su mujer, porque conocía que no hubiera podido hablar con sangre fria al padre, evidentemente tan cruel, de su pobre Ilona.

La princesa, ávida de cada instante pasado al lado de su querida hija, resucitada para ella de una manera tan milagrosa, siguió al matrimonio.

Gaston le mostró entonces el pañuelito de Ilona, obtenido de la sórdida vieja, re-

cuerdo del que no se había separado nunca. Ella lo reconoció al momento por haber pertenecido á su haja, y les fué fàcil encontrar las señales de dos I entrelazadas con una corona de príncipe superpuesta.

Gaston la enseñó tambien la acuarela hecha en Hütlisberg, que representaba su primer encuentro con la joven. Si la princesa hubiera conservado alguna duda, aquellos recuerdos de la infancia la hubieran desvanecido por completo.

Ilona contó á su madre cuáles habían sido su sorpresa y asombro al ver el cuadro y el sello que se hallaban en el *budoir* de la princesa, y ésta le explicó la causa de su emocion, diciéndole que en su infancia aquellos dos objetos habían siempre cautivado su atencion, y eran unos dulces al par que desgarradores recuerdos para su corazon de madre.

Hasta aquí el vizconde no se había atrevido á confesar el tierno lazo que le unía á Ilona. Esperaba las confidencias de la princesa antes de hacerla conocer su posicion respecto á ella y á su nueva familia.

La princesa no veía aun en él más que

el salvador de su hija; pero este título, que se lo hacía doblemente querido, explicaba tambien el interés del vizconde por la joven.

Conociendo cuànta debía ser su impaciencia y la de su hija por conocer de una vez la misteriosa historia de la infancia y desaparicion de Ilona, haciéndolos sentar á su lado, empezó la relacion que va á seguir, historia completa de sus penas y de su vida de sufrimientos.

XLIV

RELACION DE UNA MADRE.

—Antes de entrar de lleno en el relato de mi existencia y de la tuya, hija querida, en la parte que e·ta última me es conocida—así empezó la princesa,—necesito recurrir á todos los sentimientos de ternura, bondad é indulgencia que seguramente encierra tu joven corazon.

Necesito suplicarte olvides y perdones, en todo lo posible, el triste aislamiento, la pobreza y tal vez ¡ay! los tormentos que has pasado en tu juventud... ¡qué se los perdones á tu moribundo padre!

Mi corazon padece horriblemente al pensar que nuestra hija, tú, á quien amaba tan tiernamente, que tenías derecho á tantos cuidados y á un completo bienestar, te hallabas abandonada, entregada á manos mercenarias, maltratada tal vez...

¡Oh! por favor no me digas nada—exclamó, viendo que Irona iba á hablar.—No me siento hoy con fuerzas para oirte... Ya me contarás todo más tarde... Por el momento, mi corazon está demasiado lacerado para soportar la noticia y el amargo dolor que presiento... Además, hay que llenar muchas lagunas, obtener detalles de tí ó de Gaston...

¡Mi pobre querida niña!—añadió cubriendo de besos á su Ilona y regándola con sus lágrimas,—¿comprendes tú el profundo dolor que llena mi corazon, viéndome obligada á confesarte las faltas de *tu padre*, á implorar tu perdon para él, para el marido á quien amo apasionadamente, y que, me enorgullezco al decirlo, siempre ha merecido mi amor?

No, no: no sabrás adivinar todos los sentimientos contradictorios que me desgarran el corazon disputándose la preeminencia en mi alma.

—Es posible,—respondió Ilona, apoyando sus labios en la mano de su madre,—que yo no pueda apreciar en su justo valor todos vuestros sacrificios, vuestros dolores, vuestras penas; pero lo que sé positivamente, es que vos no contareis jamás en

vano con mi abnegacion filial, lo mismo que con mi màs tierna afeccion y mi perdon, si acaso teneis necesidad de recurrir à este último, sea para vos, sea para mi padre.

A la verdad, no tendré ningun mérito en este sentimiento de indulgencia, porque me parece que todo cuanto he podido sufrir, está borrado de mi memoria y de mi corazon por la inmensa dicha de haber hallado en vos á mi cariñosa madre.

—¡Oh! ¡gracias, gracias por estas buenas palabras, hija de mi alma!—exclamó la princesa.—¡Que Dios te bendiga!... Ahora escuchadme.

Soy hija única de padres tiernos y afectuosos, de los que fuí el ídolo. Mimada, consentida y adulada por ellos, así como por todos los que me rodeaban, pasé una infancia y una juventud tan feliz como indiferente, no conociendo entonces màs que el lado risueño de la vida.

De un carácter naturalmente ligero y frívolo, no pensaba màs que en divertirme y en satisfacer mis menores caprichos, así como en gozar de todas las ventajas que me ofrecía la gran fortuna de mis padres.

Desde que me presenté al mundo, á los diez y seis años, me ví rodeada de numerosos pretendientes á mi mano, y, sin darme cuidado de los diversos sentimientos que podían experimentar por mí, no pensaba más que en loquear, desplegando la mayor coquetería con los esclavos que arrastraba tras mi carro.

Pero yo debía ser cruelmente castigada por esta conducta tan frívola, y por desgracia tan comun en las jóvenes del dia.

Entre mis adoradores figuraban un joven oficial austriaco llamado M. de Breuner, que estaba de guarnicion de Kassovia, ciudad muy inmediata al castillo de mi padre.

Más audaz, ó menos paciente que sus rivales, no se contentó con hacerme una corte respetuosa, como conviene á una joven, y me escribió varias cartas de amor. Estas ardientes declaraciones, en lugar de excitar mi indignacion, me lisonjearon y me divirtieron en extremo.

Lejos de volvérselas á su autor, ó enseñárselas á mi madre, como tal era mi deber, no demostré resentimiento alguno á aquel atrevido joven.

Alentado por esta conducta, y no du-

dando del triunfo, aunque yo no fuí nunca bastante imprudente para contestar á sus cartas, ni para hacerle promesa alguna, llegó hasta el extremo de pedirme una cita. Despues comprendí que no estando seguro del consentimiento de mis padres, esperaba obligárles por este medio à que le concediesen mi mano.

La tentacion de ceder tal vez por ligereza á este ruego tan poco delicado como temerario, se evitó felizmente para mí.

El mismo dia en que me dieron la carta de M. Brunner, llegó tu padre al castillo de mi familia. Desde que ví à Janos, en cuanto lo conocí, mi corazon fué suyo para siempre.

Desde aquel dia, su amor fué el objeto de todos mis pensamientos, el más ardiente de mis votos y el móvil de la menor de mis acciones.

Yo me sentía ruborizar de mis imperdonables coqueterías, cuya frivolidad comprendí entonces, y no tuve otro deseo ni otra esperanza que pertenecer al príncipe Illeshazy, unir mi destino al suyo!|

Completamente dominaba por este sentimiento, tan nuevo para mi, y que me in-

vadía por completo; feliz con la viva afeccion que yo igualmente había inspirado á Janós, no concedí el más mínimo pensamiento, ni á mis adoradores desahuciados ni á las tentativas más audaces del joven oficial de Kracovia.

No tardé mucho tiempo en conocer el carácter celoso de Janós, que veía con impaciencia la numerosa corte que me rodeaba. Mi frialdad con los pretendientes á mi mano les reveló muy pronto el cambio que en mí se había verificado, y todos se retiraron más ó ménos disgustados.

M. Brunner debió hacer otro tanto; pero creyéndose seguro del triunfo, su cólera fué más violenta que en ninguno, y para saciarla recurrió á la venganza, pero á la venganza de los cobardes, porque trató de atacar mi reputacion con las calumnias màs infames.

Mis padres y yo ignoramos, sin embargo, esta circunstancia, y me abandoné dulcemente à mi felicidad, pues mi matrimonio con el príncipe quedó decidido poco tiempo despues de su llegada á Murany, el castillo de mi padre.

Mi prometido había perdido á sus padres

en la infancia. Cuando llegó á la mayor edad entregó la gestion de toda su fortuna á uno de sus intendentes, llamado Vacsay, que es sin duda el mismo de que hablaba Gaston.

Janós, aficionadísimo á los viajes, y teniendo al mismo tiempo una absoluta confianza en Vacsay, había pasado algunos años en paises extranjeros, cuidándose muy poco de lo que pasaba en sus posesiones.

Su afeccion por mí hizo desaparecer súbitamente sus gustos y habitudes nómadas.

Decidió que nos estableceríamos en nuestra patria, alternando entre nuestras magníficas posesiones en el condado de Tencsin. Resolvió tambien ocuparse en adelante del cuidado y administracion de su fortuna.

Mas ésto no convenía en manera alguna á Vacsay, hombre tan malvado como despreciable, habituado hasta entonces á gobernar como amo, con gran detrimento de los intereses de mi marido y del bienestar de nuestros pobres colonos, segun ha sabido despues.

Viéndose, pues, no solo frustrado en su influencia sobre su joven amo y en sus ventajas pecuniarias, sino tambien vigilado

de cerca en todas sus acciones, y supo niendo que yo era la causa principal de este cambio, me aborreció con todas las fuerzas de su alma perversa.

Mi futuro esposo lo llamó á Murany, porque tenía necesidad de él para arreglar diferentes asuntos relativos á nuestro matrimonio, y fué durante esta corta permanencia, que habiendo entrado una noche en un café de Krascovia, oyó á M. Breuner hablar de mí ofensivamente, de cartas cambiadas entre ambos, de citas obtenidas, etc., y todo ello en términos bastante injuriosos.

Ya fuese por miedo de no disgustar á Janós, ya tal vez por indiferencia, yo había omitido hablarle de las galanterías de Breuner. Fué una grave falta de mi parte, y esta omision fué la causa real y verdadera de todas mis penas.

Segun me dijo Janós. mucho màs adelante, Vacsay había tratado de disuadir á su amo de su enlace conmigo, insinuàndole algunas dudas sobre mi carácter y mi conducta. Pero desde las primeras palabras que osó pronunciar, Janós, que me adoraba, se había encolerizado tanto, ame-

nazando arrojar de su lado al miserable si se atrevía á repetir semejante ultraje, que el delator guardó silencio por aquella vez.

Mi matrimonio se celebró sin accidente alguno pocos dias despues de esta escena, y partimos enseguida para las posesiones de mi marido. No te hablaré, hija mia, de la inmensa felicidad durante los primeros meses de nuestra union. Ojalà puedas un dia experimentar una dicha igual.»

La tierna mirada que à estas palabras cambiaron Gaston á Ilona, pudo haber ilustrado á la princesa sobre las relaciones que entre ellos existian; pero en aquel momento estaba demasiado absorta en sus recuerdos para prestar atencion á nada.

Continuó así su relato:

—Hablaré, sí, del noble caràcter de tu padre, que cada dia me fué más conocido y de las brillantes cualidades de su corazon, si bien éstas se hallaban oscurecidas por los celos y una extrema violencia, así como por una tenacidad de hierro.

Se dejaba arrebatar fácilmente por su vivacidad, y jamàs se volvía atrás de una resolucion tomada, fuese injusto ó no el sentimiento que la había motivado. A pesar

de estos defectos, que debo confesar, estoy convencida de que nada hubiera turbado nuestra perfecta tranquilidad domèstica, si mi imperdonable imprudencia no hubiera venido à crear la causa de todas mis desgracias.

No solo yo no habia hablado á Janós, segun he dicho ya, de las galanterías y obsequios de Mr. Brunner, y de mis coqueterías con él, cosas á las que no daba importancia alguna, sino que me había olvidado tambien de quemar ó destruir las cartas del joven oficial.

Entre tanto, la dulce esperanza de ser madre había venido á colmar la medida de mis alegrías. Nada debía faltar dentro de poco á mi felicidad, cuando amaneció el terrible día en que quedó destruido mi reposo para siempre.

Aunque viviese centenas de años, la horrible imprasion que sentí aquella mañana jamàs se borraria de mi corazon, cuando ví á tu padre, que un momento antes había entrado en mi cuarto á buscar un papel, volver con el rostro letalmente pálido, y las facciones contraidas por la cólera.

Se adelantó hacia mí tambaleándose y me

tendió una carta, preguntàndome con acento extraño:

—Irma... estas líneas, estas palabras... ¿están dirigidas á vos?

Yo no comprendía aun nada de su emocion extraordinaria; pero una mirada dirigida á la carta me bastó ¡ay! para reconocer la letra de M. Brunner... Aunque un doloroso presentimiento me oprimía ya el corazon, me eché á reir y dije:

—¡Ah! ¡has encontrado esas necias cartas...! Me había olvidado de contarte esta ridícula historia.

—¡Y os atreveis á llamarla ridícula historia...! No teneis, pues, vergüenza de veros obligada á confesarme que en el mundo hay un hombre que puede alabarse de haber dirigido impunemente palabras tan indignas á la que es *mi mujer*... ¡y que haya obtenido citas!... ¡Eso es infame!

Por un instaate quedé aterrada por lo que oia, y luego exclamé:

—¡No, no, Janós! ¡Cómo puedes creer semejante cosa...! ¡Té engañas...! ¡No es eso...! ¡Jamás he pensado ni en contestarle ni en concederle el menor favor!

Janós me interrumpió por una carcajada

que me traspasó el alma, retorciéndome las manos cruelmente.

—¿Y tampoco le habreis amado, no es eso? Añadid esa mentira á todo el resto de vuestras supercherías!... Pero ántes leed esta carta; digo mal, volvedla à leer y fijaos en este párrafo.

Y desdoblando la odiosa carta, me puso ante los ojos, ciegos por las lágrimas, las líneas siguientes:

«No puedo dudar de vuestro amor; no seais, pues, cruel y poned el colmo á mi felicidad, concediéndome la ocasion de expresaros sin testigos toda la pasion que devora mi alma.

»Esta noche, cuando todo el mundo duerma en el castillo, me hallaré en la gran calle del jardin, y os esperaré.»

Aquella carta, tan comprometedora, que yo apenas había mirado, y cuya importancia no comprendí hasta aquel momento, había sido hallada por Janós en medio de mis papeles. No tenía, desgraciadamente, fecha.

Sin esta deplorable circunstancia, Janós hubiera podido comprender la inverosimilitud de una cita concedida por mí en

MISSING
PAGE

MISSING PAGE

MISSING PAGE

MISSING PAGE

MISSING PAGE

MISSING PAGE

MISSING PAGE

MISSING PAGE

damente que esta circunstancia me detenía.

Con gran sorpresa mía, replicó enseguida:

—¡Oh! que no te detenga, puedes llevar la niña. Un cambio de clima le hará mucho provecho.

No me atreví á manifestarle francamente todo el placer que me causaba esta autorizacion y me apresuré á prepararlo todo para la marcha. Confié mis dos hijos à mi madre, y tranquila por esta parte, emprendí alegremente este viaje, que debía ¡ay! tener tan lúgubre resultado!

Admitiendo la sociedad de nuestra pobre hija, la indulgencia de mi marido por ella no llegó, sin embargo, hasta consentir verla constantemente. Había, pues, decidido que nos seguirías con tu ama y uno de los criados en un segundo carruaje. Conociendo la fidelidad á toda prueba de esta mujer, quedé satisfecha con este arreglo, porque en presencia de tu padre tu difícil carácter me causaba continuos trances.

Todo fué bien hasta Viena, en donde se nos reunió Vacsay. Mi marido explicó su odiosa presencia por un asunto de interés que tenía que concluir en el extranjero,

pora el que necesitaba la ayuda y consejos de su intendente.

Desde aquel momento fuí atormentada por tristes presentimientos, y todo el placer que esperaba obtener en este viaje quedó reducido á nada.

No entraré en detalles de nuestro itinerario, pero noté muy pronto, y con pena, que Janós, lejos de sacar una ventaja moral del cambio de país y clima, se ponía más taciturno.

Sus frecuentes y secretas conferencias con su genio malo me desolaban. En cuanto á tí, hija mia, todo te encantaba; la distraccion, tanto como el cambio de clima, mejoraba tu salud tan visiblemente, que yo bendecia al cielo porque al menos me concedia este beneficio.

Llegamos á Lucerna así, y apenas instalados, tu buena ama cayó enferma. Este acontecimiento me obligó á no separarme ne tí un solo momento, no pudiendo ni queriendo confiarte á las gentes del hotel.

Tu padre pareció resignarse á tu presencia y ésto de mejor gracia de lo que yo esperaba, aunque jamás te dirigía la palabra ni te concedía una sola mirada.

Un día, en fin, dia terrible, cuya triste fecha, 26 de julio de 1850, ha quedado grabada en letras de fuego, encontré á mi marido muy agitado desde por la mañana, y casi con fiebre.

No permanecía quieto en un punto, no se fijaba en ocupasion alguna y me hab'aba con acento conmovido y frases entrecortadas.

Yo suponía que tu vista era la causa de su turbacion, y cuando, despues de un día de excesivo calor, Janós me propuso un paseo por el lago, no me atreví à rehusar por miedo de irritarle más, aunque el cielo estaba cubierto de amenazadoras nubes.

Tampoco me atreví á oponerme á su deseo de que tomássmos dos barcas, siendo ocupada la una por tu padre y por mí, siguiéndonos tú en la segunda con Vacsay.

Este arreglo era para mí de lo màspenoso, y tú mismo, que detestabas á Vacsay, no hubieras dejado de hacer una de las tuyas, si el placer de una excursion por agua no dominara entonces tu aversion.

Aunque Vacsay parecía tener gran cuidado contigo, mis inquietudes aumentaron cuando, despues de un passo de media

hora, y estando ya en medio del lago, se desencadenó la tempestad.

Mi marido, cediendo á mis ruegos, dió orden de volver á Lucerna, y llamando al otro barquero, le intimó que hiciese otro tanto. Pero el huracan, que soplaba con violencia, había separado las dos embarcaciones, impidiendo que se oyese nada de una á otra.

No sé, pues, si la orden dada por mi marido fué ó no comprendida por el batelero de tu barca. Lo cierto es que en lugar de seguirnos hacia Lucerna, la débil barca, sacudida por la tormenta y sumergida por las olas, se alejaba de nosotros á cada instante, y yo la veia con angustia llevada en direccion opuesta del lado de Weggis.

Supliqué á mi marido, vertiendo un torrente de lágrimas, que nos hiciese seguir el esquife que se llevaba à mi pobre hija, y no abandonarla en un peligro tan inminente. Tu padre estaba igualmente pálido y temblando, y con tiernas frases se esforzaba en hacerme comprender la inutilidad de una persecucion por nuestra parte en medio de semejante borrasca.

Me explicó la direccion contraria que había tomado tu batelero, por su evidente deseo de arribar lo màs pronto posible.

Nuestros dos remeros trataron por su parte de calmar mis terrores alabando la pràctica y la inteligencia de su camarada, que conociéndose sin duda demasiado débil para resistir él solo los elementos desencadenados, había obrado con mucha prudencia acercàndose á la costa para salvar así su embarcacion.

Traté de rendirme à aquellas razones y apaciguar mis alarmas, aunque los torrentes de lluvia que caían interceptaban la vista, ocultando á mis ojos el objeto de mi amor.

Nos costó un improbo trabajo llegar sanos y salvos á Lucerna. Llegados à fin á nuestro hotel, cuyas ventanas dominaban el lago, me establecí en una de ellas y permanecí con el rostro pegado á los cristales, esperando con angustia tu vuelta, porque mi marido habia salido en coche para buscarte.

Pero los minutos y las horas pasaban sin darme la alegría de tu querida presencia, sin traerme ninguna noticia tranquilizadora... La oscuridad de la noche no me

permitia distinguir nada, y la lluvia continuaba cayendo á torrentes.

No pudiendo contenerme salí tambien y corrí más de veinte veces por el camino de Weggis, espiando cada movimiento, escuchando todo ruido y preguntando à todos los transeuntes, hasta que la hora avanzada de la noche hizo recoger á todos en sus moradas.

Mi marido volvió al amanecer. Cuando oí el rodar del conde. y reconocí la voz de Janós, me lancé anhelante á su encuentro. Ví apearse á mi marido, pálido y seguido del infame Vacsay... Pero ¡ay¡ no ví á mí pobre Ilona!

Adivinando entonces que habias sido víctima de alguna horrible desgracia, no arrojé más que un grito desgarrador, cayendo al suelo sin conocimiento.»

A este recuerdo tan doloroso, corrieron de nuevo las lágrimas de la princesa, mezcladas esta vez á las de Ilona, conmovida de piedad al relato de los sufrimientos de su pobre madre, á quien cubria con sus más tiernas caricias.

Al cabo de algunos instantes la princesa prosiguió en estos términos:

—Cuando volví en mí me encontré en mi lecho, mientras que Janós, pálido como un especto, me prodigaba sus cuidados.

Yo había adivinado ya lo que iba á decirme.

La barca había volcado... y mi pobre hija y el batelero habían perecido en las olas! Esto fué lo que Janós, con trémula voz, contestó á mis apasionadas preguntas, asi como á las imprecaciones arrancadas á mi desesperacion.

Tu padre, por otra parte, parecía tan abrumado de dolor que no me atreví á continuar acusàndole, y todo mi resentimiento recayó sobre su genio malo, Vacsay, aunque este último asegurase haber hecho esfuerzos inauditos por salvar á nuestra hija.

Mi marido, adivinando el horror que me inspiraba aquel ser despreciable, le alejó al momento, mandàndolo á Hungría.

Janós me dijo que había dado las órdenes necesarias para descubrir los restos de mi desgraciada hija; pero tus queridos despojos ni los del batelero pudieron ser encontrados, lo cual me explico ahora perfectamente.

Trascurrida una semana, cuando quedó desvanecida toda esperanza, me decidí á escuchar las instancias de mi marido y abandonar aquellas orillas donde quedaban tan lúgubres recuerdos para mí.

¡Yo había pasado todo este tiempo encerrada en mi cámara, entregada á mi desesperacion y á los amargos reproches que no cesaba yo de dirigirme acusándome de una imperdonable cobardía, y debilidad por no haber sabido defender los derechos de mi hija.

Los socorros de la religion, así como mi inalterable amor à tu padre, arraigado en mi corazon, concluyeron por darme un poco de resignacion y calma; pero mi salud quedó quebrantada para siempre por aquella cruel sacudida.

Ninguna duda en cuanto á la veracidad de la relacion de tu padre atravesó jamás mi espíritu. ¡Yo te creía realmente muerta, y sepultada en una tumba húmeda y fria!

Hace cosa de un mes, algunos dias antes del accidente de mi marido, causa de su actual enfermedad, se despertaron en mí por primera vez vagas sospechas. Hasta entonces, Janós no había mostrado la menor

agitacion que pudiera parecerse á un remordimiento.

Pero durante un largo viaje de Vacsay, habiéndose presentado mi marido inopinadamente en sus posesiones al Norte de Hungría, administradas exclusivamente por aquél, descubrió tales fraudes, malversaciones tan manifiestas por parte de aquel miserable, que al fin cayó el velo que cubría los ojos de Janós.

Perdida de una vez su confianza en Vacsay, confianza que durante tantó años había resistido á las insinuaciones de los demás empleados, de sus amigos, y, sobre todo, à su afeccion por mí, el cambio que en él se produjo fué completo.

Desde el momento que adquirió la certeza de que aquel hombre había indignamente abusado de su ilimitada confianza para engañarle vilmente, todas las aserciones anteriores de Vacsay se hundieron al mismo tiempo, pues se hallaban privadas de toda veracidad.

Desde entonces mi pobre marido no gozó un momento de reposo. Al regreso de Vacsay tuvo con él una entrevista borrascosa,

cuyo resultado fué arrojarle ignominiosamente de su servicio.

¡El sueño de Janós era agitado por horribles pesadillas y alucinaciones, durante las que creía ser perseguido y castigado por su crimen!...

Instado por misinquietas preguntas, solo me dijo haber sido arrastrado por las falsas y falaces alegaciones de Vacsay á cometer una accion injusta.

Añadió que no se concedería tregua ni reposo antes de haber reparado el mal cometido, y me suplicó rogase á Dios por él, à fin de que pudiera tener éxito su empresa. Para ello, segun me dijo, le era necesario hacer un viaje á Viena.

Yo veia á mi pobre Janós tan desgraciado y sujeto á una tan violenta desesperacion, que no me atreví á insistir más, temiendo descubrir alguna falta en su pasado.

Ya conoceis todos los detalles del suceso, mi querido Gaston; vuestros tiernos y solícitos cuidados por Janós os han asegurado nuestro reconocimiento, asi como nuestra amistad; pero no sabeis la cruel angustia que entonces turbó mi corazon!

Yo había adivinado que algun tenebroso

secreto pesaba sobre la conciencia de mi desgraciado esposo; pero ignorando hasta los menores indicios de esta falta, no podía, ni ayudarle en la reparacion proyectada, ni reemplazarle, ni aun confiarme á quien quiera que fuese.

El estado desesperado de Janós me hacía temblar de verle arrebatado por la muerte y arrancado á mi amor antes de que hubiera podido hablarme á corazon abierto.

Sin embargo, el cielo, á quien yo invocaba con tanto fervor y lágrimas, vino en mi ayuda. Una mejoría visible se obró en la enfermedad, y en cuanto mi marido tuvo fuerzas para una larga conversacion, pidió antes que nada cumplir sus deberes de cristiano, lo cual le calmó, proporcionándole gran consuelo.

Fué en esta época, querido amigo, cuando os visteis en la necesidad de partir súbitamente, sin poder ni aun decir «adios» á nuestro querido enfermo. Os acordareis tal vez de que yo os impedí entrar en su alcoba y me encargué de trasmitirle vuestra despedida, temiendo por él toda especie de emocion.

Desde las primeras palabras que dije á mi marido, sentí amargamente no haberle prevenido antes de vuestra partida. Parece que le habiais inspirado tal confianza, tal simpatía, que contaba ciegamente con vuestra amistad y vuestros servicios para sacarlo del mal paso en que se veía comprometido.

Manifestó, pues, una verdadera desesperacion de verse arrebatar esta nueva probabilidad de salvacion, y yo os hubiese instado para que vinierais una vez más en socorro nuestro, si no me hubiérais asegurado que era un asunto de corazon lo que os robaba de nuestro lado.»

—¡Ah! ¿por qué no habeis cumplido su deseo?—respondió Gaston.—Hubiérais allanado muchas dificultades, hubiérais trabajado en vuestros intereses tanto como en los mios, porque eran idénticos!

¡Era por Ilona, por ella sola por quien os dejaba, y esto á fin de descubrir el lugar de su reclusion despues del rapto del convento en que yo la había colocado!...

—¡Dios mío!... ¡es posible!...—exclamó la princesa.—¡Ah!... ¡si lo hubiera sido!... Pero

si es así,—añadió mirando á su hija, que se ruborizó,—esa joven à quien amàbais... Pero me contareis todo eso... Antes debo terminar mi doloroso relato.

En vano fué suplicar á mi marido se confiase en mí y me hablase de sus penas; no pude obtener su confesion, y supongo ahora que fué el temor solo de alimentarse con una esperanza tal vez ilusoria, lo que le impidió abrirme su corazon.

En fin, después de algunas semanas de irresolucion y de profunda pena por parte de Janós, así como de nuevas angustias de la mia, viendo que su salud se debilitaba de día en día, á consecuencia de esta agitacion, se decidió à seguir mi consejo de hablar á uno de nuestros amigos y vecinos del campo, hombre probo y estimable por todos conceptos.

Janós le confió sus inquietudes, y le rogó al mismo tiempo fuese á Viena á dar los pasos necesarios en su reservada empresa. Mi pobre marido estuvo, naturalmente, en un estado de cruel impaciencia durante las tres semanas que duró la ausencia de nuestro amigo, y tanto más que solo recibimos una carta así concebida:

«La persona que buscais ha desaparecido misteriosamente; pero tranquilizaos: estoy sobre la pista. Todas las pesquizas son dirigidas por mí.»

Esta carta tan lacónica, verdadero enigma para mí, fué seguida de un silencio absoluto. Pero aunque la inquietud parecía devorar à mi desgraciado esposo, hubiera preferido la incertidumbre, que admitía aun un rayo de esperanza, á la desastrosa noticia que trajo nuestro confidente.

Apenas llevaba encerrado con mi marido unos cinco minutos, cuando oí un penetrante grito, y corriendo al lecho de mi querido enfermo, le encontré atacado de horribles convulsiones.

Desde este momento su vida ha estado en inminente peligro, aparte de algunos instantes de trègua, durante los que no dejaba de preguntar por vos, Gaston, esperando en vuestra amistad y en vuestra abnegacion para verse libre de sus remordimientos!...

¡Habeis escuchado mis ruegos! La Providencia, cuyos impenetrables decretos adoro más que nunca, ha permitido que mi pobre marido hallase la paz de su alma, y que

nos trajéseis al mismo tiempo á nuestra querida y bien amada hija.

¡Que Dios sea bendito mil veces!... ¡Pero despues de Dios, es á vos á quien debo todo! Sin vos, ¿qué hubiera sido de mi pobre Ilona?... ¡Porque yo adivino que habeis sido su bienhechor, su angel tutelar!... ¿No era de ella, de esta desgraciada niña de quien me hablásteis un dia? Decíais, que era pobre!... ¡abandonada! ¡Oh! qué horrible idea!

¿Cómo podré manifestaros mi profundo reconocimiento?... ¡Yo os profesaba ya una sincera amistad; pero desde ahora, trataré de reemplazar la afeccion que habeis perdido en vuestra infancia, os amaré como tierna madre!

—¡Ah, princesa!—esclamó Gaston arrojàndose á sus plantas y arrastrando con él á su mujer.—¡Repetid por favor esas palabras! ¡Vos no podeis adivinar hasta qué punto me hacen feliz! ¡Decís que me concedeis en vuestro corazon el puesto de un hijo!... Perdonadme, pues, madre mia, el que ignorando los sagrados lazos que os unen á Ilona haya usurpado este título de *hijo!*

¡Ilona es *mi mujer!*... ¡Nos amábamos... y la hice mi esposa!... ¡Me uní á ella tanto para labrar nuestra felicidad, como para adquirir así el derecho de protegerla y velar por ella!

—¡Ah, madre mía!—añadió Ilona juntando las manos,—¡si supièseis lo que Gaston ha hecho por mí!.. ¡No me atrevo à pensar cuál hubiera sido mi suerte, ni lo que habria llegado á ser, sin su cariño y su abnegacion sin límites!

La princesa no respondió al pronto, pero alzando al cielo sus bellos ojos, llenos de lágrimas, pareció dirigir una ferviente plegaria al Todopoderoso.

Luego, bajando sobre sus hijos una mirada de inefable ternura, y poniendo sus manos sobre sus inclinadas cabezas, les dijo con voz entrecortada:

—¡Dios es bueno!... ¡Que el Señor os guarde y os proteja, hijos mios bien amados!... ¡Desde el fondo de mi alma llamo la bendicion divina sobre vuestras cabezas queridas!

¡Hijos mios!... ¡Venid á mis brazos!

Y estrechàndolos contra su corazon, les cubrió de besos y de lágrimas.

XLV

CONCLUSION

Calmada que fué la emocion de la princesa, condujo ante su padre á los dos hijos que la Providencia les enviaba de una manera tan milagrosa, y que ella ya había reunido en su amor maternal.

El príncipe no se sintió menos sorprendido y feliz que lo había sido su mujer al conocer el tierno lazo que unía á su hija con el vizconde de la Barre. No vaciló en dar su bendicion al que había merecido tan bien la mano y la afeccion de su hija, y que al salvarla le había preservado á él mismo de un crímen involuntario.

Desde que sus fuerzas le permitieron hablar sin fatigarse, insistió no solo en saber de boca de Gaston y de Ilona todos

los detalles de la infancia de esta última, sino que además quiso hacer delante de ellos y de su mujer la confesion completa de sus faltas para con su hija.

Esta, así como Gaston, dulcificaron de comun acuerdo la triste relacion de los tormentos de todo género que la pobre Ilona había sufrido en su juventud. La nobleza de su corazon quiso evitar à su padre la vergüenza de tener que ruborizarse de tanta crueldad.

Pero ¡á pesar de toda esta delicadeza de sentimientos, la indignacion y desesperacion del príncipe no tuvieron límites cuando supo que, á despecho de sus órdenes más positivas, y de la seguridad solemne de Vacsay, la pobre Ilona había sido entregada á innobles y mercenarias manos!

¡Juró á la princesa, así como á sus hijos, que aunque culpable del hecho de la desaparicion de Ilona, de quien sus indomables celos no soportaban la vista, estaba convencido de que la pobre niña había sido cuidadosamente educada en una pension en las cercanías de Lucerna.

Aseguró haber pagado todos los años por medio de su intendente grandes sumas

para los gastos de su educacion y sostenimiento, á fin de que nada faltase á su bienestar material.

No empezó á tener dudas hasta la época del viaje de Vacsay, emprendido, segun las afirmaciones de este último, con intencion de buscar á la joven en Lucerna y de hacerla cambiar su colegio con una casa de salud en Viena, pues era necesaria esta medida, segun la opinion de diferentes médicos y el consejo de la directora del colegio.

—La turbacion de mi conciencia—añadió el príncipe—me había hecho evitar con cuidado todo lo que podía presentarme el recuerdo de mi hija. Yo no quería leer las cartas de Suiza y hablaba de este asunto lo menos posible con Vacsay.

Pero este silencio, tan culpable por mi parte, entraba por mucho en las miras de aquel miserable; así abusó tanto de mi absoluta confianza para engañarme traidoramente!...

¡Es evidente que guardó para él la mayor parte de las sumas destinadas á mi pobre hija, y que ella pasó largos años en la necesidad y la miseria!... ¿No es cierto?...

¡No me contestais, hijos mios?.. ¡Ah! es horrible!... ¡Conozco que jamás me perdonareis!...

Y cubriéndose el rostro con las manos, trató de ahogar sus gemidos.

Pero Ilona le rodeó con sus brazos, y, cubriéndole de cariñosos besos, le dijo:

—¡Padre mio! ¡No hableis así!... ¡Todo está olvidado!... Rodeada de felicidad y amor como lo estoy, ¿puedo acaso pensar en lo pasado? Vos mismo habeis sido víctima de un indigno engaño, y ahora que me habeis vuelto vuestro cariñe, quiero gozar de este sentimiento tan dulce para mi corazon.

Por lo demás, cuento con borrar hasta el menor recuerdo, y no pensar más que en el presente tan risueño que el cielo me concede, así como en el porvenir no menos feliz que parece estarme reservado.

La emocion del príncipe le impidió responder á las dulces palabras de su hija; pero extendió sobre la cabeza de Ilona sus dos trémulas manos, contemplàndola con amor.

—¿No debemos ver—dijo—los decretos de la Providencia en el hecho tan extraño de haber sido yo precisámente el que te haya

reconocido, Ilona mía?... ¿Qué mi primer mirada sobre tí haya descubierto el misterio, mientras que tu angélica madre, cuyo amor por tí jamàs se ha desmentido, pasaba algunos dias al lado de su hija, sin que su corazon hablase y sin que la menor sospecha atravesase por su espíritu?

¡Pobre Irma!—añadió, volviendo á su mujer,—tal vez será preciso buscar la causa de este hecho en tus inquietudes por mi, que te preocupaban sin cesar, ¿no es así?

La princesa inclinó dulcemente la cabeza en señal de asentimiento.

—¡Pobre alma querida!—continuó el príncipe—¡cuánto te he hecho sufrir amándote apasionadamente, y no habiendo amado en el mundo más que á tí!

Pasó su mano por los ojos, y luego replicó, despues de un momento de silencio:

—En cuanto al vivo recuerdo que he conservado de las facciones, tan queridas ahora, de mi Ilona, se explica por la circunstancia de que, á despecho de los esfuerzos de mi voluntad, jamás he conseguido arrancarle de mi corazon!

¡Cuanto más alejaba de mí á esta pobre niña, evitando todo motivo de recuerdo

ó de aproximacion, tanto màs su imagen me perseguía de dia y de noche, turbando mis ocupaciones, mi sueño, mi tranquilidad!

¡Nada era suficiente! Ni el trabajo ni las distracciones conseguian arrojar de mi mente tus facciones, aunque el remordimiento no entrase aun para nada en mi preocupacion.

Poco despues que Vacsey me aseguró que tú sufrias una alienacion mental, y que un aventurero francés—así calificaba à Gaston—se había apoderado de tí; despues que descubrí las infamias de mi intendente y que la enfermedad me impedía salvarte, no he tenido un instante de reposo ni de calma.

¡Era justo castigo de mi crimen!... Mi cruel odio por mi hija, y las indignas sospechas que concebí contra mi mujer, siempre dulce, siempre amante, merecían que la Providencia me castigase!... ¡Pueda al menos haber expiado de este modo una pequeña parte de mis faltas! ..

Pero esta tortura no fué nada, comparada con la desesperacion que de mí se apoderó cuando el amigo que se había comprometido á ir à Viena á buscar á mi

pobre hija, me escribió que había desaparecido... Tenía, sí, una ligera esperanza de poder encontrar las trazas de la fugitiva; pero tambien esta esperanza se desvaneció á su vuelta.

La policía de Viena, despues de haber sospechado de un pintor de aquella capital, como implicado en la evasiva de Ilona, había pdrdido el hilo que pudiera guiarla en este laberinto.

Es, pues, de vos, mi querido Gaston, de quien espero ahora la solucion de este último misterio. Hasta esta mañana estaba sumido en la más amarga, la más profunda desolacion, diciéndome con terror que iba á aparecer ante el tribunal de Dios cargado de un crimen atroz... que el Todopoderoso reclamaria el cuerpo y alma de mi hija perdida por mi falta, por mis injustos é indomables celos!... ¡Y qué hubiera podido contestar al tremendo juez?

La princesa é Ilona se esforzaron en calmar los remordimientos del príncipe, colmándole de caricias y asegurándole su perdon.

El mismo Gaston no pudo resistir al arrepentimiento tan vivo y tan sincero que

expresaba su padre político, aunque su amor apasionado por Ilona y el cruel recuerdo de las persecuciones sufridas por la pobre víctima, le hiciesen menos dispuesto al perdon.

Estos contradictorios sentimientos que se despertaban en su alma, no fueron puestos muy largo tiempo à prueba.

La enfermedad del príncipe, despues de una corta tregua, consecuencia natural del reposo de su conciencia, se apoderó de él con nueva violencia.

Sus fuerzas, minadas por tantas emociones, no pudieron resistir á aquel repetido choque, y declinaron entonces visiblemente.

Los cuidados reunidos de su mujer y su hija no fueron bastantes para salvarle, y al cabo de quince dias de dolorosa lucha entre la vida y la muerte, expiró entre sus brazos. Sus últimas palabras fueron de arrepentimiento y amor por aquellos seres á quienes tan cruelmente había herido.

La desesperacion de la condesa fué desgarradora, cuando se vió llevar á aquel que no había cesado de amar con el amor más profundo desde que lo vió por pri-

mera vez, y que siempre había sido el centro de sus más vivas afecciones y de todos sus pensamientos.

Su dolor no fué templado un poco sino por la sincera piedad y por la ternura de sus hijos. Pero se veia claramente que al llenar escrupulosamente sus deberes, al aceptar con reconocimiento las muestras de afecto de sus hijos, mostrándoles una dulzura inalterable, su corazon no había conseguido desprenderse de su bien amado Janós, y le había seguido más allá de la tumba.

Sin embargo, cediendo á los reiterados ruegos de Gaston y de Ilona, consintió en acompañarlos con sus otros dos hijos, cuando emprendieron la vuelta à Bretaña.

Allí vivió algunos meses, y se convenció más que nunca de la perfecta dicha de Ilona, que le dió durante aquel tiempo su primer nieto.

Pero Gaston y su mujer, que habían esperado poder fijar á su lado á aquella excelente madre, y concluir por cicatrizar la profunda herida de su alma, colmándola de cariño y amor, se vieron burlados en este deseo.

Al cabo de algun tiempo no resistió á la ardiente necesidad de su corazon y regresó á su patria y hácia el suelo que encerraba los restos de su bien amado Janós.

Empleó su existencia haciendo buenas obras, cumpliendo sus deberes de cristiana y de madre, rogando por el alma de ss querido esposo, y no aspirando à otra dicha más que á la de reunirse con él.

Solo despues de muchos años de pruebas sobre esta tierra, el cielo satisfizo el voto de su corazon.

Entretanto, el vizconde y la vizcondesa de la Barre fueron todos los años á visitarla á Simontornya y presentarla, para que los bendijese, los hijos que la Providencia concedió á su dulce y feliz union.

FIN

INDICE

PARTE PRIMERA

CAPÍTULOS.		PÁGINAS
XXI	Voz del corazon. . . .	187
XXII	La tentacion	195
XXIII	La carta.	201
XXIV	Agresion clandestina . .	215
XXV	La extranjera.	224
XXVI	El rapto.	236
XXVII	Llegada al puerto . . .	263
XXVIII	La partida	275

PARTE SEGUNDA

XXIX	La nacionalidad	281
XXX	Secreto violado	291
XXXI	El accidente	301
XXXII	Ana Vacsay	317
XXXIII	«¡Socorredme!»	327
XXXIV	La fotografía	341
XXXV	Primera sesion	359
XXXVI	La evasion.	375
XXXVII	El pájaro voló	393
XXXVIII	Amor.	409
XXXIX	Dicha sin nubes. . . .	427
XL	El «Ar-fol».	441
XLI	La tempestad.	463
XLII	En Hungría.	471

CAPÍTULOS.		PÁGINAS.
XLIII	El grito de la conciencia.	489
XLIV	Relacion de una madre.	501
XLV	Conclusion	537

